



se



DON JAIME EL TRÁGICO BORBÓN

LA MALDICIÓN DEL HIJO SORDOMUDO DE ALFONSO XIII

José María Zavala



Lectulandia

Hijo segundo del rey Alfonso XIII y de la reina Victoria Eugenia de Battenberg, don Jaime de Borbón fue príncipe sólo durante diez días de su vida, hasta que su padre le hizo renunciar a sus derechos al trono en la habitación de un hotel en Fontainebleau, en junio de 1933. Sobre su silenciada figura han circulado multitud de leyendas, que ahora José María Zavala aborda en este riguroso trabajo de investigación, que supone la única biografía del personaje publicada hasta la fecha.

¿Fue realmente asesinado don Jaime de Borbón? ¿Por qué Alfonso XIII ocultó a la opinión pública que su hijo era sordomudo de nacimiento? ¿Qué motivó su separación de Emanuela Dampierre? ¿En qué consistieron sus diferencias con su hermano don Juan de Borbón? ¿Por qué se enfrentó a Franco y su régimen? ¿Fue un mujeriego impenitente que vivió y murió pobre, abandonado por los suyos? ¿Quién fue el gran amor de su vida? ¿Por qué reivindicó con tanta insistencia sus derechos al trono de España?

El autor responde de forma contundente y veraz a estas y otras muchas cuestiones planteadas en una obra fascinante que no dejará indiferente a ningún lector.

Lectulandia

José María Zavala

Don Jaime. El trágico Borbón

La maldición del hijo sordomudo de Alfonso XIII

ePub r1.0

Titivillus 04-05-18

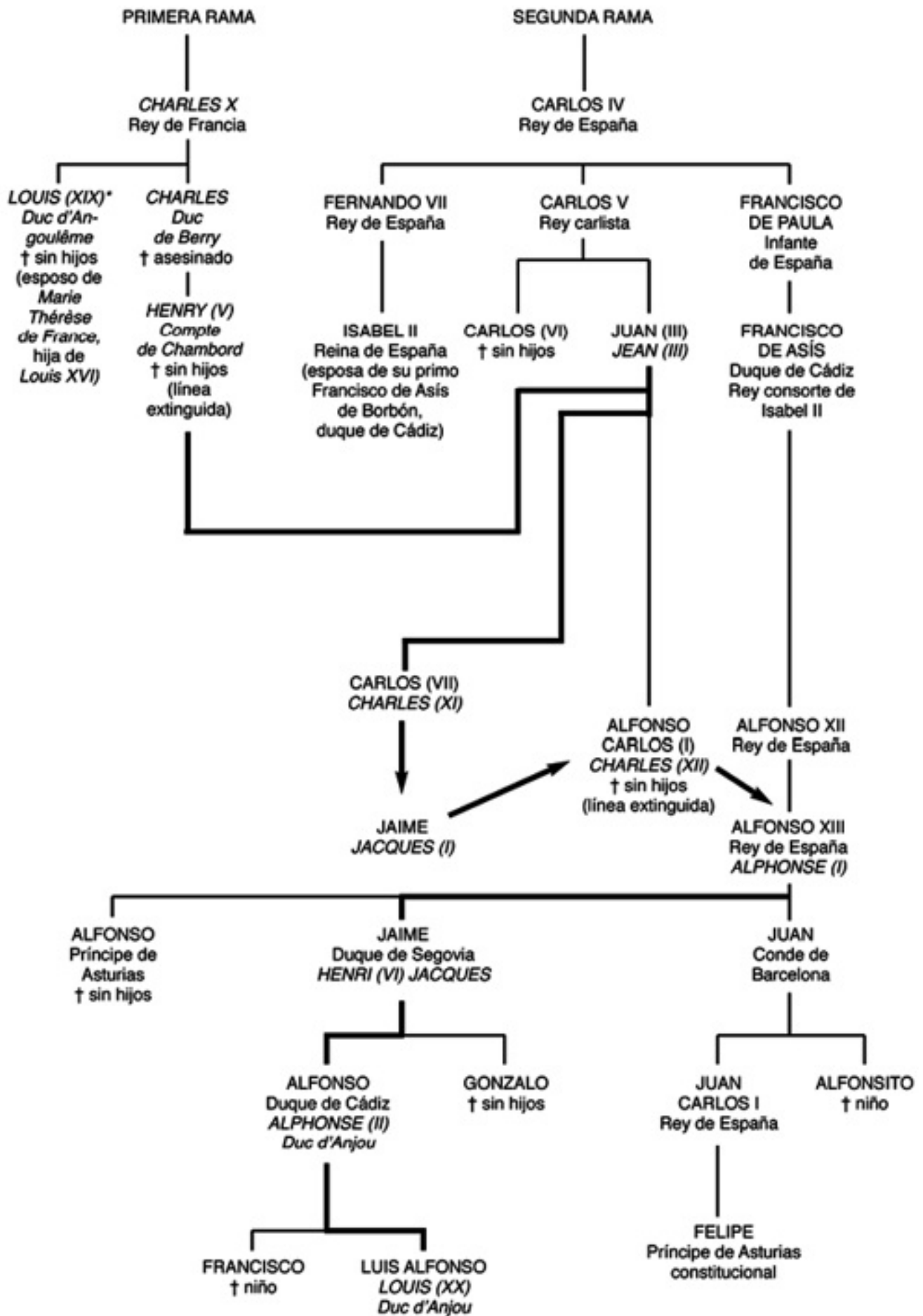
Título original: *Don Jaime. El trágico Borbón*
José María Zavala, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

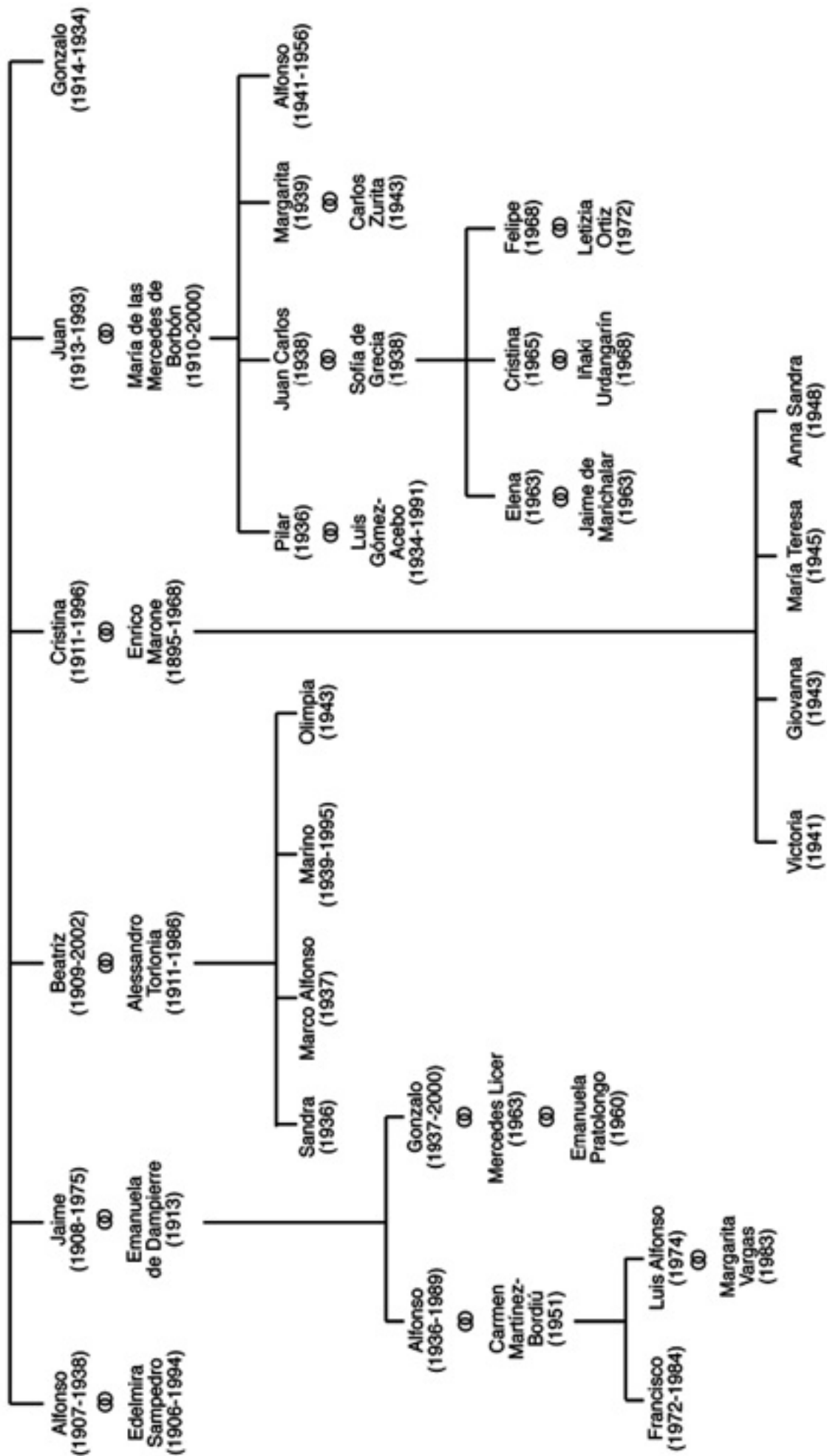
más libros en lectulandia.com

A Juan Balansó, in memórium.

PRIMOGENITURA DE LA MAISON DE BOURBON



Alfonso XIII
 Victoria Eugenia de Battenberg



Agradecimientos

Ymelda Navajo me animó a que escribiera la única biografía de don Jaime de Borbón y Battenberg publicada hasta la fecha.

Laureano López Rodó, Íñigo Cavero, Torcuato Luca de Tena, Antonio Fontán, Fernando Álvarez de Miranda, Gonzalo Fernández de la Mora, Juan Balansó, Segismundo Fraile, Paco Fernández Ochoa y Tomás Zamora me brindaron hace tiempo sus interesantes reflexiones sobre la figura de don Jaime y de su primogénito Alfonso de Borbón Dampierre, en el marco de la cuestión sucesoria.

Recientemente, Antonio Garrido-Lestache, Leandro de Borbón, Jorge Antolí-Candela y Mirta Miller, además de otras personas que han preferido no ser citadas, me han aportado datos y documentos esenciales para este libro.

El Archivo Histórico Nacional, la Fundación Nacional Francisco Franco, el Archivo y la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, así como la Biblioteca y Hemeroteca nacionales, me han abierto amablemente sus puertas para acceder a valiosos fondos documentales que han enriquecido estas páginas.

Conste también mi agradecimiento a Paloma, siempre Paloma, a Pepe, Fernando, Joaquín, Asun, Alfonso, Teresa, Antonio y Raúl.

Introducción. La mala estrella

Don Jaime de Borbón y Battenberg es un miembro casi desconocido de la rama más trágica de los Borbones, brotada del árbol genealógico que inauguró Felipe V con su llegada a España. Pero, a diferencia de otros Borbones que han merecido el elogio de sus partidarios, desde Felipe V a don Juan Carlos, pasando por Carlos III, Isabel II, Alfonso XII, Alfonso XIII o el mismo don Juan, don Jaime ha sido ignorado deliberadamente o vituperado incluso por los propios monárquicos, que siempre le han considerado un incordio.

Prueba de ello es que, postergado de la sucesión por su propio padre, el lector tiene ahora en sus manos su primera biografía; de don Jaime se conocen tan sólo unas memorias incompletas, colmadas de errores e imprecisiones, que firmó su secretario Ramón Alderete, a las que deben sumarse el esbozo de su figura que compuso admirablemente el periodista Juan Balansó, junto a otro interesante estudio del también periodista Joaquín Bardavío. Y, por supuesto, las reveladoras memorias de la primera mujer de don Jaime, Emanuela de Dampierre, en colaboración con Teresa Aranguren, publicadas en esta misma editorial, y las de su hijo Alfonso de Borbón Dampierre, dictadas por él a Marc Dem poco antes de morir.

Anteriormente, la revista ¡Hola! había publicado otras memorias más breves de Emanuela de Dampierre (1991) y del duque de Cádiz (1990).

Pero, entre la multitud de obras sobre la monarquía de Alfonso XIII y sus descendientes, el lector que quiera conocer de cerca a don Jaime se sentirá sin duda defraudado.

La vida de este incómodo personaje, al que algunos han preferido silenciar, comenzó a ser desgraciada al poco de nacer, cuando se temió que el niño pudiera ser sordo y, como consecuencia de ello, mudo.

Un año antes, sus padres, Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg, sufrieron el primer aldabonazo del destino al constatar que su primogénito Alfonso, príncipe de Asturias, era hemofílico; igual que el infante don Gonzalo, benjamín de la familia.

Tanto don Alfonso, como don Gonzalo, perecieron a causa de hemorragias internas tras sendos accidentes de tráfico. No así don Jaime, a quien el azar reservó una muerte si cabe más trágica, como a su hijo Alfonso de Borbón Dampierre, cuyo primogénito Fran, por si fuera poco, murió también en un accidente de automóvil.

Tampoco se libró de esa especie de maldición don Juan de Borbón, tercer vástago de los reyes, cuyo hijo, el infante don Alfonso de Borbón, falleció fortuitamente con casi quince años de un disparo en la frente procedente de una pistola que manejaba su hermano don Juan Carlos, de dieciocho.

Con razón, don Jaime aludió más de una vez a «la mala estrella» que iluminó su vida y la de su familia.

De joven, representó a su padre, el rey Alfonso XIII, en numerosos actos

oficiales, recorriendo algunas ciudades del país junto al dictador Miguel Primo de Rivera. Tras la renuncia efectuada por su hermano mayor Alfonso, en 1933, se convirtió automáticamente en príncipe de Asturias y heredero de su padre al trono. Pero la ilusión le duró tan sólo diez días, hasta que un grupo de conspicuos monárquicos —José Calvo Sotelo, entre ellos—, alentado por su propio padre, le convenció para que renunciara a la Corona de España, en la habitación de un hotel de Fontainebleau, alegando que era incapaz incluso de mantener una conversación telefónica. Como en tantas otras ocasiones, don Jaime dio ejemplo entonces de sumisión y docilidad, estampando su firma en el documento que le entregaron, sin notario presente que diese fe del acto.

Durante gran parte de su vida luchó contra su grave limitación, ayudado por unas monjitas que le enseñaron a leer en los labios. Viajó a Inglaterra, Francia e Italia para someterse a dolorosos tratamientos con los más renombrados expertos en otorrinolaringología, pero ninguno de ellos pudo hacer nada para curarle.

Su carácter se forjó así, desde niño, en la adversidad. Tenía un gran corazón, era afable y cariñoso, adoraba a su madre y a su hermano mayor, temía a su autoritario padre, y se dejaba influir por quienes le rodeaban, haciéndose así en extremo dependiente, lo que, sin duda, fue el peor de sus defectos y la causa de su perdición.

Precisamente la completa dependencia de su entorno, alentada por la inseguridad que le generaba su grave minusvalía, es la clave para entender su existencia plagada de contradicciones.

No en vano acató primero la voluntad de su padre, reconociendo a su hermano don Juan como legítimo heredero, para luego reclamar sus derechos a la Corona de España declarando nulas todas sus renunciaciones, y defender a continuación los intereses sucesorios de su hijo Alfonso de Borbón Dampierre frente a los de su sobrino Juan Carlos.

Con respecto a Franco le sucedió algo parecido: elogió primero las conquistas de su régimen y más tarde condenó a éste ante las Naciones Unidas, volviendo luego a bendecirlo.

Pero tampoco podría entenderse la actitud de don Jaime sin reparar en la trascendencia de la Ley de Sucesión promulgada por aquél en 1947; una ley que convertía a España en reino, dieciséis años después de la proclamación de la República.

La norma legal habilitaba a don Jaime y a su hijo, el duque de Cádiz, como candidatos a la Corona de España, al exigir que el futuro sucesor en la Jefatura del Estado fuese de estirpe regia y hubiese cumplido los treinta años, requisitos que, como era evidente, ambos cumplían.

La ley franquista relegaba al mismo tiempo a un segundo plano las disputas sucesorias que mantenían don Juan y don Jaime en el seno de la dinastía, por la sencilla razón de que el único que podía instaurar la Monarquía en España era Franco con su nuevo código.

De todas formas, en el ámbito estrictamente dinástico, Alfonso XIII demostró no tenerlas todas consigo al preparar un matrimonio apartado del círculo de la realeza para su hijo Jaime, después de que éste formulase su primera renuncia en Fontainebleau. Fue así como don Jaime se desposó con Emanuela de Dampierre, la cual le abandonaría para contraer segundas nupcias con Antonio Sozzani, un antiguo amigo suyo. Poco después, don Jaime se unió a la prusiana Carlota Tiedemann, que le llevaría a la ruina económica y existencial.

La agitada vida sentimental de don Jaime ofrece grandes paralelismos con la de su hijo Alfonso, cuyo matrimonio con Carmen Martínez-Bordiú, nieta de Franco, fue anulado eclesiásticamente. Igual que su padre, el duque de Cádiz mantuvo numerosos esgarces amorosos, hasta hallar refugio en otra mujer, la actriz hispanoargentina Mirta Miller, con la que compartió nueve años de su vida.

Pero si hubo una mujer que marcó el destino de don Jaime, ésa fue la ambiciosa e intrigante Carlota Tiedemann, a la que conoció sin duda bajo el influjo de su mala estrella.

He aquí, ahora, el relato de las vicisitudes de este desgraciado infante de España.

Capítulo I. La revelación

—Ella le mató...

Hasta que escuché aquel estremecedor veredicto, la conversación había discurrido plácidamente en el amplio y luminoso salón que compartía aquella mañana de diciembre con mi anfitrión, un Grande de España.

Mientras charlábamos, de vez en cuando yo miraba furtivamente a los dos veladores de estilo inglés con barandillas y al bureau de caoba repletos de imágenes enmarcadas, en un intento fugaz por viajar retrospectivamente a la época de la Familia Real.

Junto a personajes de la corte y familiares ignotos para mí, distinguí a unos metros de distancia las inconfundibles siluetas de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia, padres del protagonista de nuestro encuentro, don Jaime de Borbón y Battenberg.

Me incorporé del butacón aterciopelado para examinar de cerca el retrato de Alfonso XIII.

—Es un grabado de Bartolomé Maura; puede comprobar que está fechado en 1906, el mismo año de la boda del rey —me indicó él, desde su asiento.

Un jovencísimo monarca de veinte años parecía mirarme fijamente a los ojos enfundado en su uniforme de capitán general de gala, con la Gran Cruz del Mérito Militar cruzándole el pecho. Su semblante parecía mucho más relajado tras la celebración del enlace.

Desvié ligeramente la vista a mi derecha para contemplar a continuación el grabado de doña Victoria Eugenia, que aquel 31 de mayo de 1906 hizo esperar media hora al monarca en la iglesia de San Jerónimo. El nerviosismo del rey estaba más que justificado: días antes había recibido un anónimo con la fotografía de Mateo Morral, advirtiéndole de que tratarían de evitar a toda costa la boda, asesinándole a él o a su prometida. Por eso estaba aterrado cuando vio que ella se retrasaba.

Victoria Eugenia, en cambio, miraba al retratista ligeramente de lado, luciendo un traje blanco de encaje y una diadema con las tres flores de lis en la cabeza, el símbolo de los Borbones. El grabador había puesto especial cuidado en reproducir las joyas de la reina, a las que era tan aficionada: llevaba un hilo de brillantes de Rivière, y un broche con una perla en forma de pera que, durante muchos años, ella confundió con La Peregrina, la codiciada alhaja que Felipe II regaló a Isabel de Valois.

—Lástima que su felicidad durase tan poco —lamenté yo, reanudando la conversación al cabo de unos segundos.

—El rey —dijo él— jamás perdonó a su esposa que hubiera transmitido la hemofilia a sus hijos Alfonso y Gonzalo. Fíjese si no lo hizo, que eligió como moneda de pago la infidelidad constante, prácticamente desde el nacimiento de su primogénito. Para colmo, al año de nacer éste, vino al mundo otro hijo tarado que fue un desgraciado toda su vida. Aunque don Jaime, eso sí, siempre fue un hombre

bondadoso que supo ganarse el afecto de la gente. Recuerdo que un republicano español decía de él que era el ser más democrático que había tratado en su vida. Y tenía razón, porque la misma libertad con que actuaba él la prodigaba luego en los demás. Era muy humilde también. Pese a sus muchos títulos (caballero de la Orden del Vellochino de Oro, de las Reales Maestranzas de Caballería de Sevilla y Zaragoza, comendador mayor de la Orden Militar de Calatrava...), solía comentar: «Los blasones más valiosos son los del espíritu». Jamás hizo daño a nadie. Disfrutaba mostrando su simpatía. Cuando vivía en París, le encantaba pasear a orillas del Sena y visitar de incógnito las tabernas españolas, donde se esforzaba por hacerse entender, y luego bromeaba: «Estuve tanto tiempo sin poder hablar que ahora no me canso de hacerlo». La verdad es que el pobre jamás consiguió expresarse con cierta corrección. Era un hombre que intuyó hasta su propia desgracia: «¡Tengo mala estrella!», confesó en cierta ocasión...

Fue entonces cuando el noble caballero enarcó las cejas y, sin dejar de mirarme, se inclinó hacia delante para susurrarme al oído, como si temiese que alguien más pudiera escucharle:

—Ella le mató...

—¡Quién! —inquirí yo, intrigado.

—Su segunda mujer.

—¿Carlota Tiedemann?

—Ella... ella le mató —sentenció de nuevo.

—¿Cómo supo eso?

—Me lo contó la hermana del pobre don Jaime.

—¿Cuál de las dos?

—Cristina de Borbón y Battenberg —enfaticó para disipar cualquier duda sobre la terrible acusación.

Y añadió:

—Fui a verla una tarde de verano, a finales de los setenta, a su coqueto pisito de la calle Velázquez, donde la infanta se instalaba dos veces al año (en junio y en diciembre) para después regresar otra vez a Turín. Pasaba temporadas en Madrid desde el fallecimiento de su marido, Enrico Marone, dueño de la empresa Cinzano, a finales de los sesenta. Su hermano Jaime y ella se parecían bastante en forma de ser. Ambos eran afables, cariñosos y muy sensibles. Cristina, como su tía abuela, la infanta Isabel («La Chata»), que fue madrina de su bautizo, era muy querida por la gente, especialmente en Cantabria, de cuyo municipio de Cabezón de la Sal fue nombrada alcaldesa honoraria. Como a la infanta Isabel, a ella le encantaba acudir a actos benéficos o culturales. De hecho, presidió durante varios años la Junta de Damas de la Asociación de Lucha contra el Cáncer...

A medida que transcurría el tiempo, crecía mi interés por conocer los detalles de la trágica muerte de don Jaime. ¿El infante, asesinado por su segunda mujer? ¿Estaba ante un caso de homicidio silenciado?

Decidido a llegar al fondo del asunto, retomé el momento álgido de nuestra conversación:

—Y bien, ¿qué le dijo la infanta aquella tarde?

—Aquella tarde... —tragó saliva—, mientras tomábamos café en su saloncito privado, Cristina me reveló la dolorosa verdad sin poder contener aún lágrimas de rabia y emoción.

—¿Le dio algún detalle del presunto homicidio? —insistí.

—Sí, claro —dijo atenuando la voz—. Fue horrible: me dijo que Carlota Tiedemann le sacudió un botellazo en la cabeza a don Jaime y que luego éste se desplomó en la calle golpeándose de nuevo.

En un acto reflejo, dirigí la mirada hacia el diminuto piloto rojo encendido para confirmar que mi grabadora seguía aún en marcha sobre la mesa de centro en bronce con mármol.

—Seguro que ella estaba ebria —aseveré.

—Sí; habían bebido los dos. Discutieron... y ella le propinó el botellazo. Luego, cogió a don Jaime, que residía en Lausana desde la muerte de la reina Victoria Eugenia, en un chalecito que él llamaba Chemin Primerose [Camino primoroso], lo metió en un coche y se lo llevó lejos de allí, abandonándole a la puerta de una clínica en Saint-Gall, en la Suiza oriental.

—¿Ahí quedó todo?, ¿nadie reclamó una investigación? —alegué yo, entre perplejo e indignado.

Él simplemente dijo, haciendo una mueca de cinismo:

—La Familia Real, precisamente no. Estas cosas, en la Corona se tapan.

Indagando después sobre el caso, pude comprobar que la versión escuchada de labios del «Grande de España» (así me rogó él que le llamase para preservar su anonimato) coincidía en lo esencial —el botellazo— con la de Jean Louis Aujol, abogado de don Jaime y miembro de la Comisión Internacional de Juristas.

Aujol había confesado a Jean-Pierre Ollivier, amigo íntimo del duque de Segovia, a quien éste nombró conde de Villanueva de San Bernardo en un momento de euforia, cómo a su entender sucedieron los hechos: «Don Jaime —mantenía el letrado Aujol— había visitado a Carlota Tiedemann en Saint-Gall, donde ésta se sometía a una cura de desintoxicación. Había salido de la habitación de la duquesa con un traumatismo craneal, y se había desmayado poco después en la calle».^[1]

Es decir, que Carlota le golpeó con algo —Aujol no dice con qué— cuando estaban los dos en Saint-Gall, y no en Lausana.

Don Jaime quedó tendido en la acera, semiinconsciente. Varios transeúntes que pasaban por allí se apresuraron a socorrerle. Uno de ellos intentó identificarle echando mano de su cartera, pero el infante no llevaba la documentación encima. Llamaron a una ambulancia, que al cabo de unos minutos trasladó al desfallecido hasta el hospital cantonal de Saint-Gall.

Una vez allí —aseguraba Aujol— tardaron dos días en darse cuenta de que el desconocido de la sala de reanimación no era otro que el segundo hijo de don Alfonso XIII.^[2]

El príncipe Alfonso —añadía el abogado, refiriéndose al primogénito de don Jaime— estaba en Saint-Gall, a la espera de trasladar el cuerpo de su padre a Lausana en cuanto se produjese el fallecimiento. Según el príncipe Alfonso, el hecho de cambiar de cantón disminuiría el riesgo de una orden de autopsia.^[3]

El abogado de don Jaime sugería así claramente que Alfonso de Borbón Dampierre no era partidario de alentar una investigación judicial sobre los hechos, lo mismo que el resto de miembros de la Familia Real, proclives a pasar página para evitar el escándalo.

El entorno de la Familia Real se encargó de hacer circular una versión oficial que, según Aujol, era la siguiente:

El infante había muerto a consecuencia de una desgraciada caída en la calle; la duquesa [Carlota], muy conmovida, no estaba en disposición de asistir al funeral. El alcoholismo había llevado poco a poco a Carlota a la locura y al drama.^[4]

Carlota fallecería cuatro años después, en 1979, con su organismo minado por el alcohol.

La prensa española se hizo eco de esa versión oficial. Santy Arriazu, enviado especial de la revista *Semana* a Saint-Gall, aseguraba en su crónica que el infante se había golpeado en la cabeza al resbalar fortuitamente en la calle mientras paseaba con su perro, y que fue él mismo quien indicó a su chófer que le llevase hasta el hospital de Sain-Gall por encontrarse indispuesto:

En Lausana —escribía el periodista en 1975—, el 24 de febrero pasado, sufrió [don Jaime] un accidente que desencadenó este penoso desenlace. Don Jaime cumplía aquel lunes la rutinaria tarea de sacar a pasear a su perro. Cuando volvía de regreso [sic] a su casa dio un traspies y cayó al suelo con tan mala fortuna que se golpeó en la cabeza. Se produjo una herida en el temporal izquierdo, de la que fue atendido, y donde le dieron siete puntos de sutura. Bajo ningún concepto parecía revestir la importancia que realmente tenía. Tanto es así que, dos días más tarde, el miércoles 26 de febrero, salía de nuevo a la calle. Pero... ¿qué ocurrió durante ese paseo? Lo evidente es que don Jaime entró en un bar semiinconsciente. ¿Habría sufrido otra caída? [...] El hecho es que al circular cerca de esta ciudad [se refería a Saint-Gall], don

Jaime se sintió repentinamente enfermo, y pidió a su chófer que le trasladase al hospital. Entró por su propio pie, pero media hora más tarde caía en coma.

La revista *¡Hola!* contaba más o menos lo mismo, haciendo alusión al paseo de don Jaime con su perro, pero añadiendo que la caída se produjo no por un traspie, sino por un «desvanecimiento» mientras caminaba por una calle de Saint-Gall.

El propio Alfonso de Borbón Dampierre se limitó a reproducir en sus *Memorias* la versión que le dieron nada más llegar a Saint-Gall, según la cual su padre se fracturó el cráneo tras caerse por las escaleras de su casa, en Lausana. Nada dijo el duque de Cádiz sobre la violenta discusión que mantuvo su padre con Carlota, confirmada, como veremos a continuación, por nuevos testimonios. Pero se negó en cambio a eximir de toda responsabilidad a Carlota, asegurando que la caída, calificada por él de «muy grave», «no parecía haber preocupado demasiado a su mujer».

Atravesaron —añadió— Suiza de un extremo al otro, siempre en taxi, como si no sucediera nada y, cuando llegaron a la clínica, no fue de Mme. Tiedemann de quien hubo que ocuparse, sino de mi padre.

El escritor Juan Balansó refería la opinión del periodista valenciano Juan Bellveser, que trató a don Jaime en vida, según la cual la pareja mantuvo en Lausana una tempestuosa disputa y como consecuencia de ella el infante se produjo una contusión craneal sin hemorragia cerebral. Reconocido de inmediato por el médico, éste le aconsejó reposo, pero aun así Carlota Tiedemann decidió partir con su marido en taxi a Saint-Gall, donde ella debía someterse a una cura de desintoxicación etílica.

Al llegar a la ciudad del cantón alemán, don Jaime tuvo un ataque cerebral producido por la agitación del vehículo durante el viaje. En semejante estado, la clínica rechazó su ingreso y recurrió a lo administrativamente más cómodo: telefonar al hospital cantonal. El enfermo ingresó allí poco después en estado comatoso y falleció al cabo de tres semanas.

La versión relatada por Bellveser a su amigo el abogado Luis Zarraluqui coincidía en líneas generales con la mantenida por el escritor José Luis de Vilallonga en su libro de conversaciones con el rey don Juan Carlos:

Don Jaime —escribía Vilallonga en *El Rey*^[5]— exhaló su último suspiro el 20 de marzo de 1975, en extrañas circunstancias, en el hospital de Saint-Gall, Suiza. Unos días antes, en París, en el curso de una violenta discusión con Carlota, el Infante se había caído y se había herido en la cabeza. El médico que le prestó los primeros auxilios no halló ni fractura del cráneo ni hemorragia cerebral, pero recomendó reposo absoluto durante varios días.

Carlota, sin embargo, que acababa de reservar habitaciones en el hospital de Saint-Gall donde debía someterse a una cura de desintoxicación, decidió que el Infante era perfectamente capaz de soportar el viaje en automóvil. Dejaron, pues, París en taxi y llegaron a Suiza después de numerosas paradas solicitadas por el Infante, que se encontraba cada vez peor. Tan pronto como llegó a Saint-Gall, don Jaime se acostó presa de una gran fatiga. Falleció aquella misma noche, víctima de un derrame cerebral.

Vilallonga, lo mismo que Bellveser, aludía a la violenta discusión de la pareja, durante la cual se produjo el botellazo que habría hecho desmoronarse luego al infante en la calle y golpearse de nuevo en la cabeza. Sin embargo, Vilallonga incurría en dos errores de bulto. Primero: la disputa matrimonial no tuvo lugar en París, sino en todo caso en Lausana, donde don Jaime se había trasladado a vivir tras la muerte de su madre; y segundo: el duque no falleció la misma noche de su llegada a Saint-Gall, sino más de tres semanas después, tras una intensa agonía, corroborada por el parte médico del hospital cantonal de Saint-Gall emitido el 20 de marzo, el mismo día de la defunción.

Al día siguiente del botellazo (miércoles, 26 de febrero de 1975), Carlota Tiedemann, alcohólica redomada, debía someterse en efecto a una cura de desintoxicación en Saint-Gall. Sin importarle el grave estado de su marido, atravesó con él Suiza, de un extremo a otro, a bordo de un coche (en este aspecto coinciden el Grande de España, Alfonso de Borbón Dampierre, Juan Bellveser y Vilallonga).

Al llegar a su destino, recorrió el casco antiguo en forma de violín, rodeado de casas de ladrillo amarillo con fachadas oscurecidas por el tiempo. El eje de simetría de la parte vieja de la ciudad, con clara influencia germánica, correspondía a la Marktgasse, que salía del convento y enlazaba con la Marktplatz. Las Multergasse y Spisergasse recordaban las eses del violín, mientras que la Webergasse, la Neugasse y la Brühlgasse subrayaban, en el punto límite de los antiguos fosos de la metrópoli, el contorno del instrumento musical.

En uno de los extremos se encontraba el hospital cantonal de Saint-Gall, a cuya entrada Carlota Tiedemann dejó a su marido... y se marchó, según el Grande de España. La salud del infante se había resentido considerablemente debido al continuo traqueteo del vehículo por las angostas carreteras del norte.

Esa misma noche, don Jaime ingresó en la clínica con una fractura de cráneo, aquejado de un hematoma intercerebral en el temporal izquierdo y de otro agudo de origen traumático producidos por el botellazo y la posterior caída.

El primero que acudió a verle fue su hijo Gonzalo, que esquiaba durante esos días en la estación suiza de Gstaad. El mayor, Alfonso, llegó poco después, cuando su padre ya había sido operado de urgencia por el neurocirujano Benini para extirparle los dos coágulos de sangre que tenía en la cabeza, localizados por el doctor Ketz, jefe

de Neurología Clínica del hospital.

Horas antes, el duque de Cádiz había encargado a su secretaria que contactara con la agencia de viajes, disponiéndose a telefonar a su primo Juan Carlos:

—Perderás el tiempo —le dijo el futuro rey de España— con las líneas regulares. Te encontraré un medio más rápido.

Poco después, Alfonso de Borbón Dampierre embarcaba en un *Mystère* del subsecretario de Estado de la Aviación Civil, con destino a Zurich. Una vez allí, tomaba el coche para ir a Saint-Gall acompañado por su mujer, Carmen Martínez-Bordiú.

Al franquear la puerta blanca de la sala quinta de reanimación del hospital y llegar hasta el pie de la cama, le pareció que su padre hacía ademán de incorporarse; pudo leer su nombre en los labios, pero poco después don Jaime se sumió en un coma profundo.

El infante compartía la sala con otras cinco personas: dos niños, un joven y dos señoras, una de ellas argentina. Sobre la mesilla situada junto a la cabecera de su cama había un crucifijo. En las horas siguientes, su primogénito Alfonso colocaría también un cartel escrito por él a mano, que decía: «¡Hola, papá! Tus hijos Alfonso, Gonzalo y Carmen, y tu hermana Cristina estamos aquí».

El domingo, 2 de marzo, el paciente fue intervenido de nuevo para efectuarle una traqueotomía como consecuencia de la fuerte bronconeumonía desatada. Pese a que sus constantes biológicas eran aceptables, su situación parecía irreversible. Sólo un milagro podía salvarle.

El miércoles, 5 de marzo, llegó su hermana, la infanta Cristina; su otra hermana, Beatriz, no pudo acudir por encontrarse hospitalizada en París a causa de una lesión de cadera. Esa misma tarde, el paciente recibió la extremaunción de manos del sacerdote Joan Serra, responsable de la misión católica española en Sangarle.

El enfermo mantuvo su pulso firme hasta la tarde del viernes, 7 de marzo, cuando el electrocardiograma detectó ciertas alteraciones a causa de una hemorragia gástrica. Durante las horas siguientes, Alfonso, Gonzalo y la infanta Cristina acudieron alarmados por dos veces al hospital presintiendo el trágico final.

Carmen Martínez-Bordiú regresó a Madrid aquella misma noche, sin que al día siguiente los duques de Cádiz pudiesen celebrar juntos su tercer aniversario de boda. Aun así, don Alfonso recibió el consuelo de saber que el corazón de su padre había mejorado levemente, lo cual hizo que los médicos autorizaran la visita de tres miembros del Consejo Legitimista Francés (Esclafer, Hervé Pinoteau y el conde Pierre de La Forest Divonne), que habían llegado por la mañana de París.

La agonía del enfermo se prolongaría durante más de tres semanas. En realidad se le mantuvo con vida gracias a la moderna maquinaria médica. En Suiza, la ley no obligaba a pedir autorización a los familiares para desentubar al moribundo; pero los médicos, por tratarse de la familia del segundo hijo de Alfonso XIII, decidieron consultar al duque de Cádiz. Éste pidió que le dejaran unas horas para recapacitar y

telefoneó al doctor Joaquín Carbonell, eminente especialista en neurología. El médico español se trasladó enseguida a Saint-Gall para realizar varios encefalogramas al paciente. Tras comparar los resultados, trasladó su conclusión al duque de Cádiz:

—El 95 por ciento de los signos —le dijo— indican la ausencia de actividad eléctrica cerebral. Pero el restante 5 por ciento está a favor de una tal actividad y, por tanto, a favor de la vida. La decisión es suya.

La determinación de don Alfonso estaba tomada: apostó al 5 por ciento y pidió que dejaran a su padre el equipo conectado.

Don Jaime sostenía entre sus manos un rosario y era vigilado por tres enfermeras, día y noche. Sólo se le podía visitar de siete a siete y cuarto de la tarde. Salvo sus hijos Alfonso y Gonzalo, que podían hacerlo tres veces al día: una hacia las diez y media de la mañana, otra por la tarde, y la última sobre las diez de la noche.

Su vida iba apagándose irremediablemente, mientras el doctor Carbonell, presidente de la Sociedad Española de Electroencefalogramas y Neurología, advertía a los periodistas expectantes en Saint-Gall:

Nada se puede hacer, sino esperar los resultados de aquí a quince o veinte días. Cualquier persona con menos constitución física que don Jaime, en estas mismas circunstancias, hubiera muerto ya. En cualquier caso, deseo decir que don Jaime no ha podido ser mejor atendido, y que se le sigue suministrando el medicamento previsto para ver si sufre una evolución favorable del mal que padece. Creo necesario informar que la muerte total coincide con la muerte cerebral.

El día 13, cuando don Juan fue recibido por su hermana Cristina en Lausana para dirigirse con ella luego a Saint-Gall, la temperatura de don Jaime bajó a 34,5 grados. El enfermo se recuperó ligeramente al día siguiente, pero volvió a recaer el día 16, cuando su temperatura corporal descendió a 33 grados y comenzó a sufrir acusados accesos cardiacos, que la rebajaron aún a 31,6 grados la jornada siguiente.

Cinco días después, el jueves 20 de marzo, a las cuatro y veinte de la madrugada exactamente, se producía el desenlace fatal. Minutos después, el profesor G. Weber, del hospital cantonal de Saint-Gall, hacía público este escueto comunicado:

Su Alteza Real el infante Don Jaime de Borbón y Battenberg, duque de Segovia, ha muerto hoy, 20 de marzo, de una hemorragia cerebral producida por un accidente ocurrido el 25 de febrero de 1975.

En el momento del fallecimiento se encontraban junto a su padre Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre, acompañados de la duquesa de Cádiz y la infanta Cristina. El cadáver de don Jaime fue trasladado, diez horas después, al hospital

cantonal de Lausana para ser embalsamado, tarea que ocupó todo el viernes, 21 de marzo.

El hotel Royal de Lausana acogió a la Familia Real española hasta el momento del entierro, que se celebró a las dos de la tarde del día 24 en el pequeño cementerio del bosque de Vaud. Casualidades del destino: la regia familia había aguardado seis años atrás, en el mismo hotel, la muerte de la reina Victoria Eugenia, quien, como su hijo Jaime, tuvo una larga agonía.

Como el fin de semana no se celebraban servicios funerarios en Lausana, el cuerpo del infante tuvo que ser instalado en una capilla ardiente en la funeraria de San Roque, hasta la celebración de los funerales en la recoleta iglesia del Sagrado Corazón de Ouchy.

Los condes de Barcelona se encontraban ya en Lausana al producirse el deceso. En las horas siguientes empezaron a llegar otros familiares y amigos íntimos: la duquesa de Alba y su hijo el duque de Huéscar, el duque de Alburquerque, doña Sol de Baviera, el conde de Ruiseñada, la duquesa de Fernán Núñez, la condesa de San Miguel de Castellar, el conde de Figuerola, el marqués de Castellidosrius, los señores de Samaranch...

En la tarde del sábado, los príncipes de España, Juan Carlos y Sofía, que se encontraban en Barcelona, embarcaron en un *Mystère* rumbo a Ginebra. Iban acompañados por las infantas Pilar y Margarita y sus respectivos maridos, el duque de Badajoz y el doctor Carlos Zurita. También viajó con ellos la hija de los duques de Badajoz, la pequeña Simoneta. A su llegada a Ginebra fueron recibidos en el aeropuerto por los duques de Cádiz y Gonzalo de Borbón Dampierre.

Aquella noche del sábado, la Familia Real estaba ya al completo en el hotel Royal. Al día siguiente, por la mañana, el obispo de Friburgo, Lausana y Ginebra, monseñor Mainie, dirigió el rezo del santo rosario ante el cuerpo presente de don Jaime, amortajado con un sudario de hilo blanco; el duque de Segovia sostenía entre sus manos un rosario que le había colocado su hermana, la infanta Cristina.

La noche se hizo larga velando al cadáver; Alfonso y Gonzalo se turnaron hasta que, a las ocho de la mañana del lunes, se cerró definitivamente el féretro en presencia del obispo de Friburgo, viejo amigo del fallecido.

A las doce y media, los restos mortales fueron conducidos en un furgón hasta la iglesia del Sagrado Corazón de Ouchy para celebrar los funerales; en el mismo templo tuvieron lugar también las honras fúnebres en memoria de la reina Victoria Eugenia. El ataúd iba cubierto por una bandera española sobre la que los legitimistas franceses habían depositado el collar del Espíritu Santo y la enseña de los Borbones, azul con tres flores de lis en oro; también se colocó el collar del Toisón de Oro.

La puerta de la iglesia estaba cubierta de coronas, entre las que podía verse la del jefe del Estado español, compuesta de claveles rojos y margaritas amarillas, y la del rey de Suecia.

Destacaba también la que habían enviado los paisanos segovianos del difunto. La

muerte de don Jaime había causado gran conmoción en La Granja de San Ildefonso, donde había nacido el infante hacía sesenta y siete años. La última vez que estuvo allí fue el 9 de marzo de 1972, con motivo de la boda de su primogénito Alfonso.

En el transcurso de un almuerzo, el alcalde de la ciudad le impuso la insignia de Segovia, que él prometió no quitarse nunca, y recibió también un alfiler de corbata de la Diputación con el escudo provincial. En el libro de oro del mesón Cándido, don Jaime dejó escrito:

Con mi alegría de ver mi querida Segovia y al mismo tiempo tu buena cocina para los buenos segovianos que come tan bien [sic] para los demás. Con un fuerte abrazo a todos. Tu pobre hijo predilecto. Viva Segovia.

Bajo esas palabras, su hijo Gonzalo anotó: «Un día emocionante para mí y una alegría inmensa, que es ver a mi padre, por fin, en su Segovia de siempre».

Tres años después de aquella jornada entrañable, comenzaba en Lausana el funeral oficiado por el párroco, padre Zagren, que había pronunciado también la misa de réquiem por el alma de la reina Victoria Eugenia.

Ocupó un lugar destacado, en representación de Franco, el príncipe Juan Carlos. Frente a él, se situó el resto de la Familia Real por el siguiente orden: Alfonso de Borbón Dampierre, Carmen Martínez-Bordiú, Gonzalo de Borbón Dampierre, los condes de Barcelona, la infanta Cristina, la princesa Sofía y don Marino Torlonia. Detrás se colocaron las infantas Pilar y Margarita con sus respectivos maridos, junto a las hijas de la infanta Cristina —María Teresa, Giovanna y Ana Sandra, ésta con su esposo Stavros—, y Olimpia de Torlonia, también con su marido.

En otros bancos destacados estaban los marqueses de Villaverde, la duquesa de Alba, con su hijo el duque de Huéscar, el barón de Gotor, y el duque de Sevilla, entre otros nobles venidos de España.

En representación de otras casas reales de Europa figuraban el príncipe de Nápoles, Víctor Manuel de Saboya, comisionado por el rey Humberto, el rey Miguel de Rumanía con su esposa, la duquesa de Génova, tres princesas egipcias, hijas de Faruk, el príncipe Bagration, y la princesa María Gabriela de Saboya con su esposo, Robert de Balkany.

Concluido el funeral, se rezó un responso y el féretro fue conducido hasta el cementerio de Bois de Vaux, en Lausana. En torno a la fosa abierta, donde yacían los restos de la reina Victoria Eugenia y del infante don Gonzalo, fallecido en accidente de automóvil en 1934, se agrupó toda la familia de don Jaime. En primer término podía verse a sus hijos Alfonso y Gonzalo, visiblemente emocionados, junto a la duquesa de Cádiz.

El momento más sentido se produjo justo antes de cerrarse el sepulcro, cuando Alfonso y Gonzalo se acercaron hasta él portando un saquito de tierra de Segovia que su padre había recogido en su última visita a la ciudad, tres años atrás, y comenzaron

a extenderla sobre el féretro. Fue entonces cuando se mostraron incapaces de contener el llanto. Allí quedaron provisionalmente inhumados los restos mortales de don Jaime, salpicados de su amada tierra segoviana, de la cual se había visto obligado a permanecer alejado durante tantos años. Una década después, en 1985, fueron trasladados al monasterio de El Escorial.

La mala estrella a la que había aludido en vida don Jaime se había cebado, y aún seguiría haciéndolo, con la rama borbónica de Alfonso XIII. Por algo los supersticiosos se opusieron, cuando nació el monarca, a que éste fuera bautizado con el nombre de Alfonso. Precisamente para que no llevara el número 13 durante su reinado.

Pero hubo muchas más coincidencias nefastas para los agoreros. El padrino del monarca fue el papa León XIII. El escritor Ríos Mazcarelle reparaba también en que el atentado de París contra su vida tuvo lugar un 31 (13 al revés) de mayo de 1905; lo mismo que el perpetrado otro 31 (13 también al revés) de mayo de 1906, al regresar a palacio tras contraer matrimonio con Victoria Eugenia. Un tercer atentado se registró el 13 de abril de 1913. Y no acabó ahí la cosa. Hubo otras muchas casualidades, o no, en la vida de Alfonso XIII: el 13 de diciembre de 1930 se produjo la sublevación de Jaca; otro 13 de abril, de 1931, se decidió en las urnas el derrumbamiento de la monarquía; don Gonzalo, el benjamín del rey, murió el 13 de agosto de 1934... Y, para colmo, cuando Alfonso XIII falleció en Roma, en 1941, su familia más directa estaba compuesta por 13 personas: la reina, cuatro hijos y ocho nietos.

Supersticiones aparte, lo cierto era que la vida de la Familia Real estuvo demasiadas veces marcada por la desgracia. Diecinueve años antes de la trágica muerte de don Jaime, el destino cruel se había vuelto a ensañar con otro de sus miembros más débiles.

Capítulo II. La carta

Empezó como una filtración de insistentes rumores. Se habló de disparos, de un horrible accidente, e incluso de víctimas mortales... Todos, en la agencia francesa de noticias Havas, anhelaron saber entonces qué había sucedido en realidad en Villa Giralda, la residencia de los condes de Barcelona, aquella tarde del 29 de marzo de 1956.

La confusión y el revuelo persistían aún de noche en la redacción parisina, cuando uno de sus jefes se apresuró a contactar con el secretario particular de don Jaime de Borbón y Battenberg, el periodista Ramón Alderete, para que tratase de confirmar la noticia antes de difundir un despacho.

—Es terrible... terrible...

La voz entrecortada, afligida, del ex embajador José Quiñones de León resonó instantes después al otro lado del teléfono mientras Alderete escuchaba en silencio.

—El tiro —añadió Quiñones con acento afrancesado— ha salido accidentalmente cuando el pobre Alfonso limpiaba su pistola... Todos los intentos han sido inútiles... El desgraciado ha muerto instantes después...

Bastó aquel testimonio desgarrado de quien fue albacea testamentario del rey Alfonso XIII para que Alderete marcase enseguida el número de la agencia y dictase la noticia 245, transmitida a las 23.31 horas, que decía así:

Se ha sabido esta noche en los medios monárquicos españoles de París que el príncipe Alfonso de Borbón, hijo segundo del pretendiente al trono de España, se ha matado el jueves por la noche mientras jugaba con una pistola en Villa Giralda, residencia de su familia en Estoril.^[1]

En Estoril, en efecto, a orillas del Atlántico, junto a la desembocadura del Tajo, sobrevino la desgracia.

La apacible ciudad portuguesa, al oeste de Lisboa, donde banqueros y armadores habían establecido sus fastuosas mansiones, acogía al final de la avenida, en lo alto, a Villa Giralda, una residencia sin pretensiones palaciegas. Se asemejaba a un cortijo andaluz, de fachada blanca y construcción chata.

En aquel chalé *petit-bourgeois* vivían su exilio don Juan de Borbón y Battenberg y su esposa, María de las Mercedes de Borbón y Orleans, con sus hijos Pilar, Juanito, Margarita y Alfonsito. Nadie habría adivinado que aquél era el hogar del aspirante al trono de España, y sí, en cambio, que pudiera tratarse de la morada de algún comerciante o del gerente de una compañía maderera.

Si alguien llamaba a la puerta de color verde era observado, sin apercibirse de ello, desde unos ojos de buey camuflados en los laterales. Algunos trofeos de caza del conde de Barcelona, cobrados en sus safaris africanos, adornaban el porche, junto a

un tapiz que reproducía una bonita imagen del palacio de La Granja.

Don Juan y doña María de las Mercedes alquilaron al principio la casa, que sólo al cabo de diez años pudieron comprar.

«¡Nos costó un dineral arreglarla!», recordaba la condesa de Barcelona al cabo del tiempo.^[2]

Llamaron al chalecito Giralda, en recuerdo del yate del rey Alfonso XIII y de la añorada torre sevillana. Ambos motivos se reproducían en mosaicos a la entrada de la casa.

Villa Giralda era un hogar tranquilo y cálido; el lar ideal de una familia corriente, si no fuera por el inconfundible signo de realeza que distinguía a sus ocupantes. El ayudante de cámara de don Juan, Luis Álvarez Zapata, que sirvió a la Familia Real en el cuarto de la reina Victoria, recibía siempre a los visitantes, invitándoles a pasar a una salita repleta de muebles y fotografías.

Arriba, en la habitación del conde, se acumulaban sus mejores trofeos deportivos, su trompeta y sus escopetas. Pero la mirada entrañable de su padre, el rey Alfonso XIII, plasmada en un lienzo de Laszlo (1910) que presidía el rellano de la escalera, parecía presagiar la inminente tragedia. Y ésta llegó, como todas, a traición: una lóbrega tarde del 29 de marzo, Jueves Santo, de 1956.

Días después, el semanario italiano *Settimo Giorno* publicaba una sobrecogedora versión de lo que sucedió aquella jornada maldita en Villa Giralda. La crónica de su corresponsal en Lisboa, Ezio Saini, acabó en las fornidas manos de don Jaime de Borbón y Battenberg, que ese mismo día, 10 de abril, confesaba con evidente consternación a su secretario Alderete:

Estoy desolado de ver que la tragedia de Estoril es llevada de esta forma por un periodista al que le ha sorprendido la buena fe, pues me niego a no creer en la veracidad de la versión de la muerte de mi desgraciado sobrino dada por mi hermano. En esta situación y en mi calidad de jefe de la familia de Borbón, no puedo más que estar en profundo desacuerdo con la actitud de mi hermano Juan que, para cortar toda interpretación posterior, no ha pedido que se abriera una encuesta oficial sobre el accidente y que fuera practicada la autopsia en el cuerpo de mi sobrino, como es habitual en casos parecidos.^[3]

¿Autopsia? ¿Investigación judicial? ¿Estaba en realidad don Jaime desvelando que algo presuntamente irregular, delictivo, había sucedido mientras los dos hermanos jugaban en una habitación de Villa Giralda? ¿Acaso era cierta aquella aterradora frase que algunos pusieron en boca de don Juan, según la cual el padre, visiblemente enojado, había exigido a su hijo Juanito el juramento solemne de que no lo había hecho a propósito?

Don Jaime insistía en reclamar una investigación. El 11 de abril, trece días

después de la tragedia, el diario británico *The Daily Telegraph* publicaba la crónica de su corresponsal en París:

Don Jaime, Jefe de la Familia Real Española, ha declarado hoy en París que lamentaba profundamente que su hermano Don Juan, Pretendiente al Trono español, no haya verificado una investigación oficial acerca de la muerte en la semana última de su hijo, el Príncipe Alfonso, de 15 años, en accidente de tiro.

El periódico inglés, añadía:

Don Jaime comentaba el informe, según el cual el Príncipe Alfonso fue muerto accidentalmente por su hermano mayor, el Príncipe Juan Carlos. Dicho informe, según un diario de París, será publicado mañana en el semanario italiano *Settimo Giorno*, procedente de su corresponsal en Lisboa.

Años más tarde, la periodista francesa Françoise Laot recogía la versión de *Settimo Giorno*; según ésta, la pistola que mató al infante Alfonsito era un regalo de Franco y estaba guardada bajo llave en un secreter. A Juanito y Alfonsito les encantaba disparar y no dejaban de pedir que les dejaran jugar con ella. Días antes, Alfonsito había comprado balas a un armero de Lisboa; quería tirar al blanco con Víctor Manuel de Italia, su vecino y compañero de juegos. Los proyectiles, sin embargo, eran demasiado largos y duros para la pequeña pistola y uno de ellos quedó atascado en el cargador. Los dos hermanos quisieron sacar el arma para apuntarse con ella en broma, pero el conde de Barcelona les prohibió tocarla. La pistola volvió al secreter y don Juan guardó la llave en uno de sus bolsillos. Juanito, de dieciocho años, y Alfonsito, de casi quince, no claudicaron y suplicaron con insistencia a su madre que se la dejara, prometiéndole que no cometerían imprudencias. La madre cedió y fue a buscar la llave a la chaqueta de su marido...

Fue entonces cuando el destino cruel irrumpió en aquella atmósfera cerrada que parecía decorada a propósito, brumosa y lóbrega, soñolienta y fatalista. Poco después sonó un disparo, seguido de un desconcertante silencio. Las miradas despavoridas de los condes de Barcelona se dirigieron súbitamente a la segunda planta, donde jugaban sus hijos.

Doña María de las Mercedes descansaba en su saloncito privado. De su pared principal, sobre la amplia chimenea de madera y mármol, colgaba un óleo de su hermano Carlos, muerto en el frente de Guipúzcoa veinte años atrás. Al lado, sobre el tresillo de color palo de rosa, había un retrato a la sanguina de su hijo Alfonso, al que estaba a punto de perder también.

La condesa se quedó sin respiración al escuchar los gritos de Juanito, que bajaba

como una exhalación por la escalinata: «¡No, tengo que decírselo yo!», espetaba el infante a la señorita de compañía.

«A mí se me paró la vida», confesaría la condesa al cabo de los años.^[4]

Don Juan salió como un relámpago del despacho y corrió escaleras arriba, hacia el tétrico escenario. Allí descubrió a su hijo Alfonso desplomado en el suelo, con un disparo en la frente. Su primogénito Juan Carlos, de dieciocho años, estaba unos segundos antes con él. El conde de Barcelona intentó detener la hemorragia. Taponó con sus dedos los orificios de entrada y salida por donde brotaba la sangre a borbotones. Pero el infante adolescente murió irremediablemente en sus brazos. El médico de la Familia Real, José Loureiro, certificó la muerte instantánea.

Entonces, aquel corpachón de dos metros de estatura se desmoronó por dentro. El recio hombre de mar perdió en unos segundos el rumbo de la historia. El destino acababa de arrebatarse a su hijo pequeño, mientras jugaba con su hermano Juan Carlos, que disfrutaba de un permiso en la Academia Militar de Zaragoza.

Don Juan sabía muy bien cómo ahogar el dolor. En 1934, con sólo veinte años y alférez de la Marina británica, recibió otra tremenda sacudida del destino: el accidente de coche que costó la vida a su hermano pequeño, don Gonzalo, que era hemofílico. El chaval se apagó como una vela desangrado tras recibir un golpe en el estómago. Su hermano mayor tampoco pudo hacer nada entonces. Sólo asirle de la mano y darle el último aliento antes de morir.

El conde de Barcelona sintió de nuevo la terrible punzada del hado cuatro años después; esta vez fue su hermano mayor Alfonso, ex príncipe de Asturias, quien falleció a consecuencia de otro accidente de automóvil. Como don Gonzalo, era hemofílico y agonizó en un hospital de Estados Unidos a causa de una hemorragia interna; el mismo veneno en la sangre tenía su tío Mauricio de Battenberg, que murió a los veinticinco años de una hemorragia en el estómago.

Y aquella fatídica mañana, en Villa Giralda, el conde de Barcelona subió a bordo de su lujoso Bentley negro sin pronunciar una sola palabra, alejándose a gran velocidad por las angostas carreteras de Estoril. En el salpicadero había una fotografía de sus cuatro hijos —Pilar, Juan Carlos, Margarita y Alfonso— que colocó doña María de las Mercedes, advirtiéndole: «Para que nunca olvides que no tienes derecho a arriesgar tu vida...».

Don Juan llegó hasta el mar y arrojó allí el arma.

La versión de la historiadora Helena Matheopoulos coincidía en líneas generales con la publicada por el semanario *Settimo Giorno*, recogida por Françoise Laot; si bien Matheopoulos matizaba que, antes de empezar a jugar con la pistola, don Juan Carlos dijo que tenía apetito y su hermano pequeño se ofreció a ir a la cocina en busca de unos bocadillos mientras el primogénito cargaba el arma. Pasados unos minutos, Alfonsito regresó con un bocadillo en cada mano y no vio a su hermano, que empuñaba en pie la pistola, escondido tras la puerta. Alfonsito empujó ésta con el codo y la puerta se abrió de par en par, golpeando a Juanito y haciendo que el arma se

disparase. Se trataba sin duda de una versión inverosímil, difundida tal vez para remarcar la involuntariedad de la tragedia. ¿Cómo era posible si no que Juanito disparase por la espalda a su hermano y que el proyectil le hubiese entrado en realidad por la frente?

La verdad era que a don Juanito se le había disparado accidentalmente una pistola Long Automatic Star, del calibre 22. Al parecer, según otra versión, la pistola era un regalo que alguien hizo a don Juan Carlos en la Academia de Zaragoza, días antes de partir hacia Estoril; de tal forma que cuando Juanito recogió a su hermano en Madrid, acompañado de su preceptor el teniente general Carlos Martínez Campos, para viajar juntos en el Lusitania Express a Estoril, la llevaba ya consigo.

El accidente dio paso a un silencio claustral sobre sus circunstancias. El Gobierno evitó cualquier comentario en la prensa que pudiese profundizar en lo sucedido, mientras la administración portuguesa impidió que se abriese una investigación. Nadie debía conocer los detalles de un suceso tan desgraciado que afectaba nada menos que al heredero de don Juan de Borbón, al futuro príncipe de Asturias de acuerdo con el legitimismo dinástico.

Tan sólo un escueto comunicado oficial, redactado por la Secretaría de los Condes de Barcelona, fue dado a conocer a la opinión pública. Decía así:

Mientras Su Alteza el infante Alfonso limpiaba un revólver aquella noche con su hermano, se disparó un tiro que le alcanzó en la frente y le mató en pocos minutos. El accidente se produjo a las 20.30, después de que el infante volviese del servicio religioso del Jueves Santo, en el transcurso del cual había recibido la santa comunión.^[5]

Era evidente que el comunicado oficial faltaba a la verdad. El accidente ocurrió por la mañana, después de la misa del Jueves Santo, en lugar de por la tarde, tras los oficios; es decir, que don Alfonsito recibió la comunión en la misa de la mañana, y no en los oficios de la tarde, a los que no pudo asistir porque ya estaba muerto.

Pero lo más trascendente del caso era que el arma la manejaba Juan Carlos, y no su hermano pequeño. ¿Por qué había necesidad de mentir sobre las causas del accidente?, ¿es que había que ocultar algo?, ¿acaso quienes mantenían que la Familia Real acudió a los oficios confundían éstos con la misa de la mañana?

Franco sabía perfectamente que fue don Juan Carlos quien disparó accidentalmente sobre su hermano. Por eso, dirigiéndose a don Juan, escribió:

El recuerdo de la desgracia de su hijo el Príncipe Alfonso causa emoción a cuantos se encuentran unidos a esta familia por lazos de amistad y de cariño, e incluso en quienes, no conociéndolos, participan en el dolor de esta familia. Pero en el orden político, el recuerdo puede arrojar sobre su hermano [Juan

Carlos] sombras por el accidente y en las gentes simplistas evocar la mala suerte de una familia cuando a los pueblos les agrada la buena estrella de sus príncipes.^[6]

El general ofrecía así una posible explicación del silencio sepulcral sobre la tragedia. El jefe del Estado creía que la discreción (o más bien el engaño a la opinión pública) era el mejor medio de proteger los intereses futuros de don Juan Carlos al trono de España; tal vez pensara ya en él como posible sucesor, reservándose la carta del hijo por si le fallaba el padre.

De todas formas, con el paso de los años se publicarían testimonios implacables e injustos sobre don Juan Carlos. Uno de éstos provenía de la que fue su novia poco después de la tragedia, Olghina de Robilant, que contaba entonces veintitrés años y frecuentaba los círculos aristocráticos de Estoril cuando visitaba a su tía Olga, que residía en Sintra.

Antigua jefa de redacción del diario italiano *Momento Sera*, Olghina de Robilant plasmaba así sus impresiones en sus memorias tituladas *Reina de corazones*:

No podía dejar de pensar en la tragedia que se había abatido sobre Juanito, que había llenado muchas páginas de los periódicos y de la que había oído hablar en casa. Varios meses antes Juanito había matado por error a su hermano Alfonso. Estaba jugando con unas armas cuando se disparó el revólver que manejaba Juanito, alcanzando a Alfonso en plena frente. Algunos decían que la bala era de rebote, pero, según Baba y la tía, sólo se trataba de atenuantes inventadas para aligerar la responsabilidad de Juanito. Había sido un terrible accidente y pensé que, si me hubiera ocurrido a mí, probablemente, en un primer momento, habría dirigido el arma contra mí misma. Sin duda me habría dejado en estado de *shock* durante muchísimo tiempo. En cambio, Juanito no daba señales de tener el menor complejo. Llevaba corbata negra y una banda negra en señal de luto. Eso era todo. Me pregunté si era falta de sensibilidad o se había impuesto ese comportamiento.
^[7]

Poco a poco, a través de los despachos reservados a los responsables de las agencias de información, y sobre todo a raíz de los rumores que siguieron al infortunio, don Jaime de Borbón y su secretario Ramón Alderete fueron descubriendo la verdad:

Contrariamente —recordaba Alderete— a lo que había sido oficialmente afirmado por la casa de don Juan y por los gobiernos portugués y español, que seguían manteniendo la tesis del accidente, don Alfonso no se había matado

jugando con una pistola, sino que fue su hermano Juan Carlos quien lo había matado, por supuesto de forma accidental. A pesar de que esta segunda noticia había saltado a los titulares de la prensa mundial, ni en los medios oficiales juanistas, ni en los franquistas, se emitía ningún desmentido a la tesis anterior.

[8]

El 16 de enero de 1957, casi diez meses después de la tragedia de Estoril, don Jaime redactó una despiadada carta dirigida a su secretario Ramón Alderete; en ella, el infante reclamaba formalmente una investigación judicial sobre las circunstancias del accidente que había protagonizado su sobrino mayor.

Ocupaba entonces don Jaime con su segunda esposa, la prusiana Carlota Tiedemann, una mansión en Rueil-Malmaison, zona residencial próxima a París. El pueblo de Rueil debía su nombre y celebridad a Malmaison, el palacio que Napoleón adquirió para Josefina, y en el cual vivió a intervalos el futuro emperador mientras fue primer cónsul. En Malmaison residió Napoleón hasta 1815, antes de partir al exilio en Santa Elena.

Casualidades de la vida: a esa misma zona residencial se trasladaría a vivir la nieta de Franco, Carmen Martínez-Bordiú, tras separarse del primogénito de don Jaime, el duque de Cádiz, e iniciar una nueva vida con el anticuario francés Jean-Marie Rossi, con el cual contrajo matrimonio civil en el juzgado número 11 de Rueil-Malmaison.

Por una cantidad razonable para su bolsillo —nueve millones de francos— don Jaime y Carlota adquirieron la mayoría de las acciones de una empresa hotelera en quiebra que antiguamente había explotado allí un hotel. Villa Segovia, como llamaron a la nueva vivienda, ofrecía al visitante un aspecto señorial con sus inmensos salones, sus veinte habitaciones, la gran terraza, el precioso parque, y hasta una pista de baile con firme de vidrio.

Villa Segovia se convirtió, desde su adquisición, en la digna sede de la «corte» de don Jaime, desde la cual el infante redactó unas desgarradoras líneas reclamando que se investigasen los hechos que habían segado la vida de su sobrino Alfonsito. Decía así la misiva:

Mi querido Ramón:

Varios amigos me han confirmado últimamente que fue mi sobrino Juan Carlos quien disparó accidentalmente sobre su hermano Alfonso.

Esta confirmación de la certidumbre que tuve desde el día en que mi hermano Juan se abstuvo de citar ante los tribunales a los que habían expresado públicamente tan terrible realidad, me obliga a rogarte que solicites, en mi nombre, cuando lo consideres oportuno, y de las jurisdicciones nacionales o internacionales adecuadas, que se proceda a la

investigación judicial indispensable para establecer oficialmente las circunstancias de la muerte de mi sobrino Alfonso (q.e.p.d.).

Exijo que se proceda a esta encuesta judicial porque es mi deber de jefe de la Casa de Borbón, y porque no puedo aceptar que aspire al trono de España quien no ha sabido asumir sus responsabilidades.

Te abrazo muy fuerte,

Jaime de Borbón^[9]

La muerte de don Alfonsito hacía resurgir, una vez más, el enfrentamiento dinástico entre don Jaime y don Juan.

Días después del entierro en el pequeño cementerio de Guía, en Cascaes, a ocho kilómetros de Estoril, don Jaime dirigía otra inoportuna carta al conde de Barcelona, en la que reafirmaba su preocupación por la falta de atenciones con sus hijos Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre durante el sepelio:

No tengo noticias directas tuyas, pero supongo os encontraréis bien, aunque bajo la dolorosa impresión de lo ocurrido al pobre Alfonsito que, indudablemente, ha de gozar a estas horas la gloria eterna. Yo tampoco lo olvido [...]

[...] Concretamente con motivo de esta desgracia de Alfonsito me ha dolido mucho que mis hijos no hayan tenido toda la consideración que realmente merecen... Mi queja es que, habiendo ido Gonzalo a Estoril para asistir en mi representación a todos los actos en sufragio del alma del pobre Alfonsito y a su entierro, no haya tenido su sitio. En este último particularmente no estuvo en la primera presidencia sino en la cuarta y se dio el triste caso de que en el cementerio el tío Ali Orleáns le echó para atrás [...] Sinceramente, no se me alcanza que recibidos Alfonso y Gonzalo como Altezas Reales hace un año, se los silencie ahora sistemáticamente en la prensa, se confundan sus nombres las contadas veces que en ella aparecen. Ellos mismos están asombrados y no se explican tal cambio...^[10]

La reivindicación del trono de España sería casi constante en don Jaime, años después de su renuncia. Pero quien realmente perdía con la muerte de Alfonsito era don Juan. Al margen del inmenso dolor que suponía la desaparición de un hijo, el conde de Barcelona se quedaba también sin un posible recambio para la Corona. Ahí radicaba la clave dinástica. La muerte de Alfonsito, como señalaba Rafael Borràs en *El rey de los rojos*^[11], privaba al conde de Barcelona de un valioso sustituto en el campo dinástico en caso de que el príncipe de Asturias, don Juan Carlos, aceptase ser el sucesor de Franco en contra de la voluntad paterna y de acuerdo con la Ley de Sucesión, como así ocurrió.

«No resulta aventurado pensar —sostenía Borràs— que de vivir el infante y de mantenerse leal a la línea dinástica, tal vez hubiese condicionado la conducta de su hermano en sentido diferente a como se produjo».

Aunque no fueran más que fundadas suposiciones, era evidente que la muerte del infante don Alfonsito ahondaba aún más en las disputas sucesorias entre don Jaime y don Juan, que serían frecuentes desde entonces.

El pleito dinástico estaba servido.

Capítulo III. La caída

Veinticinco años antes de rubricar aquella estremecedora carta a su secretario Alderete, en la que exigía una investigación a fondo sobre la muerte de su sobrino Alfonsito como si se hubiese tratado de un crimen, don Jaime de Borbón y Battenberg residía en Madrid; se avecinaba el ocaso de la monarquía.

A finales de marzo de 1931, su padre el rey Alfonso XIII le mandó llamar al despacho para confiarle que presidiese, en su nombre, las procesiones de Semana Santa en Granada.

Era cada vez más frecuente que el monarca recurriese a su segundo hijo Jaime, de casi veintitrés años, para que le representase en compromisos oficiales, en lugar de encomendar esa tarea a su primogénito el príncipe de Asturias, dado que éste padecía con excesivo rigor los males de la hemofilia.

Alfonso XIII invistió así solemnemente a su segundogénito con el collar del Toisón de Oro y el de la Orden de Carlos III, las dos máximas condecoraciones de la monarquía, además de constituirle comendador de la Orden de Calatrava.

¿No era eso apostar fuerte por un hijo que, aun siendo sordomudo, era enviado por su padre para que le representase en numerosos actos públicos?

No en vano don Jaime se había convertido, por decisión paterna, en un príncipe de Asturias de facto, que recorría buena parte del país junto al general Primo de Rivera para inaugurar o presidir, en nombre del rey, toda clase de ceremonias, lo que le servía para tomar el pulso acelerado a una nación que galopaba inevitablemente hacia un cambio de régimen.

En septiembre de 1929, durante un viaje a Valencia, se había enfrentado ya al temor de sufrir un atentado. Fue hasta allí para inaugurar una motonave de la Compañía Trasmediterránea, bautizada precisamente con el nombre de Infante don Jaime.

Primo de Rivera y él tenían que efectuar la travesía inaugural entre Valencia y Palma de Mallorca, y pernoctar uno o dos días en la capital balear. Pero las autoridades desaconsejaron el programa de viaje ante el peligro de que se convocasen manifestaciones hostiles e incluso pudiese perpetrarse un atentado.

Tras consultar con Madrid, se decidió que Primo de Rivera y don Jaime permaneciesen a bordo de la motonave, sin desembarcar en Palma de Mallorca más que para asistir al Tedeum en la catedral, a la recepción y almuerzo en Capitanía, y a la visita de la Lonja. Pero don Jaime, testarudo a veces, no se conformó con esos actos y se salió al final con la suya al presidir un congreso de alcaldes de Baleares, Valencia, Alicante y Castellón, celebrado con motivo del IV Centenario de la ocupación del reino de Valencia por su homónimo Jaime I el Conquistador.

El infante visitó luego las cuevas de Artá, a bordo de un bote bautizado con su nombre, y pudo ver la placa que indicaba al público el lugar exacto donde su padre, durante una visita que hizo allí mismo, cayó al suelo tras sufrir un resbalón y se

golpeó en la cabeza quedando ligeramente conmocionado.

Aquel mismo año, don Jaime fue nombrado comendador de Castilla de la Orden de Calatrava, a la que había accedido como profeso el año anterior, al cumplir los veinte. El ceremonial formaba parte del rango que correspondía a un infante de España como él.

Había sido armado caballero y vestido con el hábito de la orden militar de Calatrava la tarde del 12 de abril de 1928, bajo la presidencia del gran maestro, su padre el rey. La ceremonia tuvo lugar a las cuatro, en la sala capitular de la iglesia de la Concepción Real de Calatrava, en Madrid.

Presidía, en efecto, Alfonso XIII, gran maestro de las órdenes de caballería de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. En un momento del emotivo acto, el rey tomó por la empuñadura la espada que ceñía su hijo Jaime, la desenvainó y, alzándola, tocó con ella en la cabeza, luego en el hombro derecho y a continuación en el izquierdo del infante, mientras proclamaba: «Dios todopoderoso os haga buen caballero; y señor San Benito y señor San Bernardo sean vuestros abogados».

Repitió el rey por tres veces ese ritual y, acto seguido, su hijo besó la cruz de la espada y la envainó.

La vida cotidiana de don Jaime cambió también en los últimos años de la monarquía. Con frecuencia acompañaba a su padre a jugar al golf, y trabajaba con él en palacio todas las tardes, de ocho a nueve, examinando los despachos que enviaban al rey los distintos ministerios. Siguiendo las indicaciones de su padre, clasificaba por un lado los partes autorizados por el monarca y, por otro, los que éste rechazaba. Luego, junto con el marqués de Torres de Mendoza, secretario particular de Alfonso XIII, remataba la tarea.

Entre tanto, el primogénito Alfonso de Borbón y Battenberg —espigado, rubio y de ojos azules: la viva estampa de su madre— era víctima de crueles ofensas por parte de los enemigos de la Familia Real, que difundían el bulo interesado de que cada día se sacrificaba a un ternero, e incluso a un niño, para alimentar con su sangre al príncipe de Asturias, cual voraz quiróptero.

Los detractores de la monarquía aludían despectivamente al príncipe Alfonso como el «porquerizo de la Corte». En el fondo no les faltaba razón, porque el muchacho se pasaba los días recluido en el palacete de La Quinta, cerca de El Pardo, al cuidado de animales mientras confeccionaba planos de pabellones y gallineros y analizaba la cría industrial de puercos. Allí paseaba por los jardines y los bosques con su setter Peluzón.

La hemofilia, heredada de su madre la reina Victoria Eugenia de Battenberg, le incapacitaba para cualquier acto público, impidiéndole incluso incorporarse de una silla. En 1927 se le había realizado un estudio hemofílico con alarmantes resultados y hubo que trasladarle al ala noroeste de palacio, donde le visitó el general Emilio Mola, testigo del trance:

Me recibió de pie —recordaba el futuro organizador de la sublevación militar del 18 de julio—, y quiso tener la deferencia de hacerme sentar. Luego intentó levantarse para despedirme y no le fue posible. Una ráfaga mezclada de angustia y resignación pasó entonces por su semblante.

Esta enfermedad, gravísima entonces, se caracteriza por la propensión a fuertes hemorragias, a veces de forma espontánea, las cuales son muy difíciles de controlar debido a un problema en la coagulación de la sangre. Las mujeres portan el mal y lo transmiten a los varones.

El propio príncipe de Asturias trataba de explicar al célebre periodista José María Carretero el mal que padecía:

En general —decía don Alfonso de Borbón y Battenberg—, se manifiesta por hemorragias internas, que pueden producirse por cualquier accidente. Una contusión, un golpe fuerte, una distensión muscular, una torcedura... provocan la extravasación interior... En la parte lesionada se inicia una especie de flemón dolorosísimo y, a veces, inacabable, que tiene un periodo largo de disolución. Al derrame interno sigue la inflamación con sus tormentos feroces.

Robert Shapiro, en *La impronta humana*, resumía muy bien la forma de transmisión de esa especie de «peste» sanguínea:

Si una mujer tiene el gen de la hemofilia seguirá estando sana pero será portadora. Su descendencia, masculina o femenina, tendrá una oportunidad de cada dos de recibir ese gen. Si no lo reciben ellos y sus descendientes, se ven libres de la enfermedad. Si un hijo varón hereda el gen de la hemofilia, sufrirá la enfermedad. Todas sus hijas serán portadoras, pero sus hijos y descendientes se verán libres del mal.

Así fue. De los cuatro hijos varones de Alfonso XIII y Victoria Eugenia —Alfonso, Jaime, Juan y Gonzalo— sólo sufrieron la enfermedad el mayor y el pequeño; las dos hijas —Beatriz y María Cristina— quedaron estigmatizadas al ser sospechosas de portar el gen.

El llamado «mal de Hesse», por su presunta procedencia de la casa real de Hesse (aunque, en realidad, fue la reina Victoria de Inglaterra quien introdujo esta tara orgánica, a través de sus descendientes, en las casas de Hesse, Rusia y España), hizo acto de presencia en el primogénito a los pocos días de nacer éste, en mayo de 1907, al ser operado de fimosis; los médicos comprobaron entonces que la hemorragia sobrevenida tras la incisión no cesaba y dictaminaron que el príncipe, igual que su

primo, el hijo del zar de Rusia, era hemofílico.

Don Jaime, en cambio, no lo era, pero desde que nació fue quedándose paulatinamente sordo y, como consecuencia de ello, casi mudo.

Contra lo que se decía entonces y es hoy incluso opinión unánime entre los autores, don Jaime no perdió la audición a los cuatro años, a resultas de una intervención quirúrgica, sino que había empezado ya a perderla desde el mismo instante de su nacimiento, cuando con toda probabilidad contrajo una infección en el oído interno por la que entonces, ante la ausencia de antibióticos, llegaban incluso a morir algunos niños.

La infección de la mastoides (el hueso situado detrás del oído) podía, al operarse, producir acceso cerebral e incluso meningitis.

«Es posible que se tratara de una otomastoiditis —me comentaba recientemente el insigne otorrinolaringólogo Jorge Antolí-Candela—; es decir, de una infección crónica que habría desarrollado desde su nacimiento y cuyo único tratamiento era entonces quirúrgico».

Prueba evidente de que don Jaime no se quedó sordo a los cuatro años era su absoluta incapacidad para expresarse con la mínima corrección. «Si hubiera oído bien hasta los cuatro años, el niño hubiera hablado mejor», advertía el doctor Antolí-Candela.

La propia princesa Pilar de Baviera, prima hermana de Alfonso XIII y conocedora de no pocas intimidades del rey y su familia, daba por hecho que el infante nació con su grave limitación: «Siendo sordo de nacimiento —aseguraba—, es posible que no se dé plena cuenta de lo que pierde con serlo, y se le enseñó cuidadosamente a hacer todo lo que hacen sus hermanos».

Pero quizá el testimonio más rotundo y esclarecedor sobre la cuestión provenga de quien fue esposa de don Jaime durante más de diez años, Emanuela de Dampierre, que en sus memorias escritas en colaboración con Begoña Aranguren, asegura: «En contra de casi todas las versiones que sobre Jaime y su minusvalía se han publicado, quiero decir que él era sordomudo de nacimiento y nada tuvo que ver la operación de mastoiditis que los médicos le practicaron cuando era muy pequeño».^[1]

¿Por qué razón se dijo entonces que la sordomudez del infante no era una tara de nacimiento? Sin duda, la explicación más plausible era el temor de don Alfonso XIII a que la opinión pública pudiera acoger desfavorablemente otra desgracia familiar que sumar a la hemofilia que afectaba ya a su primogénito Alfonso. ¿Acaso —podía llegar a pensarse— algún tipo de maldición recaía sobre los Borbones de España?

La infección auditiva que padecía el infante se agravó a su regreso de Friburgo (Suiza), en 1912.

Durante el viaje en tren por España —recordaba el propio don Jaime—, me dolía mucho la cabeza, y, al llegar a la Estación del Norte de Madrid, me dio un síncope y empecé a echar pus por la nariz y los oídos. Se hallaban en la

estación la reina María Cristina [su abuela paterna], mi madre, la infanta Isabel y el infante don Fernando de Baviera. Muy asustados, me llevaron a palacio lo más deprisa posible y llamaron a un gran especialista, el doctor Compaire, quien diagnosticó una otitis aguda y decidió hacerme una trepanación inmediatamente.^[2]

La operación quirúrgica fue toda una odisea. El paciente, consciente al principio, empezó a propinar patadas a médicos y enfermeras para evitar que le administrasen el cloroformo. Los frascos de anestésico se hicieron añicos en el suelo y a punto estuvieron todos de quedar sedados en la habitación del último piso de palacio, donde se había improvisado el quirófano.

Al fin, sobre las dos de la madrugada, el doctor Compaire pudo empezar la intervención, que fue muy laboriosa, y durante la cual no tuvo más remedio que fracturar el hueso auditivo del paciente.

Alfonso XIII y su madre presenciaron la operación, mientras en la habitación contigua aguardaba, impaciente, la reina Victoria Eugenia acompañada de Antonio Maura y José Canalejas.

El infante perdió por completo la audición y quedó así definitivamente incapacitado para mantener una conversación normal; con el tiempo se acostumbró a leer en los labios y a emitir sonidos guturales típicos del sordomudo.

En su educación jugaron un papel primordial dos experimentadas monjas de la Inmaculada Concepción, pertenecientes al colegio de sordomudos y ciegos, que habían fundado un centro similar en Santiago de Chile. Sor María y sor Avelina eran valencianas y trabajaron intensamente con el infante en palacio hasta 1930. Sus enseñanzas hicieron posible que el alumno superase su limitación inicial y pudiese entender lo que otras personas decían leyendo tan sólo en sus labios. Gracias a ello, don Jaime pudo aprender tres idiomas a la vez: el francés, con la profesora Le Dieu, que lo era también de sus hermanos; el inglés, con la señorita Dutton; y el alemán, con Fräulein Paula, una austriaca que había impartido clases a su padre y a la que la Familia Real veía con frecuencia en el exilio.

Su agudeza visual llegaba hasta las pantallas de cine, permitiéndole leer en los labios de los actores sus auténticas palabras, distintas de las que les hacían pronunciar tras el doblaje. Pedro Sainz Rodríguez, consejero de don Juan de Borbón, daba fe de ello tras haberle acompañado al cine, en Roma:

Don Jaime, con su facultad de leer en los labios lo que dicen las personas sin necesidad de oírlo, en algunas películas, cuando lo que pasaba en la escena era algo muy serio o dramático, él se echaba a reír. Yo le preguntaba: «¿De qué se ríe Vuestra Alteza?». Entonces me explicaba que aquellos actores estaban diciéndose bajito —él lo interpretaba en el movimiento de los labios— cosas divertidas mientras representaban una escena patética o dramática.

Mientras, sus padres no perdían la esperanza de que pudiese recuperar la audición, aunque fuese sólo en parte. El hijo tuvo que soportar así un auténtico calvario de visitas a especialistas españoles y extranjeros que le sometían a dolorosos tratamientos sin el menor resultado.

Con dieciséis años, y hasta los veintiuno, el frustrado paciente estuvo yendo a Burdeos, donde recibía el tratamiento de los doctores Portmann y Moure.

Viajaba hasta allí en tren y se alojaba en el hotel Terminus con su profesor Félix de Antelo y un criado. Jamás olvidó aquellos difíciles años, en los que debió soportar, con toda la resignación del mundo, hasta dos sesiones diarias de una terapia despiadada con corrientes eléctricas.

Félix de Antelo informaba de uno de aquellos viajes al conde de Grove, en una carta fechada en Burdeos el 9 de julio de 1924, que ahora se publica por primera vez:

Mi respetable y querido general: Como dije a usted en mi telegrama, ayer, apenas llegamos, lo hicimos perfectamente sin contratiempo alguno, a pesar de que el viaje, como usted pudo ver, no empezaba con muy buenos auspicios; pero era corto y pasó bien, como le digo, aunque con un poquito de calor.

Llegamos a las dos y media y en la estación estaban, entre otras personas, el doctor Portmann, con el que quedé citado para las siete de la tarde, y en efecto allá fuimos a esa hora a continuar el tratamiento.

Después de unas experiencias para ver si había perdido algo de la audición que se había conseguido en los tratamientos anteriores, le dieron tres minutos y medio de corrientes galvánicas con inversión de polos cada treinta segundos.

Dimos un paseo por el campo y después de enterarnos en qué iglesia había misa, a las diez regresamos al hotel, cenamos, rezamos el Rosario, y nos acostamos.

Transcurrió la noche perfectamente; se levantó a las ocho y media; se bañó y le di magnesia como de costumbre, pues a la comida del tren, que es muy buena y especialmente hecha para él, le tengo siempre miedo [...] Después de desayunar fuimos a misa, nos paseamos, y a las doce a casa del médico. Más experiencias como ayer, quedando convencidos de que no ha perdido nada de la audición que se había logrado. Cinco minutos de corrientes galvánicas con inversión de polos cada medio minuto, y al hotel a almorzar a la una. Después durmió un rato de siesta y ahora está escribiendo unas cartas.

[3]

Las visitas que don Jaime recibía de su padre en verano aliviaban la pena y la soledad de un muchacho rendido ante su grave limitación. El rey le llevaba a comer a algún restaurante de los alrededores y ambos trataban de apartar la desgracia familiar

durante unas horas. Aunque la cruda realidad se impondría al cabo de los años:

Todos los esfuerzos —recordaba don Jaime ya en su madurez— de los doctores Portmann y Moure, así como las tremendas molestias que su tratamiento me causaban, nunca llegaron a obtener el más mínimo resultado.

El hijo escribía a veces al padre, informándole de sus tratamientos y describiéndole hasta los detalles más nimios de su estancia allí, como en esta otra inédita carta fechada el 12 de diciembre de 1924 con el membrete del hotel Terminus. En ella, un adolescente don Jaime hacía entrever que aún confiaba en la capacidad de sus médicos para ayudarle:

Querido papá:

Estoy mucho mejor, no tengo fiebre pero todavía no me dejan levantar porque hace mucho frío en Burdeos. Ayer, a las once de la mañana, hacía un grado bajo cero.

Ayer comí sopa, huevos, pescado y postre al mediodía, y por la noche sopa, pescado y dulce.

Hoy he almorzado sopa, pechugas de pavitos, tortilla a la francesa, queso y mandarinas. Me dan también vino viejo que escogió el doctor Moure. Cuando trajeron la botella venía llena de polvo en un cesto. Antelo dijo que era una tontería y la mandó limpiar y quedó brillante.

Los médicos Moure y Portmann me cuidan mucho y vienen a verme por la mañana y por la tarde. También tengo visita de los Padres del Solar Español.

Muchos besos a todos y para ti un fuerte abrazo de tu hijo que te quiere mucho,

Jaime^[4]

Alfonso XIII comprendía mejor que nadie el desánimo que muy pronto embargaría a su hijo, impotente para vencer su tremenda limitación. El doctor Moure y él eran viejos conocidos. En unas de sus visitas a Valencia, en marzo de 1909, cuando don Jaime tenía tan sólo un año, una traca estalló muy cerca del monarca, produciéndole fuertes molestias auditivas. El rey acudió entonces por primera vez a la consulta del doctor Moure, y desde aquel día padeció siempre del oído. Su error fue hacer caso omiso de los consejos de Antonio Maura, quien le había advertido que se protegiese los oídos en plena mascletá. Al final, don Alfonso sufrió un ligero derrame en el pabellón auditivo.

El doctor Moure le encontró en aquella ocasión cansado y decaído; en sus propias palabras: «Fatigué». El médico fue incluso más lejos y aventuró que el rey sufría

algún tipo de trastorno depresivo como consecuencia de preocupaciones y disgustos; la sordomudez que padecía su segundogénito era sin duda uno de ellos.

El doctor Moure trató también a don Alfonso XIII de una enfermedad crónica de paladar estrecho y obstrucción de laringe, que provenía de las complicaciones meningíticas sufridas por el monarca al poco de nacer y que a punto estuvieron de causarle la muerte.

En Burdeos, la reina María Cristina rompía también la penosa monotonía de su nieto, enviándole un coche a buscarle cada sábado para que pasase con ella el fin de semana en San Sebastián, donde veraneaba.

Más adelante, la víspera de su santo, el 25 de julio, don Jaime se trasladaba de Burdeos a Santander, y luego a San Sebastián, donde permanecía hasta el final de las vacaciones.

El doctor Moure le reconocía también en su consulta londinense, aunque la estancia allí, a diferencia de la de Burdeos, solía ser breve. La primera vez don Jaime se alojó en el hotel Kensington; más tarde, acompañado de su padre, lo hizo en el Ritz; y luego, en el Eden, un hotel más modesto.

Sólo en una ocasión su estancia en Londres se prolongó casi tres meses, durante los cuales se instaló en casa de su abuela materna, la princesa Beatriz.

Desde el hotel Kensington escribió esta otra carta a su padre, el 8 de marzo de 1926, en la que aludía con afecto a José Millán Astray, que seis años atrás había fundado la Legión:

Querido papá:

Yo estoy muy bien y me acuerdo mucho de todos Uds.

Hemos estado muy bien en París en casa de Pepe Quiñones de León. He sabido por los periódicos franceses e ingleses que Millán Astray ha sido herido gravemente perdiendo el ojo derecho. Qué pena porque es muy bueno y valiente; antes de marcharse para África, nos encargó a todos los hermanos que pidiéramos a Dios por él y por todos los españoles que pelean en África por España.

Ayer Antelo y yo fuimos a almorzar con los embajadores en el hotel Claridge.

Por la tarde fuimos a tomar el té con las monjas españolas que me dijeron que mamá les había prometido un retrato suyo. ¿Quieres decirle que me lo mande y yo se lo daré?

El tiempo es regular y hace un poco de fresco. Abrazos a todos y para ti uno muy fuerte de tu hijo que te quiere mucho,

Jaime^[5]

A esa estancia en Londres corresponde esta otra carta inédita de la infanta María

Cristina a su hermano convaleciente, fechada en Madrid el 24 de mayo; en ella María Cristina manifestaba el gran cariño por su hermano mayor, a quien llamaba afectuosamente «Segoviano» por haber nacido en La Granja de San Ildefonso, a diferencia de ella, que se despedía de él firmando con el seudónimo «Paulina de Madrid»:

Queridísimo Segoviano:

¿Cómo estás? Yo muy bien y deseando verte de nuevo con Félix [se refería a Félix de Antelo, que acompañaba a don Jaime durante su estancia en Londres].

El domingo hubo muchas cosas. Primero un partido muy interesante de fútbol en el Stadium. Ingleses contra españoles, pero desgraciadamente perdimos. Segundo, carreras de caballos. Gran Premio. *Eneo*, del barón de Velasco, bate por muy poco a *Bolde* de papá, después de una carrera preciosa. Tercero, toros. Torearon Márquez, Villalta y Algabeño. Márquez estupendo en el segundo toro.

Hoy vamos con Bama al Hotel Ritz, donde hay una tómbola francesa. Parece muy aburrido. Se sortea un Citröen que espero ganar. Tú me enseñarás en ese caso a guiarlo. ¿Sabes quién se ha muerto? Pues estando borracho nuestro profesor de baile Carrillo se puso de pie sobre la barandilla en un café cantando un himno al sol, perdió el equilibrio y se cayó. ¡Pobre hombre!

Adiós querido Jaime. Recuerdos a Félix.

Paulina de Madrid

PD: Si no te importa traerme seis cajas de las galletas y una grande de caramelos de los que te voy a dar las señas y que encontrarás seguramente en Barkers.^[6]

Poco a poco, desengañado por las falsas esperanzas de mejora, don Jaime fue haciéndose más escéptico, llegando incluso a comparar al doctor Moure con un vulgar curandero. En su particular *via crucis* médico figuraban otros muchos especialistas que habían intentado obrar el milagro en sus oídos con idéntico resultado que aquél.

El doctor Asuero, de San Sebastián, era uno de ellos. Joven, cordial y muy vitalista, gozaba entonces de gran celebridad por haber ideado un método que consistía en practicar unas ligeras incisiones en el nervio trigémino del oído. Por lo visto, según decían, el procedimiento del doctor Asuero era mano de santo. Pero don Jaime, la verdad, desconfió desde el principio de un sistema basado en manipular un nervio tan sensible y delicado como aquél.

Resignado como en ocasiones anteriores, aceptó viajar a San Sebastián para

soportar los desagradables toques del doctor al dichoso trigémimo, que, como él mismo presentía, de nada sirvieron. El paciente seguía siendo tan sordo como al principio.

Su frustración despertó en él un sentimiento de solidaridad con los que sufrían una situación igual o parecida a la suya. Comprensivo con la preocupación que sentía entonces su hijo por los sordomudos españoles, el rey le nombró presidente vitalicio de los Colegios de Sordomudos y Ciegos que dependían del Ministerio de Instrucción Pública. Su toma de posesión se produjo en marzo de 1928, siendo ministro Eduardo Callejo.

En su nueva responsabilidad, don Jaime comprobó la situación lamentable de los cientos de miles de sordomudos y de los cincuenta mil ciegos de toda España, que tan sólo disponían de tres colegios técnicos en Madrid, Barcelona y Valencia.

Gracias a su mediación, se fundó un colegio en Málaga, pero sólo pudieron asistir a ese centro cuarenta sordomudos y treinta ciegos, dada la enorme escasez de profesores especializados. Urgido por la necesidad de reclutar personal docente, hizo que se convocase un concurso al que concurren ciento cuarenta aspirantes; aunque la mayoría de ellos sólo sabía enseñar métodos antiguos, como hablar con las manos, procedimiento que a don Jaime le parecía triste y deprimente.

No quedó así más remedio que celebrar una reunión presidida por el rey, en la que don Jaime propuso que se inaugurasen centros en Santander, Zaragoza, La Coruña y Sevilla, al mismo tiempo que se establecía un programa de conferencias a cargo de eminentes profesores extranjeros para formar al nuevo profesorado. El infante logró que el Gobierno costeara el viaje y la estancia en Burdeos de cincuenta profesores que debían aprender en la ciudad francesa los métodos de enseñanza más modernos. Pero el resultado no fue el esperado: don Jaime lamentó la falta de vocación de los docentes y la escasez de medios económicos para seguir adelante con su proyecto.

En aquellos años —se quejaba sin razón— comprendí como nunca la escasa influencia que un infante tiene en una monarquía constitucional. Mi padre, que siempre respetó escrupulosamente las normas constitucionales, me lo hizo ver en algunas ocasiones, cuando le apremiaba demasiado con súplicas insistentes.^[7]

Se equivocaba también don Jaime al considerar que su padre ejemplificaba como nadie la fidelidad a la Constitución; precisamente él, que había sancionado la dictadura del general Primo de Rivera dejando de lado la Constitución de 1876 que había jurado defender ante los Santos Evangelios.

Cuando decidió llamar a su hijo Jaime para que le representase en otro acto oficial, Alfonso XIII no hizo sino silenciar exteriormente el gran drama latente en su interior: el hecho de que sus dos hijos mayores resultaban inservibles para la

sucesión.

¿Por qué no resolvió el monarca este peliagudo asunto mientras reinó? Si hubiese abdicado en su único hijo sano, el infante don Juan, que en 1931 había cumplido los dieciocho años, la decisión debería haber sido sancionada por las Cortes, de acuerdo con la Constitución de 1876. Pero esto, como señalaba certeramente Borràs, hubiese supuesto un trago muy fuerte para su orgullo de rey y su sensibilidad de padre.

Alfonso XIII era víctima también de un cortesanismo asfixiante que le impedía afrontar la cruda realidad. Sobre este hecho, Antonio Fontán, antiguo miembro del consejo privado de don Juan de Borbón, se sinceraba así conmigo:

Nadie pensó nunca que los dos hijos mayores del rey fueran a estar en condiciones de asumir la jefatura del Estado. No se hablaba de ello en los medios políticos y monárquicos por respeto a la Institución y a la persona de Alfonso XIII. La cuestión ni siquiera se planteaba.

El monarca se obstinaba en cerrar los ojos ante tan calamitosa realidad, puesta de manifiesto en parte por su hija la infanta María Cristina al cabo de los años:

Desde siempre —revelaba ésta en sus memorias, dictadas al escritor Javier González de Vega— éramos conscientes de la enfermedad del pobre Alfonso y de Gonzalo; sabíamos que no podíamos empujarles ni dejar que se cayesen, porque entonces se ponían enfermos. Todos, en cierta manera, les protegíamos. Aunque los dos tenían la hemofilia, el caso de Alfonso era el peor.^[8]

Aun así, Alfonso XIII se empeñaba en negar la patética evidencia, llegando a confiar incluso a la periodista inglesa Evelyn Graham, en 1928, que su primogénito rebosaba salud.

Cuando éste cumplió los trece años, el soberano le dirigió en público su primer discurso como heredero:

Hoy recibes —le anunció— el honor más grande a que puede aspirar un español. Como príncipe de Asturias ofreces tu vida y prometes cumplir tu deber, perdiendo tu libertad individual para hacer una España grande y fuerte.

Sin embargo, a finales de marzo de 1931, cuando la monarquía tenía sus días contados, el rey no pudo ya pasar por alto el grave impedimento que afectaba a su primogénito, quien «con cualquier golpe tenía unos dolores terribles y se le paralizaba parte del cuerpo», como recordaba su hermana María Cristina.

Aquella primavera mañana, mientras contemplaba en su despacho la esbelta y

vigorosa figura de su hijo Jaime, de 1,92 metros de estatura, con el bigote recortado y la nariz prominente, el rey tendría la misma impresión que si se mirase al espejo; no en vano don Jaime era un calco físico de su padre. Tal vez por esa razón no le hiciera falta al monarca exponer en su despacho el retrato de su hijo Jaime y sí, en cambio, los de sus otros hijos, Alfonso, Beatriz, Juan y Gonzalo, pintados por Laszlo.

Hasta tal punto don Jaime era casi un clon de su padre, que cuando se le veía pasear en la calle junto a su hermana María Cristina, parecían una imagen retrospectiva de don Alfonso y doña Victoria Eugenia, porque la infanta, a su vez, era otra copia de su madre.

Aquella apacible mañana, el rey se mostraba plácido y risueño, ajeno a la taimada marea antimonárquica que empezaba a formarse en algunos puntos de España. Tampoco su hijo sospechaba entonces el peligro real que se cernía sobre la Corona española. Ni siquiera el primogénito Alfonso, quien, a su paso por Morata, había sido testigo de cómo los vecinos del pueblo rodeaban su coche y empezaban a aclamarle, rogándole que se quedara allí un rato con ellos.

Según la agenda prevista, la mañana del 7 de abril don Jaime emprendió viaje a Granada, donde presidió al día siguiente una multitudinaria procesión repleta de muestras del fervor religioso andaluz. Fue entonces cuando, de forma imprevista, un manifestante veinteañero se abalanzó sobre el infante empuñando una pistola, mientras gritaba: «¡Muera el rey!».

Don Jaime dio un paso adelante y sujetó con fuerza del brazo al agitador, que instantes después era desarmado por dos policías. Luego, como si nada hubiese ocurrido, siguió presidiendo la procesión.

Algunos asistentes, temiendo una represión excesiva contra el joven detenido, imploraron su perdón gritando a don Jaime: «¡No lo mates! ¡No lo mates!»; éste gesticuló que no lo haría y fue vitoreado por el gentío. Concluida la ceremonia religiosa, intercedió ante las autoridades para que fuesen benevolentes con el alborotador.

Aquél fue un incidente aislado que a don Jaime le hizo sospechar ya que algo malo podía sucederle a su familia. La opinión de la calle sobre la monarquía era muy distinta a las palabras aduladoras que pronunciaban los cortesanos en los salones de palacio.

A su regreso a Madrid, habló con su padre pero no encontró en él comprensión alguna. El rey estaba lejos de presentir el trágico final. Y éste sobrevino tan sólo cinco días después del viaje a Granada, el 12 de abril, cuando se celebraban en toda España elecciones municipales.

Aquella tarde irrumpió el monarca en el cuarto de su hijo, el príncipe de Asturias, acompañado del coronel de Húsares de la Princesa, Gabriel de Benito, de Darío López, y del marqués de Orellana. Don Jaime estaba también allí; minutos antes había salido de su vecina habitación y penetrado en el interior de la de su hermano mayor, ubicada en la primera planta del ala de palacio que daba a la calle Bailén,

junto a la Puerta del Príncipe.

Por primera vez, Alfonso XIII temió lo peor. Las noticias eran preocupantes. Se daba casi por seguro que los candidatos republicanos habían obtenido la victoria en Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla, además de en otras importantes capitales de provincia.

Sin embargo, la mayoría de los concejales elegidos en todo el país era monárquica. A las siete y media de la tarde, don Jaime telefoneó al gobernador civil de Granada para recabar los resultados en aquella provincia. La respuesta fue desilusionante: los candidatos republicanos aventajaban ampliamente a los socialistas y monárquicos.

Una sensación de impotencia y desolación comenzó a hacer mella en el ánimo del rey y de sus hijos mayores, incapaces de entender cómo era posible que, con todo lo que se ponía en juego aquella jornada electoral —el futuro de la monarquía nada menos—, algunos Grandes de España y numerosos nobles ni siquiera se hubiesen molestado en votar. El duque de Alba estaba de viaje en Saint Moritz, el conde de la Cimera en Biarritz, el multimillonario Juan March tampoco ejerció el derecho de sufragio...

Pero la sensación general de derrota entre los líderes monárquicos no era más que un espejismo. Al ver que los republicanos se imponían en la mayoría de las capitales de provincia, restaron importancia a la mayoría monárquica en el conjunto de los ayuntamientos y convirtieron así la victoria monárquica real en un puro plebiscito favorable a la República.

Los resultados electorales que daban la victoria a los monárquicos se publicaron meses después, de forma extraoficial, en el Anuario Estadístico. Pero ya era demasiado tarde. El desánimo de los altos jerarcas monárquicos cundió en el ministro de la Guerra, Dámaso Berenguer, y en el director general de la Guardia Civil, José Sanjurjo, que ordenaron a sus fuerzas que acatasen el triunfo de la República.

La aciaga caída del régimen había empezado a fraguarse en realidad el año anterior, cuando «El error Berenguer», como tituló José Ortega y Gasset un artículo que mereció pasar a los anales de la literatura política de la época, destapó la caja de los truenos contra la monarquía de Alfonso XIII.

Tras la dimisión del general Primo de Rivera, el 28 de enero de 1930, el monarca encomendó la formación de Gobierno al teniente general Dámaso Berenguer, conde de Xauen, hallado culpable de los sucesos de Annual y luego amnistiado, que además era jefe de la Casa Militar del Rey.

Berenguer se reservó también el Ministerio de Defensa, justificando así la razonable crítica de Ossorio y Gallardo según la cual, «la dictadura militar del rey buscaba su remedio en la propia casa militar del rey».

Precisamente Ossorio reclamó, a principios de febrero de 1930, la celebración de unas elecciones que pusieran fin al militarismo monárquico.

Alfonso XIII hizo lo contrario de lo que le había aconsejado el general Primo de

Rivera al dimitir: constituyó un gobierno centrista presidido por un político de prestigio para retornar así a la normalidad constitucional. Con Berenguer no se restablecieron las Cortes, suprimidas en septiembre de 1923, ni se convocaron elecciones, lo cual significaba gobernar por decreto, con poderes excepcionales, haciendo merecedor al régimen de pasar a la historia con el sobrenombre de «dictablanda».

Casi al mismo tiempo que se instituía el nuevo gobierno, regresaba a España Miguel de Unamuno, uno de los grandes perseguidos de la dictadura, tras varios años de exilio. El ex rector de la Universidad de Salamanca simbolizaba como pocos la resistencia civil frente al militarismo del monarca y de sus jefes de Gobierno, Primo de Rivera y Berenguer.

La voz de Manuel Azaña se alzó también en el asedio a la monarquía. Pero no sólo los republicanos históricos y los de nuevo cuño, como Azaña, pusieron cerco al régimen; la desertión de los propios monárquicos fue decisiva también en esta nueva y trágica caída de los Borbones.

Alejandro Lerroux, jefe del Partido Radical, fue bien explícito al respecto:

Los que de buena fe habían servido a la monarquía —aseveró este republicano histórico— no podían aprobar la conducta del monarca. De hecho, el rey los había licenciado, devolviéndoles su independencia, al prescindir de la Constitución. Después del golpe de Estado la monarquía constitucional estaba muerta. En la tradicional absolutista no había que pensar. Para la Patria no quedaba otra solución que la República.

Por si fuera poco, el propio Miguel Maura Gamazo, hijo del político conservador Antonio Maura, se pasó el 20 de febrero al bando republicano: «Si la fortuna — declaró— me acompaña y los electores me llevan a las urnas, mi voto será para la República».

Entre las desertiones se contaba también la de José Sánchez Guerra, ex presidente del Consejo de Ministros y jefe del partido conservador, que señaló a Alfonso XIII como responsable de la dictadura. Durante un célebre discurso pronunciado en el teatro de La Zarzuela de Madrid, Sánchez Guerra evocó el desencanto de San Francisco de Borja ante el cadáver de la emperatriz Isabel para posicionarse contra Alfonso XIII: «No servir más a señores que en gusanos se convierten», dijo solemnemente.

Y, cómo no, también Ramón Franco, hermano menor de quien acaudillaría España durante cuarenta años, renegó del monarca después de que éste le nombrase gentilhomme de cámara.

Don Jaime se dolía por esa traición:

No deja de ser curioso pensar —comentaría al cabo de los años— que en la caída de la monarquía influyeron dos gentilhombres que habían recibido la *llave* de mi padre: uno de ellos era Ramón Franco, el otro el general Herrera. Ambos lucharon contra el rey que tan generoso se había mostrado con ellos colmándolos de distinciones.

Ramón Franco, el héroe que alcanzó celebridad internacional por cruzar el Atlántico Sur desde Huelva hasta Buenos Aires en el hidroavión *Plus Ultra*, se había convertido a partir de 1926 en un conspicuo republicano; al contrario que su hermano Francisco, erigido en un sólido baluarte militar del monarca.

Desde las filas republicanas y como impulsor de la clandestina Agrupación Militar Republicana (AMR), Ramón Franco conspiró contra el régimen.

Don Jaime recordaba haber estado con él en palacio, durante una fiesta para celebrar el salvamento de los tripulantes —Ramón Franco, entre ellos— que permanecieron extraviados día y medio en el mar tras el accidente sufrido en el segundo vuelo trasatlántico tres años después del *Plus Ultra*.

Aquel mismo Franco protagonizó, junto con el entonces coronel Queipo de Llano, la sublevación republicana de Cuatro Vientos. El 15 de diciembre de 1930 tomaron el aeródromo madrileño, en espera de que se iniciase una huelga general liderada por los socialistas, que al final no se produjo.

Dos días antes se habían sublevado sin éxito, en Jaca, los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández, que serían condenados a muerte y ejecutados poco después.

Don Jaime recordaba, indignado, la jornada de Cuatro Vientos:

Una mañana voló [el avión pilotado por Ramón Franco] sobre el Palacio Real lanzando proclamas en las que amenazaba con bombardearnos. Sencillamente. Aún recuerdo el ligero alboroto que produjo entre los guardias y la servidumbre de Palacio, y veo como si fuese ahora al duque de Hornachuelos, que mandaba el Regimiento de Wad Ras número 50, que estaba de guardia aquel día, cuando dio orden de que se disparase con ametralladora.^[9]

La conjura fue un fracaso y sus artífices huyeron a Portugal.

Meses antes de la fallida sublevación, el 17 de agosto, se había producido otro hecho que contribuiría al derrumbe de la monarquía: los viejos y nuevos republicanos ofrecieron una alternativa política simbolizada en el Pacto de San Sebastián, suscrito además por socialistas y nacionalistas catalanes. El pacto cristalizó en la formación de un Gobierno Provisional en la sombra.

Pero Francisco Franco era la otra cara de la moneda familiar. El 8 de junio de

1930 se le pudo ver al frente del desfile de los cadetes durante la jura de bandera de la guarnición de Madrid. Al día siguiente, éstos hicieron la guardia palaciega, y Alfonso XIII y Franco se asomaron juntos al balcón. El monarca le impuso aquella mañana su segunda medalla militar por su destacado comportamiento en Xauen.

Franco era monárquico, y tendría ocasión de demostrar su fidelidad a la institución recién proclamada la República, durante el cambio de bandera en la Academia Militar que él mismo dirigía en Zaragoza.

En una ceremonia inolvidable para cuantos la presenciaron —recordaba don Jaime, aunque él, obviamente, no pudiese asistir por hallarse en el exilio—, el general Franco, después de proclamada la República, y cuando hubo recibido la orden de cambiar la bandera, hizo formar a los cadetes en el patio de la escuela y les presentó la bandera nacional, que era precisamente la misma que había donado en 1895 mi abuela la reina María Cristina, a la Academia Militar fundada en Toledo. El general Franco pidió a los alumnos de la escuela que saludaran por última vez a la auténtica bandera de la patria, e indicó con aquel gesto que consideraba una imposición oficial sin sentido nacional alguno el nuevo símbolo que la República había decidido hacer ondear sobre los edificios públicos.^[10]

Sin embargo, Franco se vio obligado por las circunstancias a difundir una sobria y decorosa orden en la que informaba a la Academia Militar de Zaragoza del cambio de régimen, justo al día siguiente de proclamarse la República:

Si en todos los momentos —advirtió— han reinado en este centro la disciplina y exacto cumplimiento en el servicio, son aún más necesarios hoy, en que el Ejército necesita, sereno y unido, *sacrificar todo pensamiento e ideología* [la cursiva es mía] al bien de la nación y a la tranquilidad de la Patria.

Don Jaime ya había coincidido con Franco dos años antes, en 1929, a su regreso de un viaje a San Sebastián. Su familia decidió que, en lugar de volver directamente a Madrid, se desviase a Zaragoza para pedir a la Virgen del Pilar que le curase la enfermedad que sus médicos eran incapaces de sanar.

El infante advirtió al arzobispo de que su visita a la Patrona de España tendría un carácter privado. Pero cuál fue su sorpresa cuando, después de haber rezado, se encontró al salir del templo con un destacamento de cadetes impecablemente formados que obedecían órdenes del director de la Academia Militar de Zaragoza; éste se acercó al infante y, tras saludarle con el sable desenvainado, se disculpó por sorprenderle de esa manera, alegando que los cadetes, al corriente de su estancia en la

ciudad, habían mostrado deseos de rendirle honores y pedían que accediese a pasarles revista.

Aunque el gesto no fuese protocolario —advertía don Jaime—, me emocionó; sobre todo, porque venía de un hombre cuya gloriosa reputación en el ejército me era tan conocida como su fidelidad fervorosa a la Familia Real. Avancé hasta la cabeza del destacamento y, lentamente, pasé revista, felicitando después al general que la mandaba. Era la tercera vez que le veía y su nombre es Francisco Franco.^[11]

Franco y don Jaime habían coincidido por primera vez en otoño de 1923, cuando el primero era un joven teniente coronel de la Legión que se encontraba en Madrid de viaje de novios. Don Jaime había estado jugando al golf en el club Puerta de Hierro y fue a tomar poco después una copa en la terraza, donde le aguardaba el militar pulcramente uniformado, acompañado de su mujer, Carmen Polo. Durante la conversación, el recién casado aseguró que nunca olvidaría el honor que le había dispensado Alfonso XIII tras aceptar ser, por delegación, su padrino de boda.

Al año siguiente volvieron a encontrarse los dos en el barrio madrileño de Carabanchel, durante la ceremonia de entrega de la bandera española donada por la reina María Cristina a la nueva Academia Militar de Zaragoza. Franco era ya general y cruzó unas breves palabras con el infante.

Más tarde, en los prolegómenos de la República, mientras Franco dirigía la Academia Militar de Zaragoza en la que veinticinco años después estudiaría el futuro rey don Juan Carlos, el abuelo de éste, Alfonso XIII, veía desplomarse la monarquía sin remedio.

El incendiario discurso del líder socialista Indalecio Prieto, pronunciado el 25 de abril de 1930, no pasó tampoco desapercibido para el rey, quien, inexplicablemente, ni siquiera en los días previos a las elecciones municipales del año siguiente fue consciente en apariencia del grave peligro que le acechaba. «Hay que estar o con el Rey o contra el Rey —advirtió Prieto—. El Rey debe ser el mojón que nos separe [...] Vamos a derribar la monarquía».

¿Había acaso una amenaza más osada y violenta contra el régimen?

En octubre de ese año, Alfonso XIII llegó a desconcertar incluso a los propios monárquicos mostrándose indiferente sobre la forma de gobierno: «¿Monarquía? ¿República? Da lo mismo, lo que importa es España».

Sobre la caída del régimen, la infanta Eulalia de Borbón, tía de Alfonso XIII, había tenido una corazonada años atrás, al intuir que el Trono no estaba del todo asentado en la conciencia popular.

La Monarquía —decía— se creía afianzada, muy sólida y muy dentro del

espíritu español, porque en esta ocasión, como en otras, la voz de la calle no era oída en el interior de Palacio, ni pasaba las murallas que separaban al Rey de sus súbditos.^[12]

En una visita que hizo al Panteón de El Escorial, la infanta Eulalia fue testigo de cómo los guías mostraban al visitante la tumba reservada a Alfonso XIII; al ser interrogados por el público sobre el lugar en que continuaría sepultándose a los reyes, los funcionarios respondieron que se pensaba poco en ello, porque después de Alfonso XIII vendría la República.

«Yo lo conté en Palacio —recordaba ella— y el Rey no le dio importancia al hecho, riéndose con buen humor de mi asombro»^[13].

Entre tanto, numerosos estudiantes de toda España estaban también en pie de guerra contra el rey; igual que destacados intelectuales, encuadrados en la Agrupación al Servicio de la República, que el 9 de febrero de 1931 lanzaron un manifiesto secundado por José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala.

La noche del 12 de abril de 1931 fue desoladora en palacio. Desoladora y tensa. Las malas noticias seguían llegando y don Jaime recordaba cómo el ministro de Fomento, Juan de la Cierva y Peñafiel, en un lapsus desesperado, propuso que se decretase la ley marcial; tan drástica medida fue rechazada al instante por Dámaso Berenguer y Juan Bautista Aznar, presidente del gabinete.

Los ánimos seguían caldeados. Don Jaime conoció enseguida el gesto patriótico del coronel Gabriel de Benito, que en tono solemne propuso al abatido monarca:

—Mi regimiento está dispuesto a lanzarse a la calle para defender a Su Majestad.

A lo que Alfonso XIII respondió, tajante:

—Te agradezco esa actitud, pero no la acepto porque no quiero derramar la sangre de mi pueblo.

La noche siguiente, don Jaime se llevó un sobresalto. Entretenido en su cuarto con una de sus escopetas de caza, oyó gritos al otro lado del balcón, situado a unos cinco metros de la calle. Se asomó y vio acercarse a la Puerta del Príncipe un coche descubierto, en cuyo interior reconoció a un hijo del conde de Romanones. Agitaba una extraña bandera roja colocada en un palo de golf y vociferaba como un energúmeno: «¡Que se vaya la Familia Real! ¡No la necesitamos para nada!».

Fue un aviso, anecdótico, de la inminente hecatombe.

La tarde del día 14 se celebró el último Consejo de Ministros del reinado de Alfonso XIII. El ministro Juan de la Cierva fue la *rara avis* que se opuso con toda energía a que el monarca abandonase España. Pero de nada sirvió su empeñamiento, dado que el rey terminaría acatando la orden de expulsión de Niceto Alcalá-Zamora, jefe del Comité Revolucionario, que exigía su marcha «antes de la puesta del sol».

La restauración de los Borbones en España, tras el pronunciamiento militar del

general Arsenio Martínez Campos en Sagunto, en 1874, estaba a punto de extinguirse apenas sesenta años después.

Aquella tarde, De la Cierva apeló con duras palabras al deber que tenían los ministros de defender la monarquía tras su juramento. Pero el conde de Romanones, en nombre de la mayoría, insistió una y otra vez en que la mejor solución era que el rey abandonase España, plegándose a la orden terminante de los revolucionarios.

La tensión generó una fuerte discusión, durante la cual De la Cierva, enardecido, espetó al rey:

—Pues yo me basto y me sobro para organizar un gobierno que haga frente a la revolución. Señor: aquí habría que mirar los calzoncillos de estos señores.

El rey zanjó la disputa, alegando con aparente calma:

—Yo no quiero resistir. Por mí no se verterá una sola gota de sangre. Si el bien de España exige que me vaya, lo haré sin vacilaciones.

De la Cierva no se dio por vencido, mientras el rey callaba.

Irrumpió entonces en el Salón del Consejo de Palacio un ayudante del monarca, que enseguida se dirigió a Romanones:

—Señor conde, el señor Alcalá Zamora acaba de anunciar que, si antes de las siete de la tarde no se entrega el poder a la República, no responde de nada de lo que ha ofrecido.

Sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, De la Cierva intervino, indignado:

—¿Cómo? ¿Es que se ha pactado la entrega de la monarquía y el advenimiento pacífico de la república?

—Sí —atajó Romanones—. He tenido con Alcalá Zamora una entrevista, y para salvar la vida del rey y de la Familia Real se ha convenido entregar el poder esta tarde, y el rey saldrá inmediatamente para el extranjero.

Alfonso XIII impuso silencio de nuevo; luego, tratando de disimular los nervios, se dispuso a leer en voz alta el manifiesto de despedida a España, que no era sino un público examen de conciencia de algunos de sus errores y el deseo firmemente expresado de no «lanzar a un compatriota contra otro en fratricida Guerra Civil».

Pero el gran error del rey fue, precisamente, abandonar España para evitar una guerra civil que estallaría sin remedio cinco años después. Su torpe acción y la de sus ministros, con la honrosa excepción del contumaz De la Cierva, precipitó el final de la monarquía que no sería instaurada por Franco hasta mucho después en la persona de Juan Carlos I.

Con razón Miguel Maura, miembro del gobierno provisional republicano, celebró la inesperada dádiva con la que les había obsequiado el monarca: «Nos regalaron el poder, que nosotros no hicimos sino recoger en nuestras manos».

El propio almirante Aznar reconoció a los periodistas el increíble vuelco del régimen con una célebre reflexión convertida en grandes titulares: «¿Crisis? ¿Qué más crisis quieren ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y se despierta republicano?».

Incluso el general Franco confesaría años después al nieto mayor de Alfonso XIII, Alfonso de Borbón Dampierre:

La decisión de su abuelo, prefiriendo abandonar el trono, el honor, fue lamentable. Desde el punto de vista militar que yo defiendo, creo que se equivocó: la sangre de los españoles corrió mucho más cinco años después, con la Guerra Civil que costó al país un millón de muertos [indudablemente Franco, como Gironella, exageraba al hacer semejante balance de muertos].
[14]

A esas alturas, los miembros del Comité Revolucionario habían realizado su recorrido triunfal desde la Cibeles hasta la Puerta del Sol, donde la aglomeración se desbordaba; la gente trepaba por las farolas, se subía a los tranvías en medio de la plaza, y ocupaba balcones y tejados. Los vivas a la República eran atronadores. Los manifestantes, eufóricos, avanzaban entonando *La Marsellesa*. Había muchos que gritaban: «¡Alirón, alirón, Alfonsito es un ladrón!».

En el balcón principal del Ministerio de la Gobernación ondeaba ya la bandera republicana. Ante las puertas cerradas de éste se encontraban Miguel Maura y Francisco Largo Caballero, rodeados de una masa vociferante que exigía que se abrieran de par en par. De pronto, lo hicieron y apareció un piquete de la Guardia Civil. Maura ordenó: «¡Señores, paso al Gobierno de la República!».

Los guardias obedecieron y presentaron armas. Miguel Maura y Largo Caballero penetraron en el recinto. Poco después, Maura se ponía en contacto telefónico con cada gobernador civil para darle instrucciones:

—Aquí el ministro de la Gobernación de la República. Ahora mismo entrega usted el mando al presidente del Comité Republicano y, en su defecto, al presidente de la Audiencia.

Sobre las siete y media, Maura advirtió desde el balcón del Ministerio de la Gobernación:

—Pueblo de Madrid: permaneced vigilantes mientras el rey esté en palacio. El pueblo, con su ciudadanía, lo desarma. Seguid con orden y entusiasmo, como hasta ahora; pero vigilantes mientras esté en España la representación del régimen caído. Y ahora, calma, entusiasmo y a trabajar. ¡Viva España! ¡Viva la República!

Eran en realidad ociosas las precauciones que pedía Maura. Alfonso XIII había claudicado sin oponer resistencia, igual que un manso y obediente servidor. Ya no era el *dandy* sonriente y enérgico que accedió al trono en 1902, con dieciséis años cumplidos, tras una larga regencia de su madre María Cristina de Habsburgo-Lorena, sobrina del emperador Francisco José de Austria-Hungría. Ahora era otro hombre, que sufría episodios depresivos.

Hijo póstumo y único varón de Alfonso XII, se había criado en palacio bajo la influencia de un entorno femenino que velaba a cada instante por él. Su madre, la

reina regente, le llamaba Bubi en la intimidad, diminutivo del término alemán Buber, que significa «chico». Sus dos hermanas mayores, María de las Mercedes y María Teresa, jugaban a menudo con él; y sus tías paternas, las infantas Isabel, Eulalia y Paz, le prodigaban atenciones.

Con cuatro años, el niño enfermó de bronquitis y requirió de su madre toda clase de cuidados, máxime cuando era el único varón que contaba para la sucesión —en ausencia de un hermano— y en el ocaso del siglo XIX el movimiento carlista y republicano conservaba aún cierta pujanza.

El pequeño creció así rodeado de mimos y atenciones, en un ambiente femenino influenciado especialmente por su madre, que le hacía incluso reverencias en privado, y por la infanta Isabel —conocida popularmente como La Chata— que, aun siendo un niño, acataba y hacía acatar ya a los cortesanos la autoridad del futuro monarca.

Por eso el repentino fallecimiento de su madre, el 6 de febrero de 1929, fue un cruel mazazo del destino del que jamás se recuperó. Su «ángel custodio», como él la llamaba, le dejó a partir de entonces desangelado.

María Cristina fue el único consuelo para el monarca, que veía cómo su familia quedaba destrozada por la maldición de la hemofilia. Como consecuencia de ello, las relaciones entre los esposos se enfriaron cada vez más, y el rey pagaba a Victoria Eugenia con el adulterio. En 1930 la relación matrimonial se había deteriorado gravemente y cada uno tenía su dormitorio en un extremo de palacio.

El rey se había forjado un carácter veleidoso, antojadizo e impresionable. Tanto era así, que «la muerte de la reina María Cristina —a juicio de Ricardo de la Cierva— pareció la señal para el asalto a la dictadura y a la monarquía».

El monarca culpaba a Victoria Eugenia del maleficio genético que asolaba a sus hijos. Pero, en realidad, él era también responsable por haberse desposado con una mujer de la que sospechaba que podía transmitir la enfermedad, haciendo caso omiso de los consejos de su madre y de sus tías Isabel, Eulalia y Paz, que se oponían al enlace por tan poderosa razón.

Un día de 1927, la infanta Paz recibió en su palacio de Nymphenburg, en Munich, donde residía con su esposo (un príncipe de Baviera), al historiador Claudio Sánchez Albornoz y a su esposa. Mientras paseaban por los inmensos y floridos jardines, la infanta le preguntó de repente a don Claudio:

—Le ruego que me diga sin rodeos qué piensa usted sobre la dictadura de Primo de Rivera.

El historiador no se anduvo por las ramas:

—Al establecer la dictadura y disolver las Cortes, el rey se ha jugado la Corona.

—Eso le hemos dicho todos —explicó la infanta—, pero no nos hace nunca caso. Cuando se proyectó su boda con la reina, le prevenimos de que las Battenberg transmitían la hemofilia. No nos escuchó. Ahora ni siquiera ha escuchado a su madre.

El monarca estaba sin duda al corriente de la enfermedad de los Battenberg, pese a que algún historiador complaciente, tratando de hacerle pasar a la historia como una

víctima, se haya afanado en negarlo. El comentario de Julián Cortés Cavanillas, que mantuvo un estrecho contacto con el soberano durante su exilio romano, era muy revelador: «Alfonso XIII —aseguraba— fue avisado de la enfermedad de Hesse que traía Victoria Eugenia y no hizo caso».

No menos explícito era el testimonio de Henry Vallotton, parlamentario suizo y confidente también de los soberanos en el exilio, que escribió: «Alfonso XIII conocía, pues, los riesgos de su matrimonio; pero su amor por la princesa Ena le había hecho olvidarlos».

Un amor que, luego, ante la triste evidencia de unos hijos tarados, se truncó inevitablemente. El matrimonio se deshizo amargamente por culpa del rey, a causa de sus continuas infidelidades, que le alejaron progresivamente de la reina, lo cual fue un factor que reforzaba su depresión, su abulia y desánimo en unos momentos críticos para la monarquía y el futuro de España.

No fue extraño así que, ya en el exilio, los cónyuges se separasen de hecho —jamás de derecho— y prácticamente no volvieron a verse, salvo cuando Victoria Eugenia quiso visitar a su marido en el lecho de muerte.

La mala relación entre suegra y nuera tampoco favoreció la convivencia diaria del matrimonio. La reina María Cristina siempre se había opuesto a que su hijo se casara con una princesa inglesa. Era una mujer seca y severa, tal vez reminiscencia de su encierro conventual que había abandonado para celebrar nupcias con Alfonso XII; una mujer recia, que adoraba a su hijo y a la que éste, a su vez, idolatraba. El hecho de que los tres viviesen bajo el mismo techo durante más de veinte años sembró sin duda de roces la intimidad cotidiana de Alfonso XIII y Victoria Eugenia.

Expulsado de España, el monarca cayó en un profundo abatimiento; apenas sin energías, carecía de una agenda política que le mantuviese activo. «Estoy en paro forzoso», comentaba agriamente.

Francesc Cambó supo plasmar sus últimos días de abandono:

Yo iba al hotel Meurice a visitar a una familia amiga. Era media tarde. En un rincón del *hall vitré*, detrás de una mesa, estaba sentado don Alfonso: solo, sin la compañía de un libro, de un diario, de una copa. Al cabo de hora y media, realizaba el mismo camino, en dirección inversa, hacia la puerta: don Alfonso continuaba igual, sentado detrás de la misma mesa, ¡sin un libro, ni un diario, ni una copa!

Fumaba incesantemente tabaco egipcio que llevaba en una pitillera de oro más bien reducida, desobedeciendo a los médicos.

Su hija María Cristina recordaría, luego:

Por entonces, papá ya no estaba bien, empezaba a sufrir del corazón. Se le

veía engordar y el médico nos llamó y nos dijo: «El Rey está mal. No debe beber y, sobre todo, no puede fumar». Cada vez que cogía un pitillo, le decíamos: «¡Papá, por favor, no fumes!». Y contestaba, el pobre: «¡Para las ganas que tengo yo de vivir...!».

Evocaba, sin duda afligido, Alfonso XIII sus últimas horas en palacio, antes de partir al destierro. Las ratas que le rodeaban (certera metáfora de Luis María Anson) abandonaron precipitadamente el barco. La mayoría de los duques, marqueses, condes, cortesanos, algunos generales... «saltaban asustados del barco que se hundía».

Testigo de la vergonzosa desbandada fue Salvador de Vilallonga, barón de Segur y Grande de España, cuyos recuerdos compartió con los años su hijo, José Luis de Vilallonga, con el nieto de Alfonso XIII, Juan Carlos I.

Aquella noche del fatídico 14 de abril, un ayudante de campo comunicó al monarca que en el salón del duque de Génova le aguardaba medio centenar de personas para despedirse de él. El semblante del rey se iluminó, y con la voz rauca de emoción, exclamó sorprendido:

—¡Cruzar en estos momentos la Plaza de Oriente para decirme adiós...! Son gente verdaderamente valiente.

El barón de Segur penetró con el rey en el salón y vio enseguida de pie, inmóviles bajo las grandes arañas de cristal de Bohemia, a hombres con el gesto crispado, a mujeres que sollozaban, incluso a niños asidos a las faldas de sus madres para despedir a Alfonso XIII.

Pero todas esas gentes no habían desafiado la cólera de la muchedumbre que rodeaba el palacio, sencillamente porque vivían en él. Eran empleados de la Casa del Rey, lacayos, camareros, chóferes, cocineros, alabarderos vestidos con el uniforme de gala... Desconcertado, Alfonso XIII paseó su mirada en silencio por todos aquellos fieles. Luego, se volvió hacia el barón de Segur y le susurró al oído:

—Salvador, no veo aquí a ninguno de mis grandes..., a ninguno de los que jugaban al polo conmigo..., a ninguno de los que me pedían cargos y honores.

Desengañado, el monarca se encerró luego en su despacho con su intendente, Luis de Asúa, ordenándole que tuviese todo preparado para partir a las nueve de esa noche, y que a la mañana siguiente, en el rápido de Irún, engancharan el coche real para que viajasen la reina y sus hijos.

Acto seguido, entró en su alcoba y descolgó el crucifijo de bronce y las dos banderas que había en la cabecera del lecho, guardándolos en un maletín de viaje.

Anocheecía ya cuando bajó a las habitaciones del príncipe de Asturias para despedirse de él. Acompañaban en aquel momento al enfermo, postrado en cama, su amigo el doctor Elósegui, que tantas atenciones médicas le dispensaba, el duque de Lécera, el marqués de la Vega de Anzo, Darío López y Álvaro Espinosa de los Monteros. El rey pidió que le dejaran a solas con su primogénito. Se inclinó sobre el

lecho y le besó en la frente.

El príncipe de Asturias soportaba entonces «el ataque más grave de todos los que me ha hecho sufrir mi dolorosa enfermedad», confesaba él mismo años después al periodista José María Carretero.

Tan sólo dos días antes, el domingo 12 de abril, había salido al campo a cazar avutardas. Un guarda le dejó su escopeta y el joven Alfonso sufrió un fuerte golpe en el hombro al disparar el arma. Enseguida le asaltó el horror de que aquella leve contusión pudiese precipitar un ataque de hemofilia. Sus trágicos presagios se confirmaron: «Cuando llegué a Palacio —recordaba— llevaba ya el hombro monstruosamente hinchado; tumefacto por la hemorragia interior. Yo sabía que los dolores no tardarían en aparecer».

Tras despedirse de su heredero, el rey subió con el infante don Alfonso de Orleans en el ascensor hasta la planta principal. A las ocho de la tarde, cenó por última vez con Victoria Eugenia en palacio, en el cuartito donde solían tomar el té. Apenas cruzaron palabra. El rey evitó entrar en detalles.

«Nos dijimos adiós, no sabiendo si volveríamos a vernos. Porque yo no tenía la menor idea de dónde iba», comentaría luego la reina, por increíble que parezca en circunstancias tan trágicas.

A continuación, el rey abrazó a su hijo Jaime, encargándole que cuidase de su madre, de su primogénito doliente, y de Beatriz, María Cristina y Gonzalo. Su otro hijo, Juan, en quien tenía depositadas todas sus esperanzas sucesorias, se encontraba entonces en la Escuela Naval Militar de San Fernando, donde había jurado bandera el 28 de octubre anterior.

Antes de salir al Campo del Moro por la Puerta Incógnita, el rey dirigió su mirada afligida, con los ojos velados por las lágrimas, al retrato de su madre María Cristina de Habsburgo-Lorena. «Con aquella mirada de despedida —escribe Marino Gómez Santos, biógrafo de Victoria Eugenia— iba seguramente el pensamiento de que si ella viviera se hubiera evitado posiblemente aquel trance catastrófico para España y la monarquía».

Pero los antecedentes, desde luego, no hacían prever tal cosa. Pese a sentir auténtica adoración por su madre, el hijo la había desobedecido en dos momentos trascendentales de su reinado. El primero, cuando apoyó, contra el consejo de ella, la dictadura del general Primo de Rivera, faltando así a su juramento de la Constitución de 1876 prestado ante los Santos Evangelios en el instante de acceder a la Corona; y el segundo, al decidir contraer matrimonio con una Battenberg desoyendo de nuevo la advertencia materna.

¿Habría seguido Alfonso XIII en aquellos críticos momentos la indicación de su madre si ésta le hubiese recomendado permanecer en España? Imposible descifrar semejante enigma histórico.

Lo único cierto era que, a sus casi cuarenta y cinco años —y con toda una vida por delante, cabría pensar—, el hijo único, convertido en huérfano, acababa de perder

la Corona de facto. Por si fuera poco, su matrimonio estaba deshecho y sus hijos, tarados por la hemofilia o la sordomudez, poca o ninguna esperanza le hacían concebir en una futura restauración.

En tan penosas circunstancias, abandonado incluso por quienes creía que le eran fieles, el rey subió al coche acompañado de su primo el infante don Alfonso de Orleans. En un segundo vehículo se acomodaron el ministro de Marina, con su ayudante, y el duque de Miranda; y en un tercero, los ayudantes del rey, González Gallarza, Uzquiano y Martín Alonso, que se ofrecieron espontáneamente para acompañarle. En el séquito iba también el ayuda de cámara del rey, Francisco Moreno, con el equipaje de mano.

La caravana salió por la puerta de la Cuesta de la Vega, enfiló las Rondas, y cruzó el puente de Toledo para tomar la carretera de Aranjuez. Su destino era Cartagena, donde el rey debía embarcar en el crucero Príncipe Alfonso que le conduciría hasta Marsella. Una vez allí, se dirigiría a París.

Pero, de momento, la comitiva debía cubrir las ocho horas de viaje hasta Cartagena, a una velocidad media de noventa kilómetros por hora.

«Al cruzar a través de los pueblos y ciudades del trayecto —rememoraba el rey— oía yo los gritos de las turbas en fiesta. Sentía inquietud por mi mujer y mis hijos».

Pero algunos dudaban de la sinceridad del monarca. Sin ir más lejos, el que sería ministro de la Corona con el nieto de Alfonso XIII, Ricardo de la Cierva, recordaba haber escuchado «muchas críticas de amigos de casa contra el rey por haberles dejado solos esa noche en Palacio». Como si quisiera dar a entender que quien calla, otorga, De la Cierva añadía que su abuelo, Juan de la Cierva y Peñafiel, «no decía, al oír esas críticas, una sola palabra».

También el insigne novelista Pío Baroja censuraba la conducta del monarca al abandonar a su familia cuando ya todo estaba perdido:

Recuerdo —escribía el autor de *Zalacaín, el aventurero*— la tarde de la revolución del año 31 en esta plaza [la de Oriente]. La reina Victoria Eugenia estaba en Palacio, sola con sus hijos, sin defensores, rodeada de una turba curiosa que podía convertirse en inquieta y amenazadora. Todos los fieles la habían abandonado, comenzando por su marido. ¡Qué miseria!

Pero había otra forma de ver las cosas: el hecho de que la reina y sus hijos partiesen solos —sin el rey—, al día siguiente, podía constituir una medida de seguridad. Prueba de ello era que la muchedumbre se ensañaba con el monarca y tan sólo unos pocos gritos se escuchaban contra la Familia Real.

El caso de María Antonieta había sido paradigmático en su día, dado que ella bien pudo haber salvado la vida si no hubiese huido de Francia acompañando precisamente al rey.

Mientras Alfonso XIII recorría en automóvil el largo trayecto hasta Cartagena, su

hijo, don Juan, hacía unas horas que había recibido, desconcertado, la trágica noticia de la expulsión de su padre.

Se enteró a las cinco de la tarde, mientras daba clase de gimnasia en el patio de la Escuela Naval de San Fernando; en aquel instante vio a su profesor ayudante Fernando Abárzuza que le hacía señas desde debajo de los arcos. Dio un paso al frente y pidió permiso al teniente de navío Agustín Marín para abandonar la formación. Instantes después preguntaba a Abárzuza:

—¿Qué quieres?

—Que nos vamos, señor, que nos vamos...

—¿Cómo que nos vamos?

—Sí, señor, que ha terminado todo. Que el rey se va y que tengo órdenes de que se vaya Su Alteza también.

—¿Que me vaya? ¿Adónde y cómo?

Poco después, don Juan se personaba ante el director de la escuela, Wenceslao García Benítez, para informarle de lo que acababa de decirle Abárzuza. Estudiaron entonces la forma en que podía salir de España.

El infante pensó en su automóvil, pero el director no quiso cargar con la responsabilidad de que pudiese ser reconocido y apresado, y decidió que embarcase en uno de los tres torpederos anclados en el caño del arsenal, camino de Gibraltar.

Vestido de marinero, don Juan subió a una camioneta de la escuela junto con el director y Abárzuza, y se despidió con un gesto de sus compañeros que seguían en el patio. Ellos, cuadrándose, le saludaron militarmente.

«Yo —recordaba don Juan—, con una pena terrible en el alma, tenía los ojos llenos de lágrimas. Era la primera vez que lloraba en mi vida...».

A las seis menos cuarto de la tarde, el infante embarcaba en el torpedero número 16, rumbo a Gibraltar.

Una vez allí, tras comprarse un pantalón gris y un *blazer* para sustituir la ropa de uniforme, se alojó en el hotel Bristol, pero aceptó al final la invitación del gobernador, sir Alexandre Godley, para hospedarse en su palacio. Fue en éste donde se enteró de que su padre se dirigía hacia Marsella, tras llegar de madrugada a Cartagena, y de que la reina y sus hermanos cruzarían la frontera hispano-francesa por Irún.

En cuestión de horas, los reyes y sus hijos se habían convertido en unos proscritos para la República.

Capítulo IV. El exilio

La última noche en palacio fue una pesadilla. Hasta las estancias y galerías llegaban, desde la Plaza de Oriente, los bramidos de una muchedumbre enfervorizada que clamaba contra la monarquía y saludaba con efusión a la República.

En el gran patio de palacio, una sección de Húsares de Pavía compuesta por veinticinco hombres, y en las habitaciones, un zaguanete de Alabarderos (otros veinticinco hombres), eran las contadas fuerzas que defendían a la agónica monarquía.

Frente a ellas se oponía una marea desbordada de energúmenos, adornados con lazos rojos y republicanos, y gorros frigos, que se acercaban peligrosamente a la fachada profiriendo amenazas e insultos. Varios hombres treparon por los resaltes de los pilares y alcanzaron el balcón principal. Izaron la bandera republicana, amarrándola a la barandilla, para luego descender entre el estruendo de la multitud.

En el interior de palacio, el pánico y la inquietud se adueñaron de los jóvenes infantes, «huérfanos» de padre en aquellas horas angustiosas. La soberana también tenía miedo. Traumatizada en gran medida por el horrible final de su prima, la emperatriz Alejandra Fiodorovna, ocurrido trece años antes, tenía visiones en las que se veía arrastrada con sus hijos hasta un destino similar al de sus primos rusos, durante la revolución bolchevique.

Algunos empezaron a pensar qué hacer si el pueblo rompía las puertas y asaltaba las ventanas. El jefe de las fuerzas no quiso desplegarlas ante la muchedumbre por temor a que pareciese una provocación. Se telefoneó al Ministerio de la Gobernación, donde ya ejercía Miguel Maura. Éste envió refuerzos: los llamados «guardias cívicos». Eran individuos vestidos con trajes modestos, en su mayoría obreros, que lucían como distintivo una faja roja en el brazo izquierdo. Tras disolver a los manifestantes, algunos de esos guardias penetraron en palacio y procedieron a requisar todas las habitaciones, incluida la de don Alfonso de Borbón y Battenberg, quien, desde el lecho, pudo escuchar la voz firme del oficial de guardia:

—Éstas son las habitaciones de Su Alteza el príncipe de Asturias, que está gravemente enfermo. Pueden ustedes recorrer todo el alcázar, pero aquí no entrará nadie.

Ante la resistencia de los invasores, el militar tuvo que intervenir de nuevo:

—Si intentan ustedes siquiera dar un paso, yo, bajo mi responsabilidad, formo la guardia y todos nos atendremos a las consecuencias. ¡Estoy decidido a llegar hasta lo último!

La noche fue insomne en palacio. Como las lámparas estuvieron siempre encendidas, los canarios de los infantes no dejaron de cantar en toda la velada.

Por primera vez, la reina Victoria Eugenia se instaló en el cuarto de estar de las infantas. María Cristina, la pequeña, tenía miedo y su madre permaneció con ella, mientras Beatriz no se movió de la habitación de arriba.

A las cinco de la madrugada, una de las damas avisó a Victoria Eugenia de que un amigo del rey, Joaquín Santos Suárez, deseaba verla con urgencia.

La reina se puso la bata y salió a la estancia contigua. «Estamos en revolución», indicó, alarmado, el visitante. Luego, aconsejó a la reina que saliese de palacio con sus hijos por la Puerta Incógnita y que desde allí tomase la carretera para coger el tren en El Escorial, insistiendo en que, si no obraba así, sus vidas correrían serio peligro.

A las siete de la mañana, el capellán Urriza celebró misa en palacio, ayudado por el infante don Gonzalo.

El aspecto que ofrecía entonces la Plaza de Oriente era desolador. Vendedores de periódicos vociferaban los titulares de portada, irrespetuosos con el rey.

«¡No se ha marchao, que le hemos echao!», gritaba el gentío tras la salida de Alfonso XIII. Y el periódico El Socialista, fundado por Pablo Iglesias, titulaba el 15 de abril en su primera página: «¡Viva España con honra y sin Borbones!».

Coches y camiones, con banderas republicanas y pancartas, transitaban sin cesar repletos de mujeres y hombres trastornados. La verja del Campo del Moro aparecía cubierta por un enjambre humano.

A primera hora de la mañana pudo verse a tres monjas entre la muchedumbre, que se dirigieron hacia los guardias cívicos para que les dejasen entrar en palacio. Eran las religiosas que habían enseñado a leer a don Jaime en los labios y que, en aquellos momentos trágicos, habían decidido estar junto a él.

Llegó el agrio turno de las despedidas. Los criados de palacio dieron el último adiós a la Familia Real, entre lágrimas y gestos emocionados. Doncellas, amas de llave, ayudas de cámara... El príncipe de Asturias correspondió a su criado personal, Barreno, regalándole un estuche que contenía todos sus ahorros en valores del Estado.

A las ocho de la mañana partió la reina con sus hijos hacia El Escorial en varios coches. Los chauffeurs iban sin librea y con boina.

El príncipe de Asturias, incapaz de moverse por sí solo («más que un ser humano era yo, en aquellas horas, un fardo inútil», se lamentaría luego), fue trasladado hasta el vehículo en brazos del marqués de Orellana y de otros amigos, como su mecánico Paco. Su perro Peluzón saltó al coche detrás del amo.

En un segundo vehículo iba el infante don Gonzalo con sus profesores y, detrás, el infante don Jaime. Cerraba la caravana el automóvil ocupado por la reina y sus dos hijas.

Era aún temprano para tomar el rápido de Hendaya en El Escorial y se decidió hacer un alto en Galapagar. A despedir a la reina acudieron los hijos del dictador, Pilar y José Antonio Primo de Rivera. Entristecida y enojada, Victoria Eugenia les dijo, muy segura: «De haber vivido vuestro padre, no hubiera pasado esto».

Llegados a El Escorial, aún tuvieron que aguardar una hora hasta que partió el tren. Durante esa larga espera, el conde de Romanones, renqueante y avejentado, apoyado en su inseparable bastón nacarado, se dirigió a don Jaime con lágrimas en

los ojos:

—Señor, dígame a la reina y a toda la Familia Real, que he sido, soy y seguiré siendo toda mi vida un monárquico leal. Vuestra Alteza ha comprendido hace tiempo la situación política y sabe que la monarquía ha caído por culpa de la infidelidad de muchos farsantes que se pretendían monárquicos y del egoísmo desenfrenado de algunos capitalistas.

Años después, sin embargo, la reina Victoria Eugenia confesaría a Gregorio Marañón Moya y a su mujer, María Caro, durante un almuerzo en el exilio de Lausana:^[1]

De quien siempre le previne a Alfonso fue de Romanones. Pero a Alfonso le era cómodo y le hacía gracia. Ya en el destierro me dijo un día Alfonso, en París, que cuánta razón tenía yo, y que no se podía uno fiar de ningún Figueroa. «Me ha hecho mucho daño», me dijo Alfonso. Fue Romanones el que se negó a que fuera La Cierva el ministro de la Gobernación del último gobierno. Impuso al «tonto» de Hoyos. Si llega a estar La Cierva, no hay 14 de abril. Yo no olvidaré nunca que la noche aquella trágica, Gonzalo Figueroa, Grande de España, quiso invadir el Alcázar con la plebe... La Cierva y Mola hubieran podido impedir la República.

Victoria Eugenia hizo a continuación balance de otros significados políticos que habían rodeado a su marido:

El más inteligente que ha tenido Alfonso fue Canalejas, pero el más leal, Dato. Maura tenía un gran talento, pero su orgullo se comía ese talento. La verdad es que ni Alfonso ni yo lo podíamos aguantar.

La reina recordó entonces la primera vez que vio a Franco y el comentario premonitorio que sobre él le hizo el rey:

Recuerdo a Franco almorzando, en el Alcázar, cuando le hicieron jefe de la Legión. Era muy joven y no habló nada durante el almuerzo. Tenía bigote y comió muy poco. Alfonso me dijo por la tarde: «Pues con tan pocos años y tanto bigote, no dejes de fijarte en él pues es lo mejor que tengo en África».

Y ahora la Familia Real, tras la tensa espera en El Escorial, emprendía el camino del exilio a bordo de un coche-salón con las armas reales en sus portezuelas. La señal

la dio el marqués de Benicarló, responsable de explotación de la Compañía de Ferrocarriles del Norte, que hacía las veces de jefe de tren. El duque de Zaragoza era el encargado de conducir la locomotora.

Al llegar a Ávila se produjo una parada obligada. Algo grave acababa de suceder. El duque de Zaragoza se dirigió, aterrado, a la reina, indicándole que debían apearse de inmediato del vagón porque salían llamas de los ejes de las ruedas.

El incendio obligó a bajar con urgencia al príncipe de Asturias, incapaz de sostenerse en pie. La imagen de los insignes viajeros aguardando en el andén la llegada de otro vagón avivaba el dramatismo de la situación que sufría la Familia Real desde que, horas antes, fuera expulsada con cajas destempladas de la casa donde habían residido generaciones de Borbones.

A esa hora, en el mismo trayecto que unía España con Francia, otro tren retornaba a la patria a los españoles exiliados que defendían a la recién instaurada República. Ramón Franco, el enemigo de la monarquía de Alfonso XIII, viajaba entre ellos. Sólo el gesto caballeroso de Indalecio Prieto evitó que aquella jornada histórica fuese aún más humillante para los que emprendían entonces el largo y penoso exilio. Puesto en contacto con el jefe de la estación de Miranda de Ebro, Prieto se las arregló para que el tren que trasladaba a los enardecidos republicanos (Ignacio Hidalgo de Cisneros, uno de los sublevados en Cuatro Vientos, viajaba también a bordo) no coincidiese en ninguna parada con el que transportaba a los regios viajeros.

Qué contraste entre una y otra expedición. La apoteosis para los partidarios de la República; la indescriptible aflicción para los que se alejaban sin remedio de su patria.

Una vez en Madrid, Hidalgo de Cisneros subió a un auto con una docena de camaradas y una gran bandera republicana. Al llegar al final de la Cuesta de San Vicente, el vehículo colisionó con otro también repleto de ocupantes. «Seguramente —recordaba él— fue la primera vez en la historia de España, que en un choque no hubo insultos ni tan siquiera palabras gruesas». Nadie se enfadó, contagiados como estaban todos por el entusiasmo ante la proclamación de la República. Al contrario que la Familia Real.

En Medina del Campo, importante centro ferroviario, una muchedumbre de obreros, procedentes en su mayoría de los talleres cercanos a la estación, recibió con insultos y gestos hostiles a la reina y a sus hijos.

En Valladolid, en cambio, no hubo partidarios ni enemigos. Y en Burgos, el recibimiento fue caluroso. Un tremendo gentío, apiñado en el andén, prorrumpió en vítores y aplausos cuando la reina y sus hijos —salvo el infeliz príncipe de Asturias— se asomaron a las ventanillas.

«¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡No se vayan!», gritaron al unísono centenares de personas.

Algunas entregaron flores a la reina. Una anciana se acercó a don Jaime y, asiéndole las manos, se las agitó con efusión mientras le imploraba: «No os vayáis.

Os podéis quedar en Burgos. Aquí no hay republicanos. Todos somos monárquicos y os defenderemos contra quien sea».

La entrañable anécdota, que don Jaime recordaba con agrado al cabo de los años, nada tuvo que ver con la pesadilla que vivió a su llegada a Vitoria. Conforme el tren se aproximaba a la estación, el infante había distinguido a varios grupos de personas que aguardaban en el andén a que la locomotora se detuviese. Tan confiado estaba en la cordialidad del recibimiento, que se colocó en el estribo del vagón para corresponder mejor a los saludos. Pero, en cuanto el tren se detuvo, un chaval se dirigió hacia él, vociferándole: «¡Muera el rey! ¡Mierda para el rey y toda su familia!».

Indignado, don Jaime bajó los dos peldaños que le separaban de aquel muchacho y se abalanzó sobre él, propinándole un puñetazo en el ojo derecho. El violento episodio a punto estuvo de costarle caro, pero, milagrosamente, el ambiente hostil se transformó enseguida en una aclamación unánime a don Jaime y al resto de los miembros de su familia.

El tren pasó luego por Tolosa sin el menor incidente, y llegó al fin a San Sebastián, última capital de provincia en el itinerario. La despedida en la ciudad donostiarra fue inolvidable. Cientos de personas abarrotaban el andén y las vías laterales, y se agolpaban en las calles, detrás de las rejas de la estación; otros permanecían asomados a las ventanas y balcones de los alrededores; algunos portaban ramos de flores e intentaban abrirse paso hacia el vagón para entregárselos a la reina y a las infantas. Una niña de seis años fue la primera que logró acercarse al tren. Don Jaime se percató de ello y bajó del vagón para recoger las flores destinadas a la reina, que procedían del palacio de Miramar, donde la Familia Real pasaba parte de sus vacaciones de verano.

Emocionado, don Jaime tomó a la niña en brazos y la besó.

La muchedumbre correspondió al gesto con vítores y aplausos, y se apretó en torno al infante mientras clamaba en favor de la monarquía. Hubo algunos que le pidieron un recuerdo y él extrajo del bolsillo un pañuelo blanco y lo rasgó, entregando a cada uno un pequeño trozo. Sin darse cuenta, se había distanciado demasiado del vagón y a duras penas logró abrirse paso entre el gentío para volver a subir al tren.

Al entrar en la estación fronteriza de Irún, la Familia Real divisó en el andén una compañía de carabineros que se había desplazado hasta allí para presentarles armas. Como el príncipe de Asturias permanecía recostado en el interior del vagón, fue don Jaime el encargado de pasar revista a los soldados. Tras el saludo militar, el capitán de la compañía le presentó sus respetos: «Alteza, esta compañía ha querido venir a tributar los honores a la Familia Real, a pesar de que el gobernador militar no había dado orden alguna».

Don Jaime abrazó al oficial, y se dirigió a los carabineros para agradecerles el gesto de lealtad, aun a sabiendas de que podía costarles un arresto.

El trayecto de Irún a Hendaya fue muy corto; tan sólo unos metros de vía que desembocaban en un pequeño puente de hierro, a horcajadas sobre el río Bidasoa. Aquel armazón metálico simbolizaba para don Jaime el comienzo del exilio. Aún pudo distinguir, antes de cruzarlo, la bandera española ondeando a la entrada y algunos pañuelos agitándose desde las ventanas de los primeros chalés de Fuenterrabía. Pero, en un instante, el tren irrumpió en la estación de Hendaya y la Familia Real se adentró entonces para siempre en el exilio.

El viaje y las emociones habían dejado exhaustos a los insignes viajeros. Eran las nueve de la noche cuando el Sud-Express partió de la estación de Hendaya. Poco antes, una representación de las autoridades francesas, encabezada por un delegado del presidente de la República, había despedido a la Familia Real, junto con el prefecto de Bayona, el jefe de la región militar y el alcalde de la ciudad.

La reina y sus hijos se acomodaron en los coches-cama que les habían reservado. El príncipe de Asturias fue trasladado de tren en camilla. Todos, menos don Jaime, trataron de conciliar el sueño. La vigilia había reinado la noche anterior en palacio. Pero don Jaime aún debió permanecer en pie muchas horas para responder cortésmente a los saludos de las gentes que saliesen a su encuentro durante el trayecto. De nuevo, ante la ausencia del padre y el grave impedimento de su hermano mayor, asumía él la responsabilidad de representar a la Familia Real.

Don Jaime de Borbón y Battenberg se había convertido, de la noche a la mañana, en un exiliado. Mientras recorría el pasillo fumando sin cesar para sobreponerse al sueño, o cada vez que levantaba la cortinilla para distraerse contemplando el paisaje arbóreo, blanqueado por la claridad lunar, era consciente de la multitud de vivencias que dejaba irremediadamente atrás.

Había nacido en La Granja de San Ildefonso el martes 23 de junio de 1908, a la una y cuarto de la madrugada. De su venida al mundo dieron fe, como testigos, Antonio Maura y Montaner, presidente entonces del Consejo de Ministros; el capitán de navío y ministro de Marina, José Ferrándiz; los marqueses de la Torreçilla, de Viana y de Aguilar de Campoó, el conde del Serrallo, y el duque de Santo Mauro.

Hora y cuarto después, el rey Alfonso XIII, acompañado de la camarera mayor y de los jefes de palacio, presentaba oficialmente a su hijo recién nacido en una bandeja de plata, envuelto en ricos lienzos. Su alumbramiento representaba para el rey una seria esperanza de ver colmado su gran sueño de contar con un sucesor sano, dado que el príncipe de Asturias, nacido el año anterior, había presentado ya los síntomas inequívocos de la hemofilia.

La reina estuvo asistida por los médicos de su Real Cámara, Manuel Ledesma Robledo, José Grinda y Eugenio Gutiérrez, conde de San Diego, quienes declararon que, desde su inicio, «no presentó el parto circunstancia especial que lo desviase de su curso natural».

El mismo día del natalicio, el rey Alfonso XIII informaba con un revelador telegrama al papa Pío X:

Dando gracias al Cielo, apresurarme a comunicar a Vuestra Santidad feliz natalicio de un príncipe [nótese cómo el rey llamaba «príncipe» a su presunto hijo sano, cuando en realidad era infante; tal vez lo hiciese premeditadamente al conocer ya que su hijo mayor, el príncipe de Asturias, padecía la tara de la hemofilia] y confiando en el afecto que nos profesa y me ha demostrado siempre impetro reverentemente la bendición apostólica para recién nacido, para la Reina y para mi amada España.^[2]

Una vez redactado el acta del nacimiento, se hizo público el gesto de clemencia del rey al conceder el indulto a un reo de muerte que había de ser ejecutado en Córdoba; el perdón fue solicitado por los periodistas de esa ciudad, por mediación de su compañero Francisco Barber, que era entonces corresponsal en La Granja.

Era costumbre que el monarca recurriese a la gracia del indulto aprovechando el natalicio de sus hijos, como sucedería luego con la infanta Beatriz, al salvar de la pena de muerte a los condenados Juan Guerra, Benigno García, Julio Murillo y Catalina García.

A las dos de la tarde del lunes 29 de junio, el infante fue bautizado por el patriarca de las Indias y obispo de Sión, don Jaime Cardona. Se le pusieron los nombres de Jaime, Leopoldo, Alejandro, Isabel, Enrique, Alberto, Alfonso, Víctor, Acacio, Pedro, Pablo y María.

El nombre de Jaime (se dijo oficialmente) obedecía a que el nacimiento del infante coincidía con la celebración del centenario del rey don Jaime; pero no podía ocultarse el nuevo empeño del Gobierno en agradar con ese gesto a los catalanistas.

La elección de ese nombre provocó el rechazo de la opinión liberal, pues así se llamaba también el hijo del pretendiente don Carlos.

La vistosa ceremonia del bautizo tuvo lugar en el Salón del Trono del palacio de San Ildefonso, donde se dispuso un altar portátil, adosado a uno de los lienzos de pared y sobre una tarima cubierta de tapiz, en el centro de la cual se había colocado la histórica pila bautismal de Santo Domingo de Guzmán.

El palacio de La Granja había sido construido a instancias del primer Borbón de España, Felipe V; allí vivió el monarca durante parte de su reinado, y también murió. Nueve generaciones de reyes recorrieron sus soberbias estancias.

Don Jaime creció sano, alimentado por su robusta nodriza María Sierra, una montañesa de Torrelavega que cada verano, cuando la Familia Real pasaba sus vacaciones en Santander, visitaba al joven en el palacio de la Magdalena y le llevaba huevos frescos de la granja de su pueblo. El ama de cría iba siempre vestida de negro y con el pelo retirado hacia atrás en un moño. «Debajo de su frialdad aparente —diría de ella don Jaime—, era una mujer muy bondadosa, con un gran corazón». Dos días después del nacimiento de su hijo, Alfonso XIII la había designado nodriza con un sueldo de tres mil pesetas anuales.

Desde pequeño, don Jaime requirió los desvelos de su madre, la reina Victoria

Eugenia, que en una breve carta escrita al rey desde Miramar, casi mes y medio después de nacer el infante, le informaba: «Vengo ahora mismo de ver a los niños y he encontrado que el pobre pequeño Jaime ha pasado muy mala noche por dolor de estómago».^[3]

Al día siguiente, 7 de agosto, la reina volvía a escribir a su marido con novedades:

My dear Alfonso:

Me encantó recibir tu carta. Jaime está hoy mejor pero parece todavía bastante pálido. Después de los dolores que ha pasado el pobre niño. Alfonso [el príncipe de Asturias] está muy bien y muy divertido. Mientras tú estás fuera yo empleo gran parte de mi tiempo con los niños y así me parece que alivio tu ausencia. La última noche tuve mucho frío y la cama parecía terriblemente grande y vacía. Ansiaba tenerte al lado para acunarte y así poderme calentar. A las doce y media voy a ver al nuncio y al ministro del Japón con su esposa. Por la tarde mamá [la reina María Cristina] y yo nos vamos a Zarauz para tomar el té con los Granada. Su casa es, según parece, tan antigua y extraña que estoy deseando verla. Oí anoche que has ganado un premio récord y me alegro también, *darling*. Espero que sigas adelante con buena suerte. Besándote con todo mi cariño, *I remain your long devoted wife*,

Ena^[4]

Esta última carta evidenciaba que el matrimonio real había logrado sobreponerse a su primera crisis sufrida días atrás, recién nacido su hijo Jaime. Alfonso XIII culpaba a su esposa de la desgracia que afectaba a su primogénito Alfonso y estaba a punto de averiguar la nueva fatalidad que se cebaba también con su segundo hijo.

La relación dejaría de tener arreglo poco después. Pero, antes, el 8 de agosto, Victoria Eugenia dirigió otra cariñosa misiva a su marido:

Estaré todo el día en Bayona. El té con los Granada estuvo muy bien. El duque me dio un libro del padre Coloma, *Cuarto azul*. Leo un artículo sobre ti como jugador de polo. Estuve tan débil que pensaba que iba a tener el período y me disgustaba que me vieras así, pero fue una falsa alarma. Jaime está hoy mucho mejor. Creo que puedes imaginar la bienvenida que recibirás. *Your very loving wife*,

ENA^[5]

Con diez años, y junto a sus hermanas Beatriz y Cristina, don Jaime hizo la Primera Comunión el 23 de diciembre de 1918, en la Real Capilla de Palacio; en aquella misma ceremonia, el príncipe de Asturias recibió la Confirmación.

El confesor y director espiritual del infante, Javier Vales Felie, le preparó para la

Primera Comunión. Era una persona de gran talento, miembro de la Academia de Ciencias Morales y de la de San Fernando, a quien don Jaime apreciaba mucho. Por eso, al enterarse, cuatro años después, de que se había suicidado el día de Jueves Santo, se echó a llorar desconsoladamente sin hallar jamás una explicación, salvo que hubiese sido víctima de enajenación mental.

A bordo del tren que le conducía hacia Hendaya, don Jaime seguía ensimismado en sus recuerdos mientras su madre y sus hermanos, extenuados por la falta de sueño y la tremenda tensión, trataban de reponerse en los compartimentos habilitados con cama.

A su llegada a San Juan de Luz y La Negresse, la colonia española que allí vivía se acercó al andén para saludarles. En Bayona aguardaban las autoridades locales (prefecto, alcalde y gobernador militar), a quienes el infante saludó cordialmente en nombre de su familia.

El trayecto hasta Burdeos se hizo demasiado largo. Llevaba ya muchas horas don Jaime sin dormir, de guardia, y el traqueteo del tren al recorrer la línea recta de la zona de Las Landas hizo que fuese adueñándose de él un sopor indescriptible. Pero siguió aferrándose a los vivos recuerdos de su niñez para mantenerse despierto; a esos tiempos que ya jamás volverían; a los años en los que había recibido una exigente formación por ser infante de España, pero que él rememoraba con ternura.

Desde pequeño se había acostumbrado a levantarse a las siete de la mañana todos los días. Cada jornada estaba planificada de antemano. A las ocho y media desayunaba con su hermano Alfonso, que compartía con él un sector de las habitaciones de palacio. Cada uno tenía su propio aposento, cuarto de baño y guardarropa, pero utilizaban conjuntamente el comedor, la sala de estudio y el gimnasio. Completaban el apartamento otro dormitorio y un cuarto de baño para el ayudante de servicio.

El desayuno era casi siempre el mismo: café con leche o chocolate, tortilla y churros. Daban buena cuenta de él sentados a la mesa con el ayudante de servicio, que una vez era Félix de Antelo y otras Mariano Capdepón, comandante del Regimiento del Rey. A las nueve comenzaban las clases. Pasado un tiempo, don Jaime dispuso de su propio horario, de lunes a sábado, durante el cual estudiaba aritmética, gramática y caligrafía, conversación y escritura, historia, dibujo e historia sagrada. Al cumplir los dieciséis años, el conde de Grove le impuso que repasase también la Constitución todos los días durante media hora.

Su rendimiento en los estudios, comparado con el de sus hermanos Juan y Gonzalo, era intermedio. El profesor evaluó a sus tres alumnos durante el primer semestre de 1924 con el siguiente criterio: 3 equivalía a «muy bueno»; 2, era «bueno»; 1, «regular»; y 0, «malo».

En el cuaderno de calificaciones, el maestro consignó de su puño y letra los siguientes resultados:^[6]

	JAIME	JUAN	GONZALO
ENERO	2,33	1,76	1,56
FEBRERO	1,80	2,21	1,85
MARZO	2,00	1,90	1,23
ABRIL	1,71	2,07	1,72
MAYO	3,00	2,75	2,65
JUNIO	2,08	2,10	2,12
NOTA FINAL	(R) 1,75	(B) 2,01	(R) 1,72

A diferencia de sus hermanos Jaime y Gonzalo, el futuro conde de Barcelona resultaba a veces problemático en clase. Al pie de las calificaciones, el profesor anotó: «Faltas en enero. Juan, expulsado por contestar y mal genio. Día 29».

Con dieciséis años, don Jaime demostraba en clase escasa agilidad mental, igual que sus hermanos pequeños: «Ninguno discurre. No saben cuántos metros tienen 5,5 kilómetros», se quejaba su maestro.

A las diez se suspendía la clase para que los chicos hiciesen la visita a sus padres. El rey aprovechaba esa media hora para estar con sus dos hijos mayores y preguntarles por sus estudios.

A las diez y media se reanudaban las lecciones, hasta las once y media; a esa hora, los chavales solían recibir la visita de su abuela, la reina María Cristina, que interrogaba a los profesores sobre la marcha de sus tareas. Eran unos minutos deliciosos para ella, durante los cuales más de una vez habría evocado su propia educación en el castillo de Gross-Seelowitz en Moravia, residencia de sus padres (el archiduque Carlos Fernando y la archiduquesa Isabel), ilustres miembros de la Casa de Austria.

Criada entre sus tres hermanos (los archiduques Federico, Carlos Esteban y Eugenio), María Cristina se forjó desde niña un carácter recio y exigente en Viena, a la sombra melancólica de la vieja Hofbourg, la corte más rígida y hermética de Europa. Ese estricto cumplimiento del deber fue precisamente el que la reina intentó inculcar siempre a su hijo Alfonso XIII y a sus nietos mayores.

Junto a su gran afición por la música (interpretaba magníficamente al piano a dos de sus compositores predilectos, Beethoven y Chopin), María Cristina prestaba especial atención a la educación física, ya recorriera a caballo los campos o se entregase al placer de la natación o al de remar.

Resultaba curioso que, igual que sus hijos se criaban entonces con su abuela María Cristina, Victoria Eugenia también se hubiera educado en la corte británica bajo la influencia de su abuela, la reina Victoria, que ejerció como una segunda madre. Era Victoria de Inglaterra quien gobernaba el hogar, dado que la princesa Beatriz y el príncipe Henry de Battenberg (padres de Victoria Eugenia) no podían tener entonces su propia casa.

Tras media hora de descanso, llegaba el turno de los ejercicios físicos en palacio. A las doce en punto, don Jaime hacía gimnasia sueca con sus hermanos en los jardines del Campo del Moro; otras veces practicaban lo que ya entonces se conocía en inglés como *cross country*.

El infante recordaba, ufano, la mañana en la que había logrado dar la vuelta al Campo del Moro a paso atlético, siendo el único de los hermanos que pudo concluir el recorrido.

La gimnasia era casi un ritual en palacio. Alfonso XIII predicaba con el ejemplo. Cada mañana, hiciese frío o calor, el monarca efectuaba ejercicios de nueve y media a diez en una terraza que daba al Campo del Moro. Don Jaime le vio un día asomado al balcón con el torso desnudo, en una de esas mañanas en las que el aire gélido de la sierra madrileña cortaba la piel como un filo de acero. Cuando la temperatura bajaba mucho, el rey seguía practicando ejercicio en su lugar favorito: el Salón del Trono. Allí, entre consolas doradas de estilo rococó, grandes espejos con preciosos marcos, esculturas de bronce de tamaño natural y arañas de cristal tallado con montura de plata, el monarca ejercitaba como una liturgia su tabla de gimnasia.

El almuerzo se servía a las dos y cuarto. La Familia Real compartía mesa con los ayudantes de servicio, gentilhombres y damas de turno, el jefe de alabarderos y el coronel del regimiento que estaba de guardia. A veces, cuando el rey tenía que ir al tiro de pichón o a jugar al golf, se adelantaba la hora del almuerzo. Entre semana solía sentarse a la mesa algún ministro. Los domingos, en cambio, se comía algo más tarde y sólo en familia.

Don Jaime era un gran aficionado a los museos: el de Historia Natural era su favorito; disfrutaba en él casi tanto como en un espectáculo de circo. Sus profesores le llevaban a verlo y él se deleitaba recorriendo las urnas de cristal, admirando la enorme variedad de insectos disecados y la fabulosa colección de aves. En cierta ocasión, el infante se convirtió en uno de los donantes más jóvenes del museo al aportar una perdiz que había disecado con admirable esmero en sus clases en palacio.

A las cinco de la tarde se tomaba el té, aunque, en honor a la verdad, la única que lo hacía era la reina Victoria Eugenia. En la España del chocolate con picatostes y agua fresca del botijo con azucarillos fue casi una revolución la introducción de una costumbre tan británica por influencia de la reina.

Los infantes solían tomar una generosa ración de tarta, de chocolate casi siempre, mientras los reyes aprovechaban ese momento para conceder a sus hijos recompensas y castigos.

Don Jaime no se libraba de fuertes reprimendas por sus travesuras. Una tarde, en connivencia con su hermana María Cristina (Crista, como la llamaban en familia), que era muy golosa, cogió una gran tarta que había sobre la mesa del salón y se la llevó a escondidas a una habitación contigua, donde se la comió entera con ayuda de la infanta. Cuando entró su madre y vio la bandeja vacía, llamó a todos sus hijos y los fue interrogando de uno en uno para averiguar quién había sido el artífice de la

trastada. Ninguno de ellos confesó al principio. Pero, finalmente, ante el temor a ser descubierto por los restos de chocolate que aún conservaba en la boca, don Jaime admitió su culpa y fue castigado a no probar tarta durante tres días. Sin embargo, haciendo luego sus propios cálculos, el joven se consoló al comprobar que aquella tarde había comido más tarta que en tres días de correctivo.

El que fuera pillo y revoltoso no impedía a don Jaime mostrarse casi siempre benevolente. «Era el más bondadoso de todos nosotros —recordaba años después su hermana María Cristina—. Cada uno teníamos un mote en la intimidad familiar. El suyo era el Serenísimo».

Como su madre, don Jaime tampoco guardaba rencor cuando era castigado, o, si se enfadaba, enseguida se le pasaba. En la aburrida corte británica que regía con mano firme su abuela la reina Victoria, la pequeña Victoria Eugenia había aprendido a ser flexible en sus reacciones, espontánea, leal, e independiente de espíritu. Esto último se manifestaba en el hecho de que intentara emular las proezas físicas que realizaban sus hermanos. Ella no era menos que ellos cuando, por ejemplo, se trataba de subirse a un árbol: «¡Puedo hacerlo!, ¡puedo hacerlo!», se animaba a sí misma, sin darse nunca por vencida.

Su hijo Jaime se parecía a ella en esa tenacidad, en ese afán de superación que le llevaba a no escatimar esfuerzos para destacar en las competiciones deportivas con sus hermanos, o para sobreponerse a su sordomudez descifrando el movimiento de los labios.

Su madre, igual que él, nunca fue una mujer profundamente religiosa, aunque tuviese que abrazar la religión católica para poder casarse con Alfonso XIII. Y ello, pese a que su abuela intentó en balde que Victoria Eugenia memorizase de pequeña algunos pasajes de la Biblia, como en aquella ocasión en que la reina Victoria preguntó a su nieta:

—Ena [así la llamaban en la corte británica], ¿qué son las epístolas?

La niña, temerosa de meter la pata, replicó:

—Creo que son las esposas de los apóstoles.

Las mañanas de domingo, los infantes se vestían de exploradores. Después de la misa, subían a un autocar de palacio para dirigirse a La Zarzuela, acompañados de sus primos Carlos, Luis Fernando y José de Baviera, de las primas María Dolores, Esperanza y Mercedes, y de la prima Isabel, hija del infante don Carlos.

Nada más llegar a La Zarzuela, procedían entre todos a instalar laboriosamente las tiendas de campaña, ayudados por sus profesores. Así, una vez ensambladas, podían iniciar el servicio de guardia de exploración.

Almorzaban siempre al aire libre y algunos domingos, hacia las tres de la tarde, recibían la visita del rey, que les pasaba revista e inspeccionaba el campamento donde ondeaba la bandera española que la reina María Cristina había regalado a sus nietos.

Los chicos hacían ejercicio por el campo y regresaban extenuados al final de la tarde a palacio. Entonces, la reina María Cristina les recompensaba con un cálido

recibimiento: una espléndida merienda-cena, durante la cual gozaban de gran libertad para jugar y expresarse, permitiéndoseles incluso armar cierto alboroto. La abuela se prodigaba en manifestaciones de cariño familiar y sus nietos disfrutaban con ella de sus juegos infantiles.

Todos los años preparaba para ellos un árbol de navidad, exactamente igual que hacía para sus hijos Alfonso, Mercedes y María Teresa; era un árbol muy especial, engalanado con regalos que los infantes a duras penas alcanzaban a recoger de las ramas más altas. Su padre entonaba ante el luminoso abeto uno de esos villancicos que cantaba desde niño, mientras ellos levantaban las ingenuas frentes y miraban los envoltorios con ojos resplandecientes.

Cuando llegaba el verano, mediado el mes de junio, los niños se preparaban para emprender un apasionante viaje a La Granja de San Ildefonso; aunque, para los mayores, el trayecto no era desde luego tan apasionante. El recorrido se efectuaba en coches tirados por mulas (tres parejas en cada uno), que era el medio más seguro para transitar por los caminos terrosos y empedrados que atravesaban la sierra madrileña.

Pero aquél no era, ni mucho menos, un viaje confortable: el traqueteo de los vehículos por aquellas agrestes sendas sacudía el cuerpo de los viajeros como si fueran marionetas y levantaba una enorme polvareda que les irritaba los ojos.

A los niños, sin embargo, aquel ajetreo les divertía. Sentían el entusiasmo de la aventura, adentrándose en aquel paisaje montañoso.

Aprovechaban el cambio de mulas para almorzar al aire libre, en las afueras de Cercedilla y, al caer la tarde, llegaban a los suaves ramajes de La Granja, fatigados pero deseosos de iniciar al día siguiente sus ansiadas correrías por aquel inmenso parque que había frente al palacio, donde jugaban a lo inimaginable.

Una de sus actividades favoritas era la pesca de truchas. En La Granja había de sobra para satisfacer el prurito del pescador más exigente. Los criaderos funcionaban con gran eficacia durante el año, haciendo que en verano hubiese numerosos ejemplares prestos a morder el anzuelo.

Los reyes visitaban a sus hijos de vez en cuando. Viajaban hasta allí en uno de los Hispano-Suiza a los que el soberano era tan aficionado. Claro que la rapidez y seguridad del coche eran sólo aparentes cuando éste debía circular por accidentados caminos de tierra, donde los carros tirados por mulas jamás pinchaban. El Hispano-Suiza sufría a menudo averías que hacían que los reyes llegasen a La Granja casi al mismo tiempo que los infantes.

El Corpus era la fiesta grande de las vacaciones. Se celebraba con una procesión por los jardines de palacio, a la que acudían como invitados los vecinos del pueblo. A don Jaime le emocionaba desfilar junto a las fuerzas vivas de San Ildefonso. La muchedumbre seguía con miradas de afecto a los infantes y hacía comentarios sobre ellos a su paso por los jardines en un tono que para don Jaime, lo mismo que para su hermana Beatriz, que había nacido también allí, resultaba casi familiar. Ambos sintieron una gran emoción cuando la Diputación Provincial de Segovia les entregó el

título de hijos predilectos el 28 de junio de 1925.

El alborozo de aquellos días concluía a primeros de julio, cuando la Familia Real tomaba el tren en Segovia para trasladarse a Santander, al palacio de la Magdalena, donde permanecía hasta la segunda quincena de agosto; entonces, viajaba a San Sebastián, al palacio de Miramar, para alargar las vacaciones hasta comienzos de octubre.

En Santander, a diferencia de en La Granja, volvían a estar presentes los estudios en la vida diaria de los infantes. El conde de Grove, veterano general de Brigada y antiguo profesor del rey, a quien éste llamaba afectuosamente «abuelito», era el director de estudios de los chicos, encargado de establecer el programa que les hacía cumplir a rajatabla.

Antes de ir a la playa del Sardinero, don Jaime y sus hermanos tenían una hora de clase y otra de estudio. En el Sardinero disponían de un espacio reservado y de una caseta con catorce cabinas para los reyes, los infantes y sus invitados. Les encantaba corretear por la arena y tomar un baño; también disfrutaban buscando cangrejos por las rocas de la costa frente a la Magdalena.

Don Jaime aprendió allí a dar las primeras brazadas y pronto se convirtió en un consumado nadador. Pero eso no significaba que a veces no tuviese pereza para tomar un baño, sobre todo cuando el cielo estaba encapotado y soplabla una brisa fresca. Un día, mientras acompañaba a su padre a bordo de un balandro, al rey pareció importarle bien poco que el tiempo fuese desapacible. En un arranque de voluntad, Alfonso XIII se lanzó al mar vestido con chaqueta azul de franela, pantalones, zapatos blancos y gorra de mariner. A don Jaime no le quedó otro remedio que seguir su ejemplo de reciedumbre.

En Santander almorzaban alrededor de la una y dormían luego la siesta hasta las tres y media de la tarde. Al despertar, recibían otra hora de clase y paseaban después en coche por la ciudad y sus alrededores hasta las siete de la tarde, más o menos, en que iban a saludar a sus padres.

La cena se servía pronto, y minutos después se acostaban. La vida allí, igual que en Madrid, estaba milimétricamente organizada; aunque en Santander, los chicos gozaban de mayor libertad.

A don Jaime le encantaban las excursiones, cuanto más largas, mejor. Casi todos los veranos visitaban las cuevas de Altamira, el pintoresco pueblo de Santillana del Mar, o iban a rezar al Cristo de Limpias.

El deporte formaba parte esencial de sus vidas. Por las tardes, los chavales solían jugar al tenis. El equipo de los «segovianos» (integrado por Beatriz y Jaime) se batía contra el de los «madrileños» (compuesto por Alfonso y María Cristina). Don Jaime se jactaba de que su equipo ganaba casi siempre.

San Sebastián, tras las estancias en La Granja y Santander, constituía la recta final de las vacaciones. A don Jaime le gustaba especialmente veranear en la capital donostiarra porque podía disfrutar de la compañía de su abuela, que disponía de una

zona privada muy extensa y de una caseta en la playa de La Concha, a la que se podía bajar en un pequeño funicular que hacía las delicias de los niños. Igual que los helados que la reina compraba a sus nietos en la pastelería Casa Garibay, antes de almorzar.

En cuestión de pastelerías y salones de té, María Cristina no tenía quien le hiciese sombra. Algunas tardes llevaba a sus nietos más lejos a merendar, como a la chocolatería Elgorriaga, en Irún, cuyas exquisiteces justificaban por sí solas el largo desplazamiento hasta allí.

Don Jaime descubrió en San Sebastián los partidos de pelota y las regatas de traineras. A pelota y a pala jugaría mucho, años después, con sus hermanos y amigos bajo la supervisión del célebre pelotari Irigoyen.

Les sobraba tiempo para hacer diabluras. Una tarde, don Jaime y su hermano Alfonso tuvieron la genial idea de entrar en una tienda de pirotecnia, acompañados de uno de sus profesores. Los chavales estaban encaprichados con unas «tracas japonesas» y otros pequeños fuegos de artificio que pretendían encender en el jardín de Miramar. Aprovechando un descuido del profesor, introdujeron también un gran petardo en la bolsa.

De regreso en palacio, se dirigieron rápidamente a su cuarto para prender fuego al petardo y arrojarlo por la ventana. Estaban encantados con su travesura. Instantes después, el petardo estalló con un enorme estruendo. Ellos se asustaron al principio, lo mismo que la reina María Cristina, aunque el más impresionado resultó ser el conde de Grove, lo cual divirtió enormemente a los chicos.

En palacio se armó un gran revuelo. Los soldados de la guardia corrían de un lado al otro del jardín intentando descubrir al autor del presunto atentado terrorista. Temerosos de lo que pudiera ocurrirles, Alfonso y Jaime se encerraron en la habitación sin atreverse a salir. Poco después, su padre entraba en el cuarto para interrogarles sobre lo sucedido. Don Jaime acabó confesando su culpa y, para su sorpresa, el rey le sonrió restando importancia a su diablura.

La reina María Cristina perdonó también a sus nietos, y el rey levantó a don Jaime el castigo impuesto por el conde de Grove de no salir a la calle durante unos días.

En octubre, la Familia Real volvía a la rutina en el madrileño palacio de Oriente. Los infantes alternaban estudio y deporte, y tenían tiempo también para sus distracciones. Don Jaime cambió enseguida las tardes de circo por las de toros. Era ya un adolescente, que a los quince años asistía a su primera corrida de Beneficencia cuando aún no existía la plaza de toros de las Ventas, inaugurada tras proclamarse la República.

Hacía escasos años que la rivalidad entre José Gómez Ortega, Joselito, y Belmonte rendía al toreo una de sus épocas doradas. La muerte del maestro Joselito en la plaza de Talavera de la Reina, el fatídico año de 1920, movió al insigne escultor Mariano Benlliure a erigir un monumento que cobijase los restos del diestro en el

cementerio.

La reina Victoria Eugenia visitó el taller de Benlliure para contemplar la obra de arte en la que un grupo de gitanos, fundido en bronce, contrastaba con el mármol blanco de Carrara en el rostro del torero, que era portado a hombros envuelto en un sudario.

Alfonso XIII se acercaría en 1930 al cementerio para admirar detenidamente esa maravilla de mausoleo.

Cumplir los dieciséis años significó para don Jaime la mayoría de edad dinástica. El mismo día de su celebración, el rey le presentó oficialmente ante las autoridades durante una fiesta en palacio. Era la primera vez en su vida que vestía el uniforme de maestrante de Sevilla mientras asistía a misa en capilla pública.

Desde aquel día gozó de mayor libertad de movimientos. Iba con frecuencia a jugar al golf en el club Puerta de Hierro, y otras veces se escapaba con sus amigos al centro de Madrid para almorzar en el reservado de algún restaurante, o tomar copas en cafés donde su presencia pasaba casi inadvertida.

En palacio, don Jaime convivía más estrechamente con su hermano Alfonso, un año mayor que él. El príncipe de Asturias había nacido el 10 de mayo de 1907 tras un penoso parto que duró doce horas y dejó exhausta a la reina en su lecho. «Alfonsito», como le llamaban en familia, pronto estuvo limitado para saltar, correr y jugar como sus hermanos. Al principio se mostraba siempre alegre y extravertido; pero luego comenzó a sentirse enfermo como consecuencia de una caída tras bajar precipitadamente del coche para entrar en palacio por la Puerta Incógnita. Sucedió una tarde de octubre de 1920. Desde entonces, el príncipe de Asturias ya nunca más estuvo sano. Sufrió frecuentes recaídas, especialmente en otoño e invierno, y su carácter se agrió, volviéndose huraño y receloso, lo cual, como era lógico, repercutió negativamente en la relación con su hermano Jaime; aunque ambos jamás dejaron de adorarse.

Siendo un adolescente, Alfonso tenía las piernas salpicadas de varices, como gruesas lombrices, que le causaban fuertes dolores y molestias; le operaron dos veces, pero con escaso éxito. Poco a poco fue apartándose de la vida oficial, hasta que su hermano Jaime le sustituyó en la práctica como príncipe de Asturias.

Alfonso encontró en el doctor Carlos Elósegui un verdadero ángel de la guarda. Éste era un estudiante vasco de hematología, discípulo del célebre doctor Pittaluga, de quien había recibido el encargo de ocuparse de varios enfermos hemofílicos en la policlínica de la Facultad de Medicina de Madrid.

Pronto se dio a conocer como un médico humanitario y cariñoso con sus pacientes, y sus resultados científicos rebasaron el ámbito meramente hospitalario. En vista de su creciente fama, Alfonso XIII le invitó en la primavera de 1925 a que reconociese a su hijo Alfonso y se hiciese cargo de su tratamiento.

Elósegui cursaba entonces el último año de carrera y era casi de la misma edad que Alfonso, lo cual facilitó la amistad entre médico y paciente, que convivieron

largo tiempo en El Pardo, La Granja y Madrid.

Con veinte años, el príncipe de Asturias era un hombre apuesto, a quien sólo su enfermedad le impedía figurar en las quinielas casaderas de la corte europea. Era distinto a los demás: alejado de la diversión y los placeres propios de su edad, no iba a fiestas, tampoco bailaba, ni siquiera hacía esfuerzos por saltar o correr. Pero un día, el destino quiso que la princesa Ileana irrumpiera en su vida.

Fue en la primavera de 1929, cuando la reina María de Rumanía, viuda del rey Fernando I, visitó Madrid acompañada de su hija Ileana; era ésta una hermosa muchacha de veinte años, espigada y con una profunda mirada azul.

El príncipe de Asturias se enamoró de ella nada más verla, y le pidió que se casase con él. Alfonso XIII y Victoria Eugenia estaban encantados con la posibilidad de que su primogénito contrajera matrimonio; y sus fundadas razones tenían: Ileana era una chica abnegada, siempre volcada en los demás.

Pero el compromiso matrimonial jamás se hizo público. La explicación de ese misterioso silencio se halló un día en los Archivos Reales de Rumanía, en Bucarest, donde se conserva una estremecedora carta de la reina María, en la que ésta manifiesta que el comportamiento del rey Alfonso XIII con las mujeres era un gran obstáculo para la celebración de la boda.

La carta, desde luego, era de las que dejan huella:

El rey español —escribió la soberana— se interesa por todas las mujeres nuevas que conoce, y luego se las arregla para declarar que son ellas quienes se arrojan a sus pies. Una nuera bonita, esposa de un hijo incapacitado, no estaría segura a su lado.

Como digno Borbón, don Jaime tuvo también el primer gran amor de su vida: Blanca de Borbón y León, descendiente de una rama morganática de la Casa Real, la de los duques de Sevilla, le sorbió el seso sin que el joven apenas se diese cuenta.

Era una mujer buena, guapa... y rubia, que trataba a don Jaime con un afecto casi maternal, con una ternura que el enamorado, sordomudo, agradecía infinitamente. Pronto se convirtieron en disciplinados novios que se carteaban con regularidad. Pero a la seductora calma sobrevino, inesperadamente, la más díscola tempestad; bastó un simple comentario del conde de Grove al rey para que éste se opusiese radicalmente al noviazgo.

¿Qué le dijo el noble súbdito al monarca? Tan sólo que doña Blanca era diez años mayor que su hijo. Ahí acabó todo... o casi, dado que los novios, fascinados por lo prohibido, hicieron lo indecible para verse a solas en fiestas y reuniones sociales. Pero su tenacidad duró poco. La pareja, resignada al final, rompió de mutuo acuerdo su relación. Blanca de Borbón se desposaría en 1929 con Luis Figueroa, segundo conde de Romanones.

Don Jaime halló pronto un recambio sentimental. Se llamaba Victoria y era una

de las hijas del marqués de Benicarló. La conoció en Madrid, donde la chica residía habitualmente dado que su padre era gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre, y solía ir con frecuencia a palacio.

La relación formal empezó en realidad en septiembre de 1929, cuando don Jaime acompañó al general Miguel Primo de Rivera a Valencia. Allí pudo visitar a Victoria en su casa, y coincidir con ella en algunas fiestas organizadas con motivo de su viaje. Esta vez fue un hecho ajeno a la familia el que puso fin a la relación: la repentina proclamación de la República.

Antes de salir de España, el infante entregó al marqués de Benicarló una carta para su hija, aprovechando que éste había acudido a Irún para despedirse de la Familia Real. Eran las últimas líneas afectuosas de un joven enamorado, consciente de que el exilio se interponía sin remedio entre él y su novia.

La madrugada del jueves 16 de abril de 1931, el tren que conducía a la reina y a sus hijos fuera de España llegó a la estación de Burdeos.

Don Jaime había vencido el sueño fumando incesantemente, o saliendo al pasillo mientras le asaltaban lejanos recuerdos de su patria. La acogida en la ciudad francesa fue menos entusiasta que en las Vascongadas. Sin duda, por lo avanzado de la hora; pero aun así, las autoridades acudieron allí para dar la bienvenida a los insignes exiliados.

Las siguientes paradas, en Angulema y Poitiers, obligaron al infante a interrumpir su duermevela. En Angulema tuvo que bajar al andén para corresponder a los saludos oficiales y a los vítores de varios grupos de españoles desplazados hasta allí; en Poitiers, recibió en el vagón a las autoridades. Cuando el tren partió de esta última estación, don Jaime, agotado, se entregó al sueño unas horas antes de llegar a París.

El recibimiento en la capital francesa fue cordial. Junto al presidente del Consejo municipal, el gobernador militar y un representante del Ministerio de Asuntos Exteriores, se hallaba el prefecto de Policía, Chiappe, que era un seguidor incondicional de la monarquía española.

El embajador Quiñones de León y buena parte del personal de la legación española aguardaban también a la Familia Real.

Quiñones acompañó a la reina y a sus hijos hasta el hotel Meurice, situado frente a la estación, al otro lado del Sena y de las Tullerías.

Una vez allí, recibieron la llamada del rey desde Marsella, anunciándoles que aquella misma noche llegaría a París.

El Côte d'Azur Express, a bordo del cual viajaba Alfonso XIII desde Marsella, entró en la estación de Dijon a las siete y diez de la tarde. El rey rehusó hablar con los periodistas que le acechaban a su llegada. La consigna era terminante: nada de declaraciones, mientras se prohibía la entrada al departamento del monarca.

En Laroche, penúltima estación antes de París, los periodistas intentaron invadir de nuevo los vagones. El rey recibió allí al duque de Alba, al embajador Quiñones de León y al vizconde de Casa Aguilar.

Poco después de las once de la noche, el tren hacía su entrada en la estación de Lyon, donde el monarca fue agasajado por un grupo de españoles y franceses, entre ellos el mariscal Pétain.

La presencia de la Familia Real en París inquietó, sin embargo, a la infanta Eulalia, que al enterarse de que sus parientes tenían previsto instalarse en la capital francesa, donde ella residía, no pudo más que exclamar: «¡Dios mío! ¡Ahora se me mete aquí toda la familia!».

El jueves 16, en efecto, llegó la reina Victoria Eugenia con sus hijos y, horas después, lo hizo don Alfonso XIII, a quienes se unirían, al cabo de unos días, don Juan y su tía la infanta Isabel, la Chata.

Pero poco iba a durarle su preocupación a la infanta Eulalia, dado que una ley vigente durante la Tercera República francesa establecía que los miembros de las familias reales europeas, reinantes o destronadas, no podían elegir domicilio en Francia a menos de sesenta kilómetros de la residencia habitual del jefe del Estado. Y el hotel Meurice, donde se alojaba temporalmente la Familia Real, se encontraba apenas a un kilómetro del palacio del Elíseo.

La Familia Real buscó entonces otro lugar para instalarse y encontró pronto el hotel Savoy, en Fontainebleau, aunque Alfonso XIII conservó un gabinete y un salón en el Meurice, a donde iba dos veces por semana para celebrar audiencias.

En el hotel Savoy se consumó precisamente la ruptura del matrimonio real, herido de muerte tras las primeras infidelidades del rey a los pocos días de su boda.

Curiosamente, Alfonso XIII entró una tarde en la habitación que ocupaba la reina para exigirle, encarecidamente, que pusiese fin a su relación con dos de sus mejores amigos, los duques de Lécera.

La verdad era que Victoria Eugenia ninguna razón tenía para romper con Jaime y Rosario Lécera, por más que Alfonso XIII diera pábulo a los infundios, según los cuales la duquesa estaba enamorada de la reina y ésta mantenía a su vez un romance con el duque.

Victoria Eugenia no podía dar crédito a la escena que le montaba su marido, inexplicablemente celoso. Aguardó pacientemente a que terminase de hablar y cuando el rey la puso entre la espada y la pared para que eligiera entre él o los duques de Lécera, ella no titubeó: «Les elijo a ellos y no quiero volver a ver tu fea cara».

La reina explotó tras las terribles desilusiones y traiciones que sufría por parte de su esposo prácticamente desde el inicio de su matrimonio.

No en vano, el mismo año de su enlace con Victoria Eugenia, don Alfonso XIII fue padre por primera vez. Y Victoria Eugenia no era precisamente la madre de la criatura. El hijo ilegítimo del rey se llamaba Roger de Vilmorin y guardaba un asombroso parecido con él.

La madre, Mélanie de Vilmorin (Mélanie de Dortan, de soltera), estaba considerada como una de las mujeres más hermosas de Europa. Se había casado a principios de siglo con el multimillonario Philippe Vilmorin y vivía con él en el

castillo francés de Verrières, lugar de cita obligado de la gente de más alta alcurnia de su tiempo.

Don Alfonso se quedó enseguida prendado de la gran belleza de la mujer y, al contrario de lo que sucedió con otros tres hijos bastardos suyos, jamás se refirió a Roger de Vilmorin ni trató de asegurarle un futuro económico, tal vez por ser consciente de la fortuna que manejaba el marido de Mélanie.

Esa circunstancia no impidió que existiese una buena amistad entre el monarca y su amante, que se mantuvo hasta la muerte de ésta, en 1937.

Otra bella mujer, Beatrice Noon, reemplazó a Mélanie de Vilmorin como amante del rey. Nacida en Escocia, pero de ascendencia irlandesa, la Noon era miembro de la servidumbre del palacio Real de Madrid como institutriz de los infantes, a quienes impartía también clases de piano.

Alfonso XIII, con su insaciable apetito sexual, acabó dejándola embarazada también a ella. Para evitar el escándalo, Beatrice Noon fue expulsada de la corte y dio a luz en París a una niña, en 1916. Era la viva imagen de su padre, y se la apellidó Milán (el rey de España conservaba el ducado de Milán entre sus títulos históricos) para evitar que con sólo el apellido materno se pusiese en evidencia la deshonra del monarca y de la institutriz.

El rey sentía predilección por su segunda hija natural, Juana Alfonsa Milán, como recordaba su íntimo amigo, el periodista Ramón de Franch:

Ya en el exilio, en 1940, el rey se paseaba por Ginebra del bracete de una joven, y la gente dio en pensar que era una nueva amante, cuando lo cierto es que era su estampa. Joven, rubia, algo coqueta y muy elegante, lleva con garbo de princesa la ilegitimidad de su origen.^[7]

De Juana Alfonsa Milán se ocupó durante muchos años el que fue embajador español en París durante la monarquía, el siempre fiel Quiñones de León, hasta que la joven se casó y se trasladó a vivir a Madrid, donde murió en 2005.

Pero, sin duda, el gran amor de Alfonso XIII (además, por supuesto, de doña Victoria Eugenia, de la cual se enamoró perdidamente al conocerla) fue la popular actriz Carmen Ruiz Moragas, a la que empezó a tratar en los años veinte. Carmen estaba separada del célebre torero Rodolfo Gaona, y con ella el rey tuvo otros dos hijos naturales: María Teresa, nacida en 1926 y fallecida ya, y Leandro Alfonso, que vino al mundo en 1929.

Leandro Alfonso vive hoy en Madrid y ha sido reconocido como hijo ilegítimo de Alfonso XIII, pudiéndose apellidar Borbón con todas las de la ley.

El monarca instaló a la actriz en un lujoso chalé madrileño, justo donde la avenida de la Reina Victoria desciende a la Ciudad Universitaria por la avenida de la Moncloa. Allí la visitó asiduamente hasta que no tuvo más remedio que abandonar España tras proclamarse la República.

La relación extramatrimonial llegó enseguida a oídos de la reina, como también los rumores de que los dos hijos sanos del rey con la actriz podían constituir una prueba para la nulidad matrimonial, una vez demostrado así que la hemofilia era una tara atribuible a Victoria Eugenia.

La reina sospechó enseguida que la posibilidad de una anulación eclesiástica, e incluso el romance de su marido, se debían a la nociva influencia del marqués de Viana, su principal enemigo en la corte. Sin dudarle, le mandó llamar para decirle muy severamente, en el ocaso ya de la dictadura de Primo de Rivera:

—No está en mi mano castigarle como usted merece. Sólo Dios puede hacerlo. Su escarmiento tendrá que esperar hasta que usted esté en el otro mundo.

Fue tal la impresión que le produjo al marqués de Viana esta especie de maldición de la reina, que sufrió un desmayo a su salida de palacio, y aquella misma noche falleció.

A su llegada a París, don Juan despejó su futuro inmediato. Preguntado por su padre, respondió muy seguro que deseaba acabar la carrera de Marina.

—Pues voy a ir a Inglaterra, a ver si Jorge V te mete en la Marina inglesa —le dijo el rey.

Poco después, un telegrama de Alfonso XIII obligó al hijo a trasladarse sin demora a Londres; en el hotel Claridge, el monarca le comunicó el resultado positivo de sus gestiones, y don Juan ingresó en la Escuela Naval de Dartmouth.

A cientos de leguas de allí, sus hermanos se adaptaban sin grandes complicaciones a la apacible vida en Fontainebleau, excepto el príncipe de Asturias, obligado por su grave enfermedad a ingresar en una clínica del barrio de Neuilly, acompañado por su fiel doctor Elósegui y por un enfermero.

Sus padres acudían a verle allí una o dos veces por semana.

Entre tanto, don Jaime jugaba con sus hermanos al tenis y al golf, y daba largos paseos por el bosque a caballo. En una de esas travesías, tras internarse en la espesa arboleda, descubrió el pequeño pueblo de Barbizón, cuyo intenso colorido proporcionó espléndidos paisajes al óleo a los pintores de la célebre Escuela de Barbizón, que tanto influirían luego en los impresionistas.

Pero en Barbizón no había sólo ilustres pintores. Don Jaime conoció a numerosos turistas y curiosos. Uno de éstos era un americano rollizo llamado Alf, que había combatido como voluntario en la Primera Guerra Mundial y acabó estableciéndose, fascinado por el entorno, en el bosque de Fontainebleau. Alf regentaba una cafetería en Barbizón y jamás pedía a sus clientes la misma cantidad por una consumición. A la hora de cobrar, redondeaba siempre el precio al alza... o a la baja; dependía de si estuviera ebrio o no. Los clientes como don Jaime estaban de suerte si el inefable Alf había bebido más de la cuenta, en cuyo caso las rondas les salían más baratas. Pero eso sucedía de modo excepcional.

En Fontainebleau, don Jaime aprovechó para perfeccionar su francés en el Collège Saint Jacques de París, una institución especial para sordomudos instalada en

un adusto edificio de la calle Cherche-Midi, en la que el joven recibía tres horas semanales de clase.

Había un serio inconveniente: el colegio estaba demasiado lejos de su casa, y el alumno tenía que madrugar para coger el tren que llegaba a París a las nueve y media de la mañana, para luego, desde la estación de Lyon, tomar un autobús hasta la escuela.

En Fontainebleau fue donde el infante se concienció más del aislamiento en que le sumía su sordomudez, y buscó refugio en los libros. Pero, al final, su recurso a la lectura acabó convirtiéndose en un hábito que practicaba con gran complacencia. La historia le apasionaba. Uno de los libros que más le impresionaron fue *Le roi*, de Funk-Brentano, obra en la que la monarquía francesa aparecía, a su juicio, fielmente reflejada a través de sus vicisitudes históricas. Su autor mostraba hasta qué punto la casa de Francia era una realidad histórica, política, humana, originaria de la nación, y protectora de los intereses de la comunidad. La misma casa de Francia cuya corona reivindicaría don Jaime durante gran parte de su vida, auspiciado por una corte de legitimistas que le reconocerían de modo entusiasta como el primogénito de los Borbones.

Fue en Fontainebleau también donde el infante dio el paso dinástico más trascendental de su vida, alejándose irremediabilmente de la Corona de España; una decisión precipitada de la que se arrepentiría el resto de su vida.

Tan sólo diez días antes, su hermano mayor Alfonso había sido el primero en cruzar para siempre aquel decisivo umbral.

Capítulo V. La encerrona

Alfonso de Borbón y Battenberg había renunciado a la sucesión el 11 de junio de 1933, en Lausana (Suiza), al suscribir la siguiente carta a su padre, que se conserva en el archivo del conde de Barcelona:

Señor:

Vuestra Majestad conoce que mi elección de esposa se ha fijado en persona dotada de todas las cualidades para hacerme dichoso, pero no perteneciente a aquella condición que las antiguas leyes españolas y las conveniencias de la causa monárquica, que tanto importan para el bien de España requerirían en quien estaría llamada a compartir la sucesión en el trono, si se restableciese por la voluntad nacional.

Decidido a seguir los impulsos de mi corazón, más fuertes incluso que el deseo que siempre he tenido de conformarme con el parecer de Vuestra Majestad, considero mi deber renunciar previamente a los derechos de sucesión a la Corona que, eventualmente, por la Constitución de 1876, o por cualquier otro título, nos pudieran asistir a mí y a los descendientes que Dios me otorgara.

Al poner esta renuncia, formal y explícita, en las augustas manos de Vuestra Majestad, y, por ellas, en las del país, le reitero los sentimientos de fidelidad y de amor con que soy, Señor, su respetuoso hijo,

Alfonso de Borbón

La carta se redactó en la secretaría de Alfonso XIII y, una vez firmada por su hijo, fue devuelta a Fontainebleau por el director espiritual del príncipe de Asturias; éste dejó su título de heredero para adoptar desde aquel momento el de conde de Covadonga.

La renuncia de don Alfonso se fundamentaba en el matrimonio morganático que tenía previsto celebrar, diez días después, con la cubana Edelmira Sampedro-Ocejo y Robato, a quien había conocido en un sanatorio de Leysin, cerca de Lausana.

El entonces príncipe de Asturias se enamoró perdidamente de la señorita cubana, que se convirtió en su dulce enfermera. Procedía ella de una rica familia con intereses en el negocio de la caña de azúcar, que se había instalado en un chalé próximo a la clínica, donde Edelmira se restablecía de cierta insuficiencia respiratoria, la cual, según varios testigos, no le impedía bailar en los salones de baile y moverse alegremente por las playas de la costa del lago Léman.

El rey se opuso con todas sus fuerzas a la celebración del enlace. «Pierdo a mi hijo para siempre», confesó a sus íntimos.

Años antes, en Madrid, el monarca había logrado que su primogénito desistiera

del romance con una señorita de la alta sociedad, Carmen Yebes, alegando que el compromiso rompería la norma dinástica por ser ajeno al círculo de la realeza.

Pero, esta vez, pese a que recurrió a los oficios del padre Ángel Urriza, amigo del príncipe, y del padre Martínez, su director espiritual, fue inútil. En consecuencia, el rey exigió a su hijo que renunciase a los derechos sucesorios en su nombre y en el de sus posibles herederos.

Alfonso se casó así el 21 de junio en la parroquia de Ouchy, en Lausana, con una «persona desigual» que no pertenecía a una familia de estirpe regia, y el rey no quiso ser testigo de una ceremonia a la que se oponía. Sólo acudió la reina Victoria Eugenia con las infantas Beatriz y María Cristina.

Don Alfonso, como haría luego su hermano Jaime, había basado su renuncia en las llamadas «leyes antiguas».

Antes de la llegada a España del primer Borbón, Felipe V, al inicio del siglo XVIII, la ley sucesoria vigente era la de Partida. Esta primera de las «leyes antiguas» establecía la sucesión entre los hijos varones del rey por orden de primogenitura. Luego correspondían los derechos a las hijas y, si no existía descendencia, a los hermanos del monarca.

Esta ley contemplaba la posible exclusión de un sucesor si presentaba carencias de algún tipo y su vigencia se remontaba a la Edad Media.

Pero Felipe V, al llegar a España, derogó la Ley de Partida con el Auto Acordado de 1713, que establecía la «ley semisálica», denominada así porque no excluía totalmente a la mujer de la sucesión, aunque hacía muy difícil que pudiera alcanzar el trono. Los hijos varones del rey, sus hermanos varones y los hijos varones de éstos tenían preferencia, según esta ley, sobre cualquier mujer para reinar. Pero en el caso hipotético de que no hubiese varón, podría reinar la hija mayor del monarca, y así sucesivamente.

No existía hasta entonces el matrimonio desigual. En el derecho sucesorio francés de la Casa de Borbón una mujer que no fuera de estirpe regia podía llegar a reinar. De hecho, los legitimistas franceses consideran hoy a la que fue esposa de don Jaime, Emanuela de Dampierre, como la «reina viuda».

Fue Carlos III el primero que habló de matrimonios desiguales en su Pragmática de 1776, que fue incluida en la Novísima Recopilación. Era una ley general encuadrada en el derecho civil, que afectaba así a todos los súbditos del rey y no sólo a los príncipes. Desposeía de sus derechos sucesorios a quienes contrajeran matrimonio sin permiso o consejo de sus mayores, y a todos sus descendientes. En el caso concreto de la sucesión regia, quedaban excluidos quienes contrajesen matrimonio desigual, aunque fuese con permiso, incluidos sus descendientes.

Pero hubo un hecho que afectó de manera decisiva al futuro de los descendientes de Alfonso XIII. En 1830, Fernando VII restableció la Ley de Partida y dejó sin efecto la «ley semisálica» de Felipe V. Sólo así pudo reinar su hija Isabel II y su rama representada por Alfonso XIII hasta 1931. La decisión del monarca dio lugar a que

los carlistas proclamasen rey a don Carlos, con el nombre de Carlos V, y desencadenó las guerras sucesorias.

Las constituciones de la monarquía (1812, 1837, 1845, 1869 y 1876) no hacían mención alguna a la Pragmática de Carlos III, ni excluían a nadie del trono por matrimonio desigual. Lo que sí sucedía era que la Pragmática se mantuvo vigente en la tradición sucesoria desde Carlos III a Alfonso XIII, a través de reales decretos que excluían del trono a determinadas personas de estirpe regia.

Así, el argumento empleado para validar la renuncia de don Jaime —el matrimonio desigual— era inconsistente. Además, cuando el infante renunció al trono por primera vez se hallaba soltero, de modo que no podía existir matrimonio morganático.

El enlace de don Jaime con Emanuela de Dampierre se produjo después, con el aliento e inspiración de Alfonso XIII. Precisamente por ello, De la Cierva cuestionaba la validez jurídica de la renuncia de don Jaime:

Pronto empujaría don Alfonso XIII a su segundo hijo a que contrajese un matrimonio desigual, como para forzar con urgencia la aplicación de las «leyes antiguas», la Pragmática de Carlos III.

Pero, aun así, el concepto de matrimonio desigual no estaba del todo claro. Es más, como señalaba el escritor monárquico Fernando González-Doria, el matrimonio morganático no existía *per se* en España. En primer lugar, como se ha explicado antes, las antiguas leyes de la monarquía hasta 1776 ignoraban lo que era dicho matrimonio. Y al establecerlo ese mismo año Carlos III, tampoco especificó qué se entendía por «persona desigual» y qué por «notable desigualdad». Con Carlos IV, el concepto «desigualdad de linajes» quedó abolido y los enlaces regios dependían sólo de «las condiciones que convengan a las circunstancias».

Luego, durante la monarquía constitucional, las leyes fundamentales del Estado prescindieron ya del concepto de matrimonio desigual. Destronada la dinastía en 1931 y supuesta la vigencia de la Pragmática en las costumbres sucesorias de la Casa española de Borbón, ni Alfonso XIII ni don Juan definieron conceptualmente el matrimonio morganático en forma documental ni con la solemnidad requerida.

Antonio Jiménez-Landi, en su interesante estudio *Una ley de sucesión y quince siglos de Historia*^[1], era bien explícito al considerar que la Historia proporcionaba ejemplos de soberanos que abdicaban, de príncipes que renunciaban y luego se arrepentían, de herederos legítimos que después no heredaban, y de bastardos que subían al trono.

Así pues —se preguntaba Jiménez-Landi—, ¿qué eficacia puede tener una renuncia, una abdicación, cuando existen descendientes del hijo mayor,

aunque sean de un matrimonio morganático? ¿Es que puede presumir de puritana la descendencia de Isabel II?

El ex ministro Gonzalo Fernández de la Mora me recordaba, antes de fallecer, cómo De la Cierva había demostrado la existencia de reyes en el ordenamiento jurídico español nacidos de un matrimonio morganático.

La infanta Eulalia sabía —aseguraba Fernández de la Mora—, como casi todo el mundo, que Alfonso XII no era hijo del rey consorte Francisco, sino del apuesto oficial Enrique Puig Moltó, uno de los numerosos amantes de Isabel II. La propia infanta declaró una vez que no sabía con certeza quién era su padre.

La infanta Eulalia, hija de Isabel II y tía abuela de don Juan de Borbón, se preguntaba si los Borbones estaban en situación de exigir sangres absolutamente puras. ¿Podían entonces fundamentarse las sucesivas renunciaciones de don Alfonso y don Jaime en la existencia de un matrimonio con una persona que no era de sangre real?

De la Cierva mantenía que al príncipe de Asturias habría que haberle dado otra salida distinta a la renuncia; a su juicio, lo que procedía en 1933, aunque fuese con demasiado retraso, era «la incapacitación de don Alfonso en vista de su gravísimo estado de salud».

El historiador tenía desde luego razón al considerar que el rey había actuado con excesiva pasividad, dado que a su primogénito ya se le había detectado la hemofilia al operarle de fimosis.

El que fue consejero de don Juan de Borbón y director de *ABC*, Torcuato Luca de Tena, me explicaba en cierta ocasión lo que, a su entender, sucedió con el hijo mayor de Alfonso XIII:

El príncipe de Asturias, aquejado de hemofilia y de una debilidad física extraordinaria —todas estas cosas físicas afectan también a problemas mentales— se empeñó en casarse con una señorita cubana que no era de sangre real y tenía una conducta no recomendable. Entonces le pusieron la proa al infante don Alfonso. Y éste, ni corto ni perezoso, escribió una carta de renuncia de los derechos dinásticos que le correspondían como varón mayor y príncipe de Asturias. Escribió una carta diciendo que no le daba la gana ocupar ese puesto y que quería casarse con la señorita cubana.

La renuncia de su hermano mayor impulsó a don Jaime a hacer lo mismo, después de que su padre se lo pidiera. Así, diez días después de que el príncipe de Asturias escribiese su carta, don Jaime se apartaba de la sucesión sin alegar razón alguna, en

otra misiva dirigida a su padre, el rey Alfonso XIII, que se conserva en el archivo del conde de Barcelona:

Señor:

La determinación de mi hermano primogénito de renunciar por sí y su descendencia a sus derechos en la sucesión a la Corona, me ha llevado a medir por mi parte las obligaciones que, al recaer de manera inmediata en mí el llamamiento que las leyes antiguas, y la Constitución de 1876 contenían a favor de aquél, me estarían trazadas por el amor al pueblo español, y por el interés de que a éste, tan necesitado del restablecimiento de la Monarquía, para su paz y prosperidad, le alcance con las mayores seguridades de sucesión idónea.

Inspirado en esos sentimientos de que Vuestra Majestad nos ha dado tan altos ejemplos, he decidido, con toda madurez y deliberación, hacer también, como hago por el presente documento, formal y explícita renuncia, por mí, y por los descendientes que pudiera llegar a tener, a cuantos derechos me asistieran a la sucesión del Trono de nuestra Patria. Al poner en las augustas manos de Vuestra Majestad esta renuncia, le renuevo, Señor, la expresión del respeto con que soy su amante hijo

Jaime de Borbón

Era evidente que al titularse como jefe de la Casa de Borbón en la carta redactada en enero de 1957, en la que reclamaba una investigación sobre la muerte de su sobrino Alfonso a manos de Juan Carlos, don Jaime se desdecía de su renuncia efectuada veinticuatro años antes en Fontainebleau, y de las otras dos que realizaría más tarde, en julio de 1945 y junio de 1947.

Don Jaime reabría así el pleito dinástico con don Juan, jaleado por su entorno que reconocía sus derechos de primogenitura, y acuciado por su grave situación económica, de la que culparía siempre a su hermano menor.

Sobre la primera renuncia de don Jaime existían dos versiones completamente distintas. Una de ellas era la publicada por el periódico monárquico *ABC* y firmada por su corresponsal en París, Mariano Daranas; se trataba de una narración complaciente y magnificada, propia más bien de un cronista áulico:

Una escena de emoción familiar, y sin duda de trascendencia política, se desarrolló el miércoles por la mañana en el hotel Savoy, de Fontainebleau.

Cuando don Alfonso XIII se disponía a salir de sus habitaciones íntimas, su segundo hijo transmitió el deseo de celebrar con él una conversación reservada. Una vez en presencia de su progenitor, don Jaime le manifestó que, en el documento que se apresuraba a entregarle, constaba una decisión

profundamente elaborada y resuelta, que, como consecuencia de la renuncia del primogénito, y al servicio de España, se creía en la obligación moral de adoptar. Un fuerte y conmovido abrazo de don Alfonso fue la respuesta al gesto de su hijo, por el que éste renunciaba asimismo a la sucesión.

La otra versión provenía directamente de don Jaime y él mismo se la dictó, años después, a su secretario Ramón Alderete.

Según el infante, el 20 de junio de 1933 su padre recibió, procedente de Lausana, la renuncia de su primogénito Alfonso.

Al día siguiente, el rey le llamó y se la leyó detenidamente, resaltando la trascendencia que aquel documento tenía para el futuro de la monarquía. A continuación, le indicó que tratase de la nueva situación creada por la renuncia de su hermano mayor con los jefes monárquicos españoles que se hallaban en Fontainebleau. Poco después, el infante se reunía con José Calvo Sotelo, el marqués de Torres de Mendoza, Luis Miranda y el conde de Riudoms, quienes le animaron a seguir el ejemplo de don Alfonso por el bien de España, para que los derechos recayesen en su hermano Juan.

Le explicaron que, si bien en otras circunstancias hubiese podido reinar sin problemas, aduciendo como prueba que desde los dieciséis años había representado oficialmente a su padre en numerosas ceremonias y actos oficiales, los momentos excepcionales que vivía la monarquía exigían un pretendiente que gozase de la plenitud de sus capacidades.

Calvo Sotelo fue bien explícito al respecto: «La sola imposibilidad de Vuestra Alteza Real —alegó— de sostener personalmente una conversación telefónica, constituye un obstáculo de una trascendental importancia en momentos tan álgidos como éstos».

Los responsables monárquicos le aseguraron que su familia y el pueblo español le quedarían eternamente agradecidos por su gesto desprendido. Y añadieron que su probada abnegación y altruismo serían recompensados económicamente durante el resto de su vida, cuidándose de ello muy especialmente su hermano Juan, beneficiario directo de su renuncia.

Aunque estas últimas razones —recordaba don Jaime— no fueron las que me dictaron mi decisión, sino el amor a mi patria, confesaré que me parecieron perfectamente lógicas y que las acepté pues me tranquilizaron sobre mi porvenir material.

Pedro Sainz Rodríguez, consejero de don Juan, recordaba que el infante se mostró entusiasmado al principio con su renuncia, lo cual no se contradecía con que luego la considerase nula por no haber recibido el refrendo de las Cortes:

Lo hizo con verdadero placer —aseguraba Sainz Rodríguez— y en todo momento se jactaba de que la había hecho; no sólo esto sino que, de vez en cuando, quería volver a repetir la renuncia. Recuerdo que algunas veces, durante mi estancia en Roma, venía a llamar a mi puerta al hotel para decirme: «He pensado que quizá quede más clara una renuncia diciendo esto así y así...». De manera que cuando luego se ha hablado de ciertas actitudes, me ha hecho sonreír el recordar aquel entusiasmo juvenil con que quería colaborar de la mejor manera, complaciendo a su padre y a su hermano.

En el instante en que don Jaime les dijo, emocionado, que aceptaba, el marqués de Torres de Mendoza, secretario de Alfonso XIII, extrajo de una carpeta el borrador de la renuncia, rogándole que les acompañase a la habitación que ocupaba el rey en el hotel Savoy de Fontainebleau.

Poco después, en presencia de su padre y de las autoridades monárquicas, copiaba y rubricaba el texto de la renuncia que acto seguido entregó al rey.

—Ahora —preguntó don Jaime a su padre— supongo que van a tramitar estas dos renunciaciones [se refería a la suya y a la de su hermano Alfonso] en conformidad con la Constitución; es decir, que se van a someter a las Cortes para que éstas se pronuncien soberanamente.

—Naturalmente —contestó el monarca— y para esto se las remito a Calvo Sotelo.

Pero ambas renunciaciones, como pudo comprobar luego el infante, no fueron jamás ratificadas por las Cortes.

Mi renuncia —concluía don Jaime—, no habiendo sido refrendada por las Cortes como lo exige textualmente la Constitución, es nula en derecho.

Tal vez sea por esto —argumentaba a continuación— por lo que nadie, ni mi familia, ni en particular mi hermano Juan, ni ninguno de los Grandes cuyos representantes me lo certificaron en su nombre, han cumplido la promesa que me hicieron, cuando estimaban que yo era el dueño de la situación, de asegurarme una vida exenta de toda consideración de orden material.

Sobre la validez de la renuncia efectuada por su padre, Alfonso de Borbón Dampierre jamás tuvo la menor duda:

Las renunciaciones arrancadas a mi padre no son válidas: no se renuncia a un trono en la habitación de un hotel. Eso debe tener lugar ante las Cortes, por razones fáciles de comprender: la vigilancia de los miembros de las Cortes es una protección contra los posibles abusos; las renunciaciones reciben por otra parte un reconocimiento oficial y una notoriedad de hecho. Pero en lo que

concierno a mi hermano Gonzalo y a mí, la invalidez de las renunciaciones de don Jaime es todavía más absoluta: un hijo no nace sin derechos.

Tanto don Jaime, como su hijo, apelaban a la ausencia de las Cortes para sostener la invalidez de la renuncia. Pero ¿realmente existían Cortes cuando se produjo ésta? Sólo las republicanas. Entonces, ¿qué sentido tenía apelar a un parlamento republicano para que ratificase una decisión exclusivamente monárquica?

Además, si la Constitución de 1876 había sido subvertida por el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923 y abolida por la República en 1931, ¿qué validez tenía tomarla como referente para exigir que la renuncia fuese ratificada por las Cortes, como requería aquel texto constitucional?

Sobre este delicado asunto, Íñigo Cavero, siendo presidente del Consejo de Estado, me hacía dos interesantes reflexiones: primera, don Jaime estaba incapacitado para ser rey por sus propias limitaciones físicas, máxime teniendo en cuenta que después de que la monarquía fuera depuesta en España, la recuperación del trono era una operación difícil y requería una persona en plenitud de condiciones físicas; y segunda, la renuncia de don Jaime tenía el valor que podía tener una renuncia cuando la monarquía era un régimen que había dejado de existir como tal en España, sin apoyo jurídico alguno. Por lo tanto, para Cavero, la renuncia hecha ante su propio padre tenía validez, porque era la única que podía hacerse entonces.

Fernando Álvarez de Miranda, antiguo Defensor del Pueblo, coincidía con Cavero en que la renuncia no necesitaba ser refrendada por las Cortes, como tampoco lo fue ninguna de las decisiones que adoptó Alfonso XIII en el exilio. Sin embargo, a su juicio, todos y cada uno de los actos del monarca fueron válidos en el marco estrictamente dinástico, que era el que importaba en aquel momento.

Antonio Fontán, ex presidente del Senado, me comentaba que plantear la invalidez de la renuncia de don Jaime no tenía sentido político ni jurídico. Nadie pensó jamás, en su opinión, que don Alfonso o don Jaime estuviesen en condiciones de asumir algún día la Jefatura del Estado. «No se hablaba de ello en los medios políticos ni entre los monárquicos por respeto a la institución y a la persona de Alfonso XIII», sostenía.

Y concluía así de categórico:

A los dos hijos mayores del rey cualquier parlamento de la monarquía les habría tenido que aplicar el artículo 64 [regulaba la exclusión de la sucesión por acuerdo de las Cortes], en caso de fallecimiento de su padre, si no habían renunciado antes o lo hacían entonces.

Pero la renuncia fue, en realidad, «una encerrona», según Ricardo de la Cierva:

El pobre don Jaime siempre había mostrado, como su hermano mayor, y por motivo de su sordomudez y su marginación, una voluntad débil junto a un gran deseo de mejorar sus condiciones físicas y asegurar, en todo caso, su porvenir en tiempos tan difíciles. La decisión y la suerte de su hermano le impresionaron muy profundamente. La escena de su conversación con los jefes monárquicos... fue un auténtico acoso.

Para Gonzalo Fernández de la Mora no se trató, en cambio, de «una encerrona», sino de una palpable evidencia: «Personalmente considero a don Jaime como incapaz a causa de su disminución física, incluso para ocupar una dirección general, no ya una jefatura de Estado».

Entre tanto, los abogados de don Jaime fundamentaron la invalidez de la renuncia al trono de su cliente en la Constitución de 1876 y en el Código Civil, que prohibía el perjuicio a terceros.

Al contrario que Fontán, la defensa del infante sostenía que en aquel texto legal sí se establecía la intervención de las Cortes en los casos de renuncia.

Ahora bien —advertían los letrados—, hasta el 14 de abril de 1931 las Cortes no dictaron ninguna ley que excluyese a su Alteza Real el infante don Jaime de Borbón y Battenberg, con lo que es evidente que este augusto señor conservaba su estatuto jurídico de posible sucesor a la Corona en el caso de que le premuriese sin sucesión su hermano primogénito el señor Príncipe de Asturias [como así sucedió].

Los abogados alegaban que el valor legal de la carta escrita por don Jaime a su padre era nulo ateniéndose al artículo 4.º del Código Civil, según el cual «los derechos concedidos por las leyes son renunciables, a no ser esta renuncia contra el interés o el orden público o en perjuicio de tercero».

Precisamente estimaban que la renuncia implicaba un perjuicio a terceros; es decir, suponía un daño para los hijos que en su día pudiese tener don Jaime. Además, violaba el orden público al subvertir el orden sucesorio establecido por la Constitución de 1876.

Designando como sucesor suyo a su hijo don Juan, tal y como constaba en el documento de abdicación y en el testamento, Alfonso XIII no hacía, en opinión de los abogados, sino «tomar por sí y ante sí determinación de tan grave alcance que venía a sustituir el estatuto legal de la Casa de España por capricho del monarca».

Por si fuera poco, Alfonso XIII continuaba ligado, según los letrados, a la Constitución de 1876 no sólo ya en el ámbito privado o familiar, sino también en el público de sus relaciones con la Nación. Y ello, pese a que el texto constitucional ya no rigiese desde el 14 de abril de 1931.

Es evidente, pues —concluían—, que fallecido Su Majestad el rey don Alfonso XIII, queda la jefatura de la Casa Real de España atribuida a Su Alteza Real el infante don Jaime; mas aun suponiendo legal y dando por válida su renuncia, ésta surtía efectos solamente para dicho augusto señor, pero nunca para sus descendientes.

Los abogados planteaban una cuestión trascendental en el conflicto dinástico. Supongamos, decían, que la renuncia fuese válida: en tal caso afectaría sólo al propio don Jaime, pero no a sus hijos. Es decir, aceptaban de modo implícito que don Jaime fuese descartado como candidato al trono. De hecho, era innegable que su sordomudez constituía una grave limitación para ejercer las funciones propias de un rey.

Pero ¿podía perjudicar a terceros con su renuncia si estaba soltero y no tenía descendencia cuando ésta se produjo? Planteado de otra manera: el hecho de que él renunciara, ¿significaba que lo hacía extensible a su primogénito Alfonso de Borbón Dampierre?

Fernández de la Mora consideraba que no, y ponía como ejemplo las renunciaciones que hicieron las infantas Ana y María Teresa en nombre de sus descendientes, que no impidieron reinar como Felipe V a su tataranieta y nieto respectivamente, evidenciando que la Casa de Borbón no dio validez jamás a esas decisiones.

De la Mora recordaba así que en la historia de la dinastía existían precedentes de monarcas que renunciaban a los derechos de sus descendientes y luego éstos accedían al trono. Por eso Alfonso de Borbón Dampierre podía haber llegado a ceñir la corona de España si ello hubiese dependido únicamente de la renuncia de su padre por todos sus descendientes.

Álvarez de Miranda admitía como razonable la afirmación de Borbón Dampierre de que «un hijo no nace sin derechos». Pero este argumento carecía de validez, a su juicio, ante la cuestión decisiva del matrimonio morganático:

Es verdad que un hijo no nace sin derechos. Pero también lo es que un hijo, cuando se ha producido la renuncia de su padre y se pierde morganáticamente el derecho a la Corona, también los pierde. El problema fundamental fue ése, el matrimonio morganático dentro de las leyes dinásticas de la Corona española, y no tanto la abdicación. Ahí, evidentemente, se pierden los derechos para los hijos.

González-Doria, Anson y Luca de Tena coincidían en que la renuncia de don Jaime era válida para el derecho civil porque no se lesionaban los derechos de terceros, ya que esos terceros no existían. Por esa sencilla razón, Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre nacieron, según ellos, sin derechos sucesorios.

Fontán compartía este argumento al considerar que, cuando nacieron los hijos de don Jaime, éste no era ya heredero de la Corona; y citaba algunos casos semejantes en las coronas peninsulares y en otras dinastías europeas, desde los infantes de la Cerda hasta los descendientes del archiduque Francisco Fernando o el hijo varón del rey de Suecia, que nació heredero y hubo de ceder el lugar a la princesa Victoria, que era mayor que él.

Y eso —advertía Fontán— lo ha sabido siempre muy bien el infortunado duque de Cádiz y lo supo su padre, aunque luego, en algún momento, pareciera que cambiaba de opinión o quizá más bien de postura por presiones de algunos oportunistas y de ciertos legitimistas franceses. En el entierro y funerales de la reina Victoria Eugenia en Lausana presidía don Juan, con el infante don Jaime a su derecha.

Pero, según Juan Balansó, don Alfonso XIII no hizo tan bien las cosas:

Ambos documentos [la renuncia de don Alfonso y la de don Jaime] eran simples cartas enviadas por dos hijos a su padre, el Rey, acatando su autoridad soberana en el exilio. Pero se hicieron chapucosamente, sin suscribirse por testigos, sin notario presente que diera fe del acto.

Íñigo Cavero aseguraba, en cambio, que el rey actuó correctamente, dejando las cosas bien atadas para que la monarquía pudiese restaurarse en España. El futuro de la institución dependía, a su juicio, de que don Alfonso y don Jaime quedasen descartados de la sucesión:

Alfonso XIII estaba convencido de que no volvería a reinar. Entonces buscó una persona hábil para la institución y la dinastía. Resultó que el mayor estaba fuera de juego por sus matrimonios y por su salud, que era leucémico perdido, y don Jaime tenía una tara tan importante para un rey como era la imposibilidad de comunicarse. El espectáculo de don Jaime hablando delante de un micrófono, una vez que vino a Madrid con su hermana doña Cristina, era una situación tremenda. Daba pena aquel hombre.

González-Doria, al contrario que Balansó, mantenía que ambas cartas de renuncia sí fueron protocolizadas notarialmente para que en su día tuviesen el irrevocable carácter legal de una escritura pública; extremo este que corroboraba José María Toquero, al puntualizar que el original de la renuncia de don Alfonso quedó protocolizado en Lausana, y que la carta de don Jaime también fue intervenida por fedatario público.

Pero hay un hecho crucial sobre el que ningún autor ha reparado hasta ahora, excepto De la Cierva: una vez proclamada la República, la Constitución de 1876 fue anulada y Alfonso XIII carecía por tanto de potestad reglamentaria para disponer sobre la sucesión a la Corona, entre otras cosas porque la Corona ya no existía más que en el terreno de la Historia y de los símbolos.

Es evidente así que todas las decisiones que adoptase Alfonso XIII en el orden sucesorio después del 14 de abril de 1931 carecían de valor para España, aunque, eso sí, tuvieran su importancia para los monárquicos en el ámbito estrictamente dinástico.

Pero es que, además, como advertía De la Cierva, Alfonso XIII no disponía de instituciones que ratificasen una renuncia ni, en realidad, de poder para imponerla y aceptarla. Pero la impuso y la aceptó basándose en las «leyes antiguas»; en concreto, en la Pragmática de Carlos III sobre matrimonios desiguales, que carece hoy de validez.

Alfonso XIII se apresuró a comunicar a su hijo Juan las renunciaciones de sus dos hermanos mayores. Éste se encontraba a bordo del *Enterprise*, cuando, en junio de 1933, el monarca le hizo llegar un telegrama anunciándole su condición de heredero de la dinastía en el exilio y previniéndole de que si aceptaba, como era previsible, debería hacerse a la idea de abandonar su carrera de marino.

Al cabo de los años, el propio don Juan recordaba así a su consejero Pedro Sainz Rodríguez aquel momento histórico:

—Fue un telegrama; un telegrama que se ha extraviado, aunque lo he tenido guardado muchísimo tiempo; últimamente lo he buscado y no lo he encontrado. Ocurrió en Bombay (India) a bordo del crucero *Enterprise* y en el mismísimo mes de junio del año 33.

El telegrama decía: «Por renuncia de tus dos hermanos mayores, quedas tú como mi heredero. Cuento contigo para que cumplas con tu deber»; era una cosa así. Tardé ocho días en contestarle, lo que ahora me abruma. Acababa de cumplir los veinte años.

—¡Buena se me viene encima! —se diría Vuestra Majestad.

—Yo, que estaba haciendo mi carrera de Marina, tan contento, y de repente... lo vi enseguida: se acabó la Marina, se acabó todo, claro... Y además en un momento en que España se hallaba en el bienio Azaña. Acababa de fracasar el movimiento monárquico de 1932 el año anterior... ¡Las expectativas para el futuro eran horribles!

Convertido en príncipe de Asturias, don Juan siguió en la Royal Navy, de la que fue nombrado oficial en 1934, hasta marzo de 1935, en que fue designado teniente honorario. Sus nuevas responsabilidades sucesorias le impulsaron a licenciarse en la Marina británica.

Las renunciaciones de don Alfonso y don Jaime habían coincidido con el surgimiento del «juanismo» en la primavera de 1933, mientras Adolf Hitler

tomaba el poder en Alemania y Franklin Delano Roosevelt alcanzaba también la cima en Estados Unidos.

Un puñado de entusiastas monárquicos había descartado ya el liderazgo de Alfonso XIII por considerar que su figura había sufrido un enorme desgaste tras la instauración de la República en España. Por eso, conseguidas las renuncias del príncipe de Asturias y de don Jaime, apoyaban ahora con entusiasmo la abdicación del monarca en su hijo don Juan.

Entre esos incondicionales del conde de Barcelona había líderes indiscutibles como José Calvo Sotelo, ex ministro de la dictadura, activistas de Acción Española como Vegas Latapié y Juan Antonio Ansaldo, además del insigne escritor y dramaturgo José María Pemán.

El «juanismo» era, en definitiva, una esperanza para los monárquicos que acabó por imponerse en 1941 con la abdicación de Alfonso XIII.

Vegas Latapié había propuesto ya al rey, el 8 de junio del año anterior, que abdicase en su hijo don Juan.

El monarca le había encargado a su fiel consejero que viajase a España para tomar el pulso a una nación sometida ya a Franco. Una vez tomado contacto con la realidad española y constatada la división monárquica en tres ramas —«alfonsinos», «juanistas» y «tradicionalistas»—, Vegas daba cuenta por escrito de sus conclusiones al monarca, haciéndole saber que ni los tradicionalistas (por haber encarnado durante casi treinta años de reinado los principios liberales y constitucionales), ni los «juanistas» (muchos de ellos antiguos monárquicos que se sumaron a la República y renegaban ahora de ella para abrazar de nuevo la causa monárquica en la persona de don Juan) apoyaban ya la restauración de la monarquía con Alfonso XIII.

En cambio, según Vegas, la unidad se lograría con don Juan: «La abdicación de V. M. convertiría en “juanistas” a todos los monárquicos que hemos permanecido en obediencia y servicio de V. M.», aseguraba.

La disyuntiva, como la exponía Vegas, era muy clara: la continuidad de la dinastía dependía de que Alfonso XIII cediese el relevo a un hijo suyo. Y para los «juanistas» no había más heredero legítimo que don Juan. Si no lo hacía, la monarquía no tendría futuro en España.

Las gestiones para convencer al monarca de que abdicara se habían prodigado en el verano de 1940, cuando, sin ir más lejos, Francisco Eliseda, hijo del conde de los Andes, visitó por encargo de su padre al capitán general de Cataluña, general Orgaz, pidiéndole que escribiera al rey.

Alfonso XIII abdicó al fin el 15 de enero de 1941, en la habitación 35 del Gran Hotel, asistido por un notario. El documento fue entregado a Franco por el conde de los Andes y el general Vigón.

El jefe del Estado dio órdenes estrictas a la censura de que no se publicase aquel texto y de que ni siquiera se diese a conocer su existencia.

Casi año y medio después de la Guerra Civil, Alfonso XIII abdicaba «para que, por ley histórica de sucesión a la Corona, quede automáticamente designado, sin discusión posible en cuanto a la legitimidad, mi hijo el príncipe don Juan».

Don Jaime entonces calló. Pero era evidente que, al matizar «sin discusión posible», Alfonso XIII demostraba no tenerlas todas consigo.

En su testamento, fechado el 8 de julio de 1939 y hecho público un mes después de su abdicación, el monarca trataba de dejar bien atada la sucesión en la cláusula quinta, como si desconfiase de los avatares dinásticos que podían reabrirse tras su muerte:

Hago constar —advertía— que tengo aprobada la renuncia que del derecho a sucederme en la Corona de España hizo mi hijo don Jaime, por sí y sus descendientes, y que por virtud de tal renuncia el heredero inmediato de aquélla es mi otro hijo varón don Juan, que por eso ha asumido el título de príncipe de Asturias.

Y, con mayor cautela aún, añadía:

Por tanto, encarezco a mis familiares que reconozcan en don Juan la autoridad que, mientras subsistió la monarquía, pertenecía al rey sobre sus parientes.

Daba así la impresión de que Alfonso XIII confiaba más bien poco en la validez del papelito dado a firmar a don Jaime en Fontainebleau.

Capítulo VI. Emanuela

La prueba de que Alfonso XIII no debía tenerlas todas consigo fue el matrimonio morganático que urdió para su hijo Jaime.

Eligió para tal fin a una mujer apartada del círculo de la realeza, Emanuela de Dampierre, hija de un francés, Roger de Dampierre, duque de San Lorenzo, título de León XIII reconocido en España por el propio Alfonso XIII en 1903, y oficial del Ejército de Francia.

La familia paterna de la novia era una de las más antiguas de Francia y procedía de la región de Picardía, cuyos orígenes se remontaban nada menos que al siglo XIII.

La madre de Emanuela, Vittoria Rúsoli, pertenecía a una familia de la alta nobleza italiana localizada también en el siglo XIII, en Florencia, de la que habían formado parte personajes ilustres de la historia de Italia, como el poeta satírico Francesco Rúsoli, Santa Giacinta y Francesco María Rúsoli, humanista que heredó en el siglo XVIII el título de marqués de Cerveteri, localidad que luego convertiría en principado.

Era, sin duda, una noble familia pero, como perseguía Alfonso XIII, no de estirpe regia.

El monarca echó el ojo a su futura nuera meses antes de la boda, durante un almuerzo en casa de la princesa Radziwill.

Quando me presentaron [a Alfonso XIII] —recordaba Emanuela— tuve la sensación de que me miraba de una manera especial que, sólo tiempo después, fui capaz de interpretar. Era evidente que aquel encuentro no había sido una coincidencia, sino que estaba preparado con el objeto de que él pudiera verme al natural.^[1]

En aquella época, don Jaime seguía luchando contra su grave minusvalía. Una mañana de enero de 1934, mientras la Familia Real residía aún en Fontainebleau, su padre le hizo llamar para decirle que acababa de recibir una carta de la reina Elena de Italia. Parecían noticias esperanzadoras: en la misiva podía leerse que la reina había conocido a un gran especialista en el tratamiento de la sordomudez, y que invitaba a don Jaime a pasar unos días en su palacio para que el médico pudiera reconocerle.

El infante se mostró, una vez más, escéptico. Le dijo a su padre que no valía la pena derrochar nuevas energías, ilusiones y dinero en una aventura que, como todas las anteriores, seguramente acabaría mal. Pero Alfonso XIII le animó a que volviera a intentarlo:

—Mira, Jaime —le dijo—, debes probar una vez más. Aunque haya pocas probabilidades de éxito, bastan para que el viaje pueda ser muy importante para ti personalmente y para la Corona de España.

Era una contradicción insólita que el rey apelase a «la Corona de España» para alentar a su hijo a luchar contra su grave limitación, cuando meses antes ya había dispuesto su renuncia en el hotel Savoy y poco después le organizaría un matrimonio desigual para cerciorarse de que así le apartaba de la sucesión.

Alfonso XIII aceptó la invitación con otra carta, y el 30 de enero partió con su hijo a Génova, donde ambos subieron a bordo del buque italiano Victoria que hacía escala en Nápoles. En este último puerto desembarcó don Jaime mientras su padre seguía rumbo a Calcuta para reunirse con su hijo Juan, que era oficial de un navío de guerra británico atracado en aquella base.

El trayecto de Nápoles a Roma transcurrió con normalidad. A su llegada a la capital italiana, de noche, el infante se trasladó al hotel Excelsior, desde donde anunció a la reina que ya estaba allí.

A la mañana siguiente, un enviado de palacio le comunicaba que tenía sus aposentos preparados y un coche de la Casa Real a su entera disposición. La acogida que se le dispensó en el Quirinal fue cálida. Las estancias reservadas al invitado comprendían un gran salón, comedor, dormitorio y cuarto de baño; don Jaime disponía también de dos criados pendientes en todo momento de él.

La reina le anunció la visita del doctor Trafelli para las seis de la tarde. A esa hora, puntual, se presentó un hombre sesentón, en cuyo rostro resaltaba una gran barba blanca que le daba un aspecto de anciano venerable.

El doctor se dirigió al paciente en italiano, la única lengua que hablaba, pero luego pronunció algunas palabras en español para darse un aire de simpatía.

Tras examinarle detenidamente, le recomendó que hiciera ejercicios vocales, ofreciéndose él mismo para dirigirle esa especie de gimnasia acústica en palacio, en sesiones diarias de treinta minutos durante dos semanas consecutivas.

A su regreso a Fontainebleau, a mediados de febrero, don Jaime puso un telegrama a su padre confirmándole su presentimiento: el tratamiento del doctor Trafelli había sido un rotundo fracaso.

Resultó que el doctor no era tal, ni tan siquiera tenía el título de médico. Al poco de concluir su terapia vocal, don Jaime se enteró de que la policía había detenido por impostor a Trafelli. El escándalo puso en un serio aprieto al ministro italiano de Instrucción Pública, que había presentado a la reina al falso doctor, haciéndole pasar, sin él saberlo, por una eminencia de la medicina.

A esas alturas, don Alfonso XIII estaba a punto de escribir el destino sentimental de su hijo. Una noche, los reyes de Italia ofrecieron un baile en honor de don Jaime en la villa Saboya, propiedad de la Corona, situada en las afueras de la ciudad y rodeada de un espléndido parque.

Durante la fiesta, don Jaime conoció a su futura suegra, Vittoria de Rúsoli, y a la hija de ésta, Emanuela de Dampierre, que tenía entonces veinte años, siete menos que él. Los dos jóvenes bailaron.

La primera sensación de la mujer al conocer a su futuro esposo no fue en modo

alguno desagradable, más bien al contrario: «Jaime —recordaba Emanuela— era muy alto, grande y guapo». Aunque su tono de voz fuera bronco y destemplado, le pareció que aquel hombre podía expresarse y entender a quienes le hablaban. «Confieso que me impresionaron su apostura y gracia», añadía.

Pero pronto reparó ella en la extraordinaria limitación, que impedía a don Jaime mantener una conversación con varias personas a la vez, debiendo conformarse con hacerlo de una en una para poder leer en los labios. «Esto, con el tiempo, le haría muy dependiente... una persona de carácter débil y manipulable», subrayaba.

La mujer supo también enseguida que su matrimonio había sido dispuesto por Alfonso XIII con la complicidad de su madre.

Entre nosotros —recordaba— no existió ningún flechazo ni nada por el estilo... Después yo me enteraría de la verdad a secas y sin adornos de ninguna clase: don Alfonso XIII había concertado una entrevista con mi madre para abordar directamente la cuestión.

La madre y la abuela de la novia estaban encantadas con aquella boda que les emparentaba directamente con la realeza. Los novios, simplemente, acabaron resignándose ante la influencia de su entorno familiar.

Don Jaime recordaba la noche de finales de año en Villa Titta Rufo, la mansión que había pertenecido al célebre barítono Titta Rufo y que Alfonso XIII alquiló en Roma, en la que el sonido del teléfono interrumpió al monarca mientras jugaba una partida de cartas. El marqués de Torres de Mendoza fue a coger el aparato y, al cabo de unos segundos, avisó al rey de que al otro lado de la línea telefónica estaba doña Vittoria Rúspoli.

Cuando regresó al salón, Alfonso XIII hizo un aparte con su hijo para decirle que Vittoria Rúspoli estaba entusiasmada con que se cumpliera el deseo del infante de casarse con su hija. «¡Cómo!», exclamó, atónito, don Jaime, que jamás había barajado semejante idea. Intentó disuadir a su padre de aquel disparate, explicándole que tan sólo una vez había invitado a Emanuela a tomar el té, y que únicamente en otra ocasión había ido con ella y su madre al cine. Pero no había tenido tiempo de conocerla bien.

—Si es así, no te preocupes —contestó el rey—; ya veremos...

«Pero la maniobra —reparaba don Jaime al cabo de los años— estaba por lo visto demasiado bien urdida. Y en los días sucesivos, el cerco de presiones familiares se fue cerrando hasta que, al fin, tuve que aceptar».

¿Por qué se empecinó Alfonso XIII en casar a su hijo con aquella mujer? La propia Emanuela, años después, se mostraba convencida de que el auténtico móvil de su matrimonio arreglado fue la decisión del monarca de acabar con la vida disipada de su hijo en el terreno afectivo. Pensaba Emanuela que, casando a don Jaime, «evitarían su natural e incontrolado impulso a irse con cualquier mujer, con el riesgo

añadido de dejar en el camino hijos naturales».

Sin embargo, Alfonso XIII tenía cosas más importantes en las que pensar, como el futuro de la dinastía. Le preocupaba que su hijo Jaime, como así sucedió, pudiese desdecirse algún día de su renuncia efectuada el año anterior en Fontainebleau, abriendo de esa manera un escandaloso pleito dinástico. Y era indudable que con un matrimonio apartado del círculo de la realeza, el monarca alejaba aún más del trono a su segundo hijo, en beneficio de don Juan.

De todas formas, a Emanuela no le faltaba razón al evidenciar la naturaleza promiscua de don Jaime, tan similar a la de Alfonso XIII, don Juan, o sus hijos Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre.

Sin ir más lejos, el duque de Cádiz trató de disimular el desarrollado instinto sexual de su padre con un argumento que, aun siendo cierto, parecía más bien una disculpa:

Un sordo —explicaba— tiene tendencia a un mayor desarrollo de sus otros sentidos; tiene necesidad de ver (la memoria visual de don Jaime era legendaria; se acordaba de una cara vista veinte o treinta años antes), de tocar, y de acariciar, por ejemplo, a una mujer.

Alfonso XIII se salió al final con la suya. Los jóvenes novios fueron entrevistados en Roma por el periodista José María Carretero, quien, en tono cortés y obsequioso, les retrató como a una pareja de enamorados —nada más lejos de la realidad— empleando, al referirse a don Jaime, el tratamiento de alteza mientras a Emanuela la llamaba, indistintamente, «señorita», «mademoiselle», y hasta «alteza», algo absurdo porque aún no se había casado:

En el Grand Hotel —iniciaba Carretero su crónica— encontramos a don Jaime en compañía de su prometida, la señorita Dampierre.

El infante me saluda efusivamente y me invita a tomar con ellos una copa de jerez.

Entablamos mientras una conversación cordial.

Son prodigiosos los progresos de don Jaime en vencer el triste impedimento de su sordomudez. Sin aparente esfuerzo ninguno, comprende cuanto se le habla. No pierde una sola palabra y responde con sorprendente agilidad...

Su voz es ronca, monocorde, sin matiz, pero cada vez vocaliza mejor y con más rapidez...

—¿Vendrás a mi boda? —me dice.

—Si Vuestra Alteza me invita, lo haré con mucho gusto.

—¡Ya estás invitado!

—¿Cuándo se casan Vuestras Altezas?

El infante se apresura a responderme:

—El cuatro de marzo... No dejes de venir.

—¿Aquí en Roma?

—Claro está, aquí, en Roma, en San Ignacio de Loyola.

Hablamos en francés, en honor a la prometida de don Jaime. Aunque descendiente de franceses, apenas conoce su país natal, por haberse educado en Italia; pero habla el francés como la más deliciosa parisina.

—Una sola vez estuve en París —me dice—, aunque todo el mundo cree por mi apellido que soy francesa.

Mademoiselle Dampierre es de una gentil belleza morena, de una expresión dulce y bondadosa, plena de simpatía.

Acaba de cumplir veinte años; sus negros ojos llenos de alma, están también saturados de una deliciosa ingenuidad.

Me cuenta su conocimiento en Roma con don Jaime de Borbón, y con encantadora sencillez cordial me confiesa que, desde el primer momento, se enamoró del infante. Se hicieron amigos. El infante se propuso enseñarla el español, y la pedagogía, impulsada por el amor, hizo prodigios. Sólo así se explica que un sordomudo lograra en breve tiempo enseñar su idioma a una extranjera.

Mademoiselle Dampierre, para probarme sus progresos como discípula enamorada, pronuncia algunas frases en correcto castellano.

Don Jaime, con gran cordialidad, me hace el honor de hablar de mí a su prometida como de un buen camarada.

Y para serme amable, con evocaciones concretas, rememora:

—¿Te acuerdas de París?

Después, dirigiéndose a su bellísima novia, añade:

—Carretero y yo lo recorríamos con verdadero deleite; íbamos a los paseos y a todas partes como dos buenos bohemios...

En este instante se acerca a nosotros el simpático duque de la Victoria y dice a don Jaime:

—Señor, S. A. la infanta doña Beatriz se queda a comer con nosotros. ¿Quieren acompañarnos también Vuestras Altezas?

—Sí, hombre, con mucho gusto —acepta el infante con tono sencillo y jovial.^[2]

Semanas después de su encuentro con Carretero, el 4 de marzo de 1935, don Jaime y Emanuela contraían matrimonio en la bella iglesia barroca de San Ignacio de Loyola.

La infanta Beatriz, un calco físico de su abuela, la reina regente María Cristina, se había desposado dos meses antes con Alessandro Torlonia, príncipe de Civitella Cesi,

un joven de metro noventa de estatura, fornido y deportista que traía de calle a las damas italianas.

Los Torlonia descendían de un comerciante francés que fundó una casa de tráfico y banca, a la que confió sus caudales la Santa Sede, que luego recompensó los cuantiosos beneficios concediéndole un título de nobleza.

Ese mismo año se celebró también, el 12 de octubre, el matrimonio de don Juan con María de las Mercedes de Borbón y Orleáns, del que fueron testigos don Jaime y su tío abuelo Fernando de Baviera.

Por último, la infanta María Cristina se casaría en 1940, un año antes del fallecimiento de su padre. «Después de casarse los hermanos —recordaba la propia infanta—, yo me quedé como la única hija soltera, y aquello era muy pesado». Así que la pizpireta rubia de ojos azules, tan bella como su madre, contrajo matrimonio con Enrico Marone, viudo y con tres hijos, que era dueño de la firma del vermú Cinzano.

Aunque no se casase enamorada, ni su novio tampoco, Emanuela de Dampierre había preparado minuciosamente con su madre los detalles de la boda. Camino del altar, lucía un traje de lamé blanco y plata, rematado por una enorme cola, y llevaba un suave y bonito velo de tul sujeto por una diadema de brillantes. Las diseñadoras italianas favoritas de la novia, Sorelle Botti, habían combinado sobriedad y elegancia en el vestido, que pagó al final doña Vittoria Rúsoli pese a que don Jaime insistió en que debían hacerlo sus padres según la costumbre española.

Don Jaime no le andaba a la zaga a su novia. Su pomposo traje de caballero de la Orden de Calatrava, repleto de condecoraciones, realzaba su figura ya de por sí espigada. Testigos del enlace fueron el duque de Spoleto, los infantes Luis y Fernando de Baviera, el príncipe Eugenio Rúsoli, el duque de Morignano y los condes Roberto y Aymar de Dampierre.

Llamaba poderosamente la atención la ausencia de la reina Victoria Eugenia en la ceremonia; tampoco había acudido, semanas antes, a la boda de su hija Beatriz con Alessandro Torlonia, ni lo haría a la de Juan, su hijo heredero.

Las relaciones entre ella y el rey se habían deteriorado sin remedio. Mientras permanecieron en el hotel Savoy de Fontainebleau, durante los primeros meses de exilio, apenas se dirigieron la palabra. El rey parecía muy ocupado en otros asuntos, por los que dejaba siempre de lado a su esposa. Incluso antes de salir de España, el matrimonio había pensado en separarse, pero desistió de ello por razones de Estado, dado que hacer pública esa decisión habría dañado aún más la imagen que muchos ya tenían del trono.

Alfonso XIII seguía culpando a su esposa de las desgracias que padecían dos de sus hijos y le pagaba con sucesivas infidelidades.

Expulsados de España, los reyes optaron por vivir cada uno su vida. Eran, en ese sentido, una especie de rara avis entre las parejas reales europeas, a quienes desgracias similares habían servido para unir, como era el caso de Nicolás y

Alejandra, en Rusia, acechados también por la hemofilia, transmitida por la segunda hija de la reina Victoria de Inglaterra, la princesa Alice, madre de la zarina.

Tras su breve estancia en Fontainebleau, Victoria Eugenia pasaba largas temporadas en Inglaterra y, en 1934, cuando su marido parecía decidirse por Roma para vivir, ella empezó a pensar en trasladarse a Londres.

Sucedió entonces otra nueva desgracia familiar. Aquel verano, el rey estaba de vacaciones en Austria con sus hijos Gonzalo y Beatriz, mientras la reina se hallaba en Divone-les-Bains (Francia), cerca de la frontera suiza.

El 13 de agosto, el infante don Gonzalo (Kiki, como le motejaban en familia), nacido en 1914, regresaba en el coche que conducía su hermana Beatriz por la carretera de Krumpendorf, en dirección a la villa en Portschach, alquilada por su padre en la ribera norte del lago Worther, en Carintia.

De repente, Beatriz se vio obligada a dar un volantazo para esquivar a una bicicleta conducida por el barón Von Neinmann. El vehículo se estrelló contra la fachada del castillo de Krumpendorf. Ninguno de los hermanos resultó herido en apariencia, pero el choque provocó luego un pequeño hematoma en el cuerpo del infante hemofílico, quien, dos días después, fallecía en un hospital.

Beatriz sufrió un tremendo calvario por sentirse culpable. Prometió incluso a la Virgen que ingresaría en un convento si salvaba a su hermano pequeño, a quien velaba de rodillas junto a su cama, como recordaba el historiador Almagro San Martín.

Pero la versión oficial del accidente ocultó (nada nuevo en la historia de la Familia Real) un hecho fundamental que años después descubrió Ramón de Franch, íntimo del rey: el coche siniestrado lo conducía en realidad el infante don Gonzalo, a quien, en un acto de imprudencia, había cedido el volante su hermana Beatriz. Era indudable que en ese caso estaba más que justificado el sentimiento de culpabilidad que amargaba a la infanta. Sobre todo si, como mantenía Ramón de Franch, ella había permitido que su hermano, menor de edad, infringiera la ley al conducir irresponsablemente por la carretera.

¿No recordaba acaso esa falsa versión oficial a la que se hizo circular también, ventidós años después, para hacer creer a la opinión pública que la pistola que acabó con la vida del infante don Alfonsito la manejaba él mismo, cuando la verdad era que se le había disparado accidentalmente a su hermano Juan Carlos, en Estoril?

He aquí ahora cómo De Franch relataba lo sucedido:

La verdad es como ahora vamos a decirla: doña Beatriz, débil mujer al fin, no pudo resistir a los deseos de su hermano de aprovechar una larga recta para ejercitarse en la conducción, aunque no debiera hacerlo, según las ordenanzas, siendo menor de edad. De pronto, cerca ya de la villa donde vivían, vieron venir en zigzag a un ciclista. No cabía duda alguna: era un noble extranjero, de todos conocido, cuya costumbre de airearse en bicicleta entre dos series de

libaciones le valió más de una costillada; pero esta vez, si no dio con sus huesos en el suelo, fue promotor de una gran tragedia. Atenta doña Beatriz al peligro, asió el volante y, con una brusca maniobra, evitó atropellar al importuno, a costa de un topetazo contra una pared y una herida, por fortuna leve, en un muslo. Don Gonzalo, al parecer, estaba ileso, y en medio de aquel trance que iba a tener tan atroz como imprevisible epílogo, los buenos hermanos prometiéronse guardar el secreto de su propia falta. Así, se dijo, y se creyó, que llevaba el coche la infanta.^[3]

De nuevo la tragedia, lejos de unirles, ahondó aún más en el distanciamiento entre Alfonso XIII y Victoria Eugenia, que tan sólo permanecieron juntos unos minutos mientras el ataúd que contenía los restos mortales de su hijo pequeño era descendido a tierra en el cementerio local. Luego, la reina regresó a Londres, mientras don Alfonso se dirigió con sus hijos a Roma, donde había decidido establecer su residencia.

Al año siguiente, la reina Victoria Eugenia había resuelto no acudir al enlace de su hijo Jaime. La novia, Emanuela de Dampierre, se escudó luego en esa ausencia para justificar su falta de ilusión:

La aparente indiferencia de mi futura suegra respecto a nuestra boda aumentó aún más, si cabe, mi desinterés por todas las celebraciones previstas en torno a nuestro matrimonio.

Poco antes de acceder al templo, se produjo un hecho que a Emanuela se le quedó grabado para siempre: Alfonso XIII entró en la sacristía y se ofreció para conducirla de su brazo hasta el altar. El gesto amable del rey irritó, sin embargo, al hermano de Emanuela, Ricardo, que en ausencia de su padre había asumido orgulloso el encargo. Pero, en realidad, el monarca no hizo más que demostrar de aquel modo un especial aprecio y distinción por ella.

La madrina fue Vittoria Rúspoli, que hizo lo propio asiendo del brazo a don Jaime hasta el altar.

Al finalizar la ceremonia, los recién casados se dirigieron al Vaticano para mantener una audiencia privada con el papa Pío XI, que luego les impartió su bendición.

Los esponsales tuvieron lugar en casa de los Dampierre-Rúspoli, en el palacio Rúspoli di Poggio Suasa. El almuerzo para ciento setenta comensales se celebró en dos días consecutivos. Entre los invitados se encontraban los príncipes de Piamonte, Humberto y María José, cuyo título equivalía al de príncipe de Asturias en España.

En la mesa de honor, frente a los recién casados, estaba Alfonso XIII y, a su derecha, la princesa de Piamonte, el duque de Spoleto, el infante don Juan de Borbón

y Battenberg, la infanta María Luisa de Baviera, el príncipe de Orleáns Braganza, la duquesa de San Carlos, la duquesa de Sant'Angelo y el conde Robert de Dampierre.

A la izquierda del rey se hallaban la infanta Beatriz, el príncipe Cristóforo de Grecia, la archiduquesa Inmaculada, el infante Luis de Baviera, la princesa Illinsky, la duquesa de Alba, la princesa de Sulmona, el conde Aymar de Dampierre, la duquesa de la Victoria y el conde de los Andes.

Don Jaime tenía a su izquierda a su hermana María Cristina, al gran duque Demetrio de Rusia, a la princesa Saboya Genova, al infante don Fernando de Baviera, al príncipe Pío, Vittoria Rúsoli, al príncipe de Sulmona, a la marquesa de la Torre y al capitán Neri.

La noche de bodas la pasaron los recién casados en un hotel de Roma para reponerse de la agotadora jornada, por indicación de Vittoria Rúsoli. A la mañana siguiente partieron hacia Londres para visitar a la reina Victoria Eugenia, quien, según recordaba don Jaime, los recibió con mucha frialdad.

Don Jaime siempre había intentado acercarse a su madre, a la que adoraba; pero Victoria Eugenia le trataba demasiadas veces con indiferencia, al contrario que a don Juan, en quien depositó al principio todas sus esperanzas sucesorias. El trato dispensado a don Jaime por su madre también diferiría del que la reina ofrecería a sus nietos Alfonso y Gonzalo, a raíz de la separación de sus padres, colmando de atenciones a quienes ella llamaba cariñosamente «huérfanos de la tempestad».

Los recién casados permanecieron con la reina unos días y luego regresaron a Roma, donde embarcaron en un crucero que les llevaría por El Cairo, Tierra Santa, Estambul, Atenas, Chipre y Brindisi.

«Nuestra luna de miel —se lamentaba años después don Jaime— fue una de esas lunas rojas que suelen anunciar el mal tiempo».

La esposa, en efecto, reprochó ya entonces al marido la invalidez del matrimonio, argumentando que se había casado coaccionada por su madre; pero lo cierto era que don Jaime también había dado aquel paso contra su voluntad, temeroso de contradecir a su autoritario padre.

A su regreso del tempestuoso viaje de novios, la pareja se instaló en el Grand Hotel de Roma, donde residía Alfonso XIII. Allí permaneció dos años, hasta que se trasladó a vivir a una casa alquilada en el barrio del Parioli, donde crecerían sus dos únicos hijos.

Alfonso, el mayor, nació a las tres y media de la tarde del 20 de abril de 1936, casi tres meses antes de que estallara en España la Guerra Civil. El día anterior, don Jaime había teleografiado a su padre para comunicarle que Emanuela acababa de ingresar en la clínica de Santa Anna.

La relación de don Jaime con el rey era muy estrecha entonces.

Mi padre —recordaba el infante— me había manifestado en varias ocasiones su inquietud por no tener asegurada la sucesión del trono, y percibía

en sus palabras también otra preocupación: la de saber quién, entre Beatriz, Juan y yo, tendría antes un hijo varón que pudiera ostentar más tarde los derechos a la Corona.

El parto duró catorce horas y dejó exhausta a Emanuela, que necesitó fórceps para traer a su hijo al mundo.

Alfonso XIII llamó por teléfono para interesarse por su nieto recién nacido. Cuando don Jaime le informó de que era un hermoso varón, el monarca le dio la enhorabuena entusiasmado, comunicándole que partía ese mismo día hacia Roma.

La alegría de don Jaime fue inmensa, orgulloso por haberle dado a su padre el varón que, según éste, garantizaba la sucesión.

Nunca olvidaré —comentaba— la alegría de mi padre cuando vio a su nieto. Se le sentía profundamente satisfecho y hasta feliz como no lo había visto desde hacía mucho tiempo. Me preguntó qué nombre pensaba ponerle al niño, y cuando le dije que Alfonso Jaime, se emocionó y me abrazó muy fuerte, casi llorando.

El natalicio debió regocijar sin duda al abuelo pero, a diferencia de lo que pensaba ingenuamente don Jaime, en ningún momento barajó el rey a su nieto como posible sucesor; más bien al contrario: fue Alfonso XIII quien se ocupó de que su nieto mayor viniese al mundo con nombre «falso».

«Alfonso de Borbón Segovia», le pusieron en la partida de nacimiento.

Pero el mismo afectado se cambiaría ese segundo apellido cuarenta y tres años después.

«No exagero un ápice», diría Alfonso de Borbón Dampierre poco antes de su muerte: «Se habían ocupado incluso de que no supiera ni mi propio nombre».^[4]

El duque de Cádiz responsabilizaba de ello a su abuelo paterno, a raíz de la renuncia de su padre. Eso significaba que el rey exiliado consideraba que sus nietos Alfonso y Gonzalo no merecían el tratamiento de príncipes y que ni siquiera pertenecían a la Familia Real.

Segovia —explicaba el duque de Cádiz— es el título que Alfonso XIII dio a mi padre con motivo de su matrimonio, en 1935. Borbón Segovia era como: Borbón Sevilla, Borbón Sicilias o Borbón Parma, o sea ramas menores, mientras que mi hermano y yo éramos los mayores.

Alfonso XIII se aferró luego al matrimonio morganático urdido contra don Jaime para argumentar que los hijos de éste no merecían si quiera el tratamiento de infantes, pasando por alto incluso que, en el peor de los casos, su hijo había sido príncipe de

Asturias por diez días antes de renunciar, y que a los hijos de un príncipe de Asturias siempre se les trató de infantes.

El monarca se mostró inequívoco sobre este asunto en una carta dirigida a su pariente, el duque de Sevilla, en 1940:

He querido dar ejemplo de fiel cumplidor de la legislación y del estatuto de familia al no haber concedido a mis nietos, los hijos de Jaime, la dignidad de infantes de España, a pesar de ser nietos de rey, y, aunque son descendientes por línea de varón de nuestra Casa de Borbón, sólo les reconozco el uso de este apellido [añadiéndole el nombre de Segovia, que era su rama], sin que tengan derecho a tratamiento ni a rango de príncipes o de infantes, por ser hijos de un matrimonio morganático, y a pesar de ser su madre de esclarecido nacimiento por línea paterna y descendiente por su madre de la principesca familia de los Rúsoli, tan antigua e ilustre en Italia.

[5]

El tratamiento de Alfonso y Gonzalo de Borbón Segovia y Dampierre que Alfonso XIII mandó consignar expresamente en el Gotha fue así el de «excelentísimos señores», el mismo que las familias reales dispensaban a su madre, Emanuela de Dampierre.

La primera foto de Alfonso de Borbón Dampierre se la hicieron en brazos de su abuelo paterno y padrino, en el exilio de Roma, donde recibió el bautismo de manos del cardenal Pacelli, que más tarde sería elegido Papa con el nombre de Pío XII. El mismo cardenal bautizaría también a su primo Juan Carlos, dos años después.

Alfonso XIII recurrió al cardenal Pacelli dadas sus malas relaciones con Pío XI. En cierta ocasión, este Papa les había hecho esperar durante una hora a él y a sus hijas Beatriz y María Cristina, al parecer presionado por el Gobierno de la República. El rey abandonó el Vaticano enfadado y su reacción disgustó también al pontífice.

La capilla del palacio de su abuela y madrina, Vittoria Rúsoli, fue el recogido escenario donde la familia asistió a la administración del sacramento.

Tres meses después de nacer Alfonso de Borbón Dampierre, estallaba la Guerra Civil en España. A finales de julio, don Jaime se fue con su mujer y su pequeño a Cannes, en cuyos alrededores tenía alquilada una casa su hermano Juan, que esperaba de un momento a otro el alumbramiento de su primogénita, la infanta doña Pilar, nacida el día 31.

Don Jaime quiso seguir los pasos de su padre y de su hermano Juan, posicionándose a favor de los sublevados. Desde Cannes, telegrafió así al rey para que le autorizara a combatir en España en su calidad de soldado de artillería.

Pero Alfonso XIII se opuso a que su hijo, aquejado por su grave limitación, asumiese más riesgos que otros en el frente. Cualquier reconocimiento médico hubiese evidenciado la inutilidad del insigne voluntario para el servicio, advirtiéndolo

que su sordomudez le impedía, cuando no le dificultaba, el cumplimiento de las más elementales órdenes militares.

De todas formas, impulsado por su patriotismo, don Jaime pidió el permiso paterno uniéndose así al sentir de la Familia Real, partidaria sin ambages del bando franquista. No en vano, Alfonso XIII había establecido contacto con Franco a través del general monárquico Alfredo Kindelán, a quien felicitó por su nombramiento como jefe del Aire con estas significativas palabras: «Todos tenemos que ayudar al movimiento de salvación de España y vencer... ¡Quién pudiera estar con vosotros!».

Pero la identificación del rey con los sublevados no se limitaba a sinceros deseos expresados con emotivas palabras. Su intervención ante Benito Mussolini fue decisiva para que el Gobierno italiano enviase aviones con urgencia a la España rebelde.

Como acérrimo enemigo de la República que le había expulsado a él y a su familia de su patria, Alfonso XIII bendecía sin el menor recato incluso a la causa falangista. Una tarde de primeros de noviembre, en Milán, mientras el monarca departía sobre la situación de España con su hijo Juan, su biógrafo Francisco Bonmatí de Codecido y el periodista César González Ruano, en el suntuoso hall del hotel Excelsior Galia, el propio Ruano presumió así ante el rey:

—Como que soy el carnet número cinco de Falange...

Alfonso XIII le contestó con sorprendentes reflejos:

—Y yo, el menos quinientos. ¡Mira tú éste! ¿A ver si los primeros falangistas de España no fuimos el general Primo de Rivera y yo? Lo que pasa es que no siempre puede hacer uno lo que quiere ni aun siendo rey.

La respuesta del monarca era sumamente reveladora de su ignorancia, al proclamarse uno de los primeros falangistas de España antes incluso de la constitución de ese partido. El rey pasaba también por alto la declaración nada proclive a la institución efectuada por José Antonio Primo de Rivera en mayo del año anterior:

La monarquía española —dijo entonces el marqués de Estella— cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió como cáscara muerta el 14 de abril de 1931... No podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida.

El soberano se mantuvo fiel a Franco durante toda la guerra, enviándole telegramas de felicitación cada vez que el Ejército nacional se adjudicaba una importante victoria, hasta caer rendido a sus pies, el 9 de abril de 1939, reiterándole en una carta «las más efusivas felicitaciones por la victoria final de las gloriosas tropas de su mando», e insistiendo en que estaba «a sus órdenes como siempre, para cooperar en lo que de mí dependa a esta difícil tarea, seguro de que triunfará y de que

llevará a España hasta el final por el camino de la gloria y de la grandeza que todos anhelamos».

Tampoco reparó entonces el rey en la carta que Franco le había dirigido el 4 de diciembre de 1937, recordándole que, tras treinta años de reinado, la monarquía cayó «sin defensa, entregada por los propios monárquicos», con el propio Alfonso XIII a la cabeza.

Don Juan, al contrario que don Jaime, sí recibió el permiso paterno para combatir en España del lado de los sublevados: «Me alegro de todo corazón. ¡Ve, hijo mío y que Dios te ayude!», le bendijo el rey.

Victoria Eugenia, más comedida, aceptó el destino de su hijo con un proverbio inglés: «Así tiene que ser. Las mujeres a rezar, los hombres a luchar».

El mismo 18 de julio de 1936, don Juan telefoneó desde Cannes al aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo para preguntarle por qué frontera podía entrar en España. Pero como aún no se habían definido los diversos frentes de guerra, el voluntario de veintitrés años tuvo que posponer su viaje.

No contento con eso, don Juan intentó al día siguiente acompañar a su ayudante, Luis Roca de Togores, en su viaje a España para unirse a los sublevados, pero éste le disuadió, advirtiéndole que era más seguro esperar a que algunos fieles pudiesen escoltarle.

Fue así como, el 1 de agosto, don Juan cruzó la frontera en Dancharinea, el único puesto fronterizo abierto en la España rebelde, acompañado del conde de Ruiseñada, el marqués de la Eliseda, el capitán Jorge Vigón, Luis María Zunzunegui, Eugenio Vegas Latapié y el infante José Eugenio de Baviera.

Llegados a Pamplona, el príncipe de Asturias se vistió con un mono de mecánico, que era el obligado uniforme de los milicianos de ambos bandos, y se caló la boina carlista, colocándose también el símbolo de Falange en el pecho.

Pero una orden tajante del general Emilio Mola impidió al final que «Juan López», nombre con el que don Juan pretendía pasar de incógnito, alcanzase el frente de Somosierra y se sumase a la columna del general García Escámez.

El conde de Barcelona no podía ver así, de momento, cumplido su anhelo de luchar en la guerra de España, por más que lo intentaba. Tuvo que contentarse con seguir la marcha de la contienda sintonizando las emisoras españolas en su radio-maleta colocada sobre una mesita baja en uno de los salones del hotel Eden, en el número 49 de la romana Via Ludovici.

Su hermano Jaime solía acompañarle fumando incesantemente cigarrillos Tre Stele con filtro y tratando de descifrar en los labios cuanto decían su hermano menor, doña María de las Mercedes y Francisco Bonmatí de Codecido, militante de Renovación Española y sobrino político del líder monárquico Calvo Sotelo, sobre las noticias que escuchaban. Concluida la charla, Bonmatí acompañaba a don Jaime hasta la puerta del Grand Hotel.

La noche del 5 de diciembre de 1936, Bonmatí recogió a don Jaime en su hotel

después de cenar. Al acceder al amplio y lujoso hall, se encontró con Emanuela de Dampierre. Tomaron café los tres y comentaron la probable boda del rey Eduardo VIII de Inglaterra con la divorciada americana Simpson.

Luego, se trasladaron en el coche de don Jaime al hotel Eden, donde les aguardaban don Juan y su mujer. En el saloncito gris plata se repetía la escena cotidiana de aquellos meses: don Juan cazaba las noticias sentado frente a su radio en el tresillo de terciopelo rojo, mientras doña María de las Mercedes, en el ángulo izquierdo del sofá, ultimaba un vestidito de punto de lana blanco para su hija, la infantita Pilar.

El tema de conversación era inevitablemente el mismo: la guerra de España.

Hubo un momento en el que don Juan se incorporó del asiento y, cogiendo a Bonmatí del brazo, le condujo fuera del saloncito, hasta su dormitorio.

Sentado en el borde de una de las camas, mientras Bonmatí se acomodaba en un pequeño sillón que había a su lado, se desahogó con él:^[6]

—Mira, yo no puedo seguir ni un minuto más como estoy. Sufro horrores, como sabes, con esta imposibilidad forzosa de luchar por mi patria. Esto es algo superior a mis fuerzas, porque es que me paso el día dándole y dándole vueltas, y me martiriza como no tienes idea el hecho de que España sufra, de que estén muriendo por salvarla miles y miles de españoles y de que yo, con mis veintitrés años, sano, fuerte y robusto, permanezca aquí.

—Señor —le interrumpió Bonmatí—, Vuestra Alteza ya fue voluntariamente y con toda generosidad a luchar, y si no está allí, es porque altas razones lo impidieron. No creo que esas razones hayan desaparecido hoy.

—Lo sé —respondió don Juan, con evidente resignación— y acato, como sabes, con todo respeto y disciplina las órdenes del Mando que con tanto acierto, dignidad e inteligencia conduce hoy a España a su salvación definitiva. Pero teniendo en cuenta que la lucha entre españoles se ha convertido en contienda internacional y que yo soy oficial de Marina de guerra y que el general Franco es un soldado muy soldado, con un corazón muy grande y capaz por consiguiente de comprender, por patriota y valiente, cómo sufre otro soldado que soy yo, al no poderse jugar la vida por su patria, he decidido mandarle esta carta. Léela y dime qué te parece.

Don Juan le tendió el documento en el que reclamaba a Franco un puesto en el crucero Baleares y, tras leerlo detenidamente, Bonmatí asintió:

—Me parece muy bien, señor.

—Además —repuso don Juan—, creo que consigo con ello expresar claramente mis sentimientos, porque has de saber que una de las cosas que más me tortura es el pensar que haya quien pueda ver en este afán mío de ir a España a luchar una intención política. ¡Para políticas estamos! Ni yo me acuerdo ahora de que soy Príncipe heredero ni nada que se le parezca. No pienso más que en que soy un español que quiere a su Patria sobre todas las cosas después de Dios, y de que está en trance de vida o muerte, y de que tengo el deber, como todos los buenos españoles, de

ir a defenderla hasta dar mi vida. Por eso digo lo de que me comprometo a no desembarcar en ningún puerto y a no recibir a nadie a bordo.

—Me parece muy bien.

—Bueno, pues entonces quédatela, averigua mañana qué barco o aeroplano sale antes y mándala certificada.

—Muy bien, señor.

Poco después, don Juan y Bonmatí regresaban al saloncito, donde María de las Mercedes charlaba con su cuñada Emanuela de Dampierre, mientras don Jaime permanecía absorto en sus pensamientos, pareciendo mirar al pekinés que dormitaba a los pies de la condesa de Barcelona.

Hablaron de las operaciones militares en el sector de Madrid, de la probable renuncia a la Corona del rey de Inglaterra, y de los últimos crímenes perpetrados en el bando republicano. Don Jaime ojeaba, horrorizado, una colección de estampas de la guerra española.

La carta de don Juan, fechada el 7 de diciembre, llegó días después a manos de Franco, que se negó una vez más a que el conde de Barcelona combatiese en España, pese a que éste hiciese valer su experiencia en el crucero inglés *Enterprise* y en el acorazado *Iron Duke* para embarcarse en el Baleares.

Franco esgrimió como razones formales «la seguridad de vuestra persona y el lugar que ocupáis en el orden dinástico».

Casualidades del destino: el futuro jefe del Estado salvó probablemente, sin saberlo, la vida del heredero de la Corona en el exilio.

La noche del 5 al 6 de marzo de 1938, muy cerca de la isla de Formentera, fue hundido el *Baleares*, el crucero más moderno de la escuadra nacional. A bordo del buque perdieron la vida dos compañeros de promoción de don Juan en la Escuela Naval de San Fernando: José María Revuelta Salinas y Juan Pons y Victori.

En 1937 nació Gonzalo, el segundo hijo de don Jaime y Emanuela, bautizado así en recuerdo del malogrado infante hemofílico, fallecido tres años antes en accidente de tráfico.

La maldición de los Borbones recaería también sobre el primogénito Alfonso de Borbón y Battenberg en 1938. La muerte del príncipe doliente constituyó para don Jaime, junto a la pérdida de sus padres, el golpe más duro de su vida.

Con Alfonso había compartido esperanzas y frustraciones desde sus primeros años en palacio. Fue su mejor confidente, el hermano más amado.

Divorciado de su primera esposa, Edelmira Sampedro-Ocejo (que fallecería en Miami a los ochenta y ocho años, en julio de 1994), y más recientemente de la segunda, Marta Rocafort y Altuzarra, una bella maniquí de una importante firma de alta costura, hija de un dentista, a la que había conocido en Nueva York, don Alfonso de Borbón y Battenberg vagaba triste y solitario por los cabarets de Miami.

La noche del 6 de septiembre desahogaba sus penas con una atractiva cigarrera en una acogedora *boîte*. Se llamaba Mildred Gaydon; era joven, alta y morena, y a ella

se dirigió con un ruego el desesperado príncipe de Asturias: «Sé buena conmigo; soy muy desgraciado».

La mujer le contestó que no era una prostituta fácil, pero él simplemente suplicó que le escuchase. A sus treinta y un años, don Alfonso se sinceró con ella; le habló de su tremenda soledad, recién divorciado de su última mujer; del alejamiento que sufría de sus padres, y de su calvario por los hospitales de medio mundo para luchar contra su incurable hemofilia.

Su madre, la reina Victoria Eugenia, le había acompañado días antes mientras le hacían transfusiones de sangre en un centro médico de Nueva York, pero en aquel momento se hallaba de nuevo a miles de kilómetros de allí.

Apenada por él, la mujer le animó a que recorriesen juntos los bares de la carretera, oponiéndose en un principio a que condujera por miedo a sufrir un accidente ante su evidente estado de embriaguez. Don Alfonso siguió bebiendo, pese a que en una ocasión dijo que los médicos se lo tenían prohibido.

Mildred Gaydon le propuso a continuación que fueran al *drive-in* de Mac, en Cayo Largo. Entraron allí y tomaron más copas. Incapaz ya casi de articular palabra, el enfermo maldijo su enfermedad que le hacía sangrar sin medida aun con la herida más leve, provocándole hematomas al mínimo golpe.

A su salida del bar, don Alfonso se empeñó en conducir sin que su acompañante esta vez se lo impidiera. Instantes después, el vehículo se empotraba en un poste del bulevar Biscayne. El conde de Covadonga se hizo una profunda herida en la frente, en el mismo lugar donde sufrió su primer derrame de niño. Pero ahora su estado era mucho más grave: se había fracturado el hueso y sangraba copiosamente.

Trasladado al hospital Garland de Miami, el conde de Covadonga murió poco después sin que su madre llegase a tiempo de verle con vida.

Su padre, en cambio, permaneció impasible en Roma. Sin duda, el rey tenía muy presente aún la declaración desafiante de su primogénito en la que cuestionaba su renuncia efectuada cinco años atrás:

Yo nací príncipe de Asturias y príncipe de Asturias seguiré siendo hasta que haga renuncia formal a mis derechos o se me prive de ellos en forma legal. Mi padre sostiene que al contraer matrimonio renuncié automáticamente a todos mis derechos. Yo no lo creo así.

La Familia Real recibió numerosos pésames; a manos de don Jaime llegó, entre otros muchos, el de César González Ruano, corresponsal en Italia del *ABC de Sevilla*, a quien el infante agradeció, en una nota, que se preocupase «por el fallecimiento de mi pobre y desgraciado hermano Alfonso».

Tres años después de la trágica muerte de su primogénito, el 28 de febrero de 1941, Alfonso XIII expiraba en una habitación del Grand Hotel de Roma.

Días antes, mientras la vida del rey se apagaba sin remedio, uno de los tres

médicos que le atendía, el doctor Colazza, había advertido que «a pesar de su aire despreocupado, su sonrisa y su buen humor, se adivinaba en el rey una profunda tristeza. A veces el amor nostálgico que sentía por España le salía, por decirlo así, a flor de piel».

El día 28 el enfermo ya no reaccionaba con los medicamentos, ni aun con la adrenalina intravenosa que le administraban sus médicos, de modo que, a las dos de la tarde, falleció.

No habían transcurrido dos meses desde su abdicación, cuando los infantes Jaime y Beatriz (María Cristina se hallaba en Turín, a punto de dar a luz) sollozaban junto al cadáver, amortajado con el blanco hábito de gran maestro de las órdenes militares y colocado sobre la bandera española que había ondeado en el buque que le condujo al exilio. Encima del cuerpo se colocaron el manto de la Virgen del Pilar y el estandarte real y, bajo su cabeza, un saquito con tierra española.

El rey de Italia, Víctor Manuel III, presidió el entierro. A su derecha se situó don Juan, a quien sus leales nominaban ya como «Juan III», mientras a la izquierda se colocó don Jaime, que con ese gesto reconocía públicamente a su hermano menor como jefe de la Casa de Borbón en España.

Capítulo VII. El arma económica

Don Jaime había renunciado por primera vez a la Corona de España en 1933, en el hotel Savoy de Fontainebleau. Antes de dar aquel crucial paso, le dijo angustiado a su padre, el rey Alfonso XIII:

—No puedo trabajar; ¿de qué viviré?

El monarca le respondió, desengañado:

—Si renuncias a la Corona, no tendrás más problemas.

El arma económica, esgrimida en manos del rey como un chantaje, resultó sumamente eficaz para apartar a su hijo de la sucesión.

Como denunciaba Alfonso de Borbón Dampierre: «Todo fue dispuesto, durante la misma época, para empujarle a gastar y, cuando se encontraba en situación desesperada, se le presentaba un papel a firmar».

Don Jaime resultó así engañado, o tal vez se dejó engañar porque necesitaba dinero para vivir. Pronto pudo comprobar que las promesas ocultaban un interés en postergarle como sucesor y que cuando su renuncia era convenientemente reafirmada, el dinero volvía a caer como maná del cielo.

«Cuando se produjo la renuncia de Jaime —recordaba Emanuela de Dampierre—, el Rey le aseguró que tanto él mismo como Juan se ocuparían en el futuro de solucionar sus asuntos económicos. Lo cierto es que Juan comenzó a ayudar a mis hijos cuando se fueron a España, no antes. Y sólo a ellos. A mí no fue capaz de preguntarme, en ningún momento, si estaba agobiada, si necesitaba algo...».

Emanuela juzgaba con excesiva dureza a su esposo, aunque no le faltaba razón al resaltar su excesiva puerilidad y candidez:

Quando lees que si hizo alguna cosa inadecuada, fue porque le engañaron o presionaron, piensas: «¡Claro! ¿Cómo no iba a ser engañado este hombre insustancial e inmaduro que únicamente vivía interesado en el alcohol y las mujeres?». Sí, un pobre ingenuo a quien no se le ocurría imaginar ni por un instante que la gente que le rodeaba tenía algún interés que justificaba el estar junto a él. Menos aún sería capaz de pensar mal de aquellos consejeros que rodeaban a su padre. Muchos de ellos hombres desaprensivos y llenos de ambición para los que Jaime no representaba nada.

El duque de Cádiz siempre sostuvo que la renuncia de su padre no era válida. Poco antes de morir, éste le había confesado: «Esta carta no la escribí yo. Me la presentaron hecha. La firmé sin prácticamente leerla».

Se refería don Jaime a una carta dirigida a su hermano Juan, desde Lausana, el 23 de julio de 1945, que fue su segunda renuncia formal y constituyó el detonante de su ruptura matrimonial con Emanuela de Dampierre.

Su esposa se enteró de su existencia al verla publicada en la Gazette de Genève y lo tomó como un ultraje, recordaba su hijo Alfonso de Borbón Dampierre.

Pero el contenido de la misiva poco o nada podía sorprender a Emanuela de Dampierre, ni mucho menos indignarla.

Don Jaime encabezaba la carta, calificada de «dolorosa y humillante» por Emanuela de Dampierre, dirigiéndose a su hermano como «Su Majestad el rey don Juan III», y fundamentaba la validez de su renuncia en que la persona elegida por él como esposa no era de estirpe regia, lo cual era completamente cierto:

Señor:

Yo, don Jaime de Borbón, infante de España, en atención a los rumores difundidos por la prensa en torno a mi persona y a la de mis hijos, y con la conciencia de que con ello presto un nuevo servicio a nuestra amada Patria, a Vuestra Majestad declaro:

Que protesto con toda mi alma contra la antipatriótica y antimonárquica maniobra de quienes propugnan absurdas soluciones, contrarias a considerar a Vuestra Majestad como único e indiscutible titular a la Corona de España, en virtud de las respectivas renunciaciones que en 1933 hicimos, nuestro muy amado hermano Alfonso cuando era Príncipe de Asturias, y mía, por nosotros y nuestros descendientes, y la que en enero de 1941 hizo, poco antes de su santa muerte, nuestro querido y llorado padre el rey don Alfonso XIII.

Precisamente para evitar toda posibilidad de futuras discusiones en cuanto a la indiscutibilidad del orden sucesorio, base fundamental de la legitimidad monárquica, cuando me resolví a contraer matrimonio —con posterioridad a la renuncia que por mí y por mis descendientes había hecho a los derechos que me correspondían a la Corona de España— elegí mi esposa fuera del círculo de las familias reales, condición indispensable, según las seculares leyes de nuestra Patria y Casa, para que nuestros descendientes puedan intentar reivindicar derecho alguno como tales personas reales.

En la seguridad de que con esta declaración sirvo a nuestra amada España, a cuyo servicio estoy dispuesto a sacrificarlo todo, se reitera de Vuestra Majestad como leal súbdito y querido hermano que le abraza

Jaime de Borbón. Infante de España^[1]

Alfonso de Borbón Dampierre aseguraba que había podido comprobar, tras la muerte de su padre, que su confesión era cierta:

Entre los papeles que cayeron en mis manos encontré incluso hojas blancas firmadas por él de antemano, a disposición de personas en las que confiaba, sin comprender que no eran precisamente adictas a sus intereses.

La carta que tanto disgustó a Emanuela de Dampierre, hasta el punto de precipitar su ruptura matrimonial, evidenciaba, por otra parte, la cordial relación existente entonces entre don Jaime y don Juan. Sin duda, don Jaime veía en aquel momento colmadas sus necesidades económicas, razón por la cual decidió no exteriorizar aún sus aspiraciones sucesorias. Pero la ficticia armonía entre los dos hermanos, manifestada ya al morir su padre, se diluiría sin remedio al año siguiente convirtiéndose en un escollo insalvable tras la promulgación de la ley sucesoria de Franco, en 1947, que abría de par en par las posibilidades de reinar un día en España a quien fuera de estirpe regia y hubiese cumplido los treinta años.

Pero, hasta entonces, la relación del duque de Segovia con su hermano menor transcurrió sin sobresaltos dinásticos, en un clima de franca cordialidad. Prueba de ello eran las cartas, casi desconocidas, que el infante escribió a finales de 1945, menos de cinco meses después de su segunda renuncia formal.

La primera de ellas, fechada el 4 de diciembre, iba dirigida desde Roma a la reina Victoria Eugenia, que residía entonces en la neutral Suiza. En ella aludía a su hermano Juan, que vivía también en Lausana, y adelantaba a su madre la próxima celebración de la Primera Comunión y Confirmación de sus hijos Alfonso y Gonzalo:

Mi queridísima mamá:

No sabes cuánto agradezco tu cariñosa carta del 17 pasado, en la que me comunicabas lo que yo suponía: el fracaso de la gestión de Oriol. Como verás por la carta que le escribo a Juan, el nuevo emisario es el padre Ángel Herrera [Herrera Oria había inspirado el periódico *El Debate* y la CEDA durante la República, y era partidario de colaborar con el régimen de Franco para una eventual restauración monárquica] que piensa ir a Lausana dentro de quince días, después de entrevistarse con el Papa y realizar unas gestiones más o menos misteriosas aquí en Roma. Por la impresión que tengo, dada la categoría del enlace, es muy posible que se pueda obtener alguna más provechosa oportunidad en estos momentos por medio de este hombre, que evidentemente conserva un gran prestigio en algunas zonas españolas de las más influyentes en el orden político. De otras cosas no tengo ninguna noticia importante que transmitirte. Estoy con los preparativos de la Primera Comunión y Confirmación de los niños, que espero resulte muy bien y, justamente, voy a invitar al padre Herrera para que pronuncie una plática en español. En la próxima carta ya te daré detalles de toda la ceremonia y de las personas que han asistido. Y nada más, mamá. Recibe el inmenso cariño de tu amantísimo hijo que te quiere muchísimo y te envía miles de besos,

Jaime^[2]

En otra reveladora carta, escrita ocho días después, don Jaime detallaba a su madre la ceremonia de la Primera Comunión de sus hijos, celebrada el 8 de diciembre

y oficiada por el cardenal Segura, arzobispo de Sevilla. El infante aludía de nuevo a su hermano Juan, con quien mantenía un estrecho contacto epistolar:

Mi queridísima mamá:

Ya verás por la carta que le envió a Juan, las novedades políticas de la hora y sobre todo la presencia del padre Herrera que tratará de llegar a unas conclusiones que le ha encargado Franco. Como supongo que tú también le verás, estarás al tanto plenamente de lo que trae como proposiciones a Juan.

Quiero explicarte un poco la ceremonia de la Primera Comunión y Confirmación de Alfonso y Gonzalo. Fue emocionantísima. La mañana era terriblemente fría, y a las ocho y media nos reunimos en la capilla de los Miani [la hermana de Emanuela de Dampierre, Beatriz, estaba casada con el conde Miani de Angores], con Beatriz, Crista, Sandro, Enrico, toda la familia de Emanuela, el embajador Sangróniz, su mujer y sus chicas, los ministros y secretarios de la Embajada del Quirinal y de la Santa Sede, el padre Herrera y Cortés-Cavanillas. El cardenal Marmaggi pronunció una plática preciosa y el tío Gabriel [el príncipe Gabriel de las Dos Sicilias] apadrinó a Alfonso y Miani a Gonzalo. El momento de la Comunión fue muy emocionante. Los niños han tenido regalos muy bonitos y están encantados. Tu telegrama y el de Juan se los leímos y les hizo mucha ilusión.

Después de la ceremonia tuvo lugar un *lunch* magnífico y bien servido. Más tarde, llevé unas flores al monumento de la Inmaculada en la plaza de España, que estaba precioso. La vida que hago en Roma no puede ser mejor. Quiero ir a pasar unos días contigo y con Juan coincidiendo con el final del año. Ya sabrás que ha muerto el pobre Gómez Ulla. Yo le he telegrafiado a la viuda dándole el pésame. Hasta pronto, mi queridísima mamá. Te envía miles de besos y abrazos tu amantísimo hijo que te quiere mucho,

Jaime^[3]

Don Jaime mantenía informado a su hermano Juan de los progresos realizados para una posible restauración de la Corona en España, aceptándole como legítimo sucesor de su padre, el rey Alfonso XIII.

En otra de sus cartas, de cuya existencia daba cuenta en la misiva a su madre, ponía en antecedentes a su hermano sobre la entrevista que había mantenido con Herrera Oria, lo cual era otra prueba más de la cordial relación entre ambos:

Mi queridísimo Juan:

Una vez más, con mi preocupación constante, me permito ponerte estas líneas para contribuir a tu mejor información en el sagrado deber que tenemos de servir y hacer el bien exclusivo de España.

Como supongo estarás advertido y esperas al padre Ángel Herrera, yo quiero anticiparme a su visita para que conozcas los puntos de que te hablará, evidentemente inspirado por las conversaciones que ha tenido con Franco, y más concretamente con el actual ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo. Como ya te anuncié en mi carta anterior, tuve una entrevista de cuarenta minutos con Herrera, en que le escuché con atención y le hice todas las discretas observaciones que merecían sus proyectos. En primer lugar, y Sangróniz abunda en cuanto te digo, Herrera viene como monárquico a tratar de abrir un cauce para un entendimiento y una comprensión comunes en el confuso problema político de España, sobre todo en cuanto se refiere a las amenazas de tipo internacional, graves sin duda alguna.

Me dijo claramente que él entendía, y Franco también, que había que restaurar la monarquía, pero que pretendía por su parte convencer a Gil Robles de que era necesario contar con el generalísimo para la vuelta de la monarquía, ya que sin su apoyo era en extremo difícil llegar a ella con éxito. Por otra parte —y es su opinión— había que fundar el tránsito en un Consejo de Regencia que restableciera automáticamente la Constitución de 1876 y con su mecanismo se hicieran, después de la Restauración, unas elecciones que consolidaran legalmente el Trono. En esencia ésa es la pregunta que te hará Herrera.

De cualquier forma, estimo que convendría sacar el mayor y mejor partido posible de la presencia en Lausana de Herrera, ya que se manifiesta acendradamente monárquico, y en la entrevista conmigo no pudo disimular su emoción, como igualmente en el acto de la Comunión de mis hijos, al que asistió y donde él percibió un ambiente de cordialidad que indudablemente le sorprendió.

Precisamente porque es un hombre muy inteligente y que puede mover resortes fundamentales en el clima actual español, es por lo que insiste en que su viaje debe ser bien aprovechado por ti para que no haya duda de cómo procede el Rey y con qué claridad y patrióticos fines se produce siempre.

Sabes cuánto te quiere tu hermano, que te abraza,

Jaime^[4]

El colofón a la excelente armonía entre los dos hermanos lo ponía don Juan con esta otra carta en la que se congratulaba por la celebración de la Primera Comunión y Confirmación de sus sobrinos Alfonso y Gonzalo:

Mi querido Jaime:

Deja que mis primeras palabras sean para felicitarte por la Primera Comunión de tus chicos, en cuya ceremonia estoy seguro habrás pasado momentos de honda emoción. Este primer contacto con el Cuerpo, Alma y

Divinidad de Nuestro Señor, es el que marca la entrada oficial del hombre en la vida del Cristiano que aún tienen los chicos por delante, y si te has acercado a la Sagrada Mesa con tus hijos, no habrán dejado de caerte del Cielo abundantes gracias.

El día de la Purísima fuimos María y yo a comulgar, y en nuestras oraciones le pedimos a Dios colmara de bendiciones a nuestro ahijado. Muy felices Pascuas y entrada de año nuevo. Saluda a todos de mi parte, y tú recibe un fuertísimo abrazo de tu hermano que sabes que te quiere y no te olvida,

Juan^[5]

La avenencia entre Jaime y Juan era bien palpable entonces.

A principios de 1946, don Jaime intervenía en uno de los últimos actos oficiales en su afán por representar a quien consideraba entonces sin discusión el rey: su propio hermano Juan.

En esa ocasión ofreció un almuerzo en su casa de Roma a los cardenales españoles que acababan de recibir el capelo de manos del papa Pío XII, entre los que se encontraba el primado de España y arzobispo de Toledo, doctor Enrique Pla y Deniel. Habían sido invitados también los dos embajadores de España, en el Quirinal y ante la Santa Sede.

A la hora del brindis, don Jaime se incorporó de la silla y, con su peculiar timbre de voz, leyó el siguiente discurso casi desconocido en España:

Eminencias, señores embajadores:

Tengo la satisfacción de felicitar a Vuestras Eminencias por la elevación a la púrpura cardenalicia, por acertado designio del Santo Padre Nuestro Señor Pío XII. Satisfacción íntima y profunda por mi parte, porque sois españoles de esa España católica y eterna que fue siempre adelantada de la Fe y portaestandarte de la Civilización de Cristo.

Pensando en ella, en la Patria de nuestros amores, única guía y esperanza de mi vida; en la santa memoria del Rey mi padre, que murió por ella en la nostalgia de su amor; en el claro pensamiento de mi hermano el Rey don Juan, que sólo desea la felicidad, la grandeza, la paz y la armonía de todos los españoles, yo os saludo con esperanza y con alegría, viendo en vuestra designación tan merecida un cauce para que el pueblo, que fue siempre el más sólido baluarte de la Fe, recoja, en unidad y en orden, el tesoro fertilizante de las augustas tradiciones. Por la gloria de vuestras sagradas púrpuras, elevo mi corazón con reverencia y amor filiales.^[6]

La fidelidad de don Jaime a «mi hermano el Rey don Juan», como se refería a él en su discurso, alejaba irremediabilmente al infante de su esposa Emanuela de

Dampierre. El matrimonio estaba herido de muerte. De hecho, pocas semanas después se desencadenaba la ruptura definitiva entre ambos, que había sido un secreto a voces prácticamente desde el nacimiento de su hijo Gonzalo, ocho años antes, cuando vivían ya separados en su casa del número 3 de la vía Luigi Luciani. La pareja apenas cruzaba palabra. Tan sólo, como recordaba Emanuela, a veces un frío y escueto «vamos a comer» o «almuerzo fuera de casa».

Entre nosotros —admitía ella— no había amor... pero esto es algo que no puedo reprochármelo a mí ni reprochárselo a él. También Jaime fue forzado por su padre a casarse conmigo. Jamás me hizo una declaración de amor.

Emanuela de Dampierre aún quiso tener un tercer hijo, pero atribuía el impedimento a su marido, quien, según ella, padeció una enfermedad venérea que acrecentó su infertilidad a los pocos años de casados.

Ya para entonces —recordaba—, por pura lógica, yo sabía de su obsesión por el sexo, aunque lo achacaba a una cuestión genética. Los Borbones siempre han sido así. Lo sé porque he tenido dos hijos... Borbón.

Don Jaime sostenía, en cambio, que la infiel era ella, acusándola de «las relaciones más que sospechosas» que mantenía con un amigo suyo llamado Antonio Sozzani, hijo de un acaudalado agente de cambio y bolsa muy conocido en Milán.

El matrimonio se lanzaba mutuas acusaciones.

Jaime —aseguraba su esposa— era un mujeriego contumaz y yo lo sabía. Para colmo, empezó a traer a ese tipo de mujeres a nuestra propia casa y esto era algo que ya no podía admitir. Me parecía radicalmente intolerable.

Emanuela recordaba haber recibido un día en Lausana una carta de una de las mujerzuelas con las que había estado su marido; en la misiva, ésta le pedía que se divorciase de don Jaime para poder casarse con él.

Herida en su orgullo, Emanuela le mostró luego la carta a la reina Victoria Eugenia y ésta, al parecer, se encargó de hablar con un abogado, pero nunca más se supo del asunto.

La reina tenía más bien escasa influencia sobre sus hijos, todo lo contrario que el rey, a quien éstos respetaban e incluso temían. Emanuela recordaba cierta ocasión en la que Victoria Eugenia reprendió a su hijo Jaime por su desordenada vida y éste acabó empujándola y haciendo que cayese sobre un sofá.

Los líos amorosos de don Jaime se prodigaron en aquellos años. Emanuela aseguraba que, estando en París para asistir al bautizo de una de sus sobrinas, recibió

un telegrama de Nanny, la doncella que cuidaba de sus hijos, pidiéndole que regresase de inmediato porque el señor se había presentado en casa con una fulana.

Poco después, el marido infiel contrajo una enfermedad venérea y tuvieron que administrarle la conocida inyección Wassermann, mientras Emanuela y sus hijos debieron hacerse una analítica de sangre para descartar el contagio.

Emanuela acusaba a su marido incluso de robar:

Poco a poco —afirmaba— me fui dando cuenta de que faltaban algunos objetos de plata en casa. Al principio me inquieté mucho pensando que debía estar muy atenta, ya que todo apuntaba a que algún miembro del servicio nos traicionaba. Sin embargo, no tardé en comprender que era mi propio marido quien sacaba estos objetos de plata de nuestra casa para...

La mujer utilizaba los puntos suspensivos para dar a entender la disipada vida de su marido, que solía llegar de madrugada a casa con unas copas de más y oliendo a perfume barato.

En febrero de 1946 la relación se hizo ya insostenible y Emanuela abandonó a don Jaime; la vida desordenada de éste, sumada a la carta de renuncia dirigida meses antes a su hermano, nominándole como «Juan III», fueron los detonantes de la ruptura.

Consciente de iniciar una nueva vida, Emanuela luchó por todos los medios para conseguir la custodia de sus hijos, lo cual finalmente logró.

Don Jaime jamás perdonó que le arrebatase a Alfonso y Gonzalo. «Traté de recuperarlos —aseguraba— porque temía que la vida que había emprendido mi mujer no constituyese precisamente el ambiente más adecuado para que en él se educaran los niños».

Según él, la propia madre de Emanuela compartía su punto de vista. Prueba de ello fue que, basándose en el peligro que la vida poco recomendable de su hija suponía para los dos niños, doña Vittoria Rúspoli reclamó sin éxito la entrega de éstos ante el Tribunal Tutelar de Menores de Roma.

A comienzos del año siguiente, Emanuela comunicó a don Jaime su intención de solicitar la anulación de su matrimonio, confirmada el 6 de mayo por una sentencia del Tribunal Civil de Ilfov, en Bucarest (Rumanía), donde Emanuela residía entonces.

El abogado de la mujer expuso al Tribunal los siguientes argumentos (entre ellos, que su cliente había sido amenazada por su madre con ingresar en un convento si se oponía a la boda), respaldados por testigos, que el juez consideró decisivos para pronunciarse favorablemente:

Se desprende de las declaraciones de los testigos antes citados que la demandante [Emanuela de Dampierre] se vio obligada por su propia madre,

mediante la amenaza y la violencia, a contraer matrimonio con la otra parte, en contra del pensamiento de la demandante que jamás hubiera tenido la idea de que él hubiera podido ser su marido y con quien jamás tuvo la intención de casarse. La madre de la demandante le impidió establecer contactos con terceras personas y recurrió a graves amenazas, en el caso de que su hija la desobedeciera, de hacerla encerrar en un convento.

Asimismo se desprende de las declaraciones de los testigos que la demandante, que no tenía pariente alguno a quien hubiera podido pedir socorro, contrajo matrimonio contra su voluntad; que la ceremonia misma del matrimonio fue extremadamente triste, y que la demandante se hallaba profundamente deprimida. Fue acompañada a la ceremonia por su madre, que estaba allí para impedir que la demandante se rebelase en el último momento y recuperase su libre albedrío [...]

[...] Considerando que la demandante se vio obligada a casarse con la otra parte porque su consentimiento le fue arrancado mediante violencias ejercidas por su propia madre... considerando que este Tribunal que ha examinado todos los hechos en hecho y en derecho, es competente para juzgar en cuanto pide la demandante, sus hechos y sus consecuencias... Declara anulado el matrimonio.^[7]

Pero la nulidad dictaminada por el Tribunal Civil de Bucarest no satisfizo a don Jaime, que más tarde emprendería un procedimiento de nulidad eclesiástica ante la Santa Sede.

Capítulo VIII. La carrera de la sucesión

El abandono de su mujer sumió a don Jaime en el abismo de una vida desordenada, indigna de un infante de España.

Alentado por un entorno de vividores, derrochaba lo poco que tenía en copas y en mujeres. Un día, necesitado de dinero, pidió prestada una máquina de escribir en la embajada española en Roma y la llevó luego a empeñar.

Él mismo responsabilizaba de su disipada existencia a su familia, que le proporcionaba lo necesario para sus escapadas nocturnas, negándole en cambio los recursos indispensables para salir de aquella viciosa cárcel:

Señalaré solamente —no como descargo sino para mejor explicar lo que era mi situación— que si mi familia me negaba dinero, a veces para cosas importantes, se las arregló siempre para que tuviese lo suficiente cuando se trataba de los gastos pequeños (una pequeñez a veces cuantiosa) de todos los días que me hacían cada vez más prisionero de un universo de bares y de *boîtes de nuit* por el que me adentraba buscando, de una manera que parece banal pero que es eficaz, un momentáneo olvido al profundo drama de mi vida. Nunca dispuse de cantidades de dinero suficientes para liberarme de aquel ambiente y emprender un viaje, cambiar de paisaje y de situación.^[1]

Fue así como, impelido a vencer su esclavitud, recurrió esta vez al chantaje del que se había servido su padre para hacerle renunciar, difundiendo un manifiesto en el que reclamaba sus derechos de primogenitura; derechos que algunos le echaban en cara haberlos vendido por un plato de lentejas.

El infante rompió así la sintonía con su hermano Juan, emprendiendo un disputado pleito dinástico el 31 de julio de 1946:

Yo, Jaime Enrique, duque de Anjou y de Segovia, heredero de los derechos de mis ascendientes al título de cabeza de la rama mayor de la casa de Borbón, declaro por la presente no renunciar a ninguna de las prerrogativas vinculadas a mi nacimiento...^[2]

Instalado definitivamente en Estoril para estar más cerca de España, don Juan se inquietó mucho con la iniciativa de su hermano mayor, como consignaba muy preocupado uno de sus consejeros, José María Gil-Robles, en su diario político:

Ayer tuve unos minutos de conversación con don Jaime. Alguien le ha metido en la cabeza la idea de reivindicar la jefatura de la Casa de Borbón. En

el fondo —tal vez incitado por su mujer [Emanuela de Dampierre]— lo que quiere es salvar derechos para sus hijos... La cosa es disparatada y, sin embargo, puede crear complicaciones e incidentes que conviene a toda costa evitar. Por eso, de acuerdo con el rey [don Juan], redacto una nota en la que recuerdo la sujeción del infante al rey, como jefe de la Familia. Creo que podremos convencerle de que se esté quieto.

Al año siguiente y un mes después de la visita oficial a España de Eva Perón, se produjo un hecho trascendental en la carrera por la sucesión al trono. Un punto de inflexión que cambió por completo el marco sucesorio y dejó sin efecto los criterios de legitimidad monárquica que regían en el seno de la dinastía de los Borbones en España.

Ese hecho no fue otro que la promulgación de la Ley de Sucesión, el 26 de julio, aprobada por amplia mayoría, en referéndum, diez días antes. Franco se mostró pletórico en unas declaraciones al diario Arriba, el 18 de julio, aniversario del Alzamiento: «Jamás ley alguna elaborada por un Parlamento ha tenido un ascenso mayor [...]. Jamás en nuestra historia política hemos tenido un acto más trascendente, sincero y ejemplar. El peso de catorce millones de sufragios respalda desde hoy nuestra Ley de Sucesión y nuestras leyes básicas».

Franco se «blindaba» con su Ley de Sucesión, consagrándose como jefe de Estado vitalicio y logrando la potestad de proponer a las Cortes un sucesor a título de rey o de regente.

El artículo noveno de la ley dejaba bien claras las condiciones que debía reunir el futuro rey o regente:

Se requerirá ser varón y español, haber cumplido la edad de treinta años, profesar la religión católica, poseer las cualidades necesarias para el desempeño de su alta misión y jurar las Leyes Fundamentales, así como lealtad a los principios que informan al Movimiento Nacional.

La ley dejaba así, sobre el papel, el camino abierto a un gran número de candidatos; entre ellos, por supuesto, al primogénito de don Jaime, Alfonso de Borbón Dampierre.

De nada valían ya las renunciaciones efectuadas por su padre, incluyéndole a él y a su hermano Gonzalo. La nueva ley de Franco era el único instrumento legal para una posible instauración monárquica en España y, como tal, sembró serias inquietudes en don Juan y su entorno.

No era extraño así que Gil-Robles volviese a anotar en su diario:

Se da como seguro que triunfará una enmienda al proyecto de Ley de

Sucesión, en el sentido de convertir en hereditaria la Monarquía electiva ideada por Franco... Lo más desagradable es una maniobra —que no se sabe si se llevará hasta el fin— para reconocer como rey al hijo mayor de don Jaime. Dada la mentalidad infantil de éste y su carencia de dinero, cualquier cosa es posible. Se dice que Franco ha enviado ya a un emisario y, para contrarrestar la maniobra, se ha hecho ir a Roma a Corcho, amigo de don Jaime. Algo es, pero no basta.

Al día siguiente, Gil-Robles constataba la alarma que había cundido en don Juan:

El rey está francamente preocupado por el caso de don Jaime. Como la actuación de Corcho no es suficiente, trazamos el siguiente plan. Se avisará a Corcho para que lleve a don Jaime a Suiza, pagándole, como es natural, todos los gastos. Allí, si el peligro es grave, se procurará tener una reunión con él, con doña Victoria, con López Oliván y con Quiñones de León.

Corcho era un simpático secretario de origen cántabro que había sido colocado por la familia junto al infante para velar, en apariencia, por su régimen de vida. Él disponía de los gastos de la casa y don Jaime debía pedirle dinero cada vez que salía a la calle. Corcho jamás dejó de facilitarle los recursos que necesitaba para beberse un whisky o pasar la noche con alguna mujer.

Las gestiones del entorno de don Juan surtieron al principio el efecto perseguido, logrando que don Jaime enviase el 6 de junio a su hermano el siguiente telegrama reconciliador:

En estos momentos de confusionismo provocado, recuérdote y envío mi más cariñosa ferviente adhesión. Siempre tuyo,

Jaime^[3]

Gil-Robles había mostrado ya desde febrero su inquietud ante la situación creada por don Jaime. El día 6 había mantenido unos minutos de conversación con él, anotando en su diario:

El infeliz tiene un espíritu infantil y, por lo mismo que su sordera le hace desconfiado, agradece cualquier pequeña atención que se tenga con él.

El consejero de don Juan insistía en que alguien le había metido en la cabeza a don Jaime la idea de reclamar la jefatura de la Casa de Borbón, y consideraba que su interés por ostentar el título de duque de Anjou obedecía al deseo de salvaguardar los intereses de sus hijos a la Corona de Francia.

«La cosa es disparatada —advertía Gil-Robles, como hemos visto— y, sin embargo, puede crear complicaciones e incidentes, que conviene a toda costa evitar».

Y concluía, esperanzado: «Creo que podemos convencerle de que se esté quieto».

Pero Gil-Robles se equivocaba. La actitud sumisa de don Jaime en su telegrama sólo afectaba a los derechos dinásticos al trono de España, cuya titularidad acataba, de momento, en la persona de don Juan.

Cosa distinta era, sin embargo, su condición de primogénito de la Casa de Borbón y sus derechos a la Corona de Francia, sobre cuya legitimidad no estaba dispuesto a ceder ni un ápice, como hacía constar a su hermano Juan en una carta fechada el 8 de junio:

Mi querido Juan:

Desde hace una serie de días tenía el propósito de escribirte para comunicarte un aspecto que quería dejar bien sentado para evitar falsas interpretaciones, y es que si yo renuncié voluntariamente a los derechos a la Corona de España, no podía renunciar por ser imposible a la primogenitura de la Casa de Borbón y por lo tanto ser su Jefe, tomando consiguientemente los títulos de la Casa francesa, ya que por otra parte los legitimistas del país me han reconocido como tal.

Como la ley francesa está clarísima, me imagino que te darás cuenta de mi derecho y por lo tanto he decidido tomar el título de duque de Anjou. Tú sabes que los franceses no quieren a los Orleáns y justamente para evitar discordias entre las dos ramas dinásticas asumo todos los derechos de la Casa francesa de Borbón.

Con la finalidad de que no te coja de sorpresa te lo comunico seguro de que comprenderás mis razones y la justicia que me asiste.^[4]

Como heredero a la Corona de Francia, don Jaime confería ese mismo mes a su hijo Alfonso los títulos de duque de Borbón y de Borgoña, y a Gonzalo, el de Bretaña. Títulos que nunca llegarían a utilizar ellos.

Su reclamación dinástica era resultado, en parte, de una imprudencia cometida por su padre Alfonso XIII, quien, ya en el exilio, se había mostrado satisfecho al ser reconocido como jefe de la Casa Real de Borbón por los legitimistas franceses.

Muerto sin hijos Alfonso Carlos de Borbón en 1936, atropellado por un coche en Viena, el pretendiente carlista considerado como último heredero de Felipe V —duque de Anjou— por los legitimistas franceses y último varón de su estirpe, el derecho de primogenitura pasaba al nieto de Francisco de Asís, esposo de Isabel II. Alfonso XIII se convertía así automáticamente, por línea genealógica, en jefe de esa Casa Real.

En cierta ocasión, el monarca había confesado incluso a su hijo Jaime: «Tenemos en nuestra familia dos sucesiones reales: una, la de Francia es clara y formal, dictada

por la ley sálica; otra, la de España, es compleja y depende del acuerdo de las Cortes».

Al aceptar, encantado, el nombramiento, el rey no sopesó que para los legitimistas las leyes sucesorias no se podían modificar según las circunstancias. Significaba eso que para ellos no eran válidas las renunciaciones a los derechos sucesorios efectuadas por Alfonso y Jaime de Borbón y Battenberg.

En definitiva, que el jefe de la Familia no era otro que el primogénito. Y éste, tras la muerte de Alfonso el 6 de septiembre de 1938, estaba claro que era don Jaime, convertido en Jaime Enrique VI de Borbón en el numeral legitimista.

La presión del entorno de don Juan, incluida la eficaz arma económica, logró al final que don Jaime desarrollase su escueto telegrama del 6 de junio en una extensa renuncia a sus derechos a la Corona de España, la tercera que hacía formalmente desde Fontainebleau.

Fecha en Roma el 17 de junio de 1947, en ella se reconocía sin la capacidad suficiente para reinar al admitir que Dios no le había dotado «de todas las condiciones precisas para tan elevada misión»:

A mi querido Juan:

Hoy tengo oportunidad de enviarte ésta en mano, no habiéndote escrito antes, como era mi deseo, por inseguridad en los correos. Recibí tu telegrama de contestación al mío, que te agradezco de corazón.

Comprenderás que estoy muy preocupado con lo que ahora intentan en España con la idea de desunir a la opinión monárquica, ya de por sí desorientada debido a la propaganda en contra que, en estos últimos años, han dirigido especialmente a la juventud, lo cual supone una grave responsabilidad que debería ser inmediatamente remediada por los mismos que la han consentido viendo cómo se desvirtuaba el verdadero espíritu del Glorioso Alzamiento Nacional, en el cual, si no nos fue dado contribuir personalmente, hemos vivido y sentido en todos sus momentos, hermanados por los que combatían por el resurgir de la Patria.

Cuando más pienso sobre todo ello, más gravedad veo en lo que pueda ser el resultado de una injusta y parcial campaña de prensa dirigida y controlada, que, como ahora, ha utilizado mi nombre.

Pero no han tenido en cuenta que yo, como español e hijo de rey, no me haré eco de nada que se aparte del testamento sucesorio que por Legitimidad Histórica legó nuestro buen Padre y rey Patriota (Q.D.H.G.).

Han alegado para ello mi primogenitura, pero no han pensado que todo es designio de Dios, que si a mí no me dotó de todas las condiciones precisas para tan elevada misión, he de agradecer a Él siempre el haberme destinado a servir de ejemplo de acatamiento, toda vez que concurren en tu persona cualidades y circunstancias tales, que hacen más providencial tu indiscutible

designación, que llevará a nuestra querida España a un futuro próximo de paz y de gloria.

Para contribuir a lo cual sabes que contarás siempre con tu hermano que te quiere y te abraza,

Jaime^[5]

La carta de don Jaime era todo un bálsamo para su hermano, el más indignado con la nueva Ley de Sucesión.

Don Juan había conocido el proyecto de Franco los días 31 de marzo y 2 de abril, tras recibir, en su retiro de Estoril, la visita del almirante Luis Carrero Blanco, enviado por el jefe del Estado.

Algunos personajes vinculados a la causa monárquica intentaron evitar entonces que el conde de Barcelona reaccionase de una forma que agravase su relación con Franco. Pero su respuesta fue inevitable: en su célebre manifiesto de Estoril, publicado el 7 de abril, don Juan lanzaba duras críticas a Franco y su Ley de Sucesión, acusándole de pretender «convertir en vitalicia» su «dictadura personal». Calificativos que el general nunca olvidaría y que a don Juan le alejarían irremediabilmente del trono.

La postura de don Juan, de frontal rechazo a la Ley de Sucesión, era fácilmente comprensible desde el punto de vista del legitimismo dinástico. Franco no podía, a su juicio, saltarse el orden sucesorio establecido por Alfonso XIII tras las renunciaciones de sus hijos Alfonso y Jaime. Y la Ley de Sucesión dejaba precisamente en manos del general la potestad de proponer a las Cortes un sucesor que no fuese el propio don Juan o, incluso, recurrir a la figura de un regente.

Pero la estrategia de don Juan, de radical enfrentamiento con Franco, que tenía la sartén por el mango con su Ley de Sucesión, no era la más acertada a juicio de algunos «juanistas» como José Ignacio Escobar Kirkpatrick, marqués de Valdeiglesias, a quien el manifiesto de Estoril le pareció un «verdadero disparate». Franco, en opinión de Valdeiglesias, no cedería jamás el poder a un compañero de armas, «a los que conocía bien y no se fiaba de ninguno de ellos», ni mucho menos a otra república, sino que vislumbraba como desenlace la monarquía, el régimen tradicional de España.

No le quedaba, pues, al Rey —aseguraba Valdeiglesias— otra solución que aceptar los hechos tal como se habían configurado en España y mantener con Franco las relaciones más cordiales que fueran posibles en espera del momento oportuno para la Restauración.

Por eso, el desafío de don Juan al jefe del Estado podía provocar que éste pensase entonces en sus hijos Juan Carlos y Alfonsito, que aún vivía, o en su sobrino Alfonso

de Borbón Dampierre.

Para acabar de complicar el agitado debate sobre la sucesión, el marqués de Villamagna publicó el 23 de abril un polémico artículo en el diario *Arriba*, titulado «Sucesión y legitimidad», que enfureció a don Juan. Tras invocar las leyes antiguas y la Constitución de 1876, el noble autor reivindicaba en su extensa tribuna, que arrancaba de la primera página a tres columnas, el criterio sucesorio de primogenitura a favor de don Jaime y de su hijo Alfonso de Borbón Dampierre:

[...] Disponen que el hijo mayor reine antes que el menor por derecho de primogenitura. Pero que si el mayor, por cualquier circunstancia, no llegase al trono, guarden sus derechos sus hijos, si los tuviese. Y traigo esto aquí porque *está bien claro que ni la legitimidad ni las leyes del Reino dan al infante don Juan de Borbón un derecho irrefutable a la Corona de España* [las cursivas son mías]. Pudo nuestro amado monarca Alfonso XIII (q.s.g.h.), guiado por las especialísimas condiciones del momento, las posibilidades de una restauración que creyó inmediata, y los innegables inconvenientes de una minoridad, entregar los derechos de don Jaime de Borbón, poco hace aclamado por los madrileños, a su hermano don Juan. Pero ni como padre ni como Rey pudo mudar los que fijan las leyes. Y esto es así: que para los monárquicos legitimistas, para los fieles servidores de la Institución antepuesta a la persona, *guarda mejores derechos al trono el hijo varón, en primogenitura, del infante don Jaime*. Y que si la anunciada Ley de Sucesión no se acepta, hay que atenerse a la vieja, fijada en la Constitución de 1876, vigente para la Monarquía. La cual, irrefutablemente, innegablemente, determina que debe ser el Rey de los españoles el hijo legítimo y primogénito de don Jaime de Borbón y de su preclara esposa, la condesa de Dampierre, de aquella nobleza de Francia, a la que reconocía el padre Feijoo entre «la de más garbo de Europa» [...]

[...] Y así, o el infante don Juan de Borbón acepta la revolución que implica la Ley sucesoria propuesta por Franco, salvador de todos, o lo recusa. Pero en este caso, el legitimismo, la razón y la ley pueden alzar su voz para decir: *el legítimo soberano de los españoles es el hijo mayor de don Jaime de Borbón y de la condesa de Dampierre*.

El marqués de Villamagna concluía su artículo afirmando que la legitimidad «se acata»:

Desde esta pública tribuna de la Prensa, invito a mis compañeros de clase fieles al Movimiento Nacional, a enviar su personal adhesión al Generalísimo Franco, restaurador [no «instaurador», distinguía Villamagna] de la

Institución Real en España, dirigiendo sus cartas al jefe accidental de su Casa Civil. En cuanto a mis opiniones sobre los irrecusables derechos del hijo del infante don Jaime, no pido adhesión alguna para ellas. La legitimidad no se acepta: se la acata.

El histórico texto de Villamagna recibiría al cabo de los años el encendido elogio de Emanuela de Dampierre:

Es lo mejor que he leído en relación al asunto de la primogenitura, porque en él se daba cuenta de una arbitrariedad que se estaba llevando a cabo para favorecer a Juan y su descendencia en detrimento, si no de Jaime, sí al menos de mis hijos y de los hijos de ellos.

Villamagna suscitó con su artículo un vivo debate en la prensa; la reacción del diario monárquico *ABC* fue inmediata y contundente, al mantener una posición crítica frente al proyecto de Ley de Sucesión y respaldar la candidatura de don Juan al trono restando beligerancia al contenido de sus manifiestos:

[...] Nuestra disconformidad, pues, con el proyecto arranca de principios indelebles e inmanentes, y consideramos, sobre todo, fundamentales dos de ellos. Uno afecta a las leyes hereditarias que son inveteradas, que están sancionadas por el derecho y el uso, que han sido ennoblecidas en la tradición y depuradas en la experiencia, y que constituyen, finalmente, la esencia misma de la Institución. La sucesión monárquica no puede estar sometida al lado de un grupo de españoles, por muy meritorios, por muy conspicuos y doctos que éstos sean [...]

Discrepamos también de la transferencia a los reyes o regentes futuros de aquellas potestades absolutas [...]. El Principio clásico de que el monarca reina, pero no gobierna, nos satisface íntegramente [...].

[...] Resta señalar nuestro disentimiento de cuantos ven regateos y empequeñecimientos para la legitimidad, la Historia y la figura de Franco en las frases del conde de Barcelona. Si otros colegas [en referencia al *Arriba*] se empeñan en ahondar diferencias, nosotros quisiéramos acortarlas.

No satisfecho con eso, el diario portavoz del llamado «juanismo» se aferró al matrimonio morganático de don Jaime para fundamentar su renuncia y la de sus hijos.

Pero el marqués de Villamagna, convertido en valedor de los derechos de don Jaime y de su primogénito, contraatacó una semana después en *ABC*, ejerciendo su derecho de réplica:

Otro argumento podría haber esgrimido *ABC*, cual es la renuncia de don Jaime en 1933.

Las renunciaciones, voluntarias y forzadas —y la que comentamos la tenemos por notoriamente forzosa—, fueron válidas cuando los Reinos eran patrimonio de los príncipes. Ahora, estos actos, realizados a espaldas del pueblo, no tienen ningún valor jurídico ni dinástico. Un príncipe puede renunciar para sí, pero nunca para sus hijos. *Tengo por Rey en buen derecho al hijo de don Jaime de Borbón, y la cálida acogida de mi primer artículo me prueba que no estoy solo* [las cursivas son mías]. Pudo haber renunciado a sus derechos. Puede, incluso, volver a renunciar mañana. *Pero su hijo también puede, al llegar a mayor, proclamarse Alfonso XIV, y encontrar partidarios*. Nadie puede conocer la futura actitud de un Príncipe que cuenta ahora once años de edad.

Lo demás es, todo, hablar por hablar. Franco nos ofrece una «instauración» y no una «restauración». Lo cual, lejos de dar valor, lo quita a todas esas tesis del morganatismo sostenidas por *ABC*.

Los artículos de Villamagna pasaron desapercibidos entonces para Emanuela de Dampierre, quien, de haberlos conocido en aquel momento, habría permanecido junto a don Jaime. Al menos, eso aseguraba ella misma cuando ya era demasiado tarde:

Si yo hubiera sabido de todas las posturas encontradas que en España mantenían los monárquicos con respecto a los derechos dinásticos de Jaime, o cuando menos de mis hijos, jamás me hubiera ido con Antonio Sozzani [...]. Mis hijos lo fueron todo para mí y, por ellos, hubiera renunciado a cualquier cosa. Habría permanecido allí, aguardando algún acontecimiento que pudiera beneficiar a Alfonso y Gonzalo.

Cinco meses después de su segundo artículo, el marqués de Villamagna envió a Franco un informe en el que seguía cuestionando la validez de la carta de don Jaime:

La renuncia de don Jaime es nula y por tanto lo que debería V. E. es traer a España a sus hijos, proclamarse Regente vitalicio y jefe del Gobierno y declarar a estos hijos herederos del Trono.

La enérgica y pertinaz postura de Villamagna envalentonó a don Jaime, que el 18 de febrero había sido aclamado por un numeroso grupo de fervientes monárquicos, durante una escala técnica en el aeropuerto madrileño de Barajas, acompañado de su hermana María Cristina.

La prensa silenció el caluroso recibimiento, del que sólo se tuvo conocimiento por

medio de octavillas repartidas en la calle. Entre los participantes en el acto se encontraban varios militares destacados: los tenientes generales Ponte, Kindelán y Borbón; los generales de división Arsenio y Carlos Martínez Campos, Orleáns, Armada, Moreno Calderón y Ahumada; y los generales de brigada Millán Astray, Sainz de Larín y Lóriga, y Barroso. Uno de los organizadores de la bienvenida fue el monárquico Joaquín Satrústegui, junto a un jovencísimo José Mario Armero.

Pero quienes ovacionaron a don Jaime no defendían en realidad sus derechos sucesorios. Tanto el propio infante como quienes le aclamaban, reconocían entonces como legítimo heredero a don Juan.

Durante su breve discurso, José María Pemán dejó bien claro este hecho: «Vuestras Altezas llevan en sus venas la sangre de nuestro Rey don Juan para quien en estas horas son tristes los cielos del mundo», proclamó.

Entre tanto, las revueltas aguas de la sucesión animaron al entorno de don Juan a seguir presionando a don Jaime para aprovechar en su propio beneficio la histórica entrevista que Franco y el conde de Barcelona celebrarían en alta mar el año siguiente.

Fue así como, mientras don Juan y don Jaime navegaban juntos en el Saltillo para presenciar las regatas olímpicas en la isla de Wight, Julio Danvila, amigo personal de Alfonso XIII y antiguo vicepresidente de Renovación Española, que será el enlace entre Estoril y El Pardo hasta 1954, propuso al jefe del Estado una entrevista. Franco accedió a celebrar un encuentro con don Juan a bordo del Azor, pero puso una condición: sólo se hablaría de la futura educación de Juanito y Alfonsito, los dos hijos varones del conde de Barcelona.

Capítulo IX. Carlota

Meses antes de celebrarse la histórica entrevista, don Jaime conoció a la mujer con la que compartiría el resto de su vida.

El flechazo tuvo lugar el 6 de septiembre de 1947, en el restaurante Il Faro de Roma. Había quedado para almorzar con unos amigos y éstos se la presentaron. Ante sus ojos surgió, como una aparición, una rubia despampanante, algo fornida, que resultó llamarse Carlota Tiedemann. Enseguida supo que era alemana y descubrió que tenía un fuerte carácter y una desbordante sensualidad.

Sentado a su derecha, cayó rendido ante su gran atractivo, sobre el que años después poetizaría: «Tenía los cabellos de un rubio pálido de leyenda nórdica y los ojos de un azul que no se podía confundir con ningún otro».

¿No era eso estar perdidamente enamorado?

Carlota siguió el juego al hombre apuesto con el cual compartía mesa y tampoco apartó la mirada de él durante todo el almuerzo.

Charló pausadamente para hacerse comprender, y luego bailó con él, sorprendida por la destreza con que su compañero se movía sobre la pista pese a su elevada estatura y su limitación auditiva.

Carlota había nacido en Königsberg (Prusia), y tenía entonces veintiocho años, once menos que su nuevo novio.

Era hija de un importante empresario de la importación. Con diecinueve años había conocido a un austriaco de veintiséis, ingeniero electrónico, con el que se casó pese a las advertencias de su madre, que veía en él a un chico irresponsable y frívolo. Al cabo de un año pudo probar ante los tribunales que su encantador vienés se había transformado en un marido tiránico y brutal, capaz de levantarle la mano. Obtuvo el divorcio cuando la hija de ambos, Helga Büchler, tenía sólo tres semanas.

Alentada por los piropos de sus amigos, que alababan su bonita voz, probó fortuna como cantante en diversos cabarets, e incluso posó como modelo publicitaria para la firma de automóviles Ford. Poco después rodó tres películas en las que desplegó todo su ardor sensual. Pero al final eligió su verdadera vocación: la canción; tomó lecciones e ingresó en una compañía de ópera.

Dos días después de su primer encuentro, se podía ver a la nueva pareja de tórtolos paseando de la mano por la playa de Ostia.

Pronto, Carlota se ofreció para ayudarle a efectuar ejercicios de vocalización.

Propuesta —explicaba don Jaime— que yo acepté enseguida, en primer término porque encontraba así un pretexto para pasar más tiempo a su lado [...]. Quería ayudarme a que hablara mejor, a fin de que pudiera expresarme en mis relaciones con los demás tan fácilmente como lo hacía con ella. De aquel afán surgió lo que luego han considerado muchas gentes que me habían

conocido anteriormente casi como un prodigio, y que no fue en realidad sino un esfuerzo cariñoso y obstinado. Lecciones de buen amor que me daba, con método [no en vano Carlota era cantante] y con ternura, la mujer inteligente y buena que, viéndome nadar muy bien, comprendió sin embargo hasta qué punto necesitaba yo que alguien me echara un salvavidas.

El novio supo que amaba apasionadamente a su novia en cuanto tuvo que separarse de ella por primera vez, en marzo de 1948, para arreglar unos asuntos económicos con su familia en Suiza.

De regreso a Roma, al cabo de dos meses, comprobó que Carlota no estaba en el hotel Savoy donde la había dejado al marcharse sino que se hallaba en Palermo, de gira. «La vida se me hacía muy difícil sin ella», confesaba años después.

Habló entonces con su representante y acto seguido le envió a ella un telegrama para que regresara enseguida. La mujer respondió que lo haría al día siguiente. Fue entonces cuando don Jaime pensó en casarse con ella.

Días antes, el abogado italiano Ranieri había comunicado a don Jaime la decisión de un tribunal rumano de anular su matrimonio civil con Emanuela, anticipándole que era muy probable que el veredicto judicial fuese confirmado por la justicia italiana. El camino legal para la celebración de sus segundas nupcias estaba así a punto de despejarse.

Pero, antes, en junio de aquel año, don Jaime recibió una carta de su hermano Juan para que fuera a verle a Estoril. Consciente de la precariedad económica en la que vivía, aquél le adjuntó un billete de avión Roma-Lisboa.

El infante acordó con Carlota que se ausentaría de Roma un par de semanas como máximo, mientras ella aguardaba su regreso en Capri, al sur de Italia.

Nada más llegar a Estoril, partió con don Juan a París para ver a Quiñones de León, y de allí se dirigieron los dos hermanos a Inglaterra para arreglar unos asuntos de la testamentaría de su padre, el rey Alfonso XIII.

Quiñones de León, en efecto, les aguardaba en Francia y con él fueron hasta Arcachon, donde embarcaron en el Saltillo, velero propiedad del monárquico Pedro Galíndez. La travesía de Arcachon a Londres, con mar calmada y un sol resplandeciente, resultó muy agradable.

Llegados a Londres, los dos hermanos hicieron sus gestiones testamentarias y almorzaron luego en el Yacht-Club. Pero la tranquilidad del refrigerio se vio interrumpida por la llegada de un telegrama para don Juan, que éste esperaba desde hacía días, en el que Franco le proponía una entrevista en alta mar.

El Saltillo aparejó enseguida, rumbo a la isla de Re, donde fondeó para proseguir al día siguiente hacia Arcachon, puerto en el que se aprovisionó antes de emprender la travesía definitiva hacia la costa vasca.

El 25 de agosto, a las doce del mediodía y a cinco millas al norte de Igueldo, Franco y don Juan mantuvieron su primera entrevista oficial a bordo del yate Azor.

Instantes antes, un bote de este barco, en el que iban el general Pablo Martín Alonso y el duque de Sotomayor, se acercó al Saltillo para recoger a don Juan y conducirlo junto a Franco; poco después, la misma embarcación hacía otro viaje para trasladar también allí a don Jaime y a Pedro Galíndez.

En lo alto de la escalerilla del *Azor* les aguardaba el contralmirante Nieto Antúnez, que patroneaba el barco. Con él y sus acompañantes fueron don Jaime y Galíndez a tomar unas copas de Jerez bajo la toldilla de popa, mientras Franco y don Juan charlaban en el salón a puerta cerrada.

La entrevista se prolongó durante cuatro horas y se centró en la educación de don Juan Carlos en España. Don Juan creía abrir así una puerta importante para la restauración de la monarquía en España al contar dentro del país con un miembro de la dinastía reconocido como tal.

Al mismo tiempo, la presencia de don Jaime en aguas de San Sebastián constituía un palpable gesto público de adhesión a quien consideraba entonces como legítimo heredero al trono de España. El entorno del conde de Barcelona se apuntaba así otra victoria importante en la carrera de la sucesión, poco después de haber arrancado a don Jaime su tercera renuncia formal.

Don Jaime recriminó a don Juan por no haberle informado jamás sobre los temas tratados con Franco en su entrevista privada, pese a que el conde de Barcelona le dijo, mientras regresaban a bordo del Saltillo: «Ya te explicaré».

Años después, fue Alfonso de Borbón Dampierre quien explicó los aspectos fundamentales de la trascendental entrevista, censurando a su tío Juan:

Entre los puntos destacados a bordo del *Azor* se estableció el tipo de educación que era conveniente dar a los jóvenes príncipes. Fue decidido que Juanito, futuro Juan Carlos, y su hermano Alfonsito, mis primos, harían sus estudios en España. Mi padre pidió lo mismo para nosotros, pero su requerimiento no tuvo éxito. Es de suponer que al conde de Barcelona no le agradaría nuestra presencia en suelo español, que podía oponerse a sus intereses.^[1]

El duque de Cádiz aportaba así un dato esencial que pudo variar el curso de los acontecimientos, como era el hecho de que su padre pidiera a Franco que sus hijos estudiaran también en España.

¿Qué habría sucedido si el jefe del Estado hubiese accedido a esa petición? Es probable que Alfonso de Borbón Dampierre y el propio don Jaime hubiesen ganado partidarios para su causa. Pero lo que sí es seguro es que el duque de Cádiz habría sido más popular en España y recibido la educación propia de un príncipe, igual o parecida a la de su primo Juanito. Su presencia en España, al mismo tiempo que la de éste, habría colocado en una situación incómoda al conde de Barcelona.

¿Por qué Franco hizo entonces caso omiso o rechazó la solicitud de don Jaime?

Parece evidente que el general no se planteaba en ese momento las opciones dinásticas de Borbón Dampierre. Para él no había sucesor más claro que don Juan. Pero, por si acaso, había empezado a pensar ya en Juanito y quería que se educase en España, cerca de su influencia y del régimen. Deseaba el Caudillo que el hijo se forjase en los principios del Movimiento, con los que el padre no comulgaba.

Entre tanto, Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre, resignados ante la separación definitiva de sus padres, vivían desangelados en el exilio de Suiza. Los dos hermanos pasaron una breve temporada con su madre en Milán, y en septiembre recomenzaron sus clases en el instituto Montana de Zugerberg, en el cantón suizo de Zug.

Alfonso no podía imaginar que permanecería allí con su hermano durante siete años. La ruptura con el cálido ambiente de Roma, donde dejaron familia y amigos, fue dura al principio. Les costó hacerse a la nueva vida en el frío entorno de la Suiza alemana de posguerra, que nada tenía que ver con los juegos en los jardines romanos, los paseos por el Forum, las meriendas o las vueltas en el tiovivo.

El instituto era un gran caserón aislado en la montaña, donde estudiaban sobre todo alemanes e italianos. Entre sus paredes de piedra se respiraba un aire de violencia. Pero con sólo once años, Alfonso no se dejaba amedrentar por nadie y plantaba cara a quienes se metían con su hermano, más débil. En una de esas peleas llegó a fracturarse un dedo al golpearle a un rival en la cabeza.

Los dos primeros años se hicieron insoportables en el internado. Alfonso suplicó más de una vez a su madre que les cambiase de colegio. Él mismo recordaba cómo Emanuela de Dampierre celebró una audiencia con el embajador español en Italia, José Antonio Sangróniz, para pedir que sus hijos estudiaran en España. Pero su gestión, lo mismo que la de don Jaime en el Azor, resultó infructuosa. Su madre jamás recibió una respuesta y nunca supo si la razón fue que el diplomático no cursó la petición al gobierno de Franco, o que éste la rechazó.

La vida en Montana transcurría así con evidente resignación. Los dos hermanos convivían alejados de las chicas. Eran, recordaba el mayor, «como una especie de humanidad aparte, como los bellos animales que se miran en los parques zoológicos a través de las rejas».

Alfonso destacaba en los estudios. Era el mejor de su clase en francés y aprendía alemán e inglés, además del italiano que ya sabía. Pero no hablaba una sola palabra de español. En el tiempo libre, su hermano Gonzalo ponía en escena obras de teatro y él se convertía en actor principal de algunas de ellas, así interpretó a la Marrote de *Précieuses ridicules*, a la hija de Joad en *Athalie*, y a don Rodrigo, en *El Cid* de Corneille.

Los hermanos recibían de su madre el dinero contado y adquirían víveres con sus ahorrillos para enriquecer el pobre «rancho» del colegio.

En una de sus escapadas por aquellos privilegiados parajes de montaña descubrieron un corral repleto de aves, y con ayuda de una cuerda y de un anzuelo se

dedicaron a «pescar» pollos. Lograron que «picasen» dos y los asaron luego en el bosque. Alfonso aseguró que nunca había probado un pollo tan sabroso como aquél.

El chaval sufría el gran drama de no poder sentirse español, pese a que su abuelo y su padre lo fuesen. Jamás había puesto los pies en España. Pero aquel año de 1948, mientras asistía con sus profesores y compañeros de clase al encuentro de fútbol entre las selecciones de Suiza y España, supo distinguir muy bien cuáles eran sus colores. Las gradas más próximas estaban repletas de españoles pero pronto reparó en que no estaban allí para animar a su equipo, sino al contrario, para abuchearle: «¡Muerte a los franquistas!», gritaban.

Le sorprendió que aún, tras nueve años de finalizada la Guerra Civil, hubiese republicanos resentidos que manifestasen de esa manera su odio al régimen de Franco. Su actitud le indignó e intentó abalanzarse sobre ellos con los puños cerrados, pero sus compañeros se lo impidieron.

En otoño se publicaba en España el llamado Pacto de San Juan de Luz, suscrito por el Partido Socialista Obrero Español y la Confederación de Fuerzas Monárquicas, que integraba a grupos monárquicos de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), de Renovación Española, de la Liga Regionalista de Cataluña y a miembros de la revista Acción Española. Pero el manifiesto apenas tuvo repercusión por el protagonismo que acaparó la entrevista de Franco y don Juan en el Azor.

Mientras, desde Suiza, Emanuela de Dampierre trataba de conservar el contacto con sus hijos. Se ocupaba de ir a visitarles al colegio una vez al mes y los chicos pasaban con ella treinta días en verano. El resto de las vacaciones residían en un hotel o en una pensión de la Riviera italiana, al cuidado de una institutriz. Carecían de un verdadero hogar. La casa de su madre no lo era: Alfonso dormía en la biblioteca y su hermano en un guardarropa. Así vivieron los cuatro primeros años, hasta que el embajador español en Roma encontró otra vivienda más grande para ellos, en la que cada uno podía tener ya su habitación.

Los viajes en tren a Italia, por Navidad, se hacían insoportables. Los emigrantes italianos que regresaban a su país «asaltaban» los vagones, en los que ni siquiera cabía un alfiler.

En aquellos años Alfonso y Gonzalo tenían una segunda madre. Una mujer que les quería entrañablemente y que llegó a reclamar para ella la patria potestad, pero Emanuela de Dampierre se la negó. Esa señora era la abuela de los chicos, la reina Victoria Eugenia, a quien ellos llamaban cariñosamente Guenguen.

En Lausana tenían otro hogar. Pasaban allí los días sueltos de vacaciones, mientras su abuela se hacía cargo de sus gastos de colegio y, más tarde, de universidad. El propio Alfonso guardaba un imborrable recuerdo de ella:

Guenguen me prodigaba una ternura que yo correspondía. Era en todos los aspectos una mujer admirable, alegre, hacía reinar la felicidad a su alrededor.

Aprendí mucho de ella, en particular la tolerancia hacia las personas, quienquiera que fuesen. Se tomaba la vida por el lado bueno. «Acuérdate», me repetía, «que no existe la felicidad en este mundo. Pero hay momentos felices. Lo que cuenta es saber apreciarlos y sacar provecho de ellos».^[2]

Los chicos no tuvieron noticias de su padre en tres años. A esas alturas, don Jaime había sucumbido al hechizo de la rubiales Carlota Tiedemann.

Tal vez por influencia de su nueva mujer, se desentendió de sus hijos durante todo ese tiempo. No les mandaba dinero y llegó a renunciar a la patria potestad. Los chicos tenían una sensación total de abandono. Unas vacaciones de Semana Santa, don Jaime intentó recuperar su custodia y sus hijos se vieron obligados a pasar aquellas fiestas en el internado, a disposición de un juez de menores, mientras el resto de sus compañeros disfrutaba del calor familiar. Alfonso y Gonzalo manifestaron al juez su deseo de permanecer a cargo de su madre, y ahí terminó todo.

La justicia italiana admitió la anulación del matrimonio de don Jaime con Emanuela de Dampierre que ya había dictado un tribunal de Bucarest. La madre de Alfonso no se lo pensó dos veces y contrajo matrimonio ahora con el financiero milanés Antonio Sozzani, en Viena.

Poco después, el 3 de agosto de 1949, don Jaime hizo lo mismo con Carlota Tiedemann, en Innsbruck.

Libre, con apenas treinta años y toda una vida por delante, Emanuela sellaba así su alianza con Antonio Sozzani, a quien había conocido tiempo atrás en Lausana, durante la guerra, y al que siempre le había unido una estrecha amistad. Pero una vez más, y sin que fuera consciente de ello entonces, Emanuela volvería a equivocarse con Sozzani, de quien se divorciaría veinte años después.

Mi error —admitiría—, desde luego, fue inmenso. La equivocación de mi vida. De haber sido algo más experimentada, me habría dado cuenta enseguida de que ese matrimonio resultaba innecesario y que, para mí, era mucho mejor tenerlo [a Sozzani] como amante.

Mientras, la unión de don Jaime con Carlota Tiedemann producía reacciones desfavorables en el entorno diplomático. El cónsul de España en Ginebra informaba así a Franco de que don Juan había visitado en Suiza a su hermano, que «se ha casado con una alemana aventurera e indeseable y está hecho el pobre una calamidad».

Pero el nuevo matrimonio de don Jaime jamás sería reconocido en España, donde no existía legalmente el divorcio, ni la monarquía se había declarado oficialmente laica, como lo es hoy la de Juan Carlos I.

Para resolver el problema que planteaba la existencia de dos «duquesas de Segovia» (Emanuela y Carlota), don Juan convocó a sus dos hermanas Beatriz y

María Cristina, y a los restantes infantes de España (Alfonso de Orleans, Alfonso de Borbón-Dos Sicilias, Fernando de Baviera...), que atribuyeron en exclusiva a Emanuela de Dampierre la titularidad del ducado de Segovia, alegando que era la única esposa de don Jaime reconocida por la Iglesia católica y el régimen de Franco.

Cuatro meses después de su boda con Carlota Tiedemann, el 6 de diciembre, don Jaime reabrió la contienda dinástica con unas polémicas declaraciones en París. Su nueva actitud reivindicativa dejaba en entredicho sus tres renunciaciones anteriores y el gesto público realizado con motivo de la entrevista del Azor, resucitando la natural preocupación en el entorno de don Juan.

Al día siguiente de las declaraciones, Gil-Robles reflejaba en su diario ese estado de inquietud del que responsabilizaba, en última instancia, a Franco:

Un telegrama de París dice que el desdichado infante don Jaime ha hecho allí unas declaraciones diciendo que ya habla, que ha desaparecido su incapacidad física, que considera sin efecto su renuncia a los derechos al trono de España, etc. Cualquiera día aparece en todo esto la mano de Franco, que pretenderá hacer con el hijo de don Jaime lo que de momento ha fracasado con don Juanito. ¡Como si la pobre causa monárquica no estuviera bastante embrollada!

Carlota Tiedemann promovía la causa dinástica de su marido y se esmeraba en ayudarlo a hablar mejor. Don Jaime abandonó así su actitud dócil y sumisa, amparado también en la Ley de Sucesión. «Pueden ustedes ver que ya no soy sordo ni mudo, y que puedo hablar con facilidad», comentó a los periodistas, en París.

Poco después, el marqués de Sanlúcar, enviado a Londres por el Gobierno, remitía un informe en el que se refería a Carlota Tiedemann en términos despectivos y aseguraba que don Jaime se expresaba cada vez con mayor dificultad:

Aquí están don Jaime y esa mujer que presenta como su esposa que es una aventurera. Estuve atento pero nada han intentado políticamente. El matrimonio anterior no ha sido anulado, luego la Charlotte no puede alegar matrimonio. Vino a verme con ella que pretendía servir de intérprete porque él se expresa mal. Lo que demuestra que no es capaz de hacerse entender. No ha mejorado sino empeorado.^[3]

La prensa española no recogió extractadas las declaraciones de don Jaime hasta unos días después, cuando lo normal era que se hubiesen publicado al día siguiente, como cualquier otra noticia. Pero la censura acabó por ceder, lo cual despertó en algunos suspicacias sobre un posible interés de Franco o de su Gobierno en airear esas manifestaciones, en el marco de un nuevo pulso entre el Caudillo y don Juan.

Poco antes, el ministro de Exteriores, Martín Artajo, había preguntado con sorna a Franco si debían publicarse en el diario *Arriba*:

Acompaño galeradas de *Arriba* con las declaraciones de don Jaime que me figuro no se deben dar. Pero no deja de ser curioso que si el infante insiste en su actitud, don Juan no tendrá otra expectativa que la que se deriva de la Ley de Sucesión que él repudiaba, pues la ley de la herencia no le llevaría al trono, ¡oh, bromas del destino!^[4]

La actitud de don Jaime preocupó mucho a su madre, la reina Victoria Eugenia, que telefoneó a don Juan para urgirle la necesidad de difundir una nota que neutralizase la maniobra de su hermano.

Quiñones de León y López Oliván secundaron a la reina, y don Juan redactó un documento que entregó al conde de Fontanar para que lo enviase a su vez a Gil-Robles. Pero a este último el mensaje le pareció «disparatado» e «impuplicable».

Para acabar de complicar las cosas, apareció esos días en escena Guido Orlando, un especialista en relaciones públicas e imagen, de origen italoamericano, que era amigo de Carlota Tiedemann.

El Diario de Lisboa, en un artículo titulado «Un técnico de la publicidad realiza la propaganda de las pretensiones de Don Jaime al Trono de España», esbozaba el currículum de este siniestro personaje que acabó convirtiéndose en una auténtica pesadilla para los intereses de don Jaime.

Orlando llegó a Estados Unidos con sólo tres dólares en el bolsillo —al menos eso contaba él— y, con un genio parecido a su ambición, lanzó al estrellato nada menos que a Clark Gable, Greta Garbo y Pola Negri. Era un hombre que no se detenía ante nada: acreditó marcas de jabón, y hasta interrumpió una sesión de la ONU para hacer constar su admiración por ciertas corbetas vendidas por una condesa. El rey Pedro I de Yugoslavia, el alcalde de Nueva York, La Guardia, e incluso el mismísimo Roosevelt recurrieron a sus servicios.

«Este singular personaje —concluía el Diario de Lisboa— no figura en los archivos de la política mundial como agente de publicidad, sino como agregado de prensa».

El embajador español en París, Aguirre de Cárcer, informaba de los primeros movimientos de Orlando en un telegrama enviado a Madrid, el 20 de diciembre:

The Daily Mail dice que Guido Orlando, en nombre de la duquesa de Segovia [título que utilizaba indebidamente Carlota Tiedemann, dado que su matrimonio no era reconocido en España], afirmó que ésta renunciaría a su matrimonio para que Jaime pueda venir a España y convertirse en Regente mientras Franco siga gobernando [...]. La duquesa Charlotte fue detenida en

Roma por los americanos como espía pero la soltaron muy pronto, lo que hace pensar trabaja para ellos.^[5]

Guido Orlando, llamado «el rey de la publicidad», orquestó una falsa campaña de prensa para hacer creer a la opinión pública que don Jaime, por fin, hablaba, y que su esposa, como informaba *The Daily Mail*, estaba dispuesta a divorciarse de él para no entorpecer sus intereses dinásticos con un matrimonio morganático como era el suyo.

Fue, sin duda, un paripé provechoso para el bolsillo de don Jaime, cuyo caché subió aquellos días en la prensa, pero que, una vez desenmascarado, afectó negativamente a su imagen internacional.

Al día siguiente de la burda representación de Carlota Tiedemann ante los periodistas, el Diario de Nueva York publicaba una crónica titulada inequívocamente «En una escena patética, don Jaime manifestó que se negará a aceptar el divorcio para subir al Trono».

Los duques de Segovia quedaban en ridículo ante los lectores del periódico y ante el propio corresponsal de la agencia International News Service, que les había abordado en el bar del hotel Crillon a la hora del almuerzo.

Don Jaime, visiblemente nervioso a raíz de las declaraciones efectuadas la víspera por su mujer, apretaba la mano de ésta en señal de cariño mientras aseguraba al periodista:

—Ella es para mí tan preciosa como el oro. Mucho me ha ayudado, la necesito y la amo.

Carlota asentía al corresponsal:

—Yo también le amo. Usted lo sabe.

Tras asistir a esta conmovedora declaración de amor, el entrevistador preguntaba al duque si aceptaría el divorcio para aspirar al trono, a lo que éste respondía con vehemencia:

—¡Nunca, nunca! ¡Jamás aceptaré el divorcio! Considero que ése es mi deber. No quiero que se separe de mí.

Pero la duquesa seguía en sus trece:

—Hay muy altos intereses en juego. Puede que más tarde comprenda mis motivos y acepte mi decisión, pues la política es más importante que mi felicidad.

El periodista aseguraba al final de su crónica que don Jaime, según le dijo Carlota, se mostró «furioso» al leer la noticia publicada aquella mañana en la prensa. «Durante toda la noche —afirmó Carlota— no le pude contar lo que había pasado por temor a causarle mucho pesar».

El inefable Orlando había empezado a tratar a la pareja en la capital del Sena.

Carlota —contaba el publicista en sus memorias— había sido cantante en los clubes nocturnos vieneses y ahora le gustaba mucho que el mundo se enterara de que era la duquesa de Segovia. El infante, por su parte, también

deseaba con ansia que se supiese que él era el verdadero pretendiente al trono de España y que entendía reivindicar los derechos cedidos, por imposición paterna, a su hermano.^[6]

A partir de ahí, Orlando había escenificado una pérvida pantomima ante la prensa que contó con Carlota Tiedemann como protagonista de lujo.

El propio «rey de la publicidad» explicaba así, radiante de satisfacción, cómo fabricó esa falsa campaña de prensa cuya finalidad era atraer la atención de los medios de comunicación y obtener un provecho económico para él y los duques de Segovia, en un claro ejemplo de montaje para la «prensa rosa»:

Supé por la duquesa —contaba Orlando— que el infante, a pesar de ser sordomudo, le testimoniaba su amor en italiano. E inmediatamente me asaltó la posibilidad de un magnífico trabajo de relaciones públicas. Carlota me explicó cómo durante los cuatro meses de vida conyugal había conseguido remediar, al menos en parte, el defecto que hacía infeliz a su marido. Se había dado cuenta de que don Jaime percibía el tic-tac de un reloj cuando éste se le apoyaba sobre la frente. Y empezó a impartirle graduales y pacientes ejercicios, eligiendo la lengua italiana, porque, rica en vocales, era de más fácil pronunciación.

Dos días después yo estaba en Londres con los duques de Segovia, ya que el infante intentaba obtener la parte que le correspondía de los varios millones de libras esterlinas dejados allí por su difunto padre, Alfonso XIII. En el testamento se establecía que la mitad de tal suma le correspondería a su sucesor en el trono, y la otra mitad sería subdividida entre los otros miembros de la familia. Ahora que ya podía expresarse mucho mejor, don Jaime entendía reivindicar los derechos que en 1933 había cedido a don Juan. El servicio de relaciones públicas comenzó a funcionar a través de la Prensa. Informé a los periodistas de la interesantísima noticia: el príncipe sordomudo estaba ahora en condiciones de reivindicar sus derechos y de convocar un Consejo de familia, pues él era el jefe.

Y semejante acontecimiento obedecía a haberle curado con amor su mujer, una famosa artista lírica alemana. Elevé a la cantante de clubes nocturnos a los esplendores de la ópera para que la noticia asumiese un tono de más alta clase. El interés fue grandísimo. Pero no se trataba más que de un primer paso. Ahora comenzaba la fase productiva del negocio.

Conduje de nuevo al duque y a la duquesa a París, instalándoles en una *suite* del hotel Crillon, un alojamiento verdaderamente regio. Comencé por hacer publicar en los diarios parisienses que los duques de Segovia vivían felicísimos en aquel gran hotel, después de la milagrosa cura de don Jaime, porque éste había adquirido el don de la palabra gracias al amor de su mujer.

Sucesivamente, hice estallar la bomba: la duquesa estaba decidida a divorciarse si tal sacrificio le procurase a don Jaime los derechos de sucesión al trono de España. La duquesa —dije a los periodistas— había decidido sacrificar su amor para que el matrimonio morganático no se transformase en un pretexto que habría podido obstaculizar las relaciones en curso entre su marido y el general Franco para el regreso a Madrid del duque de Segovia como rey. Organicé incluso una conferencia de prensa en el hotel Crillon para que la duquesa pudiese confirmar directa y personalmente la noticia y explicar el motivo de su determinación.

Fue un éxito memorable. Además de los periodistas, estaban presentes numerosos taquígrafos y fotógrafos. La duquesa confirmó lo que yo había dicho, añadiendo que su gran amor por don Jaime y la simpatía por el pueblo español le aconsejaban ponerse al margen si de esa manera su marido podía ascender al trono de España. Un periodista preguntó dónde se encontraba el infante y la duquesa contestó que ella había querido ahorrarle la pena de oírle hablar de su propósito de renuncia al matrimonio. Hay que anotar que la duquesa habló repetidamente de «propósito», pero jamás de efectiva renuncia. La reunión aún duraba cuando entró don Jaime, que, viendo a tantas gentes y tantas botellas de champán, en gran parte vacías, quiso saber qué había sucedido. Mientras yo retenía a los periodistas que pretendían asaltar a don Jaime, la duquesa dijo a su marido en italiano: “Queri” que yo me divorcio de ti. Vamos a nuestro cuarto; mañana hablaremos, cuando hayas leído los periódicos».

El duque se alejó, mientras yo prometía a los periodistas que intentaría convencerle de que hiciera una declaración. Y obtuve de don Jaime la siguiente: «La política y el porvenir de España son una cosa y los asuntos privados, otra. Me siento sorprendido de que a mi mujer se le haya podido ocurrir semejante idea. ¿Por qué el pueblo no puede querer bien a ella como a otra? No se trata de escoger entre el trono y mi felicidad conyugal. Espero que este dilema no sea necesario». El asunto tomaba cada vez un aire más interesante y yo hice que durante semanas enteras apasionase a la Prensa.

Lo importante para mí —concluía Orlando— era el éxito de la campaña publicitaria. Los duques de Segovia, durante bastante tiempo, fueron asediados por los periodistas en cualquier sitio que se encontraran, y terminaron por conseguir unos beneficios pecuniarios nada indiferentes.^[7]

Don Jaime era víctima así de un entorno que le perjudicaba seriamente, influyendo en cada uno de sus actos. Con razón el Gobierno de Franco estaba muy preocupado por las andanzas que protagonizaba con su inseparable «duquesa», artífice en realidad de gran parte de sus despropósitos bajo la «inspiración» de Guido Orlando.

El 7 de diciembre de 1949, el conde de Sanlúcar informaba al ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, de la estancia de los duques de Segovia en Londres durante tres semanas:

Desde el primer momento de su llegada —decía Sanlúcar en un despacho «personal y reservado»— he estado ojo avizor respecto a lo que podía pretender dicha mujer [Carlota Tiedemann], que es una completa aventurera [...]. De sobra saben todos estos elementos solventes [los miembros de la Familia Real inglesa] que la llamada duquesa de Segovia es una mujer de muy baja categoría y no puede demostrar casamiento válido alguno, ni en la Ley Canónica ni en la Ley Civil, con el infante español, ya que el matrimonio anterior de éste no ha sido anulado.^[8]

El conde de Sanlúcar aludía después a la audiencia que le había pedido don Jaime, recién llegado a la capital inglesa, y de cómo, al recibirle en la embajada, se había visto sorprendido por la presencia inesperada de Carlota Tiedemann, quien enseguida alegó que estaba allí para servir de intérprete a su esposo, incapaz de expresarse con claridad:

Eso —explicaba Sanlúcar— se demostró inmediatamente, pues lejos de haber mejorado, según dicen algunos periódicos insolventes, de dicción y expresión se encuentra peor que nunca, no pudiendo hacerse entender en ningún idioma.

El ilustre visitante expuso al diplomático los motivos de su visita, entre ellos que hiciera el favor de interceder por él ante el Banco de Inglaterra para que pudiese vender unos valores suyos depositados en un banco londinense, a lo que el noble mandatario se negó, aduciendo que aquella gestión le ponía en un compromiso.

Acto seguido, don Jaime expresó su deseo de que le fuera concedido a Carlota el pasaporte español, petición que también rechazó Sanlúcar dado que, a su entender, la mujer carecía de los requisitos legales para obtener la nacionalidad española.

Con las manos vacías, los duques de Segovia se dirigieron luego al hotel Claridge, donde pernoctaron dos noches, para trasladarse a continuación a la residencia de un rico industrial de Manchester, de nombre Theodore Cole.

El conde de Sanlúcar lamentaba que poco antes de abandonar Inglaterra para regresar a París, la lenguaraz Carlota hiciese unas disparatadas declaraciones, recogidas por el *Daily Express* en su edición del 3 de diciembre, según las cuales reclamaba para don Jaime el palacio Real de Madrid, el castillo de Segovia y varios millones de pesetas repartidos por diversos países. Y concluía así su informe confidencial:

Todos los elementos solventes se han dado cuenta de que el Infante Don Jaime ha caído en manos de esta aventurera que no puede probar matrimonio ni situación legal alguna, pero que le maneja a su gusto, haciendo las referidas propagandas, que son siempre acogidas con satisfacción por parte de la prensa insolvente.

Casi tres años después, en febrero de 1952, don Jaime regresaba a Londres para asistir a los fastos fúnebres de su sobrino, el rey Jorge VI de Inglaterra, segundo hijo varón del rey Jorge V y de Maria de Teck, duques de York, que había fallecido de un cáncer de pulmón.

Don Jaime profesaba un especial cariño al soberano británico, que desde niño y hasta que tuvo treinta años fue tartamudo. Pero gracias a un hábil terapeuta australiano, el príncipe Jorge pudo hablar con normalidad una década antes de ser coronado rey.

El duque de Segovia se enteró del fallecimiento por su secretario Alderete, que el mismo día 6 de febrero cursó un telegrama a Londres, anunciando que «el infante don Jaime de España, primogénito de Alfonso XIII y jefe de la Casa de Borbón», estaría presente en los funerales.

Alderete contactó luego con la embajada británica en París para comunicar la decisión de don Jaime, pero esa legación jamás transmitió invitación oficial alguna del gobierno inglés.

Esa misma tarde, Alderete recibió un despacho de Lisboa que comunicaba la asistencia de don Juan de Borbón a las exequias. Pero el vespertino Times publicó la noticia de la próxima presencia de don Jaime en los funerales, sin decir una sola palabra de la de don Juan, lo cual contrarió al conde de Barcelona. Incluso el protagonismo en la prensa dividía a dos hermanos enfrentados ya de por sí en un enconado pleito dinástico.

Al día siguiente, víspera de las honras fúnebres, mientras don Jaime aguardaba la salida de su vuelo a Londres con Carlota y su secretario, que habían ido a despedirle al aeropuerto de Le Bourget, coincidió con el rey Pablo de Yugoslavia, con el cual viajó en el mismo avión hasta Londres.

Alderete siguió los detalles de la ceremonia desde París, pero fue interrumpido por una llamada telefónica de Quiñones de León, quien, muy enojado, le pidió que fuera a verle enseguida.

Tras asegurarse de que Alderete ignoraba lo que acababa de suceder en Londres, Quiñones le reveló el motivo de su enfado:

—Su protegido [don Jaime] se ha introducido por sorpresa en el palacio Real y delante de todas las delegaciones oficiales ha presentado su pésame a la reina Isabel en inglés.

Alderete calló, y prometió informarle en cuanto tuviera ocasión de hablar personalmente con don Jaime.

El duque de Segovia relató luego a Carlota y Alderete su particular odisea. El día de su salida de París, tras hora y media de vuelo, llegó al aeropuerto de Croydon, donde una representación de la Corona inglesa recibió al rey Pablo de Yugoslavia, que viajaba con él.

Tras pernoctar en el mismo hotel que su hermano Juan, acudió a la mañana siguiente de gran etiqueta al palacio de Buckingham para firmar en el registro abierto a todos los que quisieran testimoniar su pésame por la muerte del rey. Pero el encargado del libro de registro, al comprobar la firma de don Jaime de Borbón, infante de España, le hizo pasar inmediatamente a la Sala del Trono, donde los delegados de los distintos países desfilaban en aquel momento mostrando su condolencia a la reina Isabel.

Al entrar en la estancia, don Jaime se encontró frente al ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, que presidía la delegación española. Pero al ver éste al infante, le cedió de inmediato la presidencia.

Fue así como don Jaime se convirtió en el representante oficial español en la ceremonia, con la lógica indignación de don Juan y de su fiel Quiñones de León.

El 21 de octubre de aquel año, don Jaime recibió una sensacional noticia para sus intereses sucesorios. El conde de Casa Rojas, embajador español en Francia, se puso en contacto con Alderete, manifestándole que debía ver lo antes posible al infante para transmitirle una importantísima comunicación que acababa de recibir del Gobierno de Madrid.

Acompañado de su secretario particular, el duque de Segovia se presentó al día siguiente en la embajada, a cuya entrada aguardaba ya Casa Rojas.

El embajador estaba impaciente por leer al infante el mensaje y éste por saber de una vez de qué se trataba. Era un comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores que, en nombre del Gobierno español, ofrecía a don Jaime la posibilidad de que sus hijos estudiaran en España.

El infante se emocionó con la propuesta, viendo así más cercano el sueño de que su primogénito pudiese ceñir algún día la Corona de España según la Ley Sucesoria de Franco, dado que él pocas o más bien ninguna esperanza conservaba ya de hacerlo algún día.

Franco acababa de dar un paso trascendental para las aspiraciones sucesorias de Alfonso de Borbón Dampierre, cuyos primos Juanito y Alfonsito estudiaban en España desde hacía cuatro años, mientras que él y su hermano Gonzalo, educados en el instituto Montana de Zug, eran unos completos desconocidos para el pueblo español.

¿Por qué accedía ahora Franco a que los hijos de don Jaime completasen su formación en España, cuando antes se había negado a ello? ¿Significaba eso que el Caudillo consideraba ahora a Borbón Dampierre como un posible candidato a sucederle?

Tal vez se tratase de un mero gesto de cortesía de parte de Franco para con la

reina Victoria Eugenia, a quien importaba mucho la suerte de sus nietos Alfonso y Gonzalo, y a quien el Caudillo apreciaba, como me comentaba en cierta ocasión el ex presidente del Consejo de Estado, Íñigo Cavero.

Puede incluso que fuera un loable gesto de generosidad y de justicia por parte de Franco, sin ulteriores miras, según me indicaba Torcuato Luca de Tena; o que a lo mejor se tratase de un mero acto de patriotismo del general, dispuesto a que los nietos del rey Alfonso XIII e hijos de un infante de España encontraran en España una patria y a ser posible un hogar, como me señalaba Antonio Fontán.

Podía tratarse igualmente de un buen detalle de Franco, uno de los tantos que tuvo con Alfonso XIII y sus descendientes, a juicio de Gonzalo Fernández de la Mora, quien me advertía de cómo el Caudillo había devuelto al monarca y a sus descendientes la nacionalidad española y sus bienes; y de cómo, incluso, pagó a la reina Victoria Eugenia su pensión y los atrasos, subvencionó a don Jaime, concedió todo género de franquicias a don Juan, y dispuso que a la Familia Real se le comprasen los palacios que le habían regalado las ciudades de Santander y San Sebastián.

Existía, por último, otra interpretación del gesto de Franco, apuntada por Alderete, según la cual Franco se servía de la oferta a don Jaime para asegurar la presencia de Juan Carlos en España. Es decir, trataba así de advertir a don Juan de que si su hijo no seguía educándose cerca del Régimen, sus sobrinos podían sustituirle.

No en vano Franco, como me señalaba Álvarez de Miranda, era un gobernante bastante astuto, que siempre sabía manejar la negociación a corto plazo y tenía la habilidad de los buenos gallegos, que no ponen todos los huevos en la misma cesta. Según él, Franco hizo aquel gesto para que quien se creía el legítimo depositario de la dinastía histórica, don Juan, se diese cuenta de que él podía jugar otras cartas en la sucesión, como la de su sobrino Alfonso de Borbón Dampierre.

La entrevista del Azor había sido un claro ejemplo de ese tira y afloja entre Franco y don Juan. Poco después de celebrarse ésta se había publicado en la prensa un escueto comunicado que dejaba entrever la posibilidad de una restauración monárquica en la persona de don Juan Carlos.

El conde de Barcelona montó en cólera nada más ver la nota de prensa y decidió enviar a su hijo al colegio de los marianistas de Friburgo, en Suiza. Pero las aguas volvieron a su cauce y Juanito estudió aquel año en España.

El curso siguiente (1949-1950), a raíz de otros comentarios en la prensa en el mismo sentido, don Juan volvió a trasladar a su hijo, esta vez a Estoril, donde pasó el invierno.

Pero lo cierto era que Franco ya había advertido al conde de Barcelona, un año antes de su mensaje a don Jaime, de que podía escoger a otras personas para la sucesión. En una extensa carta meditada en su tranquilo pazo de Meirás, del 14 de septiembre de 1951, había manifestado a don Juan que no existía rama dinástica de

mejor derecho que otra y que, a fin de cuentas, la designación quedaba abierta conforme a la Ley de Sucesión, sugiriéndole incluso que podía darse el caso de que tuviese que renunciar a sus derechos y hacer un sacrificio por la patria, como lo había hecho su padre, el rey Alfonso XIII.

El jefe del Estado le había recordado también el daño infligido al país con su manifiesto de Lausana, censurando los desafortunados consejos que recibía de su entorno. Era evidente que Franco pensaba ya en Juan Carlos como sucesor:

[...] No entro en el problema legal de derecho sucesorio que decís representar, aunque sí deseo recordaros que a la legitimidad sucesoria nuestros tradicionalistas han exigido siempre la legitimidad de ejercicio: la identificación del Príncipe con las esencias y principios que en la Monarquía tradicional se encarnan, y que precisamente por haberse apartado de ellas repudiaron un día a su príncipe heredero. En este espíritu y por considerarlo esencial, se inspiró nuestra Ley de Sucesión, no aventurándose a determinar a priori la rama o línea del mejor derecho.

Respecto a vuestra decisión de «no alterar las que llamáis leyes históricas de la sucesión con renunciaciones no justificadas por una suprema urgencia nacional», espero que, llegado el caso, si así conviniese al interés de nuestra Patria o de la propia institución monárquica, seguiríais el camino patriótico del renunciamiento, de que os dio ejemplo vuestro Augusto Padre [...].

[...] No puedo menos de reconocer el hecho incontrovertible del grandísimo divorcio que desde vuestro manifiesto de Suiza ha venido produciéndose en los más importantes sectores de la nación, alimentado por las reiteradas y desafortunadas exteriorizaciones de vuestro desvío hacia cuanto el Régimen representa, y que en su fondo coincide con esa campaña de injurias y calumnias que un grupo indeseable de vuestros partidarios viene sosteniendo dentro y fuera de España, con evidente estrago para la institución monárquica, y de la que, por vuestra falta de condenación, la opinión sensata no os inhibe.^[9]

La alegría de don Jaime contrastaba ahora con la evidente preocupación de su hermano. El infante se apresuró a comunicar, entusiasmado, la magnífica noticia a sus hijos y al director del internado de Zug, con quien se entrevistó personalmente. Pero éste se negó a transmitir su petición alegando que las decisiones sobre la educación de Alfonso y Gonzalo correspondían sólo a su madre, Emanuela de Dampierre.

El infante no se dio por vencido e intentó disuadir a sus hijos con esta carta:

Hotel-Restaurant Pilatus Zug

Bahnhofstrasse 14 Telefon 404 60

Bes. Fam. Elsener

Zug a 13 de junio del 1953

Mis queridos Alfonso y Gonzalo:

Después de la entrevista que he tenido esta mañana con el director de vuestro colegio, creo mi deber explicaros las razones que me hacen pedir por los tribunales el deber de ejercer mis derechos de padre.

Ante todo deseo que sepáis de una vez por todas que no me anima la idea de vejaros, sino exclusivamente lo que creo ser vuestro interés. Durante los seis años que vivimos separados, nunca he dejado de preocuparme de vuestra salud y de vuestra educación, y en particular cuando hasta ignoraba vuestro paradero.

No he querido intervenir hasta ahora porque consideraba que, siendo aún unos niños, era el deber de vuestra madre —cuyos sentimientos respeto profundamente— ocuparse de vosotros y de vuestra educación.

Hoy las circunstancias han cambiado. Ya no sois niños, sois casi ya hombres, e importa aseguraros el porvenir, y también prepararos para desempeñar el papel que os corresponde en la vida.

Sois príncipes de la Casa de España, y a este título, y cualquiera que sean las circunstancias que conozca España, os corresponde desempeñar este papel, que tal vez no os honre, pero que vosotros debéis de honrar. Para ello es necesario que no sólo conozcáis todo en general, sino igualmente las costumbres y el pensamiento de vuestra Patria. Es por esto que he decidido que terminéis vuestros estudios en España, para que en los años que os separan de vuestra mayoría, os volváis unos buenos y nobles españoles. Ignoro lo que se os habrá dicho [Emanuela] de mí; quiero sencillamente que sepáis que obro como padre y únicamente en vuestro interés.

No deseo de ninguna manera separaros de vuestra madre, que respeto en esta calidad. No quiero que dentro de cuatro años, tú Alfonso, y dentro de cinco años, tú Gonzalo, podáis echarme en cara el que no me haya preocupado de vuestro porvenir.

Os pido de comprenderme [sic], pues hoy tenéis ya la edad para hacerlo y también para comprender las obligaciones que os crea el nombre que lleváis.

Como no he podido conseguir por las buenas —y a pesar de toda mi paciencia— lo que es mi derecho —y también mi deber— he debido de recurrir a la Justicia. No tenéis razón ninguna para inquietaros, y estoy convencido que el día de mañana agradeceréis lo que hago hoy.

Hasta pronto, hijos míos. Un fuerte abrazo de vuestro padre.^[10]

Acompañado de su secretario, don Jaime visitó a sus hijos en el internado de Zug.

Paseó con ellos por el campo tratando de convencerles de la importancia de aceptar su traslado a España. Pero Alfonso, de diecisiete años, se mostraba inflexible y en nombre de su hermano menor, que no despegaba los labios, manifestó su decisión de permanecer con su madre, aduciendo que nada tenían que hacer en España, país que ni siquiera conocían y que era la patria de un padre que sólo tenía contactos con ellos para «causarles problemas».

Alderete intentó persuadir al mayor para que siguiese los pasos que su padre le marcaba, pero su mediación resultó igualmente infructuosa.

Alfonso llegó a recriminarle así:

—No te conocía personalmente, pero había oído hablar de ti por mi abuela y mi tío Juan... Sé el nefasto papel que juegas cerca de mi padre, haciéndole adoptar una actitud puramente artificial, que en realidad no es la suya, que le ha convertido en oponente de toda la familia y de todos los que quieren nuestra felicidad y la de España. Te pido que no sigas ocupándote de nuestras cosas y dejes a mi padre tranquilo, libre de seguir sus decisiones.

A tan dura respuesta, el secretario de don Jaime contestó con parecida contundencia:

—A mi juicio no es vuestra opinión particular la que acabo de escuchar, sino la de los vuestros. Permitid que me sienta honrado de que sea así y os diga que continuaré sirviendo a vuestro padre contra los suyos, incluyéndoos a vos y a vuestro hermano si es necesario... Seguramente éste es el lenguaje al que no estáis acostumbrado. Es el de una modesta persona, que se encuentra en el puesto que ocupa como consecuencia de la verdadera deserción de los que lo tendrían por derecho...

Don Jaime no se resignaba a perder una oportunidad histórica como era que sus hijos pudiesen educarse al fin en España, cerca de sus primos; una ocasión única de ver colmadas sus aspiraciones y las de su primogénito a la Corona de España. Por eso, antes de regresar a París, se detuvo en Ginebra para contratar a uno de los mejores abogados de la ciudad.

Pero un tribunal de Zug falló luego contra sus intereses, viéndose obligado a declinar por carta el ofrecimiento de Franco, que ya estaba al corriente de sus problemas judiciales.

Don Jaime había escrito al Caudillo meses antes, el 16 de enero, desde su residencia de Rueil-Malmaison, agradeciéndole su respaldo económico y pidiéndole que le ayudara a recuperar la patria potestad de sus hijos:

Gracias a su amable intervención, ya recibí la mitad de la parte que necesito del dinero que tengo en el Banco de Crédito y que como le explicaba me es necesario para cancelar mis compromisos financieros, y pronto pienso recibir la segunda mitad y le repito mi agradecimiento. Hoy vengo a solicitar no su ayuda pero sí su intervención para que pueda yo solucionar el más importante de los casos que tengo por resolver: el de la recuperación de mis

hijos [...]. Con esto me sobraré y así tendré el inmenso gusto de cumplir con el compromiso que contraí con V. E. con respecto a Alfonso y Gonzalo.^[11]

Casi ocho meses después, el 11 de septiembre, la sentencia de un tribunal de Madrid anulaba la decisión de la Justicia suiza. Pero era ya un poco tarde. Se habían perdido cinco valiosísimos años desde la entrevista del *Azor*, al principio por el desinterés de Franco, y ahora, paradójicamente, por el de Alfonso de Borbón Dampierre.

El duque de Cádiz no hizo la menor referencia en sus memorias a su negativa a estudiar en España, ni a los vanos intentos de su padre para convencerle, quejándose incluso de que a su tío Juan no le interesaba que ni él ni su hermano Gonzalo se educasen allí, como si el conde de Barcelona hubiese sido el principal responsable de que no realizaran entonces el viaje.

Pero lo cierto es que la relación entre tío y sobrino era buena en aquellos tiempos. Alfonso se distanció de su padre, pero con don Juan procedió de otra manera, dado que el muchacho no aspiraba entonces a la Corona de España y reconocía a su tío como legítimo heredero.

Así lo confirmaba Gil-Robles en su diario:

El desdichado don Jaime no hace más que disparates; en cambio, su hijo mayor ha manifestado al Rey que jamás se sumará a las intrigas de su padre. El Rey va a invitarlo, junto con su hermano, para que pase las próximas vacaciones en Estoril.

Doña María de las Mercedes, esposa de don Juan, recordaría luego a González de Vega, muy dolida, la actitud que adoptaría finalmente su sobrino Alfonso:

Me dio mucha pena cuando luego Alfonso, yo creo que mal aconsejado, hizo declaraciones diciendo que su tío no le quiso nunca. La verdad es que hace ya muchos años Juan le ofreció el ducado de Badajoz y él dijo que no, que esperaba, cuando fuese mayor de edad, tener un título más importante. El pobre era un ser amargado y que se dejaba influir. Luego se llamó duque de Anjou y se hizo reconocer por algunos grupitos de legitimistas como rey de Francia. El conde de París dice siempre que hablo con él de esto: «Mira, es una cosa que ni vale la pena que desmienta».

Alentado por su círculo de influencia (la terna Tiedemann-Alderete-Orlando), don Jaime no claudicó en su reivindicación del trono de España, pese a ser consciente de que aproximadamente el 60 por ciento del pueblo español desconocía quién era él y otro 30 por ciento ignoraba si vivía o había fallecido.

Curiosamente, su figura era más conocida fuera que dentro de España, lo cual tenía una sencilla explicación: la prensa extranjera del corazón publicaba en aquella época sus líos de faldas.

Muchos le tomaban a broma, como el embajador español en París, Aguirre de Cárcer, que ironizaba así sobre él: «Con que se quiere organizar a don Jaime un partido... Naturalmente, supongo que se tratará de un partido de pelota».

Desde que en 1949 se desdijese de sus renunciaciones, los diplomáticos españoles que seguían sus pasos hacían crueles comentarios sobre él y Carlota Tiedemann: «Aquí están don Jaime y esa mujer que presenta como su esposa y que es una aventurera. El matrimonio anterior no ha sido anulado, luego la Charlotte [sic] no puede alegar estar casada»; «don Jaime se ha liado con una alemana arribista e indeseable y está hecho una calamidad»; «el infante bebe y ella más que él, y siempre andan a la cuarta pregunta»...^[12]

Prácticamente los únicos que le guardaban cierta consideración eran algunos republicanos e izquierdistas franceses, que pretendían dividir a los monárquicos españoles dóciles al régimen de Franco.

Don Jaime ahondó así, bajo la batuta del confabulador Orlando, en la polémica sobre sus derechos sucesorios, como advertía de nuevo Gil-Robles en su diario, el 18 de abril de 1953:

El desdichado infante don Jaime ha hecho en París otras declaraciones en las que dice que en 1949 dejó sin efecto su renuncia al trono. Aprovecha para hacer un elogio a Franco, a quien dicen que puede estar sacando dinero.

Su reivindicación sucesoria, que llevaba aparejado el enfrentamiento con su hermano Juan, coincidía una vez más con su apurada situación económica tras el matrimonio con Carlota Tiedemann.

La mujer estaba convencida de que su marido debía heredar una fortuna que el rey Alfonso XIII no había registrado en su testamento. Y no hacía más que cuestionarse: «¿Qué había sido del tesoro que se había depositado en Inglaterra, de las inversiones y operaciones financieras de gran importancia que el Rey había realizado en Suiza...?».

Tan convencida estaba Carlota de la existencia de esos bienes ocultos, que evaluó en varios cientos de millones de pesetas sólo la parte de la herencia que correspondía a don Jaime.

Acuciado sin duda por su precaria situación económica y desoído por Franco, don Jaime se dirigió por carta el 6 de mayo de 1954 a varios jefes de Estado, reivindicando la Corona de España y anulando sus renunciaciones anteriores:

Excelencia:

Tengo el honor de dirigirme a V. E. a fin de informarle que desde el año 1949, a través de varias declaraciones, he anulado la renuncia a mis derechos al trono de España que había efectuado a favor de mi hermano Juan, conde de Barcelona. Esta renuncia era nula en Derecho debido a que nunca fue ratificada por las Cortes, como lo exigía la Constitución española.

Renuevo, pues, solemnemente ante V. E. esta anulación y reivindico mis derechos a la Corona de España, en mi calidad de hijo mayor de mi difunto padre, Su Majestad el Rey Alfonso XIII.^[13]

Esa carta era un eslabón más de la campaña promovida por Alderete y Orlando para difundir en el exterior la figura del infante como legítimo heredero al trono de España, cuyo siguiente paso fue establecer contacto con los embajadores latinoamericanos acreditados en Francia.

Pero, a fin de cuentas, se trataba de apoyos aislados de personas con escasa relevancia internacional, como Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador del APRA peruano, que se ofreció a organizar entre sus compatriotas y junto a dirigentes de otras naciones de América del Sur, un movimiento de respaldo a don Jaime que reclamase a Franco el reconocimiento de sus derechos dinásticos; iniciativa que, por cierto, jamás llegó a concretarse.

Al mismo tiempo, don Jaime, alentado por su ambiciosa mujer, preparaba una ofensiva legal a la desesperada para conseguir dinero, apelando al fabuloso patrimonio que había pertenecido a su padre.

Capítulo X. La herencia

Alfonso XIII fue un monarca inmensamente rico, que inició su fortuna particular con el producto de la Lista Civil que le correspondía como heredero de la Corona desde el mismo año de su nacimiento —1886— hasta 1902.

Durante esos tres lustros fue acumulando las quinientas mil pesetas que le asignaba cada año el Estado. Así, en diciembre de 1902, su Caja Particular arrojaba un saldo de casi nueve millones de pesetas que el monarca llegaría prácticamente a triplicar en 1931, mereciendo pasar a la historia como un auténtico «hombre de negocios», en palabras de Guillermo Gortázar.^[1]

Singular importancia tuvo en la gestación de su fortuna la herencia recibida de su madre la reina María Cristina —9.363.367 pesetas—, que sumada a la que percibió de su padre Alfonso XII y de su abuela Isabel II, representaba más de once millones de pesetas en valores mobiliarios y casi otros siete millones en inmuebles.

Contra lo que pudiera pensarse, Alfonso XIII no fue un terrateniente, a diferencia de otros monarcas europeos. No poseía tierras, al contrario que la Familia Real británica, el emperador de Alemania o el zar de Rusia, que fueron los mayores latifundistas en sus países respectivos.

Su fortuna estaba compuesta por acciones en empresas muy diversas y por los palacios de Miramar en San Sebastián, La Magdalena, y Pedralbes. El primero procedía de las inversiones realizadas por su madre, la reina María Cristina; los otros dos fueron sendas donaciones al monarca de los municipios de Santander y Barcelona. También recibió el rey del ayuntamiento pontevedrés de Carril la isla de Cortegada a fin de levantar allí su palacio de verano, cosa que nunca hizo.

A estas propiedades inmobiliarias, el rey sumó las adquisiciones de dos caseríos en Ollo (Navarra) y Amasorrain (Guipúzcoa), y unas tierras para la cría caballar conocidas por Lore-Toki, en las proximidades del hipódromo de Lasarte.

Ése era todo su patrimonio personal, que en 1931, cuando la Familia Real partió hacia el exilio, superaba los treinta y dos millones de pesetas, que equivaldrían hoy a más de diez mil millones de las ya antiguas pesetas. Una cantidad, sin duda, muy considerable para un monarca español que supo administrar con acierto casi todos sus recursos. Prueba de ello es que sus cuentas bancarias y sus acciones en empresas le reportaron más de veinticinco millones de pesetas de beneficio, la mitad de sus ingresos.

El acierto en la gestión de su patrimonio personal se debió a diversos factores que Guillermo Gortázar, en un concienzudo estudio sobre los negocios del monarca, señalaba certeramente. Al principio, las acciones, obligaciones y bonos en poder del rey estuvieron en su mayor parte depositados en bancos de Londres y París, cuya rentabilidad se redujo durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, a partir de 1918, el soberano reorientó sus inversiones hacia empresas de alta rentabilidad como

Hispano-Suiza, Metro o Trasmediterránea, mientras los valores extranjeros recuperaban sus ganancias al término de la guerra.

Alfonso XIII supo aprovechar también, igual que otros hombres de negocios, el ciclo de bonanza económica de los años veinte; desde entonces, redujo paulatinamente sus inversiones en valores internacionales y fue haciendo acopio de acciones españolas, hasta que éstas llegaron a representar los dos tercios de su cartera.

Además de su fortuna personal, cifrada en más de diez mil millones de las antiguas pesetas, el monarca se ocupó del capital de la reina Victoria Eugenia, que en 1931 superaba los dos millones de pesetas en metálico y valores; también gestionó la fortuna de los infantes, que sumaba casi veintitrés millones de pesetas, que equivaldrían en la actualidad a unos siete mil millones de las antiguas pesetas.

La Familia Real disponía así de una fortuna considerable cuando se proclamó la República, el 14 de abril de 1931.

El día 25, la Presidencia del Gobierno provisional prohibió la venta de toda clase de bienes por parte del rey y sus familiares dentro del cuarto grado de consanguinidad. El 13 de mayo, otro decreto dispuso la incautación de todos los bienes de la Familia Real.

La República embargó la mayor parte de esa cantidad al rey; lo mismo hizo con los palacios de La Magdalena, Miramar y Pedralbes, y con la isla de Cortegada, en la ría de Arousa.

Pero al término de la Guerra Civil, Franco devolvió oficialmente a la Familia Real las propiedades incautadas por la República que, muchos años después de la muerte de Alfonso XIII, pasaron al control de don Juan de Borbón, no sin las airadas protestas de su hermano don Jaime y del hijo de éste, Alfonso de Borbón Dampierre, quien recriminó a su tío «haberse quedado con todo».^[2]

Durante su exilio, Franco ayudó económicamente a la reina Victoria Eugenia. Mediante un decreto-ley de 2 de diciembre de 1955 («Dotación de la Reina Victoria Eugenia»), el Caudillo le asignó una pensión de doscientas cincuenta mil pesetas anuales a cargo de los Presupuestos del Estado, cantidad que elevaría después hasta setecientas cincuenta mil.

Es evidente que Alfonso XIII jamás recuperó el dinero depositado en bancos españoles, pero sí pudo disponer durante su exilio del que tenía a buen recaudo en bancos extranjeros, especialmente en Suiza y Londres. Desde que abandonó España, hasta su muerte, la fortuna del rey se vio disminuida sensiblemente por los gastos que debió soportar para mantener a su familia, primero en París y luego en Roma y Suiza. Sólo las bodas de sus tres hijos —Beatriz, Jaime y Juan—, celebradas el mismo año, supusieron un quebranto para sus finanzas.

De todas formas, el rey recuperó sus inmuebles al concluir la Guerra Civil y conservó una parte importante de sus ahorros. A su fallecimiento, la herencia legada a sus hijos era importante; tanto, que su hijo ilegítimo Leandro de Borbón, fruto de la

relación del monarca con la popular actriz Carmen Ruiz Moragas, me comentaba en cierta ocasión: «Yo he tenido en mis manos el cuaderno particional, donde se valora el patrimonio, a precios de entonces, entre dieciséis y dieciocho millones de pesetas, incluyendo posesiones, valores y otros bienes».

Significaba eso que, a su muerte, el soberano conservaba más o menos la mitad del patrimonio que tenía al abandonar España; es decir, poco menos de cinco mil millones de las antiguas pesetas.

Pese a ello, su hijo Jaime pasó verdaderos apuros económicos. Fallecido Alfonso XIII, el gran beneficiario de la herencia fue su heredero Juan. De acuerdo a la ley española, un tercio de la masa hereditaria fue a parar a los descendientes directos, es decir, se repartió entre los cuatro hijos supervivientes del monarca: Jaime, Juan, Beatriz y María Cristina; otro tercio se destinó a los parientes más alejados, dejándose a la libre disposición del testador el último tercio.

El conde de Barcelona recibió su parte correspondiente del primer tercio, es decir, un cuarto, y se hizo acreedor del tercer tercio por voluntad del rey. De modo que su hermano Jaime, así como sus dos hermanas, no recibió más que un cuarto del primer tercio.

Muchos años después, siendo Alfonso de Borbón Dampierre embajador de España en Estocolmo, recibió la visita de su tía María Cristina, la cual le confesó que el rey había cometido una gran injusticia con su padre al favorecer en exceso a don Juan en su testamento; admitió María Cristina que el rey debería haber dejado en mejor posición económica a don Jaime que a su hermana Beatriz e incluso que a ella misma, sobre todo después de las promesas que le había hecho para que renunciara al trono de España.

Los albaceas del difunto rey, Quiñones de León y el conde de los Andes, dieron fe de la repartición, aprobada por los representantes legales de los herederos, incluido el de don Jaime.

El ejecutor testamentario fue el propio don Juan, quien a partir de 1944 confió la administración de la herencia al conde de Aybar. Fue éste el encargado de transferir dinero a don Jaime mientras éste se hallaba en Suiza, pero jamás nadie le presentó las cuentas.

Llegó un momento en el que don Jaime apenas tuvo dinero para vivir. Su esposa, Carlota Tiedemann, le empujó a gastar mucho más de lo necesario: mantenimiento de Villa Segovia en Rueil-Malmaison, habitaciones en hoteles de lujo, salidas nocturnas a cenar y disfrutar de espectáculos de moda, honorarios de asesoramiento a Guido Orlando, joyas, vestidos, viajes... Hasta que el infante no pudo resistir ya sólo con sus rentas y hubo que pensar en conseguir dinero como fuera.

Fue entonces cuando don Jaime habló con su apoderado en Madrid, Joaquín Plaza, para que reclamase al conde de Aybar, tesorero de don Juan, la última entrega de 34.151 pesetas que arrojaba el saldo de su cuenta a fecha 30 de abril de 1953, cuyo administrador era el propio conde de Aybar. Pero éste ni siquiera le transfirió esa

cantidad, aduciendo que debía retenerla para afrontar los gastos administrativos de la participación de don Jaime en los palacios de La Magdalena y Miramar, así como en la isla de Cortegada.

Sin aguzar demasiado el ingenio, Carlota Tiedemann y Alderete repararon en la parte proindivisa del testamento de Alfonso XIII que aún no había cobrado su heredero Jaime. En una cláusula testamentaria se especificaba que si los bienes que correspondían a don Jaime «no habían dejado de ser proindivisos» (es decir, no se habían dividido entre los herederos) hasta una restauración monárquica en favor de don Juan, éste dispondría de un plazo de tres años para comprar su parte a cada uno de los coherederos en condiciones pactadas.

Era evidente que, dada su delicada situación económica, don Jaime no estaba dispuesto a esperar a que esa hipotética «coronación» se produjera. Ramón Alderete visitó así a Quiñones de León para proponerle la cesión amistosa de la parte de don Jaime en los bienes que aún no habían sido repartidos. Pero el embajador se negó a informar sobre las intenciones del infante al resto de los miembros de la Familia Real, en vista de lo cual Alderete no tuvo más remedio que viajar a Madrid para entrevistarse personalmente con el conde de Aybar, quien, lo mismo que Quiñones de León, objetó que el plan de don Jaime suponía incumplir el deseo del rey.

El infante no se dio por vencido, y Alderete viajó de nuevo a Madrid para convencer al tesorero de don Juan de la acuciante situación de su señor. Fue entonces cuando el conde de Aybar propuso la entrega de casi seiscientas mil pesetas a cambio de la participación de don Jaime en la herencia, que valoró del siguiente modo:

2/15 de la participación que correspondía
a don Alfonso XIII en la casa de la Avenida
de José Antonio n.º 47 90.020,51
2/15 en el Real Palacio de Miramar 189.804,27
2/15 en el Real Palacio de La Magdalena 50.000
2/15 en la isla de Cortegada y Confurco 46.483,34
TOTAL, en pesetas 376.308,12

A continuación, el conde de Aybar calculó el precio que debía pagarse a don Jaime por su participación en los inmuebles, de acuerdo con el líquido imponible que Hacienda tenía estipulado a efectos contributivos en el momento de realizarse la compraventa, es decir, en 1953; acto seguido, capitalizó la cantidad resultante al 4 por ciento para obtener finalmente el dinero que debía entregarse a don Jaime por sus bienes:

Casa de la Avenida de José Antonio n.º 47 145.494,75
Real Palacio de Miramar 243.736,50
Real Palacio de La Magdalena 106.666,50
Isla de Cortegada y pinar de Confurco 99.162,90

TOTAL, en pesetas 595.060,65

La oferta no satisfizo al entorno de don Jaime, que la consideró «leonina». Alderete regresó a París y la «corte» del infante puso en marcha los resortes contemplados en el Código Civil para hacer valer los derechos en las herencias proindivisas. El primer paso consistió en remitir un requerimiento notarial al resto de los copartícipes (doña Victoria Eugenia, don Juan, doña Beatriz y doña María Cristina), en el cual se detallaba la propuesta de don Jaime.

En cuanto los documentos estuvieron listos, Alderete fue personalmente a entregárselos al cónsul general de España en París, el 26 de julio de 1957, para que éste los hiciese llegar a su vez a cada uno de los coherederos.

Las cartas remitidas a los cuatro copartícipes eran exactamente iguales, y en ellas don Jaime exigía el pago de veinte millones de pesetas por su participación en los inmuebles bajo la amenaza de emprender acciones judiciales y desatar el escándalo, algo a lo que siempre se había opuesto la Familia Real:

La situación agobiadora en que me encuentro me coloca en la penosa necesidad de dirigirte la presente carta notarial por conducto del cónsul de España. He resistido hasta el límite, pero ya no me es posible continuar por más tiempo en esta situación, manteniendo mi coparticipación en los bienes. Por consiguiente me veo precisado a comunicarte al mismo tiempo que lo hago a los demás copartícipes, que he tomado la decisión irrevocable de cesar a partir de este instante en la proindivisión de dichos bienes. Te ruego que en plazo improrrogable de tres meses tomes con los demás copartícipes las oportunas medidas para que en este lapso de tiempo dejemos ultimado este enojoso asunto y podamos firmar la escritura de venta de mi parte en la cantidad que estimo como mínima de veinte millones de pesetas, suma que es desde luego muy inferior al valor real de mi participación. Pero cumplo también el deber de prevenirte de que si transcurre el plazo fijado sin haberme resuelto este asunto, me veré en el doloroso trance de ejercitar mis derechos por vía judicial, solicitando del juez competente que decrete la venta en pública subasta de los bienes inmuebles que poseemos proindiviso en España.

[3]

Al mismo tiempo, don Jaime corroboraba su desesperada situación en una carta a Franco, en la que le informaba de la oferta «leonina» recibida del conde de Aybar, así como de los requerimientos notariales cursados a su madre y sus hermanos. El infante reclamaba angustiosamente un acuerdo y, mientras éste se alcanzaba, pedía que el tesorero de su hermano Juan le hiciese llegar cincuenta mil pesetas mensuales para poder vivir:

Rueil-Malmaison a 30 de noviembre de 1957
Excmo. Señor Don Francisco Franco Bahamonde
Jefe del Estado

Madrid
Mi querido general:

Mi situación económica siendo cada día más angustiosa, pues tengo que retirar mensualmente las 50.000 pesetas que necesito para vivir del modestísimo capital que poseo, le expuse hace más de tres años a mi hermano Juan y demás copartícipes de la proindivisión de la herencia de mi padre el Rey don Alfonso XIII (q.e.p.d.) la necesidad para mí de salir de esta situación para poder vivir.

Como después de haberme propuesto algo menos de 600.000 pesetas por mi parte y tras más de tres años de negociaciones no había conseguido ningún resultado concreto, el 26 de julio pasado dirigí a mi hermano y demás copartícipes un requerimiento notarial informándoles de que si en un plazo de tres meses no había intervenido entre nosotros el arreglo amistoso que ansío, me vería en la obligación de exigir la venta en pública subasta de los bienes inmuebles que constituyen la proindivisión, como lo prevé la Ley.

Cuatro días antes del cumplimiento del plazo que había concedido, intervino un representante de mi hermano, pidiéndome en su nombre que prorrogase el plazo, por un mes, asegurándome que entre tanto intervendría el acuerdo.

Como tengo la impresión —justificada por muchos precedentes— de que una vez más mi hermano me quiere «torear» esperando arruinarme totalmente, esperando poder hacer de mí lo que se le antoje... mi secretario particular le ha informado al secretario particular de mi hermano que si para el día 7 de diciembre no ha intervenido el acuerdo amistoso definitivo que pido desde hace más de tres años, o no han ingresado en mi cuenta las 50.000 pesetas que exijo hasta la firma del acuerdo —que depende exclusivamente de ellos— recurriré a la vía judicial.^[4]

Don Jaime se despedía de Franco, disculpándose:

Le ruego me dispense, mi querido General, de hablarle de estos problemas, en definitiva tan miserables, y de los cuales por lo demás le supongo informado, pues siempre he tenido al conde de Casa Rojas al tanto. Pero, sin pedirle que tome posición en tan lamentable proceso doméstico, lo hago porque Ud. como yo, mi querido General, pertenecemos a la Historia, y porque no quiero que mañana se pueda decir que el Jefe del Estado Español, a

quien tanto debemos todos, se ha enterado indirectamente de un problema que, por el origen de sus protagonistas, puede ser comentado en el mundo...

A esas alturas era ya un hecho consumado el gran deterioro que sufría la relación entre don Jaime y don Juan. Meses antes, el infante había escrito aquella estremecedora carta a su hermano en la que exigía una investigación judicial sobre la muerte accidental de su sobrino Alfonsito a manos de Juan Carlos; lo había hecho, sin duda, por hallarse varado. Si algo necesitaba él con urgencia era dinero, y su hermano no se lo daba.

Mientras recibió recursos, no tuvo problema en estampar su firma en los papeles que le daban para que ratificase a su hermano Juan como legítimo heredero al trono de España. Pero en cuanto se vio abandonado económicamente, surgieron las disputas dinásticas. Por eso el duque de Segovia concluyó aquella inoportuna e hiriente carta sembrando serias dudas sobre la recta actuación de su sobrino Juan Carlos: «No puedo aceptar que aspire al trono de España quien no ha sabido asumir sus responsabilidades», osó escribir.

El problema económico conducía así, una vez más, al descrédito dinástico.

Mientras se prolongaban las negociaciones familiares sobre el testamento de Alfonso XIII, sucedió un hecho que repercutió luego en el régimen económico del matrimonio Borbón-Tiedemann. En medio de los continuos altibajos que enturbiaban la relación, llegó de repente el escándalo: al entrar un día en su alcoba, don Jaime sorprendió a su segunda esposa en la cama con un apuesto oriental que se hacía pasar por príncipe de Afganistán.

El triste suceso llegó a oídos de la embajada española en París, cuyo titular, el conde de Casa Rojas, envió enseguida a Madrid una nota «estrictamente confidencial», titulada «Penosa situación del infante don Jaime» y fechada el 18 de abril de 1958, en la que aseguraba que el duque de Segovia se hallaba «en una situación dramática grave, por la desconsideración de que es objeto en su propia casa».^[5]

A continuación, Casa Rojas resumía el drama: «La señora que vive en su compañía [Carlota Tiedemann] aloja allí a un joven que se hace llamar Príncipe de Afganistán y al que el infante no se atreve a expulsar, atemorizado por los malos tratos que recibe de esta pareja que nada respeta».

Don Jaime, añadía el embajador, había enviado a su secretario Alderete a la legación española en busca de socorro. El diplomático le había transmitido luego al infante, a través de su secretario, las siguientes instrucciones:

1.º) Que había que convencer a los criados para que aplazasen su salida de la casa, a fin de no dejar a don Jaime totalmente desamparado; 2.º) Que puesto que don Alfonso, el hijo de don Jaime, va a llegar el lunes, espero que su intervención sea provechosa antes de toda actuación mía; 3.º) Que si soy

requerido por don Alfonso, intervendré cerca de la policía a fin de que, por la fuerza, saque al supuesto príncipe de Afganistán y tome medidas para defender, incluso físicamente, a don Jaime, que puede ser víctima ahora de cualquier desmán.

Casa Rojas concluía apesadumbrado su informe: «Lo más penoso de todo es que, al parecer, la casa en donde viven fue comprada a nombre de la señora protagonista del caso [Carlota Tiedemann] y que, según parece, añade a su infidelidad el escarnio».

Alertado por Alderete, el duque de Cádiz juzgó indigno que Carlota Tiedemann se beneficiase del dinero que pudiese recibir don Jaime de la herencia de su padre.

Tampoco estaba dispuesto a tolerar que la mujer infiel siguiese viviendo con su padre; por eso, según informaba Casa Rojas, «dejó todo preparado para que pudiera procederse a la expulsión de Francia de la señora [Carlota Tiedemann] que vive en compañía de don Jaime».

El consejero municipal y abogado en ejercicio, *monsieur* Castille, aseguró al embajador español que el prefecto de policía de París accedería a expulsar de Francia a Carlota Tiedemann si era requerido para ello. Pero Casa Rojas le hizo la siguiente observación: «Si don Jaime estaba realmente interesado por esta señora, lo más probable es que esta medida de expulsión no pusiera término a la relación de ambos, sino que se trasladase el problema de París a la ciudad en donde ella pasase a residir». Casa Rojas ponía el dedo en la llaga: la absoluta dependencia que don Jaime tenía de Carlota.

Pero la cuestión económica era muy distinta. Sin que Carlota lo supiese, el 19 de abril Alderete viajó en tren a San Sebastián para cerrar allí un pacto, en nombre de don Jaime, con un representante de don Juan y otro del duque de Cádiz. El acuerdo perseguía que don Jaime cediese a su familia, representada por don Juan, su participación en los inmuebles de la herencia a cambio de una parte del palacio de Miramar. En el acta se estipulaba la cesión de esta participación en Miramar a los hijos de don Jaime, que se comprometían a venderla en las mejores condiciones posibles para asegurar a su padre una renta vitalicia.

Sin embargo, no fue hasta años después cuando don Jaime, presionado por los acreedores, se vio obligado a vender su participación en los inmuebles de la herencia a cambio de una cantidad de dinero que antes había considerado «leonina». Luego, para mantener esa suma a salvo de Carlota Tiedemann, la donó a sus hijos Alfonso y Gonzalo, que invirtieron el modesto capital en acciones a fin de que su padre pudiese vivir con el rendimiento de aquellos títulos. Pero las casi seiscientas mil pesetas obtenidas por la venta eran insuficientes para procurarle una renta vitalicia. Fue necesario así recurrir a la suscripción de veinticinco Grandes de España, que aportaron entre todos doce millones y medio de pesetas al esquilmo bolsillo del infante. Gracias a esa contribución, invertida también en valores, don Jaime pudo

obtener un rendimiento de novecientas mil pesetas anuales.

Pero, con todo y con eso, a finales de 1968 el dinero tampoco le llegaba para vivir. El año anterior había pedido un préstamo de quinientas mil pesetas al Banco Español de Crédito para pagar su Mercedes y afrontar algunas deudas. Y meses después cursaba un telegrama a Franco para que le autorizara otro crédito del Banco Exterior, donde trabajaba su hijo Alfonso.

El Caudillo se limitó a trasladar la petición al presidente del banco y éste, ante la urgencia del caso, optó por conceder a don Jaime un préstamo de trescientas mil pesetas, gracias al cual el moroso pudo pagar a su sastre y al dentista.

Con toda la razón del mundo, Alfonso de Borbón Dampierre trataba de convencer a su padre para que frenase su incontrolado tren de vida:

Hace tiempo —le escribía el 25 de noviembre de 1968— que he tratado de que comprendáis la necesidad de aquilatar vuestros gastos y, en lo posible, reducirlos, no porque quiero que viváis peor, pero sí porque la vida encarece y, por desgracia, las rentas no suben en comparación [...]. Por el amor de Dios, te ruego no gastéis más de lo que recibís aunque sea a costa de sacrificios.^[6]

Al mismo tiempo, consciente del alto poder adquisitivo existente en París, el duque de Cádiz solicitó a Franco que el Estado español ayudase a su padre, y lo mismo le pidió al entonces vicepresidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco.

Pero pasaron los años y la situación económica de don Jaime se hizo cada vez más angustiosa. El matrimonio no tuvo más remedio que abandonar la mansión de Rueil-Malmaison, incapaz de afrontar los gastos, instalándose en París, en un acogedor pisito situado en la Avenue Ingres, donde también residió, hasta su boda, la hija de Carlota, Helga Büchler, a la que el infante apreciaba mucho.

El conde de Casa Rojas informaba al Gobierno de Madrid sobre las vicisitudes que abrumaban entonces al duque de Segovia. En su despacho, que calificó de «muy reservado», y bajo el encabezamiento «Situación triste del infante don Jaime», daba cuenta esta vez de la venta del palacio de Rueil-Malmaison, y señalaba los tres frentes que acuciaban a sus maltrechas finanzas, aludiendo a una sentencia judicial que condenaba a don Jaime a pagar una fuerte indemnización por haber atropellado con su vehículo a un peatón en Italia, al que dejó inválido:

El infante don Jaime vendió su casa de Rueil-Malmaison por precio que ignoro y, según mi información, compró el piso en donde va a vivir en la Avenue Ingres n.º 9. Ahora está haciendo obras para poner el piso en condiciones, y vive en la espera, a salto de mata de hotel en hotel.

En compañía de su secretario francés estuvo a visitarme en la mañana del

sábado. Su secretario me explicó la penosa situación en que se encuentra el infante por varios motivos; en primer lugar, la partición de la herencia de su augusto padre, que se prolonga y no se liquida; después, el tormento de tres pleitos que mantiene: uno contra su antiguo secretario Alderete, otro en Italia, por la discusión sobre pertenencia de joyas, y un tercero, que ya ha sido resuelto en sentido contrario a él, también en Italia, por daños causados por un coche de su propiedad a una persona que quedó inválida y a la que el tribunal concede como indemnización una fuerte suma. El exhorto para cobrar esta suma ha llegado a París y el infante ha sido requerido para el pago. Si no paga esta cantidad, es posible que sus bienes sean embargados, con el triste espectáculo de alguaciles en casa para manipular en muebles, ropas, etc. Es doloroso empezar a vivir en una nueva casa, iniciando la entrada con un embargo.^[7]

Casa Rojas evidenciaba otro grave inconveniente para el bolsillo de don Jaime, como era la devaluación de la peseta frente al franco, sugiriendo al ministro de Asuntos Exteriores que comunicase a Franco la posibilidad de ayudarle de nuevo:

Por añadidura, los francos que en conversión de las pesetas que le correspondían por los bienes propios que en España tiene depositados, y que gracias al cambio favorable que le fue otorgado por su Excelencia el Generalísimo llegaron a la suma de 585.000 francos, al producirse la devaluación de nuestra peseta, le producen ahora tan sólo 500.000 francos.

En los pleitos poco podemos hacer nosotros. En cuanto al tipo de cambio, yo me atrevo a pleitear su causa y rogarte que hagas llegar su súplica a nuestro Jefe del Estado, por si estima oportuno tener esta nueva deferencia con nuestro infante.

Hostigado por su ambiciosa mujer, don Jaime reclamó a su primera esposa, Emanuela de Dampierre, algunas joyas regaladas durante su matrimonio, pero ésta tuvo a buen criterio recurrir a los tribunales, que decidieron protegerlas en una caja fuerte a disposición de los hijos de ambos, Alfonso y Gonzalo.

El pleito de las alhajas que habían pertenecido a la reina Victoria Eugenia y que ésta fue repartiendo entre su familia durante el exilio, dio mucho de qué hablar en la prensa italiana. El diario milanés *Il Corriere d'Informazioni* daba cuenta así, el 24 de enero de 1962, del vano intento de don Jaime por recuperar las joyas regaladas a Emanuela de Dampierre:

La causa concerniente a las joyas de la Corona de España que debía verse esta mañana en la 1.ª sesión civil del tribunal de apelaciones, se ha pospuesto

hasta el próximo 5 de junio. Esta controversia judicial ha sido promovida por el duque de Segovia contra su esposa Victoria Emanuela de Dampierre, de la cual está separado, con el fin de recobrar las joyas que le había regalado con ocasión de su boda. Las joyas habían pertenecido a la Corona de España.

Pero Carlota Tiedemann se saldría al final con la suya, luciendo en actos sociales algunas alhajas que habían pertenecido a la reina Victoria Eugenia, como informaba la revista *¡Hola!*:

En una de las últimas fiestas a las que han asistido los duques de Segovia en París, los presentes no podían apartar los ojos del cuello de la duquesa. Motivo: el fabuloso collar de las reinas de España, compuesto de cuarenta grandes diamantes representando 287 quilates que relucían sin competencia posible.

Más tarde, se supo que Carlota se había quedado también con un bello collar de chatones que legó en su testamento doña Victoria Eugenia a su hijo Jaime, y que con el paso de los años formaría parte del ajuar de la reina Sofía de Grecia. Compuesto de veintisiete piedras, sería subastado en Ginebra por la Casa Christie's en 1977, por orden de Carlota, y adquirido por el joyero madrileño Alejandro Vega por 220.000 francos suizos, equivalentes a más de dieciocho millones de las antiguas pesetas.

Carlota vendió también el broche del cuerno de la abundancia que formaba parte del lote de joyas de la reina Victoria Eugenia.

El pleito por las alhajas proseguiría tras la muerte de don Jaime, cuando Carlota hizo la siguiente confesión a la revista *Primera Plana*, en mayo de 1977:

Alfonso y Gonzalo se han portado muy mal conmigo, impugnando el testamento de su padre para al final dejarme sin nada: hasta las cucharillas se llevaron de mi casa porque, según ellos, tenían el escudo y no me correspondían. Me han quitado las joyas que mi marido heredó de su madre y que él luego me regaló porque deseaba que las luciese yo.

Mentía Carlota, porque algunas valiosísimas joyas las había llevado ella misma a subastar, obteniendo pingües beneficios por ellas.

Don Juan no podía ni verla. En una de las ocasiones en que invitó a sus sobrinos Alfonso y Gonzalo a su residencia de Estoril, les había convencido de que «esa bruja» (como llamaba a Carlota) estaba arruinando a don Jaime y que para evitar más dispendios era preciso proceder a la incapacitación de su hermano ante un tribunal.

El conde de Barcelona indicó a sus sobrinos que, como beneficiarios de su padre, les correspondía a ellos mismos promover la causa judicial. Y así lo hicieron éstos,

alegando ante los tribunales franceses que su padre dilapidaba su patrimonio y estaba desequilibrado.

El 4 de marzo de 1960, el Tribunal de Gran Instancia del Sena decretó la reunión de un Consejo de Familia «para dar su opinión sobre la unidad y oportunidad de la medida solicitada».

El Consejo de Familia, encabezado por don Juan, se reunió dos semanas después en la alcaldía del distrito 16 y declaró por unanimidad que era «útil y oportuna la medida de entredicho solicitada contra don Jaime de Borbón y Battenberg, duque de Segovia y Anjou».

El 23 de diciembre, Alfonso y Gonzalo solicitaron al presidente del Tribunal que fijase el día, lugar y hora en que se procedería al interrogatorio de su padre, en presencia del procurador de la República. La vista oral tuvo lugar el martes, 31 de enero de 1961, y a continuación se realizaron al demandado los oportunos y desagradables exámenes médicos para confirmar o descartar su desequilibrio mental.

Don Jaime, como era natural, se sintió vejado y maltratado por quienes él pensaba que le querían. Dolido con sus hijos, recriminaría sin embargo a su hermano Juan, durante el resto de su vida, su perversa influencia para postergarle de la sucesión mediante aquel deshonroso procedimiento.

Fue así como el 9 de junio hizo público un dramático llamamiento al pueblo español, denunciando la vil maniobra que había emprendido contra él su propia familia. En su extenso manifiesto culpaba implícitamente a su hermano Juan y hacía valer, una vez más, sus derechos como «heredero del Trono», así como los de su primogénito Alfonso de Borbón Dampierre:

No sin dolor, impregnado de amargura, tomo la decisión de hacer público este documento después de muchas horas de reflexión y, por qué no decirlo, de dudas y vacilaciones [...]. Quiero que se sepa que no ha sido Jaime de Borbón quien desprestigia, ni siquiera por involuntaria fatalidad, su apellido; y que tampoco considera que sus hijos sean los conscientes actores del reprobable intento, sino únicamente los instrumentos de quienes pretenden resolver en beneficio propio un problema de histórico alcance.

[...] La Ley ha hecho de mí el heredero del Trono. Durante un tiempo, los que tienen pretensión distinta fundaron supuestos derechos en dos hechos que, quiéranlo o no, son la negación de la legitimidad. Uno, mi renuncia. Otro, la voluntad, real o aparente, de quien posee el poder. Eminentes juristas han probado que esos argumentos no son válidos.

[...] Sirviéndose de mis hijos como instrumento, y ello sólo ha sido posible por la consciente explotación de su juventud, se pide a un Tribunal francés la declaración de mi incapacidad. Los inductores de la demanda, que no mis hijos, no han reparado a renunciar a la Jurisprudencia única que sería la competente para declarar la incapacidad del heredero del Trono: las Cortes

españolas. Impacientes, no han querido esperar que la auténtica representación del pueblo español exista, y acuden a un tribunal extranjero para que al decidir sobre un hecho de simple apariencia privada, sin otro alcance que el familiar, quede resuelto nada menos que el problema de la Sucesión al Trono español. El antipatriótico maquiavelismo no podía limitarse al intento de privarme de personalidad civil, a convertirme en un «ente protegido» e irresponsable; sino que tenía que descalificar ante el pueblo español al legítimo sucesor del incapaz. Sorprendiendo y utilizando la ingenuidad infantil, hicieron de mi heredero el protagonista de la demanda, pretendiendo así privarle de las simpatías de un pueblo extremadamente sensible a los sentimientos filiales.

[...] Y añadido: la creen [la medida para incapacitarle] necesaria, porque esperan con ella anular mis indiscutibles derechos y los de mi hijo Alfonso.

Reforzada mi conciencia con el abrumador dictamen médico, hago Juez al pueblo español, que no está compuesto de vasallos, sino de ciudadanos.^[8]

Tres años después, el 20 de enero de 1964, la Primera Sala de la Cour d'Appel del Tribunal de Gran Instancia de París declaró a don Jaime plenamente responsable de sus facultades mentales, y condenó a sus hijos a pagar las costas.

El proceso, aireado por la prensa, dio desde luego una muy penosa impresión de la Familia Real. Alfonso de Borbón Dampierre, haciendo suya la tesis de su padre, responsabilizaría luego a su tío de haberle manipulado para desprestigiar a su adversario en la sucesión.

Pero la reconciliación entre padre e hijo no fue fácil. Tras conocer el fallo de la Justicia francesa, el duque de Cádiz se mantuvo unos meses en silencio, al cabo de los cuales intentó acercarse a su padre a través de Valiño, un procurador en Cortes que simpatizaba con su causa. Pero don Jaime a punto estuvo de agredir a su hijo en Biarritz.

Poco a poco, sin embargo, el rencor y la indignación de don Jaime cedieron ante su buen corazón. El arreglo tuvo lugar al fin en un exótico escenario: un castillo en las afueras de París, que pertenecía a un ex ministro de Hacienda del rey Pablo de Yugoslavia, llamado Boris.

Más tarde, don Jaime justificaba así la reconciliación con su hijo Alfonso a su secretario Alderete:

—¿Qué quieres, Ramón? Me ha explicado que don Juan le había engañado como a un chino. Hay que saber perdonar en la vida. Además, mira si es bueno, que se ha comprometido a resolernos la papeleta. Antes de tres meses, Franco pondrá un hotel a nuestra disposición; la embajada se ha comprometido a hacerme entrega inmediatamente de la placa del Cuerpo Diplomático para mi coche; y dentro de tres semanas tendremos el Mercedes que nos regala la casa fabricante a petición de mi hijo Alfonso.

Pero las promesas del duque de Cádiz fueron un mero espejismo. Al cabo de los años, don Jaime seguía sin hotel, sin matrícula oficial, y con un Mercedes que debía pagar de su propio bolsillo.

Desde su separación de Emanuela de Dampierre, la relación de don Jaime con su primogénito fue complicada; sólo cuando Alfonso abrazó abiertamente la causa de su padre, reivindicando sus derechos al trono, la sintonía entre ambos fue ya casi inalterable.

Pero, hasta entonces, padre e hijo tuvieron que sortear no pocos obstáculos.

Capítulo XI. La nueva España

Don Jaime obtuvo una gran victoria moral para sus pretensiones sucesorias cuando, en septiembre de 1954, el embajador Sangróniz informó a Martín Artajo de que sus hijos vendrían a estudiar a España.

Tras un accidentado proceso judicial, el infante había recuperado al fin la patria potestad y Alfonso no tuvo más remedio que acatar ya la voluntad de su padre.

Don Jaime y sus hijos se incorporaban así a la gran partida sucesoria en la que Franco era el único que movía a su antojo las piezas, como un consumado ajedrecista.

Fallecido «Carlos VIII» a finales del año anterior, el Caudillo reemplazaba ahora esa pieza inservible por don Jaime, utilizándole para inquietar a don Juan y a don Javier, el príncipe regente carlista. Un recambio de lujo, sin duda, porque el duque de Segovia se postulaba con firmeza como jefe de la Casa de Borbón y reivindicaba la Corona de España.

La reina Victoria Eugenia no pudo ocultar su tremenda alegría al ver que sus nietos predilectos abandonaban para siempre el exilio para pisar por primera vez suelo español.

La noticia, sin embargo, inquietó a don Juan, cuyo primogénito Juan Carlos llevaba ya seis años de educación en España.

Antes de que Franco abriese las puertas del nuevo Reino de España a los Borbón Dampierre, el conde de Barcelona se había mostrado ambiguo con Emanuela de Dampierre, cuando ésta le preguntó por el motivo que impedía a sus hijos estudiar en España: «No tenemos por qué deberle favor alguno a Franco», contestó don Juan, cuyos dos hijos recibían educación precisamente en su patria por decisión de aquél.

Surgió al principio la duda sobre la ciudad en que vivirían Alfonso y Gonzalo: ¿Madrid, Zaragoza, Bilbao...? Algunos se oponían a que los dos hermanos se estableciesen en la capital, porque su presencia allí podía desatar comentarios sobre sus aspiraciones dinásticas y causar preocupación en el entorno de don Juan.

Alfonso, de dieciocho años, y Gonzalo, con uno menos, viajaron solos en un vuelo de Iberia que aterrizó en el aeropuerto de Barajas. El mayor esperaba que fuera a recibirles algún delegado del Gobierno o personalidad oficial. Pero por allí no apareció nadie, más que dos aristócratas y el director del Colegio Mayor San Pablo, donde se alojaron durante cinco días los dos hermanos antes de partir hacia su último destino, la Universidad de Deusto, en Bilbao.

Alfonso se matriculó allí en Derecho, carrera que más tarde acabó en Madrid, mientras Gonzalo eligió Ciencias Físicas, que poco después abandonaría dada su excesiva dureza y su escasa aplicación al estudio.

Los hijos de don Jaime llegaban a España casi de incógnito. Apenas un suelto disimulado en las páginas de algunos periódicos informaba sobre su presencia en la capital. Años más tarde, Alfonso de Borbón expondría las razones de ese silencio:

[...] En el momento en que llegamos a España, fue Sainz Rodríguez [consejero de don Juan] quien dio esta orden a las personas encargadas de ocuparse de nosotros: «A estos chicos hay que tratarles con mano muy dura» [...].

Observé que tampoco nos daban el tratamiento que nos correspondía. Unos años más tarde, una persona bien introducida entre esos medios me confirmaría la procedencia de las órdenes, según las cuales se había colocado a nuestro alrededor una especie de cordón sanitario.

El heredero de don Jaime percibió una España aún renqueante por la fratricida contienda civil, sin capacidad suficiente para dar el decisivo salto económico. Un país despojado de sus reservas de oro por los republicanos, rezagado con respecto a otros de su entorno, como Francia o Italia, y por el que nadie hubiese imaginado que pasase el Plan Marshall. El atraso se palpaba en las deterioradas carreteras y en la escasez de coches, la mayor parte viejos, que circulaban por ellas.

Pero Madrid conservaba su tradicional esplendor y su riqueza artística y monumental. Alfonso visitó el palacio Real, repleto de recuerdos de sus antepasados, y el panteón de El Escorial, donde yacían enterrados los reyes de España, salvo su abuelo, Alfonso XIII.

Luego partió hacia Bilbao con su hermano en el viejo Mercedes del marqués de Rivadulla y llegó allí de noche, bajo un nostálgico sirimiri: «Sentí de nuevo la impresión de aislamiento y el pequeño frío interior que experimenté al llegar a Montana», recordaba.

El joven se sentía solo y apartado. Se quejaba de que no veía a nadie en ese primer trimestre, salvo a sus profesores y compañeros. La llegada de la Navidad suponía por eso el feliz reencuentro con su añorada abuela Victoria Eugenia en Lausana, que corría con los gastos de sus estudios gracias a la asignación anual que recibía del Gobierno español.

Desde que siete años antes Franco hubiera convertido oficialmente a España en reino con su Ley de Sucesión, el Gobierno había asignado a la Familia Real una renta anual, cuya cifra inicial aquel año fueron doscientas cincuenta mil pesetas, entregadas a Victoria Eugenia como reina viuda.

Franco quería tener a los hijos de don Jaime a buen recaudo en España, lo mismo que a la abuela de éstos, que residía entonces en Lausana. Pero para el Caudillo no existían fronteras: un informe confidencial revelaba que sus «espías» seguían de cerca cada uno de los movimientos de la reina en la población suiza.

Un anónimo autor informaba, el 26 de enero de 1955, de las visitas que había recibido doña Victoria Eugenia:

De los días que median entre el 15 de noviembre y el 10 de diciembre, que se haya podido comprobar, la visitaron: el día 16, el marqués de Bolarque,

quien regresó a España y posteriormente volvió a Lausana; el marqués de Fontanar; doña María de Vieira; el señor Bertrán, de Barcelona; el señor Guell, también de Barcelona; don Antonio Quintana, varias veces; y una llamada señorita Topete, que al parecer es su enlace con diversas damas españolas e italianas.^[1]

El informante del régimen reseñaba incluso el contenido de alguna conversación privada de la reina, en la que ésta había defendido a su hijo Juan como «único depositario de los derechos de la Institución Monárquica», advirtiendo que «no debía abdicar nunca en ninguno de sus hijos, ni dejar de hacer valer la legitimidad de su persona ante una posible restauración».

Victoria Eugenia estaba convencida, según el confidente, de que la restauración se produciría en España «más pronto o más tarde», y de que sus resultados serían óptimos, ya que contaba «con muchos partidarios en España y fuera de ella, y entre los gobiernos extranjeros, todas las monarquías de Europa y los mismos gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia».

Confiaba la reina en que Estados Unidos acabaría apoyando la restauración en la persona de don Juan, y advertía que, de los consejeros de su hijo, los únicos que le merecían crédito «eran los viejos amigos de Alfonso [el rey], como Quiñones de León, el fallecido duque de Alba, la actual duquesa de Alba, la de Valencia y la familia Satrústegui; y los señores Juan Antonio Ansaldo, Vegas Latapié y Cortés Cavanillas, este último el único que había tenido la valentía de escribir libro tras libro en defensa del Rey y de la Institución Monárquica».

En la conversación había salido también a relucir el propio Franco, a quien la reina reconocía su valía, pero estimaba que «con su obstinación estaba haciendo más daño a España que beneficio».

Los mismos partidarios de Victoria Eugenia censuraban los encuentros de ésta con el actor cómico Charles Chaplin, «a quien en Suiza, lo mismo que en Estados Unidos, se consideraba filocomunista». Según el informe, el actor había mostrado un enorme interés por la vida de Alfonso XIII, «hasta el punto de que algunas amistades de doña Victoria supusieron que todos o algún aspecto de la vida del último Rey de España podrían ser utilizados por Charlot en alguna próxima película, con su natural desenfado».

El confidente advertía también que la prensa de Zurich y de París llegó a publicar que Charlot se había documentado de primera mano sobre la vida del soberano para rodar una próxima película que pensaba titular *El buen rey*.

El informante aseguraba: «Llegó a interesarse tanto doña Victoria por el cineasta, que en la visita de despedida le regaló algunos de sus recuerdos de la época en que fue reina de España, a los que calificó al entregárselos de “muy queridos”, para dar así la máxima importancia al obsequio».

Otro asunto que había disgustado también a sus fieles era que la reina hubiese

asistido al partido de fútbol entre un equipo ruso y otro suizo, instalándose en el palco de las autoridades diplomáticas soviéticas, con las que había departido cortésmente durante el encuentro.

Revistas suizas, austriacas y suecas —concluía el confidente— publicaron una fotografía en la que se veía a doña Victoria en medio de los rusos, hablando con uno de los que parecían de mayor jerarquía.

La reina madre, como la llamaban sus allegados en Lausana, deseaba más que nadie acabar con el aislamiento que sufrían sus nietos en España y recurrió a una amiga, la marquesa de Arriluce, que residía en Bilbao. A su regreso de Lausana, Alfonso y Gonzalo acudieron a su casa a almorzar, conocieron a sus encantadoras hijas y se relacionaron con la aristocracia vasca.

Alfonso mejoraba su español con ayuda del padre Mañaricua, que le impartía además clases de Derecho romano. Estudiaba durante todo el curso con el diccionario a mano para enriquecer su vocabulario, lo que agradeció sin duda cuando, al año siguiente, se trasladó a Madrid para alojarse en el Colegio Mayor San Pablo.

Ese mismo año fallecían dos grandes genios del pensamiento universal: José Ortega y Gasset y Albert Einstein. Y el 15 de diciembre, el mismo día en que don Juan Carlos juraba bandera en la Academia Militar de Zaragoza, España ingresaba definitivamente en las Naciones Unidas. Juan Carlos se había incorporado aquel otoño a la Academia, mientras su hermano Alfonsito estudiaba en Madrid, en el colegio Rosales.

A su llegada a la capital, Alfonso de Borbón Dampierre fue testigo de las revueltas estudiantiles que agitaban el ambiente, y las vivió como un estudiante más que acababa de acceder a la universidad. En las calles aparecían pintadas contra la monarquía en las que se leía: «¡No queremos reyes idiotas!». Y se hacía popular un estribillo: «¡No queremos reyes idiotas que no sepan gobernar!».

La muerte de Ortega y Gasset, defensor de la instauración de la república, provocó una multitudinaria manifestación de estudiantes contrarios a la monarquía.

Alfonso tropezó con una de esas movilizaciones en la calle San Bernardo, y a punto estuvo de darse de bruces con la acera al resbalarle las muletas que llevaba a causa del accidente sufrido meses antes mientras viajaba con su hermano Gonzalo de Windsor a Lausana.

La agitación callejera tiñó el asfalto de sangre. El mismo día en que se conmemoraba el aniversario del asesinato de Matías Montero, el estudiante falangista abatido a tiros en 1934 cuando regresaba a su casa de vender el periódico FE, otro joven del mismo signo, Miguel Álvarez, resultaba herido de un disparo en la cabeza. Y pese a que de milagro logró salvar su vida, la reacción de Franco fue fulminante: ordenó detener a Dionisio Ridruejo, antiguo falangista enfrentado al régimen, y a varios escritores e intelectuales como Tamames, Sánchez Mazas, Pradera y Ruiz-

Gallardón.

Recién instalado en el Colegio Mayor San Pablo, Alfonso de Borbón Dampierre carecía por completo de aspiraciones dinásticas, lo cual constituía una preocupación evidente para su padre, empeñado a esas alturas en reclamar a toda costa la legitimidad de su rama.

El secretario de don Jaime, Ramón Alderete, le visitó en Madrid y pudo comprobar la absoluta falta de ambición de Alfonso en ese tema. El joven universitario se hallaba muy distanciado de su padre y Alderete intentó en vano restablecer la relación, invitándole a formar un bloque para defender los derechos de don Jaime a la Corona. Pero el muchacho no quiso saber nada de su padre («¡Oh!, los perros también tienen hijos», llegó a decir de él), contrario a romper la sintonía con su tío Juan y su primo Juan Carlos, a quienes consideraba entonces sin discusión como legítimos herederos de Alfonso XIII.

Alderete resumía así su gran decepción:

[...] Don Alfonso, que me escuchaba, me interrumpió con una sonrisa en los labios: «¿Derechos?, ¿qué derechos? ¡Ah! Sí... al trono... Pero veamos: tú que vives en el extranjero debes darte cuenta que en España los únicos monárquicos son mi tío y mi primo Juan Carlos... Entonces, ¿qué pinto yo en esa barca?...». Como yo insistía subrayando lo bien fundado de los derechos tanto de su padre como de él, me volvió a interrumpir diciendo: «Pero no, mi padre ha abdicado en buena forma y como es debido y no sabría lanzarme a discusiones jurídicas condenadas al fracaso que no buscan más que dividir a la familia... En este estado de cosas espero vivir cerca de mi tío Juan y de mi primo Juan Carlos en perfectas relaciones. Te pido que transmitas mi respuesta a mi padre y a ti te ruego recuerdes lo que ya te dije en nuestro primer encuentro en Zug... Aléjate de nuestro camino, por lo menos del mío... No quiero saber nada de mi padre, dile que lo único que le pido es que no se ocupe de mí nunca más...». «Pero, señor, es vuestro padre», le dije. «¡Oh!, los perros también tienen hijos...».^[2]

En el Colegio Mayor San Pablo reinaba la camaradería. Alfonso se hizo pronto amigos y fundó con ellos un club al que bautizaron con el curioso nombre de La Oveja Negra. Su «objeto social» era pasárselo en grande durante el tiempo libre. Nada más... y nada menos. Organizaban para ellos o sus «clientes» animadas fiestas, salidas a tomar copas y opíparos almuerzos y cenas. Las reuniones del club se celebraban al principio en casa de Fernando Schwartz, que más tarde sería embajador de España en los Países Bajos. Uno de los miembros de aquella asociación era Landelino Lavilla, con quien Alfonso congenió enseguida.

Pero el cambio radical de Alfonso respecto a la sucesión era cuestión de poco tiempo, apenas dos años, después de los cuales el muchacho volvió la espalda a su tío

Juan y recuperó el contacto afectuoso con su padre, a quien consideraba engañado por aquellos que le prometieron seguridad económica a cambio de su renuncia al trono.

Las grandes dificultades económicas por las que atravesaba su padre hicieron que el hijo mayor se uniese a él, escribiéndole una carta el 21 de mayo de 1956, dos meses después de la trágica muerte del infante don Alfonsito en Estoril. En esa misiva, recibida con gran alborozo por don Jaime, además de mostrar su solidaridad con él, tenía un gesto para Carlota Tiedemann:

Calle de Isaac Peral

Teléfono 84 10 00 – Madrid

Querido Papá:

Siento no haberte escrito hasta ahora pero es que he tenido una cantidad enorme de trabajo, para una examen de Derecho Penal que di [sic] el sábado y en el cual me dieron sobresaliente. Ahora los próximos son este sábado 26 y el 9 de junio el más terrible, el de Civil.

Vi a Juan Claudio Ruiseñada y le conté las faenas que te habían hecho, el ofrecimiento de las 500.000 (pesetas) para tus derechos sobre la Magdalena, Miramar [...] inútil decirte que lo encontré sencillamente increíble y que como iba a ir a Estoril pensaba decírselo en las debidas formas a tío Juan, y además plantearle la oportunidad de una entrevista contigo para aclararlo todo de una vez y para que por fin reine la paz y la unión en nuestra familia, si no como muy bien decía Juan Claudio es muy posible que no haya monarquía en absoluto si sigue este estado de cosas lamentable y esta desunión [...]

[...] Un fuerte abrazo de parte mía y de Gonzalo y muchos recuerdos a tu mujer.

Alfonso^[3]

Don Jaime había recuperado por fin el cariño y la atención de su primogénito, en quien tenía depositadas todas sus esperanzas sucesorias. Éste, a su vez, había dado un giro copernicano a sus afectos y pretensiones dinásticas, sin duda motivado por la cuestión económica y otras disputas familiares.

Por eso, el contacto con Landelino Lavilla, que sería luego ministro de Justicia y presidente de las Cortes, asentó las recientes convicciones dinásticas de Alfonso sobre principios jurídicos.

En Madrid iba a ser muy comentado el dictamen de Lavilla, en el que éste defendía los derechos de su amigo al trono de España. Alfonso de Borbón Dampierre concedería siempre gran importancia a ese documento jurídico, cuya existencia

Lavilla negaría al cabo de los años, con don Juan Carlos ya coronado rey, considerando aquel episodio como un mero efluvio juvenil.

El periodista Joaquín Bardavío recogía en uno de sus libros las puntualizaciones que Lavilla le hacía sobre ese supuesto dictamen:

—Traté a don Alfonso en el Colegio Mayor San Pablo a finales de los cincuenta y tuvimos una amistad que con el tiempo se fue distanciando. A él, lo que realmente le preocupaba entonces era su «status» teórico y práctico. Qué posición ocupaba en la sociedad. Buscaba una preeminencia.

—Como primer opositor del Colegio que salí situado, y además en el Consejo de Estado, varios amigos venían a confiarme diversos tipos de casos o problemas. Y don Alfonso, como uno más, me pidió parecer sobre sus derechos dentro de la dinastía. Le atendí y, con la documentación que supongo que me aportaría y quizá con alguna que yo buscara, le debí redactar algunas notas.

—¿Un dictamen? Estamos hablando ahora en este despacho dentro del Consejo de Estado. El concepto dictamen tiene para mí un significado muy importante. Me parece excesivo hablar de dictamen. En todo caso, insisto, de algunas anotaciones. No recuerdo en qué sentido. Hace casi treinta años de eso.

—Por otra parte, sobre esta cuestión cabe hacer diversos montajes, se pueden construir diversas argumentaciones. La última Constitución monárquica es la canovista, ahí se prevé el proceso de las renunciaciones. Pero ¿a qué conduce? Porque esa Constitución queda anulada por la republicana y después viene la Ley de Sucesión.

—Nada de dictamen. Quizá alguna ayuda en investigación histórica a algún amigo y compañero más joven de Colegio Mayor. Por otra parte, las cosas ocurrían por otros derroteros. Insisto en que creo que don Alfonso buscaba un «status», un reconocimiento. Tenía la sensación de ser un estorbo.

[4]

Lavilla insistía en que, en todo caso, habría elaborado unas «notas» para un amigo. Y hacía una observación que no debía pasarse por alto: la discusión sobre la validez de las renunciaciones de don Jaime no tenía trascendencia alguna con una Constitución republicana ni, más tarde, con la Ley de Sucesión franquista.

Tampoco había duda de que si ese dictamen hubiese existido, la posición dinástica de don Alfonso habría estado respaldada por el fino juicio de un jurista de la talla de Landelino Lavilla.

Pero Fernando Álvarez de Miranda, amigo de Lavilla, me aseguró hace tiempo que ese documento existía. Había oído hablar de él, pero por razón de su amistad con Landelino no quiso entrar en ese delicado asunto.

Según él, todo el equipo que estaba entonces en el Colegio Mayor San Pablo (además de Lavilla, Federico Trénor, albacea testamentario del duque de Cádiz) intentó que don Alfonso jugara su carta real.

Landelino, dispuesto a hacer unos pinitos en la política, deseaba que la apuesta por Borbón Dampierre tuviera un respaldo jurídico suficiente. Pero la aventura duró poco, porque inmediatamente Landelino se entregó de lleno a la «transición» juancarlista.

Manuel Fraga hacía referencia también al dictamen en sus memorias. El 21 de febrero de 1963, anotaba: «Landelino Lavilla, que entonces estaba en ideas muy curiosas sobre el tema sucesorio, me sugiere una invitación del jefe del Estado a don Alfonso de Borbón Dampierre».

Y un día después, escribía: «La iniciativa de Lavilla no prospera; don Alfonso de Borbón no será invitado por El Pardo».

Pero el 4 de febrero Franco elogia a Borbón Dampierre ante su primo Salgado-Araujo, considerándole como una alternativa sucesoria a la de don Juan Carlos:

El heredero legal de la Corona, una vez descartado el príncipe don Juan de Borbón, es su hijo don Juan Carlos, que puede muy bien hacer la unión de todos los monárquicos. Quedan otros príncipes, como el infante Alfonso de Borbón Dampierre, que es culto, patriota y que podría ser una solución si no se arregla lo de don Juan Carlos.^[5]

Aferrado a la Ley de Sucesión y convencido de la invalidez de las renunciaciones efectuadas por su padre, Borbón Dampierre empezó a defender sus derechos dinásticos al trono de España, arropado por algunos seguidores. Quizás su principal valedor en aquellos años fuese Mariano Calviño, abogado natural de Manresa (Barcelona), un franquista designado por el Caudillo consejero nacional del Movimiento.

En Barcelona, a Borbón Dampierre sus detractores le motejaban despectivamente como «el rey de Calviño»; y en Madrid, los «juanistas» le apodaban el «doño», igual que a su hermano Gonzalo. Denominaciones que a don Alfonso le ponían enfermo.

La fluida relación de Calviño con el almirante Luis Carrero Blanco hizo pensar al principio en una poderosa alianza para entronizar a Borbón Dampierre, pero ese temor se disipó al comprobarse que Carrero apoyaba sin condiciones a don Juan Carlos.

Su primo Alfonso tenía escasos partidarios que sumar a Calviño; si acaso a José Solís (ministro secretario general del Movimiento), al propio Juan Antonio Samaranch, cuando era delegado de Deportes, a Rodríguez de Valcárcel (presidente de las Cortes y del Consejo del Reino), a Nieto Antúnez (ministro de Marina), y a un grupo reducido de carlistas como Zamanillo y Villamagna, porque la inmensa mayoría de ellos había reconocido solemnemente a don Juan, como Rodezno o Arauz

de Robles.

En todo caso, quienes sí apoyaban a don Alfonso eran no pocos falangistas y republicanos, que agitaban su candidatura frente a don Juan o don Juan Carlos para presionar sobre ellos. «Lo de Alfonso —me decía Antonio Fontán— era algo que movían los franquistas “republicanistas” para asustar a los franquistas “monarquizantes” como sin duda era López Rodó».

En su etapa del Colegio Mayor San Pablo, Alfonso logró entrevistarse con Franco gracias a la mediación del general Fuentes de Villavicencio. Acudió a El Pardo acompañado de su hermano Gonzalo y ambos escucharon allí las alabanzas del Caudillo a su abuelo Alfonso XIII. El jefe del Estado se mostró partidario de la institución monárquica y le preguntó a Alfonso:

—¿Conoce usted la Ley de Sucesión?

—Sí, mi general —contestó el joven.

Franco añadió entonces:

—No he decidido nada absolutamente todavía acerca de la cuestión de saber quién será llamado mañana a la cabeza del Estado.

Salgado-Araujo consignaba luego el comentario que le había hecho Franco sobre esa visita:

Me resultaron muy simpáticos y presentaron amables excusas por no haberme visitado antes. Hablamos de diferentes asuntos y aunque el mayor me dijo que él no siente apetencia por subir al trono, yo le dije que el futuro rey tiene que educarse en centros docentes de España para que, viviendo dentro de su ambiente, ame a la Patria y la conozca mejor, y así la pueda servir con eficacia. El mayor me pareció inteligente y culto.

El tímido estudiante de Derecho grabó a fuego en su memoria esas palabras del Caudillo que le abrían, en condiciones similares a las de su primo Juan Carlos, las puertas del trono. De hecho, Franco había exigido que en los pasaportes de los hermanos Borbón Dampierre, expedidos en España, constase S. A. R. antes de los nombres de pila. Era sin duda un modo explícito de reconocer su condición de príncipes reales.

Al mismo tiempo, don Jaime, cuya relación con su hermano Juan se había deteriorado irremisiblemente, mantenía una actividad «regia» frenética, otorgando a sus allegados numerosos títulos y condecoraciones, como si fuese el mismísimo sucesor de su padre; a su hijo Alfonso le nombró «delfín» y a Gonzalo, «duque de Aquitania». Repartió también a su antojo la orden del Toisón de Oro, obsequiando con el áureo vellocino a sus amigos.

Alfonso tenía un carácter muy distinto al de otros compañeros de su edad. Su amigo Tomás Zamora me recordaba que estaba siempre preocupado por su familia. Era muy responsable y serio. Quizá demasiado maduro para sus años. Tenía

problemas en casa de los que carecían los demás. En el colegio mayor le hacían novatadas y él las soportaba con admirable estoicismo.

En aquel tiempo seguía pensando aún más en italiano y en francés que en castellano, lo cual podía dar la impresión de cierto retraimiento. Aunque para Antonio Garrido-Lestache, su pediatra y médico de cabecera, era éste un rasgo que definía su carácter: «Alfonso me trataba de usted incluso a mí, que le atendía en mi consulta desde pequeño; siempre le noté distante», me aseguraba.

Para Javier Tusell, Alfonso era muy receloso y se rodeaba de compañías que tendían a intensificar sus defectos: poco expresivo, no muy listo y ansioso de un reconocimiento al que creía tener derecho. La que fue su esposa, Carmen Martínez-Bordiú, le definiría como un hombre «introvertido, pesimista, triste, amargado, y entre una mezcla de inseguridad y pretensión»; parecidos calificativos empleaba la que fue su compañera sentimental durante nueve años, Mirta Miller, que destacaba también de don Alfonso su sensibilidad y ternura.

El joven soñó siempre con pilotar algún día un avión. Era audaz y decidido, como su padre.

Don Jaime se enorgullecía de su hijo cada vez que éste salía airoso de un reto al que él no había podido enfrentarse por su natural limitación. La gran ocasión de surcar los cielos en un aparato militar se le presentó a don Alfonso en 1957, cuando le llamaron a filas. El recluta se incorporó a la milicia aérea universitaria, en el aeródromo de Villafría, en Burgos. Allí compartió alegrías, juergas y cansancios con Tomás Zamora, a quien escribió el 21 de septiembre desde los Alpes franceses, tras finalizar el primer ciclo de instrucción:

Querido Tomás:

Mil gracias por tus dos cartas. No sabes cuánto siento no volver a tenerte como compañero de vuelo el año que viene. En fin, lo seremos en la Facultad.

Yo lo he pasado bastante bien aquí descansando, cosa que estaba empezando a necesitar. Como consecuencia, no he estudiado mucho y me presentaré sólo si hay exámenes en octubre.

Me marché para Milán el día 23 y de allí para Madrid el día 27 en avión. Me harías un gran favor si me pusieras un telegrama a estas señas:

Vía Gesú 8, Milano, avisándome si hay o no hay exámenes para milicias en octubre (con poner un «sí» o un «no» en el telegrama es suficiente y comprenderé). Todo esto es para que en el caso de que no haya exámenes, quedarme en casa un poco más. El examen que realmente me interesa que haya, es más que ninguno el de Derecho Civil.

Perdóname por las molestias que te procuro, esperando verte pronto recibe un cariñoso abrazo de

Alfonso^[6]

Pero Alfonso no viajó el día 27 a Madrid, como anunciaba a su amigo. El 5 de octubre le escribió esta otra carta a Zamora:

Querido Tomás:

Mil gracias por tu carta y por tus informes. A pesar de todo he decidido no presentarme a estos exámenes, tenía muchas dudas y no quería exponerme a un cate ulterior. He dejado por lo tanto de estudiar por completo en estos días y me encuentro finalmente en casa en un dulce «non far niente». Me quedaré aquí todavía unos cuantos días y luego regresaré a Madrid para empezar el nuevo curso más cargado de exámenes que nunca.

Un abrazo muy afectuoso y hasta Madrid,

Alfonso^[7]

PD: ¡Qué maravilla no oír más trompetas! ¿verdad?

Alfonso era, como me recordaba Zamora, «un estudiante del montón, pero muy trabajador y responsable». Un estudiante en el que habían prendido ya los ideales dinásticos.

El 11 de febrero había celebrado una rueda de prensa en París, durante la cual repartió entre los periodistas copias del artículo del marqués de Villamagna titulado «Sucesión y legitimidad», publicado diez años antes en el diario Arriba, así como un estudio genealógico extraído del Larousse que defendía sus derechos al trono de España. Don Jaime envió al acto a su secretario Alderete.

Al día siguiente, el agregado de prensa en la embajada de París, G. de Linares, se aventuraba a conjeturar que la rueda de prensa celebrada en la Casa de América Latina no había tenido otra finalidad que presionar a don Juan para que cuidase materialmente de su hermano Jaime; es decir, que Alfonso de Borbón Dampierre, según el diplomático español, había aceptado personificar con su actitud un chantaje a don Juan para que ayudara económicamente a su padre:

¿Qué propósito se persigue con esta intempestiva reunión? ¿Sembrar discordias, reavivar hoguera adormecida, levantar bandera? Después de investigar un poco sobre el caso, he llegado a la conclusión de que el móvil es más pequeño, aunque los resultados no dejen de ser nocivos: se pretende hacer ver, creo yo, a don Juan que es conveniente no descuidar los deseos de su hermano don Jaime, y hacerle la vida grata, no regateándole medios materiales y acelerando en cuanto sea posible unas participaciones testamentarias que se arrastran, y que colocan a don Jaime en una situación financiera difícil.

Los que inspiran estas desplazadas declaraciones de ahora piensan que este sistema de reavivar y de incitar puede ser práctico para conseguir mejor disposición en cuestiones materiales.

Apena que las cosas sucedan así, y que aun entre personas de alta alcurnia los actos tengan apariencia de cínico chantaje, porque piensan que la amenaza es más rentable que la concordia.

Confieso que me equivoqué y que nunca pensé que don Alfonso, que me pareció un joven despierto y ponderado, pudiese avenirse a este juego. Creo que si puede Vd. [se refería a Miguel Lojendio] hacer algo por mejorar la condición financiera de don Jaime se amansarían las aguas y todo quedaría en una borrasca de mal humor pasajera.^[8]

El diplomático español tenía razón al recalcar la gran preocupación de Alfonso de Borbón Dampierre por la delicada economía de su padre; pero su protagonismo en aquel acto no suponía en modo alguno un chantaje, dado que él había asumido ya sus pretensiones dinásticas como primogénito de un príncipe de Asturias que había sido presionado para renunciar recurriendo al vil metal.

Sus aspiraciones sucesorias no tenían marcha atrás. Aquel verano había visitado a don Juan en Estoril, acompañado de un abogado, para que su tío le otorgara la condición de infante y un título nobiliario.

Disgustado con aquellos que incumplían su promesa de proporcionar a su padre seguridad material por renunciar al trono, el duque de Cádiz seguía muy de cerca los graves aprietos económicos de don Jaime, como lo probaba esta carta dirigida a Ramón Alderete durante uno de sus permisos militares:

Ejército del Aire. Milicia Aérea Universitaria. Alumnos. Aeródromo-Escuela de Villafría.

Sábado 2-8-58

Querido Ramón:

Aprovechando el único permiso general del verano, que se da con motivo de la jura de la bandera de los nuevos alféreces, he pasado unos días en Madrid y al reintegrarme al Campamento me encuentro con tu carta del 16 que con mucho gusto contesto.

El Sr. Jiménez Navarro salía de veraneo, pero estuvo a verme un rato en el Hotel y me contó algo de lo que le habías dicho por teléfono, confirmado por la tuya. Es sencillamente lamentable que después de realizado el viaje que con tantas instancias me pedías hayan quedado las cosas así. No comprendo

tampoco que la «alta política» (como tú la llamas) tenga mucho que hacer en la vida privada de mi padre, que en algún momento se la han hecho insoportable entre todos. De haber contado con tu información al respecto hubiéramos utilizado mi hermano y yo otro camino de actuación más directo y no seguiría así después de tanto tiempo. En fin, cada día siento más pena ante las desgracias de mi padre.

Ya sabes que los pagos que hayan realizado a Michèle por mi orden, te los reembolsaré. Sabes también que ahora no me es posible hacerlo y que en consecuencia no estoy en disposición de hacer los giros que me indicas. Me resultará mucho más fácil reintegrarte de una sola vez, pero será después de que con la terminación de mis cursos militares recobre la necesaria libertad de movimientos. Por eso me resulta imposible desplazarme a Hendaya y creo que mucho más práctico que para vernos te acerques a Burgos un fin de semana. Hace tiempo que habrías de haber hecho este viaje.

Un cordial saludo a tus familiares y a ti de

Alfonso^[9]

La situación económica del hijo nada tenía que envidiar, por desgracia, a la del padre, como me recordaba Tomás Zamora:

Cuando era pequeño, Alfonso tenía unos pantalones que, cada vez que debía ir a algún sitio, los ponía debajo del colchón de su cama para plancharlos. Él mismo me contaba que, de pequeño, cuando su madre ya estaba con Tonino [Antonio Sozzani], la pareja se bañaba en la playa de pago, mientras que él y su hermano Gonzalo iban a las rocas y dejaban allí los zapatos.

Zamora aludía también a la patética situación de don Jaime:

El hombre es que tenía que poner la mano para comer. No tenía coche propio ni piso. Yo recuerdo que no le daban ni matrícula del cuerpo diplomático para el coche que le habían dejado en París o en Ginebra. La pidió al gobierno español y se la negaron.

Ignorado por su propia familia, y en particular por su hermano Juan, don Jaime recurrió a la generosidad de Franco. En el círculo de confianza del conde de Barcelona se temía que don Jaime hubiera visitado al Caudillo en El Pardo para pedirle dinero, y que ese gesto hubiese servido para acercar las posturas de ambos sobre la sucesión.

Celebrado o no ese encuentro, lo cierto era que, en enero de 1956, don Jaime

había escrito al jefe del Estado agradeciéndole su preocupación por él: «Gracias a su amable intervención ya recibí la mitad de la parte que necesito del dinero para cancelar mis compromisos financieros».

La carta probaba que entre ellos medió dinero y que Franco se comportaba de modo deferente con don Jaime, cuyos hijos llevaban ya dos años estudiando en España.

Pero eso no significaba que Franco hubiese descartado aún a don Juan como sucesor a título de rey; al contrario: le aceptaba como candidato con mejor derecho, por encima de Borbón Dampierre y de don Juan Carlos; aunque, eso sí, advertía que la decisión debía ser muy bien meditada.

Del archivo de Franco pude rescatar un documento de gran trascendencia sobre la sucesión, fechado en 1958, y que constituye una prueba fehaciente de que, al contrario de lo que sostienen otros autores, el Caudillo aún no había apartado del todo al conde de Barcelona del camino hacia el trono:

Si lo que busca en el artículo —escribía Franco, en alusión a uno que alguien, no se conoce quién, pretendía publicar entonces en la prensa en favor de don Juan— es el recordar la existencia de los derechos a la Corona de Don Juan de Borbón en primacía sobre los de su hijo Don Juan Carlos, esto nadie lo duda; si de lo que se trata es de defender la candidatura de Don Juan de Borbón como futuro Pretendiente utilizable para el momento de la sucesión, esto es más delicado y hay que pensarlo más [...]. Si don Juan se siente con ánimos para una rectificación leal que, sirviendo a la causa de la Monarquía, sirva también a la Nación... yo no encontraría inconveniente en valorarlo, pero partiendo de la base inequívoca de su adhesión e identificación sin reservas con el Régimen...

Poco antes, en septiembre de 1957, Laureano López Rodó, incorporado a la vida política el año anterior, recordaba a don Juan, en Estoril, cuál era la postura de Franco sobre la sucesión. Las palabras del colaborador directo de Carrero Blanco en la Presidencia del Gobierno ratificaban en lo fundamental las anotaciones manuscritas que el jefe del Estado realizaría poco después, y hacían resurgir la amenazadora sombra de Alfonso de Borbón Dampierre sobre los intereses sucesorios de su tío Juan:

Franco reacciona vivamente contra todo lo que pueda hacerle temer que el día que él falte se hará borrón y cuenta nueva y se volverá a los planteamientos anteriores al 18 de julio, y cree que hasta la fecha don Juan no ha dado garantías suficientes de aceptación a los Principios Fundamentales del Estado. Aunque reconoce que el conde de Barcelona es el candidato con

mejor derecho a la Corona, comienza a sentirse preocupado y a pensar en la posibilidad de tener que requerirle para que renuncie a sus derechos, como lo hizo Alfonso XIII a favor de su hijo y, si no accediera a la renuncia, recurriría al hijo mayor del infante don Jaime, don Alfonso de Borbón Dampierre, a quien tiene un alto aprecio.^[10]

Alfonso de Borbón Dampierre pendía, en efecto, como una espada de Damocles sobre el gacete de su tío Juan, aunque éste no hubiese sido descartado aún del todo por Franco. Anson, en su *Don Juan*, relataba un episodio que constituía una prueba más de las verdaderas intenciones de Franco, acaecido en marzo de 1957, con motivo de la inauguración de un busto del infante don Alfonsito, en el primer aniversario de su muerte.

El conde de Ruiseñada quería dar solemnidad al acto en su finca El Alamín, pero Anson temía que la inauguración evocase a don Juan Carlos la pesadilla real vivida en Villa Giralda, que costó la vida a su hermano de catorce años. Ruiseñada le dijo entonces que la estatua la inauguraría Alfonso de Borbón Dampierre:

Se lo he dicho al generalísimo —alegó Ruiseñada—. Y, ¿sabes lo que me ha contestado Franco? Pues textualmente lo siguiente: «Que inaugure el busto Alfonso de Borbón Dampierre. Quiero que le cultive usted, Ruiseñada. Porque si el hijo nos sale rana, como nos ha salido el padre, habrá que pensar en don Alfonso».

Anson resumía así la estrategia del jefe del Estado:

Franco introduce, pues, un nuevo elemento de discordia en la Causa monárquica, que tiene el peligro de un miura. Como don Juan está excluido, si don Juan Carlos no se muestra dócil, si el Príncipe «sale rana», el dictador puede nombrar sucesor a don Alfonso, hijo mayor, en definitiva, del hijo mayor, tras la muerte del conde de Covadonga (don Alfonso de Borbón Battenberg), de Alfonso XIII.^[11]

Don Juan sopesaba ya el riesgo de que Franco efectuase el salto dinástico en favor de su hijo Juan Carlos, tras la nueva entrevista que ambos celebraron en Las Cabezas, el 29 de marzo de 1960. Así se lo comunicaba, en una extensa carta, al general:

[...] Tal equívoco quedaría deshecho mediante una declaración explícita de que el desarrollo de la educación del Príncipe no prejuzga la cuestión sucesoria, ni altera la transmisión normal de las obligaciones y las

responsabilidades dinásticas [...]. No podemos exponer a este país —tan entrañablemente amado por ambos— a los albures de una sucesión improvisada y débil, que conduciría a una nueva República, ni tampoco a los de una Regencia cuyos peligros y gravísimas dificultades ni a V. E., ni a mí, ni a ningún español consciente, se le escapan...^[12]

Consciente de la fragilidad de su candidatura, el conde de Barcelona trataba de disuadir implícitamente a su hijo ante la posibilidad de que aceptara sucederle contra su voluntad, en una entrevista con el periodista italiano Pier Luigi Barbato, del *Giornale d'Italia*, publicada el 8 de enero de 1960.

Don Juan insistía en su condición de legítimo heredero de su padre, el rey Alfonso XIII, y aseguraba que su hijo respetaría su posición:

[...] Existe un indestructible acuerdo mío con mi hijo y en el seno de la Familia Real, firmemente unida en un solo bloque. Entre nosotros reina desde siempre la máxima armonía: una fe y una confianza inquebrantables. Por consiguiente, no cabe pensar en una solución contraria a esos acuerdos y a tal unitaria firmeza de voluntades y de sentimientos.

¡Qué equivocado, demostraría la Historia, que estaba don Juan!

En ese momento, en el otro polo de la carrera por la sucesión, Alfonso de Borbón Dampierre se perfilaba cada vez con más posibilidades de acuerdo con la Ley franquista.

Su nominación surgió en realidad a principios de los años sesenta, cuando los jefes del Movimiento vieron en el duque de Cádiz a un candidato dócil al espíritu del 18 de Julio.

Descartado don Juan, no acababan de fiarse del hijo, a quien consideraban, inexplicablemente, poco inteligente y algo cohibido.

Como recordaba el periodista Joaquín Bardavío, los miembros del Sindicato Español Universitario (SEU), «muchos de ellos hoy fervientes juancarlistas, gritaban en los años sesenta la consigna de “¡No queremos reyes tontos!”».

Sin embargo, quien acabaría plegándose sin condiciones a los Principios del Movimiento, acatando mediante juramento sus Leyes Fundamentales en 1969 e incumpléndolas más tarde, sería el propio don Juan Carlos.

Entre los partidarios de Borbón Dampierre había quienes buscaban en él a un rey leal a los Principios del Movimiento y otros que, en realidad, pretendían crear sólo un clima de confusión que diese paso a una regencia.

Sea como fuere, lo cierto era que Alfonso de Borbón Dampierre, que en su primera visita a Franco no había mostrado interés alguno por sus derechos a la Corona de España, disimulando quizá su verdadera intención, comenzó a

reivindicarlos con insistencia en aquellos años. Su defensa abierta coincidió con la decisión de su padre de dejar sin efecto sus renunciaciones.

Pero, muy pronto, la candidatura de su primo Juan Carlos iba a dar un paso de gigante que resultaría decisivo para frustrar sus aspiraciones.

Capítulo XII. Los malabarismos

El 14 de mayo de 1962, Juan Carlos y Sofía contrajeron matrimonio en Atenas.

Los preparativos de la ceremonia ahondaron aún más en el abismo fraterno que separaba a don Jaime y don Juan. En las participaciones de boda, emitidas por la secretaría del conde de Barcelona, se otorgaba al heredero de don Juan el título de príncipe de Asturias, propio del sucesor a la Corona.

Don Jaime se opuso enseguida a esa designación que consideraba arbitraria, y reclamó el título, pese a que ese reconocimiento, al considerarse él mismo jefe de la Casa Real, correspondía en puridad a su hijo Alfonso.

En una carta fechada en París el 18 de abril, dejaba bien clara su postura a su secretario Alderete:

Mi querido Ramón:

Si como algunos periódicos se han hecho eco, el título de Príncipe de Asturias hubiera sido concedido a mi sobrino Juan Carlos por el general Franco o por mi hermano Juan o por cualquier otra entidad —con ocasión de su próximo matrimonio—, te pido expresamente dar a conocer, en mi nombre, mi oposición solemne y formal a esta decisión.

Te pido subrayes que el título de Príncipe de Asturias me pertenece, en mi calidad de hijo primogénito del último rey reinante español, mi padre Alfonso XIII, y que, por lo demás, ningún título nobiliario español o francés podría ser otorgado sino por mí, en calidad de jefe de la Casa de Borbón.

Te dejo toda latitud [sic] en lo que respecta a los medios para dar a conocer mi oposición al conocimiento de los jefes de Estado y del público.

Te abraza muy afectuosamente

Jaime de Borbón y Battenberg
Duque de Segovia^[1]

Pero Franco se opuso a que don Juan Carlos utilizase el título de príncipe de Asturias, pese a los ruegos de éste, por la simple razón de que eso significaba reconocer a don Juan como rey.

Para tranquilizarle, el jefe del Estado le hizo por primera vez esta sensacional confidencia: «Yo os aseguro, Alteza, que tenéis muchas más probabilidades de ser rey de España que vuestro padre».

Enfrentado con su hermano Juan, el duque de Segovia decidió no asistir al enlace en Atenas. Sí lo hizo, en cambio, su primogénito Alfonso, que debía actuar como testigo y fue objeto de una profunda humillación: en el programa oficial de invitados, publicado conjuntamente por la corte griega y la secretaría del conde de Barcelona, se

le citaba anteponiéndole un simple «don», sin tratamiento ni título alguno.

«Pronto advertí —recordaba el duque de Cádiz— la mano de los cortesanos en una serie de vejaciones cuyo blanco era yo: tan pronto una falsificación de título en las tarjetas como un protocolo no respetado. El número de pinchazos fue tan grande que un día decidí hacer las maletas y volver a España».

Su abuela, la reina Victoria Eugenia, logró pararle los pies: «Oye, Alfonso —le previno—, no vayas a estropearlo todo. Puedo garantizarte que tu primo no tiene nada que ver en esto. Después de todo, has venido por él. Ya las pagarán».

Pero don Juan Carlos, como advertía Anson, no había invitado desinteresadamente a su boda a don Alfonso de Borbón Dampierre:

Sabe que su primo es una espada de Damocles sobre su cabeza. Y damasquinada por la Falange. Don Juan también lo sabe. La frase de Franco a Ruiseñada y la propaganda falangista en torno al hijo de don Jaime preocupaban a la Familia Real. El Príncipe de Asturias prefería tener cerca a su primo y hacerle objeto de deferencias. El instinto de don Juan Carlos era certero. Sólo unos meses después de la boda, el Caudillo le decía a Pacón: «Don Alfonso de Borbón Dampierre, que es culto, patriota, podría ser una solución si no se arregla lo de don Juan Carlos».^[2]

Casi un año después del enlace, el 16 de abril, la reina Victoria Eugenia almorzaba en Lausana con Gregorio Marañón Moya, representante de España en la Unión Interparlamentaria y monárquico convencido, a quien acompañaba su esposa, María Caro.

La reina, según el informe que redactó luego Marañón, rescatado del archivo de Franco, se sinceró así con el matrimonio:

Me he hecho íntima amiga de la reina Federica. Nos hablamos por teléfono casi a diario. Estoy encantada con la boda de Sofía. Está preparada para su *métier* de reina, aparte de que es hija de reyes. Lo malo es que es casi seguro que ni Juan ni Juanito estarán nunca en el Alcázar pues dentro de pocos años, si las cosas siguen así, Rusia gobernará a Europa.^[3]

En otro momento, Victoria Eugenia reveló al matrimonio las discrepancias entre su hijo Juan y su nieto Juan Carlos respecto a Franco:

Federica me dijo en Atenas que teníamos que dar las gracias a Franco por el barco de guerra con ministro de Marina y todo. Juan me dijo que no. Yo dije que sí, y que cuanto antes, mejor. Y se acordó la visita de los príncipes a Madrid y el almuerzo en El Pardo. Todo eso en plena «luna de miel». Sofía y

mi nieto me dijeron después que Franco había estado muy «simpático» y que Carmencita, la hija, también. Pregunté a Sofía cómo era Cristóbal Villaverde y Sofía sólo me dijo: «Es un *play boy*». Como ves, tengo un papel muy difícil entre hijo y nieto.

La reina comentó también a los Marañón el consejo que le había dado a su hijo Juan: «Le acabo de decir que no tiene más que una sola política: dejar el “lado malo” de Franco y colaborar y aprovecharse del “lado bueno” de Franco». Y sobre sus otros nietos, los hijos de don Jaime, manifestó: «Alfonso es muy inteligente, pero reconcentrado y resentido. Gonzalo es más abierto. Marone me ha telefoneado que lo acaba de ver en Nueva York y que Gonzalo está trabajando muy bien en Wall Street. Me alegro, pues le quiero mucho».

Un mes después de la boda en Atenas, se reunió en Munich el denominado Movimiento Europeo, organismo privado del que formaban parte políticos de diferentes países del continente. Al congreso asistieron, además de republicanos en el exilio, otros políticos del interior, algunos de ellos identificados con la causa monárquica, como Joaquín Satrústegui, Jaime Miralles, José María Gil-Robles y Fernando Álvarez de Miranda. Su presencia allí, como señalaba López Rodó, fue utilizada por los adversarios de la monarquía para implicar a don Juan en el llamado «contubernio de Munich». Flaco favor a la institución hicieron estos hombres que, sin quererlo, cayeron en la trampa: los periódicos españoles fueron obligados a reproducir un artículo del diario francés *France-Soir*, que implicaba al conde de Barcelona en aquella maniobra, mientras que el desmentido de don Juan fue rechazado por la censura.

El conde de Barcelona era consciente así de alejarse cada vez más del trono. Precisamente para paliar ese distanciamiento dirigió el 10 de julio una carta a Franco, en la que se plegaba sin condiciones al Movimiento Nacional tratando de contentar al Caudillo:

Tengo que proclamar —declaraba don Juan sin recato alguno— la vinculación de la Monarquía con el Alzamiento del 18 de julio de 1936. Sin él, nuestra Institución secular, como tantos valores fundamentales de nuestra Historia y de nuestra vida como pueblo, difícilmente hubiera podido salvarse [...]. El sistema político de constitución abierta que hoy rige... me permite afirmar... mi adhesión a los Principios y Leyes Fundamentales del Movimiento.^[4]

Su hermano Jaime había decidido, en cambio, declarar la «guerra» inexplicablemente al régimen franquista, haciendo un llamamiento internacional por carta: «Siendo provisional el régimen de Franco, ha llegado el momento de que

restablezca la Monarquía constitucional», afirmaba.

Y añadía: «Si la mayoría de los españoles acogen la Monarquía, la Corona se pondría al servicio de la democracia. Reclamo para mi pueblo la libertad».^[5]

Pésimamente aconsejado por su entorno, el infante apuntalaba aquel despropósito con unas declaraciones al diario francés *Le Monde* en las que impugnaba de nuevo su renuncia.

Simultáneamente, desde Madrid, su hijo Alfonso trató de enmendar la grave metedura de pata de su padre. Consciente de que el único que podía instaurar la monarquía con su Ley de Sucesión estaba siendo desautorizado en medios internacionales por su propio padre, que a la vez reclamaba sus derechos al trono de España, el duque de Cádiz accedió a que la agencia de noticias *France Press* difundiese el siguiente despacho:

El infante Alfonso de Borbón, hijo mayor de don Jaime, se disocia completamente de la carta publicada en la prensa el 10 de agosto en la que su padre reclamaba al general Franco la libertad para el pueblo español.^[6]

Era evidente que el duque de Cádiz mantenía aún firme su esperanza de ser llamado algún día a reinar en España, de acuerdo con la Ley sucesoria de Franco, y pretendía evitar a toda costa que el grave error táctico de su padre diese al traste con sus aspiraciones. Así se lo hizo ver al entonces secretario de la embajada española en París, Marcelino Oreja, con quien mantuvo un encuentro reservado el 25 de agosto de 1963, en San Sebastián.

Oreja transmitió luego a sus superiores en el Ministerio de Asuntos Exteriores el contenido de su entrevista con Borbón Dampierre:

[Don Alfonso] Quería hacer valer sus derechos y, en todo caso, sigue preparándose, estudiando con rigor y esforzándose por conocer bien España por si un día pudiera ser la persona designada para ser propuesta a las Cortes como Rey de España.^[7]

Alfonso de Borbón tampoco estaba dispuesto a renunciar a sus pretensiones dinásticas, como atestiguaba Oreja:

Tras hablarme en términos corteses, aunque no cordiales, del conde de Barcelona y de su familia, me dijo que no podía considerarse válida para los descendientes la renuncia que, repetidas veces, ha hecho don Jaime a la Corona de España, ya que en el Derecho español está prohibida la renuncia que lesione legítimos derechos de los descendientes y que, además, esta renuncia nunca fue ratificada por los órganos legislativos.

Aludió también el duque de Cádiz a su primo hermano para censurarlo por llevar un título que, a su juicio, no le correspondía: «Se extrañaba —concluía Oreja— de que a don Juan Carlos se le diera el tratamiento de Príncipe de Asturias, título que sólo corresponde al hijo del Rey jurado en Cortes».

Pero el 25 de septiembre, de nuevo *Le Monde*, reproducía el mensaje que don Jaime había dirigido a cada uno de los presidentes hispanoamericanos, pidiéndoles que presentasen una moción de censura contra Franco ante las Naciones Unidas.

Don Jaime adjuntaba en su carta a los altos mandatarios una copia de la que había dirigido el mismo día al secretario general de la ONU, rogándole que sometiese a la aprobación de la Asamblea General una resolución en contra del Gobierno de Franco, a menos que éste reconociese al pueblo español «el derecho de autodeterminación política».

¿Quién era el verdadero inspirador de aquel tremendo desatino que tanto perjudicaba a los intereses sucesorios de don Jaime y de su hijo Alfonso de Borbón Dampierre?

Un viejo conocido de la política, sin duda: Ángel Galarza Gago, antiguo fiscal general de la República, que visitaba asiduamente al infante en «su corte» de Rueil-Malmaison. El mismo que organizó el acta de acusación contra Alfonso XIII en 1931 y que ahora, paradojas de la historia, asesoraba al hijo de aquél en contra del general que había puesto fin a sus desmanes. No en vano Galarza, siendo ministro de Gobernación de la República, impulsó las checas de las Milicias de Vigilancia de Retaguardia y amparó las de García Atadell y Marqués de Riscal, en las que cientos de infelices fueron torturados y asesinados durante la Guerra Civil española.

Galarza redactó las cartas de condena al régimen franquista ante las Naciones Unidas, y don Jaime se limitó a estampar su firma en ellas.

La temeridad del duque de Segovia halló pronto el apoyo entusiasta de otros conspicuos antifranquistas como Eduardo Ortega y Gasset, enemigo acérrimo también de la monarquía de Alfonso XIII.

Nombrado años atrás gobernador civil de Madrid por el Gobierno provisional de la República, Ortega y Gasset aseguraba en una carta que don Jaime, con su ataque al régimen franquista, demostraba tener nada menos que «alma de Rey»:

En nombre de la entidad «Libertad para España» [organización que él mismo presidía], integrada por españoles libres de todas las tendencias democráticas y unidos en la voluntad de reconquistar las esenciales libertades de los españoles, dejando para cuando eso ocurra el sostener las diferentes ideologías políticas entre las cuales sólo el Pueblo español puede elegir en unas elecciones sinceras e informadas, nos dirigimos a su Alteza para aplaudir la demanda que formula ante las N. U., que coincide con la médula de nuestras aspiraciones, expresada en la Declaración de Principios que tenemos el honor de adjuntarle.

Al hablar de la manera que lo ha hecho, ha demostrado tener alma de Rey, de hombre que posee una gran sensibilidad para la defensa del concepto de soberanía y para superar las facciones y partidismos políticos [...]. Esperamos que su autorizada demanda sea escuchada por la Organización de las Naciones Unidas, la cual, hasta ahora, viene siendo su cómplice silencioso de lo que la historia calificará como el crimen contra España.

Por encima de nuestras diversas opiniones políticas, nos une el amor a España.^[8]

No era la primera vez que don Jaime, mal influenciado por sus allegados, expresaba en público sus opiniones políticas. En 1958 había declarado oficialmente a la prensa que era contrario al proceso de independencia de Argelia, secesionada de la metrópoli. Su postura le valió para siempre la ojeriza del general De Gaulle, que apartó a don Jaime de todas las manifestaciones históricas y culturales celebradas en Francia durante su mandato presidencial. Celebraciones que, por cierto, solía presidir el conde de París, jefe de los orleanistas y máximo rival de don Jaime en la sucesión al trono de Francia.

Las veleidades políticas de don Jaime inquietaban profundamente al Gobierno español, cuyo embajador en París, José María de Areilza, advirtió del desprestigio que suponía para la dinastía, e incluso para el país, el nuevo giro antifranquista del infante.

Areilza abogó por trasladar a don Jaime a España para aislarle de las malas influencias, entre ellas, la de su mujer Carlota Tiedemann; algo que ya le había insinuado el propio Alfonso de Borbón Dampierre.

El embajador escribió así al ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, urgiéndole a encontrar una solución:

[...] Parece ser que el motor de todas estas actividades políticas es la actual mujer del Duque, cuya capacidad de intriga es, por lo visto, considerable.

Me decía don Alberto de Borbón [primo de don Jaime e hijo del general Borbón Castelví] que era lástima no pudiera hacerse algo para terminar con este lamentable espectáculo que, en definitiva, hace daño al prestigio de la Dinastía y al propio prestigio de España y que puede dar lugar a actividades aún más desagradables en el futuro ya que, según parece, los elementos que rodean a D. Jaime tratan de ponerle a éste en contacto con ciertas personalidades del exilio, haciéndole jugar una carta antifranquista.

[...] Piensa don Alberto de Borbón, y en esto coincido con lo que me dijo hace unos meses don Alfonso, el propio hijo de don Jaime, que no sería mala idea llevar a don Jaime a España, haciéndole residir allí en algún lugar, o finca, aislado, con una discreta vigilancia y evitando que acudiera a verle su

segunda mujer que, además ante la ley española, no tiene título alguno legal para vivir con él. Ello evitaría seguramente mucha de la mala publicidad que ahora se hace en torno al infante y acabaría de raíz con todas las intrigas. Te transmito la sugerencia por si te parece que resulta viable y para que la hagas llegar, en su caso, a Su Excelencia el Jefe del Estado que conoce bien el problema.^[9]

Enterado de la maniobra con la que se pretendía separarle de su esposa y confinarle en Madrid, don Jaime recurrió una vez más a Ángel Galarza para que le redactase un documento que sólo debía difundirse si era trasladado por la fuerza a España. Una vez leído, el infante lo firmó.

Decía así:

Por el presente documento declaro:

1.º Mi decisión de no trasladarme a España mientras el pueblo español no haya recobrado sus libertades.

2.º Que si en fecha más o menos próxima se hiciera saber que estaba en España, ello habría sido por el empleo de la fuerza sobre mi persona por parte de autoridades españolas.

3.º Que si lo anterior ocurriera, cualquier documento o declaración que se me atribuyera, será pura invención, o habría sido obtenida por la fuerza.

4.º Mi resolución de persistir en la demanda de libertad para el pueblo español para que pueda ejercer todas las prerrogativas de su soberanía, que como legítimo heredero del trono he decidido acatar, siguiendo así el ejemplo que me dio mi augusto Padre.

Este documento lo firmo por triplicado, y cada uno de sus ejemplares queda depositado en tres personas de mi confianza que únicamente podrán hacerlo público en el caso de que por fuerza o astucia fuera llevado a España.

Jaime de Borbón
Infante de España^[10]

La embajada española en París era el principal reducto que proveía de información al Gobierno de Madrid sobre las correrías del infante, manipulado por su entorno.

Un día, se presentó en la legación española madame Pierre Tolle, esposa del presidente de la Asociación de Legitimistas franceses, que defendía los derechos dinásticos de don Jaime como primogénito de la Casa de Francia.

La mujer, que dijo actuar en nombre de su marido, deseaba advertir al embajador de que don Jaime había dado toda su confianza, nombrándole incluso «jefe de su Casa Civil», a un aventurero y estafador internacional apellidado Gavilet, de

nacionalidad suiza, que residía en el número 1 de la rue André Alexopoulos.

El tal Galivet se hacía llamar duque de Val de Águeda y marqués de Vaux, y se autoproclamaba caballero y gran collar de las órdenes más importantes del mundo.

La señora Tolle temía que el pájaro de Galivet, que se ganaba la vida vendiendo condecoraciones falsas (sobre todo de la Orden del Temple, de la que se autotitulaba Gran Maestro), hubiese obtenido muchas firmas de don Jaime, en papeles en blanco, utilizándolas luego para que el infante reconociese incluso su paternidad sobre él.

«Desde luego —informaba la embajada en una nota confidencial— [Galivet] tiene cartas firmadas autorizándole para hacer toda clase de gestiones ante las autoridades oficiales y las Cortes de otros países».

De hecho, el estafador no había perdido el tiempo, presentándose en la Embajada de Grecia y en la de Mónaco con el pretexto de entregar unas cartas de don Jaime. También había visitado al padre benedictino Dom Beaurin, de la abadía de la Source, en la calle de ese mismo nombre en París, con una carta firmada por el infante. Pretendía que el religioso le acompañase ese mismo día a Roma para solicitar al Papa la nulidad del primer matrimonio de don Jaime con Emanuela de Dampierre, de modo que declarase válido el enlace con Carlota Tiedemann y reconociese a don Jaime, en última instancia, como rey de Francia y España. Increíble, pero cierto.

Además de esas ridículas gestiones que comprometían el prestigio del infante, a la señora Tolle le preocupaba que Galivet pudiese emprender otras más peligrosas que mezclasen a la víctima en asuntos turbios.

Entre tanto, Galivet se movía a su antojo, utilizando un vehículo con matrícula del Cuerpo Diplomático.

La señora Tolle suponía que detrás de Galivet estaba Carlota Tiedemann, y pedía al embajador que hiciese cuanto estuviese en su mano para alejar al duque de Segovia de ese embaucador.

Por último, recomendaba al diplomático que hablase con el padre Dom Beaurin y con el barón Louis de Condé, que le darían más información.

Don Jaime era víctima así de un pernicioso entramado de influencias que pretendía aprovecharse de él. Franco conocía muy bien el problema, lo mismo que el duque de Cádiz, consciente también de que esas malas compañías le perjudicaban seriamente en su camino hacia el trono.

Para contrarrestar ese negativo influjo, Alfonso de Borbón Dampierre trataba de acercarse desesperadamente a Franco, el único que tenía la sartén por el mango con su Ley de Sucesión, identificándose con los Principios Fundamentales que regían el franquismo. Así lo hacía constar en una nota escrita al jefe del Estado el 17 de julio de 1963, la víspera del aniversario del Alzamiento Nacional:

Mi general:

Al cumplirse el 27 aniversario de la iniciación del Movimiento Nacional,

quiero reiterarle mi adhesión a sus Principios Fundamentales juntamente con mi cariñosa felicitación, inspiradas una y otra en el valor esencial y eficacia de aquellos Principios y en el afecto y admiración sinceros que profeso a la persona de V. E.

Le saluda con mucho cariño

Alfonso de Borbón^[11]

Don Alfonso era ya un joven licenciado en Derecho en busca de trabajo.

Franco le advirtió que los miembros de la Familia Real no debían incorporarse a empresas privadas y que hablaría con Carrero Blanco para ver si podía hacerlo en alguna estatal. Poco después, el ministro de la Presidencia aprobaba la decisión de Borbón Dampierre de trabajar en una entidad bancaria. Así fue como el duque de Cádiz llegó a convertirse en subdirector general del Banco Exterior.

Desde el principio, el primogénito de don Jaime hizo valer sus derechos al trono español y francés. La revista del Centro Doctrinal Legitimista, *Tradition Française*, informaba de la presentación oficial de don Alfonso, duque de Borbón, como delfín de Francia.

El acto, celebrado en los salones del parisino hotel Crillon el 18 de junio de 1965, contó con la asistencia de setecientos cincuenta invitados, encabezados por los duques de Bauffremont, Doudeauville, Maillé y Polignac.

Los asistentes quedaron gratamente impresionados por la seriedad del príncipe español, asistido por el barón de Pinoteau y por el conde de la Forest Divonne, ambos miembros de su secretariado.

Don Alfonso asumía en Francia su papel público de delfín, mientras que en España seguía figurando en la quiniela sucesoria de Franco, que en sus revelaciones a su primo Salgado-Araujo volvía a jugar con las tres mismas cartas de la sucesión; aunque, en realidad, eran más bien dos los naipes, puesto que a esas alturas don Juan estaba ya prácticamente descartado:

Vivir parte del año en España sólo puede tener ventajas para don Juan Carlos, pues, al estar en contacto con su pueblo, puede éste encariñarse con él y de esta forma es posible que llegue a ser rey de España [...]. Don Juan Carlos tendría más probabilidades que nadie viviendo en España [...]. El heredero legal de la Corona, una vez descartado el príncipe don Juan de Borbón, es su hijo Juan Carlos [...]. Quedan otros príncipes, como el infante don Alfonso de Borbón Dampierre, que es culto, patriota, y que podría ser una solución si no se arregla lo de don Juan Carlos.

Franco se refería a Borbón Dampierre como «príncipe», y poco después plasmaba algunas reflexiones en un documento privado de extraordinaria importancia, en el que

por primera vez prescindía de don Juan, pedía la identificación plena de don Juan Carlos con el Movimiento y se reservaba, por si acaso, la carta de Borbón Dampierre:

[...] Plantearle el problema de la abdicación a D. Juan y a D. Juanito la identificación absoluta con el Régimen y la entrega [...]. Consultar a los grupos tradicionales llamándolos a la unidad bajo don Juanito [ilegible], si hay porque sí; si no por falta de acuerdo se puede plantear lo de D. Alfonso. Ponerle a prueba identificación.^[12]

A esas alturas, el jefe del Estado aún no había excluido del todo al hijo mayor de don Jaime, aunque se inclinase por su primo Juan Carlos, colocándole por primera vez junto a él en la tribuna de presidencia durante el desfile de la Victoria, celebrado el 15 de mayo de 1964.

Sin embargo, sí se había planteado seriamente descartar ya a don Juan, pero sabía que un posible salto dinástico desataría la ira del conde de Barcelona. Por eso decidió ser cauto, tanteando antes de nada a la reina Victoria Eugenia a través del embajador ante el Vaticano, José María Doussinague. Éste resumió luego, en cuatro folios, su conversación con la reina, a quien acompañaba la infanta Beatriz.

La conclusión esencial de la entrevista era ésta:

Tanto la Reina como la infanta añadieron que era una pena que se descartase a Don Juan, ponderando sus cualidades personales. La infanta Beatriz añadió: «Él se sacrificará cediendo a Juanito sus derechos, pero es una pena».^[13]

Mientras, Alfonso de Borbón Dampierre no se daba por vencido. Algunas voces se levantaron en su apoyo, como la de Alicia de Borbón, hija menor y única superviviente de don Carlos VII. Para ella, los derechos de sucesión de la dinastía agnada (es decir, por línea de varón en varón) de la rama del infante Francisco de Paula, hermano menor del rey Carlos V, estaban representados por «S. A. R. el infante de España don Alfonso Jaime de Borbón Dampierre, que en su día, por serlo hoy su padre, está llamado también a ostentar la jefatura de la Casa Real de Borbón».

Las manifestaciones de Alicia de Borbón entusiasmaron a don Jaime, que le agradeció melifluamente en la prensa francesa el detalle de recordarle como jefe de la Casa de Borbón y asumió desde aquel día el título de duque de Madrid, junto al de Anjou, imitando a varios de sus predecesores carlistas.

Don Jaime aprovechó la ocasión para matizar también los motivos de su renuncia en 1933, con unas declaraciones que la prensa pasó por alto en España, pero cuyo interés era evidente:

Mi renuncia la hice cuando era hijo de familia y no cabeza de ella. Estaba soltero, creí mi deber obedecer a mi padre. Si en aquellas circunstancias la Monarquía hubiera sido restaurada, decidido Alfonso XIII a abdicar, sufriendo yo una disminución física, que no intelectual, no podía dudar de que la incapacidad para reinar sería declarada por las Cortes. El llamado a ocupar el trono era mi hermano. Consciente de ello mi padre quiso evitar, al pedirme la renuncia, un trámite que consideraba para mí doloroso.

Desde que fui cabeza de familia y padre, el cambio de circunstancias me indujo a dar por nula una renuncia que, de haberla mantenido, alteraba el orden de sucesión en perjuicio de mis hijos.

La abdicación de Alfonso XIII era su derecho. Lo que mi padre no podía hacer era designar su sucesor. Si se reconoce al Rey esa facultad, la Monarquía pierde su carácter de hereditaria y se convierte en electiva. Ello no puede hacerse por la voluntad del Rey, que está obligado a respetar las leyes de sucesión.

No es con cartas, ni con decisiones políticas partidistas, como se reforman las disposiciones legales sucesorias. Mantengo el principio de que los reyes no se hacen, nacen.^[14]

Si de algo estaba convencido ya Franco era de que don Juan no le sucedería. El 25 de noviembre de 1965, Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información, lanzaba su propio órdago: «En la conciencia de los españoles está cada día más clara la llegada al trono de España de don Juan Carlos de Borbón», vaticinó.

La reflexión de Fraga apesadumbró al conde de Barcelona y solazó seguramente a don Jaime, enfrentado irremediabilmente con su hermano menor por la sucesión.

Tres meses después de la declaración de Fraga, el 5 de marzo, los «juanistas» cerraron filas en torno a su rey, organizándole un acto público de lealtad en Estoril para compensarle por el disgusto a raíz de las palabras del ministro de Información. Don Juan Carlos no asistió y puso como excusa que no se encontraba bien. Pero días después, el 26 de marzo, Salgado-Araujo anotaba la verdad que Franco le había contado, dejando en evidencia a don Juan Carlos:

Hace días [don Juan Carlos] se negó a asistir al consejo que tuvo lugar en Estoril, bajo la presidencia de su padre, tomando como pretexto una ligera afección de vientre que padecía y que no le impidió visitarme acompañado de la Princesa. En la entrevista me dijo que no le agradaba asistir a aquella reunión política, aunque su padre tenía especial empeño en ello.

La noche del 5 de marzo, don Juan pronunció unas tremendas palabras ante su consejo privado, que presagiaban ya lo que iba a ocurrir:

El Príncipe ha salido hoy de mi autoridad y ha desobedecido una orden mía. Debo decir que tiene ya veintiocho años y en muchas cuestiones su criterio no coincide con el que yo tengo... La unidad de la dinastía, queridos míos, está rota.^[15]

Aquella noche se hizo larga y tensa en el salón de Villa Giralda, donde el conde de Barcelona y su consejero Sainz Rodríguez se enzarzaron en una fuerte discusión. Con su característica expresividad y acritud, Sainz Rodríguez no se anduvo por las ramas y puso a don Juan las cartas sobre la mesa:

Vuestra Majestad no tiene ni ha tenido desde la conferencia de Postdam una sola probabilidad de ser Rey de España. ¿Me ve bien Vuestra Majestad como soy yo, bajo y gordo? ¿Cree Vuestra Majestad que yo podría ganarle un partido de tenis a Manuel Santana? Seguramente no lo cree, ¿verdad? Pues las mismas probabilidades de que derrote a Santana tiene Vuestra Majestad de ganarle a Franco o de que Franco le nombre Rey de España.^[16]

A Sainz Rodríguez no le sorprendió en absoluto que don Juan Carlos no asistiese al acto en Estoril: «Don Juanito tiene que jugar un papel en España y lo que ha hecho hoy era inevitable, lo tenía yo completamente previsto y forma parte de una estrategia elemental...», aseguró.

Don Juan Carlos mantenía, en efecto, muy vivas sus esperanzas de ceñir algún día la Corona de España, que pasaban por distanciarse de su padre a los ojos de Franco, el único que podía designarle. Por eso, el más mínimo tropiezo, como era asistir a la reunión de Estoril, podía disgustar al Caudillo y desbaratar sus aspiraciones sucesorias.

En una encrucijada parecida se hallaba su primo, el duque de Cádiz, sobre quien Sainz Rodríguez había advertido a don Juan Carlos: «Hay que tener mucho cuidado con Borbón Dampierre».

El duque de Cádiz, lo mismo que hacía ahora su primo Juan Carlos, se había mostrado muy cauteloso meses antes, acallando el movimiento de adhesión que subrayaba su condición de nieto mayor de Alfonso XIII y rebatía los argumentos de la renuncia de su padre. No creía él que fuese aquél el modo de contar en la quiniela sucesoria de Franco, sino más bien dejar que éste madurase su decisión sin presiones.

El propio Laureano López Rodó se vio obligado a redactar un modelo de carta que sirviese de pauta a Borbón Dampierre para enviársela a su abuela, la reina Victoria Eugenia, con el objetivo de silenciar a sus radicales partidarios.

López Rodó hizo este esbozo:

Ya puede imaginar V. M. cuánto me contrarían y disgustan los rumores

que en ciertos ambientes y hasta en determinada Prensa extranjera vienen circulando sobre una supuesta aspiración mía al trono de España. Me doy cuenta del daño que estos infundios pueden ocasionar a nuestra querida Patria y a la Monarquía [también a sus propias aspiraciones a la Corona] y por ello ruego a V. M. que acepte mis más firmes protestas de lealtad a la Casa Real, de acatamiento a cuanto dispuso S. M. Don Alfonso XIII y declaró terminantemente mi padre, y mi irrevocable voluntad de rechazar enérgicamente y salir al paso de cualquier insinuación que se haga, especulando en torno a mi persona. V. M., por supuesto, juzgará acerca del uso que convenga hacer de esta carta en la que ruego vea la expresión del respeto y cariño de Vuestro nieto.^[17]

Un año después, el 30 de julio de 1966, el diario *Pueblo* daba en la diana al titular «El príncipe prudente» una entrevista con Alfonso de Borbón. La pluma de Fernando Montejano trataba de ahondar así en el delicado asunto dinástico:

Uno piensa que tal vez está ante el príncipe que podría ocupar el trono de España: en torno a la vieja cuestión sobre los derechos monárquicos parece que no todo el mundo está de acuerdo. Hay quienes dicen que durante el exilio de Alfonso XIII se produjeron dos hechos jurídicamente inválidos: abdicación de don Jaime de Borbón y Battenberg sobre él y sus descendientes, que de por sí precisaba el refrendo de las Cortes españolas, y el punto culminante de la cuestión referida en cuanto «para sus descendientes», negado por el Código Civil...

El periodista resumía los mismos argumentos que esgrimían los abogados de don Jaime y trataba de arrancar al duque de Cádiz alguna declaración en este sentido. Pero las respuestas de éste eran, precisamente, las de un «príncipe prudente» que acababa de cumplir treinta años, la edad mínima establecida en la Ley de Sucesión para ser designado rey:

Mi postura es muy sencilla: yo no quiero ni pretendo absolutamente nada, sino estar a disposición de mi Patria [...]. Estoy a disposición de mi patria para todo lo que de mí pretenda, para lo bueno y lo malo. Mi mayor ilusión es servir a mi país. Eso es todo.

Declaraciones que a Franco, sin duda, le agradaban y que mejoraban si cabe más el alto concepto que ya tenía de él.

Tratando de satisfacer una vez más al jefe del Estado y desmarcándose de su padre, que había reclamado el fin del franquismo ante las Naciones Unidas, Alfonso

de Borbón Dampierre concedía en diciembre una amplia entrevista a Tico Medina, redactor de *Pueblo*, en la que elogiaba la Ley Orgánica del Estado que acababa de refrendar la mayoría de los españoles:

Es ágil y prudente. Supone un paso decisivo en el proceso constitucional abierto español. Conviene perfectamente a un pueblo al que su cercana historia hace aspirar antes que nada a la seguridad de una continuidad estableciendo un mecanismo de sucesión en el que responsabiliza al pueblo español a brindar mayores cauces de participación del pueblo en la labor legislativa, encuadrando al mismo tiempo el contraste natural de pareceres y tendencias de la comunidad en el Consejo Nacional, y sobreestudiando un instrumento muy matizado, con enormes posibilidades de futuro.

El duque de Cádiz se identificaba así con el ordenamiento jurídico del régimen. Aprobada la Ley Orgánica en el pleno de las Cortes, se sometió a referéndum el 14 de diciembre. Votaron cerca de diecinueve millones y medio de españoles y sólo se abstuvo el 8,9 por ciento del electorado.

La Ley Orgánica del Estado refrendaba todas las Leyes Fundamentales anteriores, entre ellas la de Sucesión, e incorporaba como novedad la separación de los cargos de jefe del Estado y jefe de Gobierno, que Franco no ejercería hasta 1973, cuando nombrase a Carrero Blanco.

Su entrada en vigor dejaba abierto el camino definitivamente a la figura de un rey, al margen de las dudas y prevenciones que, con la regencia, habían existido hasta entonces. Franco destituyó así, el 22 de junio de 1967, al general Muñoz Grandes de la vicepresidencia del Gobierno y en el escenario político surgió con más fuerza el almirante Carrero Blanco. Era el comienzo del futuro como rey de don Juan Carlos.

Cuatro días después de la entrevista con Tico Medina en *Pueblo*, Alfonso de Borbón volvía a ocupar las páginas de los periódicos. Se trataba esta vez del diario francés *Le Figaro* que, bajo la firma de Guillemet Brulon, recogía una declaración del duque de Cádiz en la que éste se mostraba poco claro, en su línea habitual de prudencia, sobre su papel como candidato a la sucesión:

No, no me considero pretendiente habitual, pues entre otras cosas esta fórmula no cuadra con la contextura política de nuestra época. Pero no puedo en cambio olvidar que me conciernen directamente las condiciones establecidas en esta materia por la Ley de Sucesión. En consecuencia, considero un deber el estar a la disposición de mi país si algún día quiere disponer de mi persona.

Los periódicos españoles recogieron la entrevista del diario francés. Y *El Alcázar*

preguntaba desde sus páginas: «¿Qué posición ocupa o desea ocupar el príncipe don Alfonso de Borbón Dampierre en el panorama político español? Él es quien debe decirlo. Nobleza obliga...».

El llamamiento que hacía el diario madrileño en su editorial provocó la respuesta, esta vez bien contundente, de don Alfonso, en una carta dirigida al director, José Luis Cebrián.

Borbón Dampierre se despojaba al fin de su antifaz de prudente: por un lado, reafirmandose en sus derechos dinásticos como nieto mayor de Alfonso XIII y «príncipe de estirpe regia»; y por otro, separando lo que era una cuestión dinástica del actual entorno político de España, regida por una Ley de Sucesión que el pueblo había refrendado y que le convertía a él —heredero legítimo— en candidato desde el punto de vista de la legalidad franquista:

Si como un español más —aseveraba— acepto y suscribo las leyes vigentes, como nieto mayor del último rey de España y como príncipe de estirpe regia no tengo derecho a olvidar que concurren también en mí, directamente, las condiciones precisadas en la Ley de Sucesión. No es, por tanto, de derechos dinásticos de lo que se trata, aunque me vengan por vía hereditaria indudable, sino de responsabilidades históricas ante el pueblo español, quien decidirá un día su futuro, y que, concerniéndome directamente, no puedo, ni debo, ni quiero rehuir. Si es verdad que me creo con una responsabilidad histórica y actualmente legal hacia mi país, no pretendo, en cambio, ostentar mis títulos dinásticos como primarios, sino como secundarios al servicio de España.

Las manifestaciones del duque de Cádiz inquietaron, sin duda, a su tío y primo, residentes en Estoril y en La Zarzuela, respectivamente. Como motivo de alarma fue también para ellos los rumores desatados sobre una posible boda de Borbón Dampierre con la nieta de Franco, Carmen Martínez-Bordiú, que tenía entonces quince años, la mitad que aquél.

De ese posible enlace empezaba a hacerse eco entonces la prensa europea, al contrario que la española, sometida a una férrea censura que le impedía elucubrar sobre la futura boda. «Así —se decía fuera— el dictador se unirá a los Borbones y creará su propia dinastía».

Algunos daban ya por hecho el casamiento. Incluso la folclórica Marujita Díaz, con un sexto sentido para los asuntos del corazón, ya lo había augurado en 1964, provocando el mayor escepticismo en don Juan y su entorno, reacios a otorgar el mínimo crédito a los chismes.

José María Pemán, consejero de don Juan, así lo corroboraba:

Mucho rumor de que se hará la boda de Alfonso Dampierre [adviértase cómo su parcialidad le impedía escribir el apellido Borbón] y la nieta mayor de Franco. Don Juan no se preocupa. No es propio de Franco lanzarse a la aventura de crear una dinastía.

La prensa se convirtió de nuevo en aquellos días en una tribuna pública en la que se expresaban los distintos pareceres sobre la sucesión.

La carta del duque de Cádiz al director de *El Alcázar* suscitó la réplica de José Martín Páramo, que en su misiva al diario se autodefinía como «monárquico de convicción y de sentimiento». Y añadía: «El señor Borbón Dampierre se atribuye unos derechos dinásticos, en virtud de los principios de legitimidad inherentes a la institución monárquica española que, indudablemente, no le corresponden...».

Testigo de avatares políticos, Patricio González de Canales, contestaba a Martín Páramo en una carta de quince apartados, que retomaba la polémica dinástica:

[...] La abdicación de don Jaime carece de valor en cuanto don Jaime no puede desposeer de sus derechos a sus descendientes legítimos. Podía haberse declarado su incapacidad personal, pero nada más [...]. Tanto el auto acordado de Felipe V, como la Pragmática Sanción de Carlos IV de 1789 (promulgada por Fernando VII el 29 de marzo de 1830), o sea, la Ley Sálica atenuada, invocados por los tradicionalistas, reverdecen los derechos dinásticos de don Alfonso de Borbón Dampierre como primogénito de la primera rama de los Borbones.

La prensa dedicaba también alabanzas a Gonzalo de Borbón Dampierre, que vivía ajeno a las vicisitudes de la sucesión, dejando el protagonismo a su hermano mayor, a quien desautorizaba sobre su legitimidad al reconocer como único candidato a la Corona a su tío don Juan.

El entonces corresponsal de *ABC* en Hong Kong, Luis María Anson, publicaba esta elogiosa crónica, repleta de piropos, sobre Gonzalo de Borbón, llegando a compararle nada menos que con su abuelo, el rey Alfonso XIII:

Don Gonzalo de Borbón ha pasado unos días en Hong-Kong, a donde vino en viaje de negocios [trabajaba entonces como economista para una empresa norteamericana, y poco después su amor por la noche y las mujeres le llevó a convertirse en presidente honorífico de la primera *boîte* de Madrid con música en directo, *Picadilly*]. Es don Gonzalo hombre de una simpatía desbordante y recuerda en todo a aquel inolvidable monarca que fue su abuelo, don Alfonso XIII. Hombre joven, hombre de nuestro tiempo, inteligente, agudo, lleno de sencillez y de espontaneidad, don Gonzalo es un

conversador agradabilísimo. Le encontré en el Hotel Mandarín, y tuve una larga charla con él. Ayer domingo aparecieron en el *South China Sunday Post* unas interesantes declaraciones de don Gonzalo de Borbón y Dampierre. En ellas, el entrevistado se refiere a los problemas políticos de España con gran ponderación y objetividad, y, al hablar del futuro español, señala como candidato a la Corona a don Juan de Borbón, conde de Barcelona. Por su simpatía, su sencillez y su inteligencia, don Gonzalo ha tenido un gran éxito personal en Hong-Kong.

El enigma de la sucesión mantenía en vilo al país entero.

El 25 de octubre de 1966, los diarios *Ya* y *La Vanguardia* publicaban un artículo de José María Gironella, que dejaba en el aire el desenlace de uno de los mayores misterios del franquismo:

El futuro de España preocupa a todos los españoles. ¿Quién gobernará la nación el día que se produzca la sucesión en la Jefatura del Estado? Todo el mundo tiene su baraja particular y la corta o la peina según sus deseos, según sus temores. Es muy natural. La jugada será fuerte y de ella dependerá nuestro inmediato destino; tal vez otro largo período histórico.

Esa «baraja» a la que aludía Gironella la cortaría tres años después Franco para lanzar su «órdago» al rey.

Capítulo XIII. La designación

El 5 de enero de 1968 se aproximaba la hora de la verdad. Don Juan Carlos cumplía ese día treinta años, la edad establecida en la Ley de Sucesión para poder ser designado a título de Rey, y el día 30 nació su primogénito y heredero, el infante don Felipe.

El 7 de febrero, treinta y siete años después de su exilio, llegó al aeropuerto de Barajas la reina Victoria Eugenia para asistir, en calidad de madrina, al bautizo de su bisnieto, el infante Felipe.

La reina se alojó en el palacio de Liria, que pertenecía a su ahijada Cayetana de Alba, donde tres mil personas hicieron cola para visitarla. Durante la larga audiencia, permanecieron a su lado Cayetana y su nieto predilecto, Alfonso de Borbón Dampierre, que no se separó de su abuela durante los tres días que estuvo en Madrid, ante el recelo de don Juan.

Durante el acto social que siguió al bautizo, la reina le dijo al Caudillo: «Franco, aquí tiene a los tres, elija. Designe rey en vida. Después no será posible». Y Franco contestó que así lo haría.^[1]

Poco antes, la reina Victoria Eugenia le había dado un mensaje a Alfonso Osorio, vicepresidente en el primer Gobierno de Adolfo Suárez, para que se lo transmitiese a Franco:

Tú eres el yerno de Iturmendi [presidente de las Cortes], ¿no? Pues dile a tu suegro que le dé a Franco este mensaje: aunque para mí el rey es don Juan, todos nos hacemos viejos y nadie sabe lo que puede pasar si las cosas no se resuelven. Lo primero es España, lo segundo la monarquía, lo tercero la dinastía y lo cuarto es la persona. Y el príncipe [don Juan Carlos] está maduro.^[2]

La Reina había lamentado ya, cinco años antes, la posibilidad de que pudiese descartarse a don Juan, en su conversación con José María Doussinague, embajador ante el Vaticano. Victoria Eugenia sospechaba desde entonces que podía efectuarse el salto dinástico y aceptaba ahora, sin sorpresa, la sucesión en su nieto Juan Carlos.

Don Juan barruntaba también la posible traición de su hijo y optó por anticiparse a la designación con una carta, redactada por Pemán el 12 de octubre, en la que apelaba a la lealtad de don Juan Carlos:

[...] El hecho de haber cumplido los treinta años no debe, en manera alguna, modificar en ti esa posición leal y disciplinada, pero sí debe darte una nueva entereza frente a los que quisieran desviar tu camino, y también, como representante mío personal y legítimo...^[3]

En la misma línea que su padre reclamaba, don Juan Carlos hizo unas declaraciones a la periodista francesa Françoise Laot, que publicó la revista *Point de Vue* el 22 de noviembre: «Nunca, nunca aceptaré la Corona mientras mi padre esté vivo».

Pero, por razones obvias, estas palabras disgustaron a don Juan Carlos en cuanto las vio publicadas en la revista francesa, y negó haberlas pronunciado.

López Rodó, sin embargo, admitía que pudieran ser ciertas: «Quizá eran consecuencia de la carta que don Juan escribió a su hijo el mes anterior». Mientras que Alfonso Armada las consideraba apócrifas.

¿Pronunció en realidad don Juan Carlos aquellas trascendentales palabras? La verdad es que la periodista francesa había recogido en su reportaje unas declaraciones efectuadas por don Juan Carlos en 1965 y publicadas en la revista *Time* el 21 de enero de 1966.

Un mes después del reportaje aparecido en *Point de Vue*, el 29 de diciembre, el corresponsal en Madrid de *The New York Times*, citando fuentes oficiales bien informadas, titulaba así su artículo: «El príncipe Juan Carlos ha hecho saber que subiría al Trono pese a la candidatura de su padre, si le fuera ofrecido».

Don Juan Carlos se apresuró a neutralizar el efecto negativo de su declaración sobre sus aspiraciones al trono, promoviendo la publicación de otra entrevista firmada por el director de la agencia Efe, Carlos Mendo, en la que dejaba abierta la posibilidad de reinar algún día: «Cumpliré la promesa de servirla [a España] en el puesto en que pueda ser más útil al país, aunque esto pueda costarme sacrificios...».

Y esos «sacrificios» a los que aludía no eran otros que apartar a su propio padre del trono y acatar, como requisito ineludible, los Principios del Movimiento.

Mientras, su primo Alfonso de Borbón Dampierre veía esfumarse poco a poco sus esperanzas sucesorias, pero seguía reafirmando en sus derechos dinásticos, siendo consciente de que la Ley de Sucesión le convertía a él también en candidato al trono.

Tampoco abandonaba su talante precavido, negándose a interferir en la gestación final de una decisión que Franco tenía ya prácticamente tomada en favor de Juan Carlos, a quien respaldaban al unísono Carrero Blanco y López Rodó.

El 24 de octubre, el almirante celebró un largo despacho con Franco en El Pardo, durante el cual le leyó un extenso informe de quince folios que había preparado con López Rodó. El documento llevaba por título «Consideraciones sobre la aplicación del artículo 6 de la Ley de Sucesión», y su principal conclusión era así de rotunda: don Juan Carlos era el mejor sucesor posible si juraba lealtad a los Principios del Movimiento. Don Juan y don Alfonso quedaban descartados. Pero Borbón Dampierre, advertía Carrero, «puede ser una conveniente reserva».

De todas formas, el veredicto del informe era bastante descorazonador para el duque de Cádiz: «El Príncipe don Alfonso, en quien pudo pensarse inicialmente por ser hijo del Infante don Jaime, no ha recibido la formación que se ha dado a su primo, tiene otras características personales menos favorables, está aún soltero y, en todo

caso, sólo puede ser una conveniente reserva».^[4]

Carrero ponía el dedo en la llaga: don Alfonso, en efecto, no se había educado en las mismas condiciones que su primo Juan Carlos, que llevaba en España desde 1948.

Este último se había formado en las Fuerzas Armadas y en la universidad, y desde mediados de los años cincuenta estaba presente en los medios de comunicación y en la vida pública, con una agenda de relaciones y cierto respaldo en los círculos de poder españoles y europeos.

Pero había otra diferencia que jugaba también en contra de los intereses de Borbón Dampierre, como era el hecho de que, al contrario que su primo Juan Carlos, él estaba entonces soltero y su boda con la nieta de Franco no se celebraría hasta tres años después.

Con razón, Juan Balansó afirmaba, muy seguro: «Si aquella boda [Borbón Dampierre-Martínez-Bordiú] se hubiera celebrado antes de 1969, posiblemente Juan Carlos no hubiese sido jamás proclamado sucesor».

Por si fuera poco, mientras don Juan Carlos preparaba ladinamente su camino hacia el trono, don Alfonso se distrajo abriendo dos nuevos paréntesis amorosos en su vida con las bellas actrices de cine italianas Eleonora Rossi-Drago y Marilú Tolo. Su inoportuno instinto de Borbón le hizo perder un tiempo precioso para sus aspiraciones.

Con Eleonora empezó a salir en 1959, cuando la actriz era ya famosa. Se conocieron durante el rodaje de *Un maledetto imbroglio*, de Pietro Germi. El noviazgo duró cinco años. Ella se llamaba en realidad Palmira Omiccioli, pero gracias a la ocurrencia del director de cine Luigi Comencini, a cuyas órdenes trabajó la actriz, se puso el nombre artístico de «Eleonora», añadiendo después el apellido de su ex marido, Rossi, y uniendo a éste el de la principesca familia romana del Drago.

Mujeriego impenitente, el duque de Cádiz puso fin a la relación en cuanto se cruzó en su camino otra belleza transalpina: Marilú Tolo, con la que estuvo hasta poco antes de casarse con Carmen Martínez-Bordiú.

A diferencia de Rossi-Drago, que era una señora, Marilú Tolo montó un escándalo tras su ruptura con don Alfonso, asegurando en las revistas del corazón que fue ella la que cortó con el duque de Cádiz y entregándole, despechada, todos sus recuerdos: «Le he devuelto sus regalos sentimentales: un brazalete de diamantes, muchos discos, algunos libros, perfumes —las botellas ya estaban casi vacías, claro— y fotos».

Mientras don Alfonso, distraído, bebía aún los vientos por Marilú Tolo, el jefe del Estado tomó la gran decisión que había mantenido en vilo al país durante más de veinte años. Tras un breve silencio, Franco respondió escuetamente a Carrero: «Conforme con todo».

El vicepresidente del Gobierno dio cuenta a López Rodó de la decisión de Franco y éste informó de inmediato a don Juan Carlos, en La Zarzuela. Por eso la declaración aparecida en *Point de Vue*, en la que el príncipe prometía que no aceptaría el trono

mientras su padre viviese, había disparado la alarma en los despachos del poder.

Pero antes de producirse la designación, otra nueva desgracia estaba a punto de sacudir a la rama más trágica de los Borbones.

El 10 de marzo de 1969, el mismo año de la designación de don Juan Carlos como sucesor, su primo Alfonso de Borbón Dampierre llamó por teléfono desde Lausana a su padre, que se encontraba en París, para comunicarle que el estado de salud de la reina Victoria Eugenia empeoraba sin remedio, presintiéndose su cercano final.

A su regreso de España, donde había asistido al bautizo de su bisnieto Felipe, Victoria Eugenia había pasado una temporada en la casa de Montecarlo que le cedían sus amigos los príncipes Raniero y Grace. Pero tuvo la mala fortuna de tropezar en su dormitorio con uno de sus perros y darse un fuerte golpe en la cabeza. Encontrándose mejor, regresó a Lausana para reponerse pero contrajo allí una hepatitis que alarmó de nuevo a la familia, mientras en Vieille Fontaine, residencia de la reina, se seguía con sumo interés la posible restauración de la monarquía en España a raíz de la promesa que Franco había hecho a doña Victoria Eugenia en Madrid.

Tras escuchar el dramático mensaje de su hijo, don Jaime pasó toda la noche en vela. Quería a su madre con locura y siempre había buscado refugio en ella, muchas veces infructuosamente, manteniéndola al corriente de su tempestuosa relación con la prusiana Carlota Tiedemann, cuya hija, Helga Büchler, se hacía llamar Helga de Borbón en los círculos sociales franceses para dar la impresión de ser un genuino miembro de la Familia Real. Este hecho disgustaba a don Jaime, que en más de una ocasión había desahogado su indignación con la reina.

Otras veces había recurrido don Jaime a su madre para descargar la frustración que sentía cuando, en el curso de una conversación con una mujer atractiva durante una fiesta, se perturbaba y enojaba por su limitación para comunicarse con ella. Su recurso entonces era casi siempre el mismo: pronunciaba con los labios la palabra «cuarto» y señalaba con el índice hacia la parte superior de la casa.

Su madre le escuchaba, pero no le perdonaba su desordenada vida, incurriendo así en un agravio comparativo con su marido, el rey Alfonso XIII, a quien había dispensado sin rechistar sus continuas infidelidades.

La reina respetó siempre las decisiones de su esposo, sobre todo en materia de sucesión. Consideró en todo momento a don Juan como legítimo heredero de su padre pero, ante el riesgo de que la monarquía jamás fuese instaurada por Franco, acabó consintiendo que su nieto Juan Carlos fuese el sucesor.

Doña Victoria Eugenia tampoco perdonaba a don Jaime su actitud beligerante ante la sucesión, y se había opuesto a que anulase las renunciaciones para reivindicar sus derechos por encima de los de su hermano Juan y los de su sobrino Juan Carlos.

Pero, ante el doloroso trance de su madre, el corazón del hijo se resintió. Cuando don Jaime llegó a Lausana, donde la reina agonizaba, se encontraban ya allí su hermano don Juan y su sobrino Juan Carlos, junto a sus hijos Alfonso y Gonzalo.

Al ver aparecer a su padre acompañado de Carlota Tiedemann, éstos expresaron su malestar, especialmente Alfonso, que se mostró así de indignado ante Alderete:

—Esta mujer [Carlota] está loca, y mi padre no tiene ninguna voluntad. Instalarse aquí, en pleno centro de Lausana, cuando la reina se está muriendo... Es un verdadero desafío. Piensa que mi madre, a quien Guenguen quería mucho, se abstiene de estar presente. Ha venido hace quince días a darle su adiós, pero para ella es un deber el no complicar la situación.

Alderete intentó disculpar a Carlota:

—Piense que ella es la esposa legítima de su padre, y que no ha querido dejarle solo sabiendo que estaban aquí otros miembros de la familia que no le tratan precisamente bien.

Pero don Alfonso quiso averiguar lo que más le inquietaba:

—¿Crees que ella tiene intención de asistir a los funerales de la reina?

—Que tenga intención de hacerlo, puede estar convencido de ello; ahora bien, que lo haga es otra cosa.

Carlota, en palabras de Alderete, estaba dispuesta a librar «la batalla de su vida». Previendo que el acontecimiento reuniría en Lausana no sólo a la Familia Real y a la nobleza española, sino a toda la alta sociedad europea, se propuso reafirmar ante los que la desacreditaban su condición de esposa del infante y heredero de la Corona de España, don Jaime de Borbón y Battenberg.

Su primer paso, una vez adquirido el vestido y sombrero de duelo, fue atraerse incondicionalmente a don Jaime, lo cual logró sin mucho esfuerzo.

A continuación, en connivencia con Alderete, procuró arreglar el protocolo para que don Jaime presidiese los funerales de la reina, desplazando a don Juan.

El propio Alderete expuso así el ridículo plan a don Alfonso de Borbón Dampierre, intentando involucrarle en él:

Si don Juan insistiese en presidir el acto, don Jaime deberá rogarle cortésmente que le ceda el puesto; si don Juan rehusase hacerlo, don Jaime le empujará con suavidad; si don Juan resistiese, don Jaime acentuará el empujón. Pero si como es probable —pues la mayoría de los españoles que se desplazarán a Lausana son «juanistas»— no se pudiese llevar a cabo la maniobra de don Jaime, entonces éste, que no debe permitir jamás una pelea fraternal junto al féretro de su madre, abandonará su sitio y, atravesando toda la iglesia, ocupará un lugar en la última fila de invitados. En ese momento, usted, Alfonso, y su hermano Gonzalo harán lo mismo que su padre, colocándose detrás de él.

Pero el duque de Cádiz rechazó aquel burdo montaje. Defendía, sin duda, los derechos de su padre y los suyos propios al trono de España, pero no estaba dispuesto a reivindicarlos sirviéndose del sepelio de su abuela.

El estado de la reina, sorprendentemente, se estabilizó durante unos días. Los doctores aseguraron que resistiría, pero apenas un mes después, el 15 de abril, fallecía a los ochenta y dos años.

«Fue el gran dolor de mi vida», recordaba Alfonso de Borbón Dampierre, que pasó horas interminables junto a su cabecera, mientras la reina le pedía que le diera masajes en las piernas y en los pies para paliar el fuerte dolor que padecía.

La última frase que ella le dirigió, en inglés, quedó para siempre grabada en el corazón de su nieto mayor: «Alfonso, *darling*, *I love you so much!*».

Llegado el momento de las exequias, surgieron las dos grandes dudas: ¿Presidiría don Jaime la ceremonia? ¿Asistiría el infante acompañado de su esposa? El primer asunto planteó problemas, dado que durante el entierro, en el cementerio de Bois de Vaux, se produjeron momentos de tensión entre don Jaime y don Juan cuando el primero se empeñó en presidir el duelo alegando que era el hermano mayor. Pero las infantas Beatriz y Cristina, los Torlonia y los Marone lograron convencer a don Jaime de que su hermano era quien debía encabezar el acto.

Finalmente, para amortiguar los celos de don Jaime, se acordó que éste presidiera el funeral, al que Carlota no asistió.

Meses después de la muerte de su madre, don Jaime y Carlota se trasladaron a vivir a Lausana. Ocuparon allí un coqueto chalé, que inauguraron con una pequeña fiesta el día de Santiago, patrón de España.

Hasta entonces habían residido en París, donde el veterano periodista Juan Bellveser, corresponsal de varios medios de comunicación españoles en Francia, había tenido ocasión de tratar a fondo a don Jaime.

El infante llevaba últimamente una vida apacible. Se levantaba temprano y sacaba a pasear a su teckel Caramba I, y luego a Caramba II en la «dinastía canina» del hogar.

Con frecuencia iba a dar una vuelta con Bellveser en su coche «topolino» que tanto le divertía, encogiéndose como un saltamontes gigante para poder entrar en el minúsculo automóvil.

Don Jaime, según Bellveser, era un excelente conductor (a pesar del atropello que había protagonizado en Italia, dejando inválida a su víctima).

Un día, el prefecto de París, Dubois, se dispuso a poner fin a los ruidos de vehículos en la ciudad, y prohibió el uso del claxon. El infante celebró aquella medida, habituado por su sordera a conducir en completo silencio.

El periodista daba fe de su sinceridad proverbial. En una ocasión, durante una cena con diplomáticos iberoamericanos y personalidades francesas, los comensales elogiaron la crema de langosta que acababan de servirles, elaborada por una cocinera bretona. Cuando estaban a punto de pedir que alguien fuese a felicitar a la brillante artífice de aquel plato, don Jaime intervino así de escueto:

—Esta sopa es de bote. La compramos en la tienda de al lado...

Solía recibir la visita de delegados legitimistas franceses, que le consideraban su

auténtico rey, y a su hijo Alfonso, el delfín. Muchos de sus partidarios le besaban la mano en los actos presididos por él y le manifestaban su adhesión de forma a veces conmovedora.

En una ocasión, uno de esos delegados se regocijó ante don Jaime por la multitudinaria asistencia a una misa organizada por los legitimistas en la catedral de Reims, a la que el infante no pudo acudir.

—La iglesia estaba llena, monseñor —dijo, entusiasmado.

—No lo dudo —corroboró don Jaime.

Y acto seguido hizo poner los pies sobre la tierra a su emocionado partidario:

—Pero anteayer era domingo, ¿verdad?

Bellveser resaltaba el carácter bondadoso de don Jaime, quien, «por complacer a quienes miraba como amigos (y la verdad es que muy pocas veces tuvo suerte con las personas que le rodearon), accedía a dar el aval de su presencia, cuando no de su firma, a reuniones o gentes de las que lo menos que puede decirse es que no lo merecían».

Más de una vez se lamentó ante el periodista por el aislamiento en que le sumía su sordera, y a punto estuvo de echarse a llorar. «Entonces —advertía Bellveser—, buscando argumentos para consolarle, recordé a Charles Maurras —el gran doctrinario de la monarquía—, cuya sordera le ayudó a llevar una vida interior que se tradujo en una labor de escritor extraordinariamente fecunda. Don Jaime, sencillo y humilde, como siempre, me miró y dijo: “Sí, pero Maurras era un hombre muy inteligente...”».

Mientras residía en Lausana, tras la muerte de su madre, don Jaime solía avisar a Bellveser cada vez que iba a París. Una de esas noches cenaron cocido madrileño, el plato preferido del infante, y charlaron animadamente. Luego, el periodista le acompañó al hotel y sintió el abrazo cariñoso de don Jaime, quien, para poner punto final a la despedida, hizo un gesto muy suyo al que solía recurrir cuando vislumbraba una larga separación: trazó con la mano el signo de la cruz en la frente de su amigo.

A cientos de kilómetros de París, en la capital del nuevo Reino de España, «la gran traición», como la calificarían algunos partidarios de don Juan, estaba a punto de consumarse.

Días antes del fallecimiento de la reina Victoria Eugenia, don Jaime había conseguido que su sobrino Juan Carlos recibiese a su secretario Alderete, que al cabo de los años recordaba así su entrevista con el entonces príncipe:

—Señor, ¿qué pensáis hacer si, como dicen los rumores, Franco os designa sucesor? —se interesó Alderete.

—¿Qué quieres que haga?... Me esforzaré en hacer lo que mejor crea si, como espero, soy ayudado —aseguró don Juan Carlos.

—¿Ayudado por quién?

—Por todos los que, como yo, quieran el bienestar de España.

—¿No pensáis que debéis contar, en primer lugar, con la colaboración de los

vuestros, de la familia?

—Por supuesto, pero ya sabes lo unidos que estamos.

Tanto Alderete, como don Juan Carlos, eludieron mencionar a don Juan.

El secretario de don Jaime prosiguió la conversación:

—Tengo entendido que estáis muy unido a vuestro primo Alfonso...

—Bastante. Estamos unidos como dos dedos de una misma mano. Cuento con su apoyo y, como es un hombre particularmente inteligente, su ayuda me será preciosa.

Cuatro meses después de aquel revelador encuentro, el 15 de julio, don Juan Carlos visitó a Franco en El Pardo a su regreso de Estoril.

Era el día clave que iba a poner fin a todos los rumores y quinielas sobre la sucesión. Franco ya había cortado la baraja por el candidato más joven, de cuya formación se había ocupado durante más de veinte años y a quien había introducido en los intrincados recovecos del régimen.

Ese día Franco exigió el «sí» incondicional a don Juan Carlos y éste, que había ansiado con todas sus fuerzas que llegara ese momento, no titubeó.

Más tarde, tratando de quitar hierro al asunto, don Juan Carlos recordaba a su biógrafo Vilallonga su decisiva reunión con el general:

[...] Yo hubiera querido naturalmente que las cosas pasaran de otro modo, sobre todo por respeto a mi padre. Pero aquel día Franco me puso entre la espada y la pared. Esperaba mi respuesta. Le dije: «De acuerdo, mi general, acepto». Sonrió imperceptiblemente y me estrechó la mano.

De regreso en La Zarzuela, donde residía desde febrero de 1963 con una asignación del Estado (lista civil) de 750.000 pesetas anuales, don Juan Carlos escribió esa misma tarde la siguiente carta a su padre, que le entregó personalmente Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar:

Madrid, 15-VII-1969

Queridísimo papá:

Acabo de volver de El Pardo adonde he sido llamado por el Generalísimo; y como por teléfono no se puede hablar, me apresuro a escribirte estas líneas para que te las pueda llevar Nicolás, que sale dentro de un rato en el *Lusitania*.

El momento que tantas veces te había repetido que podía llegar, ha llegado y comprenderás mi enorme impresión al comunicarme su decisión de proponerme a las Cortes como sucesor a título de Rey.

Me resulta difícilísimo expresarte la preocupación que tengo en estos momentos. Te quiero muchísimo y he recibido de ti las mejores lecciones de servicio y de amor a España. Estas lecciones son las que me obligan como

español y como miembro de la Dinastía a hacer el mayor sacrificio de mi vida y, cumpliendo un deber de conciencia y realizando con ello lo que creo es un servicio a la Patria, aceptar el nombramiento para que vuelva la Monarquía y pueda garantizar para el futuro, a nuestro pueblo, con la ayuda de Dios, muchos años de paz y prosperidad.

En esta hora para mí tan emotiva y trascendental, quiero reiterarte mi filial devoción e inmenso cariño, rogando a Dios que mantenga por encima de todo la unidad de la Familia y quiero pedirte tu bendición para que ella me ayude siempre a cumplir, en bien de España, los deberes que me impone la misión para la que he sido llamado.

Termino estas líneas con un abrazo muy fuerte y, queriéndote más que nunca, te pido nuevamente, con toda mi alma, tu bendición y tu cariño.

Juan Carlos^[5]

Franco escribió también a don Juan, recordándole que «la grandeza de la Monarquía está precisamente en ser un camino de sacrificio de las personas», y confiando en que «esta decisión no alterará los lazos familiares de vuestro hogar».

El Caudillo actuaba en connivencia con don Juan Carlos para apaciguar los ánimos de don Juan, que se veía traicionado por su hijo mediante una fría carta.

Como era previsible, la reacción del conde de Barcelona fue «tremenda», recordaba el propio don Juan Carlos a la periodista Pilar Urbano.

Mientras estaba con él en Estoril, nada sabía de las intenciones de Franco, pero su padre al principio no le creyó. Su indignación fue tal, que llegó a escribir una carta a todas las familias reales oponiéndose a la designación.

De todas formas, el recelo y la desconfianza iniciales de don Juan parecían justificados, máxime cuando padre e hijo habían mantenido días atrás, en Estoril, una conversación que reproducía López Rodó en su Larga marcha hacia la Monarquía y que la reina Sofía confirmaba que se produjo en estos mismos términos:

—Papá, si tú me prohíbes que acepte, hago las maletas, tomo a Sofi y a los niños, y me voy. No puedo seguir en La Zarzuela si en el momento decisivo se me llama y no acepto. Yo no he intrigado para que la designación recaiga en mí. Estoy de acuerdo en que sería mejor que el rey fueras tú; pero si la decisión está tomada, ¡qué le vamos a hacer!

—Puedes hacer mucho: lograr que ahora no se haga nada, que todo se aplace.

—Eso no está en mi mano. Y si, como yo creo, se me invita a aceptar, ¿qué harás tú? ¿Es que hay otra solución posible, distinta de la que Franco decida? ¿Eres capaz tú de traer la monarquía?

A la mañana siguiente de su encuentro con Franco, don Juan Carlos telefoneó a su primo Alfonso de Borbón Dampierre, que a esa hora aún dormía:

—Oye, Alfonso...

Su tono de voz tranquilizó al duque de Cádiz, haciéndole ver que no se trataba de

una mala noticia. Pero sospechó enseguida que la decisión de Franco podía haberse producido. Poco después, al visitar a su primo en La Zarzuela, éste le abrazó y le dio la noticia:

—El Generalísimo me comunicó ayer que había decidido nombrarme su sucesor a la cabeza del Estado, con el título de Rey de España.

Borbón Dampierre aceptó deportivamente la derrota:

—Pues bien, querido primo, te felicito de todo corazón.

—Te lo agradezco profundamente —contestó Juan Carlos. Y le pidió un favor—: Quisiera que asistieras como testigo al acto de aceptación, así como tu hermano Gonzalo. ¿Puedo contar con vosotros?

—Puedes contar conmigo. Gonzalo está de vacaciones en Grecia. Hay que telegrafiarle, pues no queda mucho tiempo.

Acto seguido, don Juan Carlos, que ya había confirmado que podía contar con su primo y hasta entonces rival, intentó despejar otra incertidumbre que aún le preocupaba:

—¿Se declarará en contra de mi nombramiento don Jaime?

Don Juan Carlos acababa de poner el dedo en la llaga. Su primo sabía que algunos grupos republicanos pretendían utilizar a su padre para lanzar un duro ataque contra él. Pero ¿cómo parar el golpe, si don Jaime estaba en Francia y los acontecimientos se habían precipitado tanto que apenas había tiempo?

Días después, don Alfonso recibía a Baldomero Palomares, delegado nacional de Juventudes y consejero nacional del Movimiento, en su casa de la calle Castelló. Palomares le informó de que había mantenido una conversación con el ministro José Solís sobre la conveniencia de hablar cuanto antes con don Jaime, ofreciéndose a viajar a París, donde aún residía el infante, en compañía de Mariano Calviño, también consejero nacional del Movimiento.

Don Alfonso escribió entonces una carta a su padre, fechada el 20 de julio, y se la entregó a Palomares para que la llevase a París. Decía así:

Querido papá:

Ante las horas trascendentales para el futuro de España que se acercan, creo de enorme importancia lo que tú vayas a manifestar, y precisamente para destacar aún más tu personalidad y el patriotismo que siempre movieron tus actos.

Es por esta razón que he decidido, ante la imposibilidad de trasladarme personalmente, enviarte dos íntimos amigos míos, ambos Consejeros Nacionales y Procuradores en Cortes: Don Mariano Calviño, que tú ya conoces, y Don Baldomero Palomares. Ellos te hablarán como si yo estuviera presente para exponerte un proyecto que veo trascendental.

Que Dios te ilumine, recibe un abrazo con todo cariño de tu hijo,

Al día siguiente, Calviño y Palomares llamaron a la puerta del domicilio de don Jaime en París: un modesto pisito en un discreto barrio residencial, poco apropiado para un hijo de rey.

Les franqueó el paso una mujer enfundada en una bata estampada. Era Carlota Tiedemann, que enseguida les guió hasta un saloncito donde se acomodaron los dos emisarios, junto a don Jaime y Ramón Alderete.

Durante la entrevista, el secretario de don Jaime arremetió contra Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre por tratar desconsideradamente a su padre, y criticó duramente al Estado español por incumplir sus compromisos económicos con don Jaime, a lo que éste asintió.

Sin embargo, Calviño y Palomares parecieron no inmutarse. Con paciencia y habilidad, lograron al final que don Jaime accediera a sus deseos, apelando a su patriotismo. Sin pérdida de tiempo, Palomares empezó a teclear en una máquina de escribir portátil una breve nota a Franco, a la que hizo acompañar la carta que ya había sido redactada y a cuyo pie el infante se limitó a estampar su firma. La nota decía así:

Excelencia:

Por mediación de los Consejeros Nacionales Don Mariano Calviño y Don Baldomero Palomares, que me han visitado en nombre del ministro Don José Solís, y todo ello aceptando el requerimiento de mi hijo primogénito el Príncipe Alfonso, le acompaño nota V. E. que contiene mis sentimientos en estos trascendentes momentos de la Historia de España. De ella hará V. E. el uso que estime conveniente.

Don Jaime insistió a Palomares en que pusiese al final de la nota «un abrazo», queriendo así reconciliarse con Franco, a quien con tanta firmeza había cuestionado en su carta a las Naciones Unidas.

La misiva, firmada por él la víspera de la designación oficial de don Juan Carlos como sucesor a título de rey, no decía en realidad nada nuevo sobre la sucesión; don Jaime seguía ratificándose como jefe de la Casa de España y primogénito de los Borbones, y dejaba a las Cortes la responsabilidad de votar la designación.

La carta, eso sí, revelaba un radical cambio de postura en la relación con Franco, de quien el infante aseguraba guardar un «recuerdo entrañable», mostrando ahora su «complacencia por la ingente labor desarrollada» por él:

Nota de S. A. R. el Infante Don Jaime de Borbón y Battenberg, duque de Segovia y de Anjou.

Yo, Jaime de Borbón y Battenberg, Jefe de todas las Casas Reales de Borbón y de España, en estos momentos trascendentales para el futuro de mi Patria, deseo dejar constancia de mis sentimientos como un español más, y como debidas muestras de mi responsabilidad ante Dios y ante la Historia.

Para mí, como para mis hijos, el interés de España ha presidido nuestras vidas, y al mismo tiempo hemos plegado siempre algunas de nuestras más íntimas convicciones e intereses, a nuestra Patria y nuestro pueblo, a su paz, su orden y su Justicia, han sido siempre nuestras más caras ambiciones. Hemos seguido las dificultades y las vicisitudes de nuestro pueblo en estos años, y mostramos nuestra complacencia por la ingente labor desarrollada a veces en un marco de incompreensión por su Excelencia el jefe del Estado.

Nuestro hijo primogénito, el Príncipe Alfonso, que ha tenido la suerte de convivir y trabajar en el seno del pueblo español, nos ha fortalecido y acompañado siempre en estos ideales.

Por ello, como Jefe de todas las Casas Reales de España y de Borbón, en estos momentos de alto interés para mi pueblo y pósito de un futuro en paz y prometedor, deseo dejar constancia de mi recuerdo entrañable para V. E. el Jefe del Estado, y mi confianza en las Cortes Españolas, sobre las que cae tan grave responsabilidad en estos momentos.

Muestro mi más profunda complacencia por los lazos de unión y fraternal afecto que unen en estos momentos a mi primogénito el Príncipe Alfonso y su primo hermano y sobrino mío, el Príncipe Juan Carlos.

Pido a Dios con todo fervor colme de paz y prosperidad a mi querida España y a su pueblo.^[7]

Al día siguiente, 22 de julio, llegó la hora de la verdad. Don Juan Carlos fue designado sucesor a título de rey en La Zarzuela, tras jurar lealtad al jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento y a las Leyes Fundamentales del Reino.

Alfonso de Borbón Dampierre y Luis Alfonso de Baviera (hijo de María Teresa, hermana de Alfonso XIII) fueron los dos únicos miembros de la familia que firmaron como testigos.

Gonzalo de Borbón Dampierre asistió al acto, pero no pudo firmar por no comunicar a tiempo su llegada. Fue muy significativa la ausencia de otros parientes próximos a don Juan Carlos.

La designación de don Juan Carlos había provocado un profundo cisma en el seno de la dinastía, aunque no en las Cortes, que la habían aprobado por 491 votos a favor, 19 en contra y 9 abstenciones.

Al duque de Cádiz le sobrevino entonces el patético recuerdo de don Juan: «Me era imposible en ese instante histórico no pensar en mi tío, suplantado, quiérase o no, por su propio hijo, cuando tanto tiempo había temido serlo por su sobrino».

Alfonso de Borbón Dampierre no se equivocaba. El propio don Juan reconocería

a su consejero Sainz Rodríguez, el 9 de marzo de 1978, su temor a que Franco hubiese designado sucesor a su sobrino si su hijo declinaba el ofrecimiento:

Por eso te digo que si el Príncipe no juega, escogen al otro, que hubiese dicho amén y habría intentado ser el continuador. Entonces, hubieran negado que hubiese habido renuncia de mi hermano, aduciendo sólo que era el hijo mayor del hijo mayor... Todas esas cosas que produjo aquel periodo tan largo en España, con su lavado de cerebro, su ambiente... En la gente influyen muchos factores psicológicos, la manera de vivir...^[8]

Al día siguiente, don Juan insistía en la misma idea a Sainz Rodríguez, con quien volvía a desahogar su aflicción después de tanto tiempo:

De modo que él [Juan Carlos] sólo tuvo la opción de decir: «Bueno, lo siento por papá, pero por lo menos que la Corona quede en la Dinastía». Ésa fue la convicción suya; estoy seguro. Y, según marcha el tiempo, más seguro todavía. [...] La actitud de don Alfonso fue siempre ambigua. Nunca quiso reconocermé a mí como jefe, nunca quiso hacer nada ni estar a las órdenes de nadie. Siempre ha buscado él mismo su propia salida... Y estoy seguro de la influencia, de que las posibilidades de don Alfonso tuvieron una parte fundamental en la decisión de don Juanito.

Más tarde, el 26 de octubre de 1979, el conde de Barcelona ya no estaba tan seguro de que la verdadera causa de que su hijo aceptase fuera el temor a que la sucesión recayese en Borbón Dampierre.

Sainz Rodríguez volvió a formularle entonces la misma pregunta:

—¿Acaso presionó sobre don Juan Carlos el miedo a la designación de su primo, el hijo de don Jaime?

Don Juan respondió:

—Eso pudo intervenir algo, pero como él sabía también que Franco jugaba con aquello de dividir a los monárquicos, no me parece que le influyera demasiado. Creo que lo que más pesó en su ánimo fue el convencimiento de la absoluta imposibilidad de acuerdo entre Franco y yo, mientras que con él la cosa se daba bastante bien y, por lo tanto, había un posible empalme.

Don Juan trataba de justificar así la decisión de su hijo, a quien dejó de hablar durante los meses siguientes a la designación.

Pero él no era el único decepcionado por la complicidad entre Franco y don Juan Carlos. Don Jaime y su primogénito sufrieron también una gran desilusión.

El infante reaccionó erigiéndose de nuevo en jefe de la Casa de Borbón y en legítimo heredero de su padre, el rey Alfonso XIII.

En una relevante carta redactada el mismo día de la designación, don Jaime ya no calló, como lo había hecho la víspera, en la misiva firmada en presencia de Calviño y Palomares.

Ahora, don Jaime se ratificaba en su alegato contra el régimen franquista, denunciando que en él faltaba lo más importante, «libertad», y que el Caudillo estaba desautorizado para decidir por sí mismo el futuro modelo de Estado en España.

Se aferraba el infante al principio hereditario de la monarquía para deslegitimar a su sobrino Juan Carlos, asegurando que «los Reyes no se hacen, nacen».

La misiva, casi desconocida, decía así:

Neuilly-sur-Seine, a 22 de julio de 1969

La designación por el general Franco de mi sobrino Juan Carlos, hijo de mi hermano menor Juan como su sucesor, me obliga a reafirmar solemnemente mi posición ante el problema de la sucesión al trono de España.

Mi renuncia a éste la hice cuando era hijo de familia y no cabeza de ella. Estaba soltero, creí deber obedecer a mi padre. Pero Alfonso XIII, como Rey Constitucional, carecía de autoridad, sin contar con las Cortes, para incapacitarme, siendo yo el primogénito real. Por lo demás, no estoy incapacitado constitucionalmente. Mi renuncia carece así de validez constitucional, en cuanto no refrendada por las Cortes.

Aun en el caso de que fuera admitida por las Cortes mi renuncia, la primogenitura real pasaría automáticamente a mi hijo Alfonso.

Efectivamente, la abdicación de Alfonso XIII era su derecho, pero lo que mi padre no podía hacer era designar su sucesor. Si se reconoce al Rey esa facultad, la Monarquía pierde su carácter de hereditaria, y se convierte en electiva. Ello no puede hacerse por la voluntad del Rey, que está obligado a respetar las leyes de sucesión.

Las cuestiones dinásticas tienen un estricto cuadro, que son las leyes. Éstas no las modifican ni los príncipes ni los hombres políticos. No es con cartas, ni con decisiones políticas partidistas como se reforman las disposiciones legales sucesorias. Cuando se intenta que ello sea así, se corre el riesgo de caer en el empleo de la fuerza, como ya por desgracia ocurrió en el siglo XIX en España. Sólo el respeto a la Ley supone la paz, que España necesita y a la que yo me esforzaré en servir.

Después de reivindicar mis derechos y los de mis hijos al trono de mis antepasados, en el marco de la legitimidad y de la ley, afirmo que este proceso de la sucesión al trono no debe de intervenir antes que los españoles —todos los españoles sin excepción, pues reitero que le deniego a Franco el derecho de fijar el régimen futuro de España— se hayan pronunciado libre y soberanamente en unas elecciones que se efectúen con asistencia de los

representantes calificados de nuestros hermanos de la América ibérica.

En efecto, he defendido, definiendo y defenderé que la proclamación de la Monarquía como régimen sucesorio de lo actual, sea decisión de la Soberanía del Pueblo. Si ésa fuera su voluntad, el Rey será el que, con arreglo a las leyes, es legítimo sucesor de Alfonso XIII. Mantengo el principio de que los Reyes no se hacen, nacen.

Los Reyes, si saben serlo, han de estar al margen de las contiendas políticas, pero sometidos a la Ley. El Rey ha de representar la tradición, y también el espíritu de los tiempos. La médula de la tradición es que todas las instituciones evolucionan. Las que no saben hacerlo, mueren.

Porque soy monárquico, creo que el pueblo español elegirá la Monarquía cuando goce de libertad. Si me equivocara, como ciudadano español, acataré el régimen que el pueblo haya elegido. Mi padre me dio el ejemplo.

Jaime de Borbón Battenberg^[9]

Decepcionado por la decisión de Franco, don Jaime aún no era consciente de lo que el destino tenía reservado a su primogénito: nada menos que una boda con la nieta del dictador. Toda una ceremonia de la confusión que haría temblar de temor e incertidumbre a los partidarios de don Juan Carlos, quien, aunque ya era oficialmente el sucesor, todavía no había sido coronado rey.

Capítulo XIV. La boda

Alfonso de Borbón Dampierre se sentía también desengañado, y Franco lo sabía.

El Caudillo aplaudió el gesto desprendido del duque de Cádiz al respaldar a su primo y rival sucesorio en La Zarzuela. Orgulloso de él, le dijo a Carrero, según López Rodó: «Se ha portado bien. Le haré embajador».

La designación de su primo marginó a Borbón Dampierre de la vida política del país, sumiéndole de nuevo en ese distanciamiento que había caracterizado su vida anterior, desde la infancia en el exilio de Roma, hasta la primera etapa de su juventud, en Suiza. Un alejamiento que había sufrido también en propia carne recién llegado a España, viéndose obligado desde el principio a desempeñar un papel secundario que ahora, tras la elección de don Juan Carlos, no hacía sino ratificarse.

Su presencia en el país, acabados sus estudios y producida la designación, era ya casi ornamental. Por eso el ex ministro Castiella le sugirió que aceptase un cargo diplomático en el extranjero; propuesta que poco después concretó el ministro de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo, al ofrecerle, por encargo de Franco, el puesto de embajador en Suecia.

Fue así como, a sus treinta y tres años, el delfín de don Jaime llegó a Estocolmo en enero de 1970.

Su nuevo cargo político le confería la dignidad del título para toda la vida, pudiéndose denominar siempre embajador de España, al contrario de lo que sucedía con los diplomáticos de carrera, autorizados a conservar el tratamiento tan sólo mientras desempeñasen su función.

Borbón Dampierre sumaba ese nuevo título a los que ya tenía por derecho o se arrogaba él mismo. En Estocolmo se presentó en sociedad como príncipe y dejó que le llamasen «Alteza» en las diversas recepciones diplomáticas.

Sin embargo, para el Ministerio de Asuntos Exteriores, respetuoso con el protocolo, don Alfonso merecía simplemente el tratamiento de «excelentísimo señor», y jamás se le llamó «Alteza», sino «señor embajador» y de usted, lo cual le irritaba profundamente, igual que a su padre.

En aquel clima inhóspito, tan parecido al de la fría Suiza, el joven embajador se enamoró perdidamente de una bella señorita a la que había visto por última vez en casa de sus padres, los marqueses de Villaverde, cuando era sólo una niña de trece años.

Carmen Martínez-Bordiú acompañaba en aquella ocasión a su padre, Cristóbal Martínez-Bordiú, en un viaje de trabajo para visitar algunos centros médicos. Alfonso, embajador desde hacía dos años, fue a recibirles al aeropuerto, y al cabo de los años rememoraba así el reencuentro:

Tenía treinta y cinco años, me sorprendía mirando con ternura a los niños

en la calle. Había alcanzado finalmente la madurez para casarme y Carmen, a quien no esperaba, sino como una invitada de última hora, respondía bruscamente a mis profundos deseos de fundar un hogar. Todavía no habíamos abandonado el aeropuerto, no había tenido tiempo para formar un proyecto, pero sabía ya que las cosas irían más lejos.

Convencido de que la mujer elegida por él para compartir su vida desataría de nuevo comentarios sobre la sucesión, Alfonso de Borbón Dampierre estaba, sin embargo, seguro de que con Carmen todo sería diferente. Nadie osaría atacar a la nieta del jefe del Estado, ni tampoco a su marido. Pero se equivocó. Él mismo lo reconocería años después:

En primer lugar se insinuó una relación entre mi nombramiento en Estocolmo, que había creado muchas envidias, y mi posterior boda. La cronología de los hechos muestra que esta relación no existía. Más tarde, cuando la gente había tenido tiempo de olvidar algunos detalles, se sugirió que me había casado con Carmen para que el jefe del Estado me designara, con preferencia a Juan Carlos, como rey en su sucesión. También en este caso se despreciaba la cronología, puesto que mi primo fue elegido y presentado a las Cortes, como se ha dicho, en 1969, más de dos años antes de la aparición de Carmen.

Si el enlace Borbón Dampierre-Martínez-Bordiú generaba gran entusiasmo en sus dos principales valedores, doña Carmen Polo y el marqués de Villaverde, no menos entusiasta se mostraba don Jaime, que veía en aquella boda la gran oportunidad de que su hijo volviese a contar en los planes sucesorios de Franco.

Convencido de ello, el mismo día que se anunció la boda, el 20 de diciembre, don Jaime difundió un comunicado desde París-Lausana, en el que seguía titulándose como jefe de la Casa Real de Borbón y duque de Anjou, y confería a su primogénito el tratamiento de príncipe y duque de Borbón, subrayando así la preeminencia dinástica de su rama sobre la de su hermano Juan y su sobrino Juan Carlos:

Por orden del Príncipe, el Secretario del duque de Anjou, Jefe de la Casa Real de Borbón, tiene el gran honor y alegría de anunciar oficialmente la boda de S. A. R. el Príncipe Alfonso, duque de Borbón, embajador de España en Suecia e hijo mayor del Príncipe, con la señorita María del Carmen Martínez-Bordiú y Franco, hija del marqués y de la marquesa de Villaverde y nieta de sus Excelencias el Jefe del Estado español y de doña Carmen Polo de Franco. La ceremonia oficial del compromiso tendrá lugar el 23 de diciembre de 1971 en el Palacio del Pardo de Madrid.^[1]

En realidad, don Jaime no hacía sino atenerse al tratamiento de «Alteza Real» que se le había dispensado a él, a su hijo Alfonso, e incluso a su ex mujer, Emanuela de Dampierre, en el comunicado oficial del compromiso difundido por El Pardo cinco días atrás:

El 23 de diciembre, en el palacio de El Pardo se celebrará una reunión íntima y familiar en ocasión del compromiso matrimonial de la señorita María del Carmen Martínez-Bordiú y Franco, hija de los marqueses de Villaverde, nieta de Sus Excelencias el Jefe del Estado y doña Carmen Polo de Franco, con Su Alteza Real el Príncipe Alfonso Jaime de Borbón, hijo de Su Alteza Real el Infante don Jaime y de Su Alteza Real la duquesa de Segovia, doña Emanuela de Dampierre.

Los términos del despacho oficial indignaron a don Juan de Borbón y a su hijo, temerosos de que don Jaime y don Alfonso reabriesen la pugna legitimista, como así sucedió.

Don Juan se apresuró a escribir al ministro de Justicia, retomando el frágil argumento del matrimonio morganático para invalidar las pretensiones de su hermano Jaime:

Para tu información te haré un poco de historia retrospectiva de la que fui protagonista principal.

Cuando la boda de mi hermano Don Jaime con Emanuela de Dampierre y Rúspoli, el Rey, nuestro padre, meditó mucho lo que debía hacerse con respecto a este matrimonio, a todas luces de rango inferior. Estuve presente en varias de las discusiones para tratar el tema y la conclusión principal a que se llegó es que nunca debería darse el rango real a Emanuela y por tanto menos a sus posibles descendientes... En razón de lo precedente, y para hacer menos duro a Emanuela y su familia dicha decisión, mi Padre «inventó» el ducado de Segovia y siempre, hasta su muerte en 1941, se les llamó Infante Don Jaime y Duquesa de Segovia. El Rey entendió que daba consentimiento a la boda de su hijo, pero que no consideraba de rango real a la señora. Hay muchos antecedentes parecidos en la familia.

Hablando con mi hijo, nos ha parecido a los dos peligroso que se esgriman nuevamente estos seudoderechos (legitimistas), sobre todo cuando está claro que se pretende obtener, por mi hermano y sobrino, por el lado francés, lo que por el lado español no les corresponde.

Me parece mejor informarte de mi criterio antes de que sea tarde.

Pero, como advertía Balansó, era muy discutible que el matrimonio de don Jaime

con Emanuela fuese «a todas luces de rango inferior», como alegaba don Juan. No en vano, además de pertenecer a una noble estirpe de Picardía, Emanuela de Dampierre era hija de los duques de San Lorenzo, que aparecían en el Gotha (la Biblia de la nobleza) en el mismo lugar que los príncipes de Battenberg; es decir, con idéntico tratamiento al de la familia a la que pertenecía la propia madre de don Juan, la reina Victoria Eugenia.

Se daba la circunstancia, además, de que el matrimonio morganático no existía en el trono de Francia ni en el seno de la Casa de Borbón, cuya primogenitura recaía sin discusión en don Jaime. La Historia ofrecía ejemplos como el del rey carlista Carlos VII, quien, tras la muerte de su esposa Margarita de Parma, había contraído segundas nupcias con una aristócrata que no pertenecía a la realeza, la princesa María Berta de Rohan, a pesar de lo cual fue considerada reina por los tradicionalistas. Era también un hecho que los Rohan se alineaban junto a los Battenberg y los Dampierre en el mismo apartado del Gotha.

En medio de las disputas dinásticas, se fijó la petición de mano de Carmen Martínez-Bordiú para dos días antes de Navidad. Alfonso llegó de Estocolmo al aeropuerto de Barajas y se encaminó hacia El Pardo.

Franco se mostró allí parco: «Espero que sea para bien», dijo con su voz atiplada.

Ante más de un centenar de invitados, entre miembros de la Familia Real y del Gobierno, don Alfonso entregó a la novia el brazalete que había pertenecido a su abuela, la reina Victoria Eugenia.

Don Juan Carlos y doña Sofía presenciaron la ceremonia junto a los reyes de Grecia. También se encontraba allí la madre de Alfonso, Emanuela de Dampierre, pero no así su padre, don Jaime, obligado a rehusar la invitación para evitar que Carlota Tiedemann le acompañase, dado que en España su esposa legal era Emanuela.

Tampoco estuvo presente don Juan, enfurruñado por el comunicado oficial que tildaba de Alteza Real a su sobrino y a la madre de éste.

No menos indignada estaba Carlota Tiedemann, convencida de ser ella la única duquesa de Segovia, y no Emanuela de Dampierre, a la que acusaba de haber sido infiel a don Jaime cuando en realidad ella misma había sido sorprendida por su marido en la cama con un apuesto oriental.

Carlota logró al final que don Jaime enviase una carta a Emanuela, prohibiéndole utilizar el título de duquesa de Segovia. Su secretario, Patrick Esclafer de la Rode, difundió el siguiente comunicado inspirado por Carlota:

La señora Dampierre, divorciada por su voluntad del duque de Segovia en 1947 y casada en segundas nupcias con Antonio Sozzani, no tiene autoridad moral para utilizar ninguno de los títulos de su primer marido, a quien no ocasionó más que infortunios por los escándalos públicos que protagonizó. La indecente veleidad de volver a usar el título que había repudiado obliga a

recordar que su única «posición» posible es la del olvido.

La boda de Borbón Dampierre ahondó en la división que sufría ya la Familia Real en torno a la sucesión, y suscitó enconadas disputas por la deferencia nobiliaria con que debían ser tratados unos y otros.

Dos días después del anuncio oficial del compromiso, don Jaime cargó de nuevo las naves de la sucesión tras recibir a dos reporteros de Point de Vue, la revista del corazón más importante de Francia.

Al ser preguntado por la boda de su primogénito, el infante se mostró muy ilusionado y aprovechó para reafirmar su «legitimidad, tanto en Francia como en España», proclamándose «Jefe de toda la Casa de Borbón». Y esto último, añadía, «nadie puede discutirlo».

Don Jaime distinguía muy bien entre la «instauración» monárquica que iba a tener lugar en España por voluntad de Franco, y una quimérica «restauración» cuyos derechos le correspondían en exclusiva a él y a su primogénito Alfonso de Borbón, el auténtico príncipe de Asturias bajo su particular prisma dinástico.

También establecía diferencias don Jaime entre sus derechos a la Corona de España y los del Trono de Francia. Para defender estos últimos, la maquinaria legitimista se puso inmediatamente en marcha, creando el mismo día de Navidad la Casa del Duque de Anjou y de Segovia, al servicio de don Jaime, cuya jefatura se encomendó al duque de Bauffremont.

Poco después, se constituía un Consejo integrado por relevantes miembros del movimiento legitimista, cuyo objetivo era dirimir los diversos asuntos dinásticos en Francia.

Surgió también el Instituto de la Casa de Borbón, organismo de vocación cultural encargado de difundir la historia de los príncipes franceses; y se fundó, en París, el Centro Nacional de Estudio y Acción Legitimista, que aglutinaba a todas las organizaciones provinciales.

El primer cometido del Consejo del duque de Anjou fue preparar el matrimonio de su príncipe heredero, Alfonso de Borbón Dampierre, que con sólo nueve años había grabado ya a fuego en su memoria una frase escuchada al escritor egipcio Georges Cataoui, naturalizado francés y ferviente partidario de la legitimidad, mientras charlaba con su madre Emanuela de Dampierre a bordo de un tren suizo: «Con toda seguridad —dijo entonces Cataoui a la duquesa de Segovia—, el heredero de la Casa de Borbón es ahora su esposo. Lo es desde la muerte de su suegro, el rey Alfonso XIII, desde hace tres años».

Los legitimistas de Versalles facilitaron al joven Alfonso de Borbón Dampierre el texto de la declaración solemne que hizo su padre en 1946, en la cual éste se mostraba firme sobre sus derechos como jefe de la Casa de Borbón, así como sobre los de sus hijos Alfonso y Gonzalo.

Don Jaime acompañaba su declaración con una carta enviada a los príncipes

menores de la casa de Francia, comunicándoles que asumía el título de duque de Anjou llevado anteriormente por el primer Borbón de España, Felipe V. Desde ese momento, don Jaime presidió todos los años en San Agustín, y luego en Notre Dame des Victoires, la misa del 21 de enero en memoria del rey Luis XVI.

Fue al cumplir los veinte años cuando Alfonso de Borbón Dampierre acompañó por primera a su padre en un acto público:

—El 8 de mayo —le indicó don Jaime en 1956—, el Memorial de Francia entregará el nuevo relicario de San Luis a la basílica de San Dionisio. Debes estar presente. Por supuesto, hay que ir con frac.

—¡Pero si no tengo! —adujo, muy preocupado, su hijo.

—Que te hagan uno.

Don Alfonso pidió dinero prestado a su abuela, la reina Victoria Eugenia, y el día indicado se situó en la iglesia detrás de su padre, que presidía el acto ataviado con el collar del Espíritu Santo. Todos los Borbones estaban presentes; los cabezas de familia, en primera fila: los Borbón Parma, los Braganza, los Busset... También acudió la reina madre de los belgas, Elisabeth.

Dieciséis años después de su primer acto oficial con los legitimistas franceses, Alfonso de Borbón Dampierre estaba a punto de solemnizar en Madrid un crucial paso en su vida, casándose con la nieta de Franco.

Don Jaime regresó a Madrid, donde no había estado más que una sola vez desde la proclamación de la República. Concretamente, en 1949, cuando, acompañado de su hermana María Cristina, el aeroplano que los conducía desde Lisboa a Barcelona, donde debían embarcar hacia Roma, hizo escala técnica en el aeropuerto de Barajas.

Siete años después de aquella escala técnica y con motivo del Año Santo Compostelano, el infante pisó nuevamente suelo español, sin recalar ya en Madrid, tras pedir permiso a las autoridades españolas para visitar Santiago de Compostela.

En ninguna de las dos ocasiones la prensa informó de su presencia por imposición de la censura.

Al llegar ahora por segunda vez a Madrid desde 1931, para asistir a la boda de su primogénito, se encontró con una ciudad muy distinta a la que conoció cuando partió hacia el exilio.

El comandante del pequeño avión que le conducía a la capital quiso agradecerle sobrevolando en círculo ésta y sus alrededores para que el ilustre pasajero pudiese comprobar a vista de pájaro el radical cambio sufrido por la ciudad.

Don Jaime se maravillaba ante su hijo Gonzalo, sentado a su lado: «¡Cómo se han desarrollado los suburbios! Está irreconocible. ¡Cuántas fábricas nuevas!».

Tras aterrizar en Barajas después de tantos años, el infante se alojó en el palacio de estilo francés de la condesa de Romanones, Blanca de Borbón, y recorrió con su hijo Alfonso los barrios de su juventud.

Años después, el duque de Cádiz evocaba aquellos entrañables paseos:

Encontraba a conocidos, lloraba de felicidad, abordaba a antiguas amistades con su manera de hacer directa y calurosa. Todos tenían, como él, cuarenta años más y, no obstante, hablaba con algunos como si les hubiera visto el día anterior. Esta espontaneidad siempre me había conquistado, a pesar de nuestras divergencias; uno se olvidaba de todo al verle acercarse, la mano extendida, con una sonrisa que te desarmaba. En la gente del pueblo, sobre todo, esta sonrisa producía un efecto maravilloso.

Don Jaime retornaba a su patria triunfante, sintiéndose halagado porque su hijo estuviese a punto de desposarse con la nieta de Franco. Su inmensa alegría le hizo mostrarse obsequioso con la prensa, a la que concedió numerosas entrevistas. En una de ellas, publicada en la revista *Lecturas*, desbordaba entusiasmo acompañado de sus dos hijos:

Don Jaime viste traje negro, corbata del mismo color y camisa blanca. Su pelo es grisáceo y su silueta recuerda la de su padre Alfonso XIII. Está pálido, nervioso, emocionado y habla con dificultad. Cuando el piloto del avión le comunicó que ya estaba en tierra española, se le saltaron las lágrimas:

—¡Me parece un sueño estar aquí!

—¿Qué le emociona más, casar a su hijo mayor o venir a España?

—Las dos cosas.

—Desde el avión le puso un telegrama a Franco ¿qué le decía?

El infante está confundido y le enseña al periodista su cámara. Don Alfonso vocaliza lentamente:

—Papá ¿qué has puesto en el telegrama?

Pero don Jaime se sale por la tangente:

—Ahora sólo puedo decir ¡Viva España, viva España! Mire los gemelos que llevo, con la bandera española, me los regaló mi padre poco antes de salir de España, cuántas veces los he mirado pensando me los pondré el día que regrese a España, mírelos, mírelos ¿a que son muy bonitos?

Don Jaime enciende un cigarrillo negro y don Alfonso deja su whisky sobre la preciosa mesa de mármol. Don Gonzalo come queso manchego.

De pronto el Infante salta:

—¡Soy soldado raso!

—Papá ¡cómo! ¿soldado raso? —pregunta muy despacio y gesticulando mucho don Alfonso.

—Tú eres teniente, pero yo soy sólo soldado raso, de artillería, y estoy muy orgulloso de serlo.

—¿No ha fallado ningún tiro importante?

—No, soy hombre de cañonazos.

—¿No se ha arrepentido nunca de nada en su vida?

—No, todo lo he hecho, según me enseñó mi padre, por el bien de España.

—¿Le sorprendió cuando don Alfonso le dijo que se había prometido con la nieta de Franco?

—Que cada uno de mis hijos se case con quien quiera, no me gusta verlos vivir solos.

—¿Cuándo conoció a su futura nuera?

—Hace dos semanas.

Salta de nuevo don Alfonso:

—Pero, papá, te la presenté hace un mes, en Lausana ¿no te acuerdas?

—Don Jaime ¿qué le parece María del Carmen?

—Es adorable, sencilla, simpática y humana. Está a la altura de mi hijo. Es muy cariñosa, pero el que tiene que estar contento eres tú, Alfonso.

Durante el almuerzo en casa de Blanca de Borbón, al que asistieron Juan Carlos y Sofía, don Jaime impuso a su hijo el collar del Toisón de Oro ante la estupefacción y el silencio claustal de los comensales.

La titularidad del Toisón de Oro era motivo de enconadas disputas entre don Juan y don Jaime. Uno de los motivos que esgrimían los monárquicos «juanistas» para reconocer a don Juan como soberano era precisamente su condición de jefe de la Orden del Toisón de Oro, creada por Felipe el Bueno en 1429 y considerada como la de mayor prestigio en Europa.

Los monarcas españoles la habían otorgado desde que recayó en ellos su jefatura por herencia dinástica de los duques de Borgoña. Don Juan se consideraba soberano de la orden y en 1961 se la había ofrecido a Franco, pese a no tener capacidad para hacerlo por no ser jefe del Estado. Pero Franco, con su probada astucia, la rechazó, ya que, en caso de haberla aceptado, habría reconocido implícitamente a don Juan como heredero de la Corona de España desde el punto de vista del legitimismo dinástico.

Como buen gallego, el Caudillo templó gaitas respondiéndole a don Juan:

—Agradezco en su valor la estimación que hacéis de mis servicios a la Nación y a la causa de la Monarquía, al querer honrarme con tan preciado galardón, que por distintas razones estimo no es conveniente y no podría aceptar.

Y a continuación añadió, a modo de ladina advertencia:

—En este orden de cosas creo debierais pedir información histórica sobre la materia.

Franco mantenía así en el aire la titularidad real de los derechos dinásticos, aunque a su primo Salgado-Araujo le hiciese una insólita confidencia que éste anotó en su diario: «Franco me dice: “El jefe de la Casa de Borbón y por lo tanto el que puede tener derecho a conceder el Toisón de Oro es el actual infante don Jaime, hermano mayor de don Juan”».

Convencido o no de lo que decía, Franco se dispuso a ofender de nuevo al conde de Barcelona aprovechando la boda de su nieta con Borbón Dampierre. La misma

iniciativa que había tenido don Juan once años atrás, trataba ahora don Jaime de hacerla efectiva para solemnizar el enlace de su hijo.

El duque de Segovia defendía que el Toisón era, ante todo, una orden familiar cuyo maestrazgo correspondía al heredero de los Borbones, es decir, a él mismo. Con esa convicción visitó a Franco en El Pardo, acompañado de su hijo Alfonso.

Don Jaime y Franco se abrazaron, y el infante cayó rendido ante el «milagro español» obrado por el Caudillo con un país sumido en la miseria tras la Guerra Civil, que ahora había decidido convertir en reino. Con ese gesto y esas palabras de agradecimiento, don Jaime se retractaba de su posición hostil y agresiva mostrada contra el franquismo ante las Naciones Unidas.

La boda de su hijo con la nieta del jefe del Estado hacía que don Jaime viese ahora con otros ojos al régimen que le distinguía a él y a su primogénito con el tratamiento de alteza real.

En un momento de la entrevista, el infante entregó a Franco un pequeño cofre que contenía las insignias del Toisón de Oro. El Caudillo le dio las gracias y dejó el estuche sobre una mesita que tenía al lado sin pronunciar una sola palabra más. Jamás luciría la condecoración pero tampoco declinó el ofrecimiento, como había hecho con don Juan.

Años después, la reina Sofía comentaría a Pilar Urbano el verdadero significado del gesto de don Jaime: «[...] Desde hacía unos años, él y su hijo jugaban a confundir. A que pareciese que aquí había dos príncipes, dos pretendientes, dos alternativas...».

Al príncipe de Asturias le desagradó también el ofrecimiento de don Jaime, como advertía López Rodó:

A don Juan Carlos le preocupó mucho el tema y la antevíspera de la boda me llamó por teléfono a las diez y media de la noche para que hiciera ver a Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno, lo improcedente de esa concesión del Toisón, y que procurara evitar que Franco se lo pusiese en la boda.

Tanto don Juan como su hijo consideraban una provocación intolerable la actitud de don Jaime y sus fundadas razones tenían, dado que ofreciendo a Franco el Toisón, el infante se arrogaba las facultades que habían correspondido en exclusiva a los reyes desde hacía siglos.

Se trataba, en realidad, de una larga disputa dinástica que enfrentaba a los dos hermanos desde la muerte de su padre, el rey Alfonso XIII. Ambos habían otorgado ya por separado la más alta condecoración de la Casa de España; don Jaime lo hizo con el rey Pedro II de Yugoslavia, el duque de Polignac y hasta con los primeros astronautas americanos que pisaron la Luna (Armstrong, Aldrin y Collins), que debieron alucinar de nuevo al recibir el áureo vellocino.

El duque de Segovia contaba entre sus partidarios con José Romero de Juseu, marqués de Cárdenas, que defendía su mejor derecho a conceder la distinción, provocando la cólera de don Juan.

Pero no faltaron quienes, mucho después, criticaron el gesto de don Jaime, como Alfonso Ussía, hijo del conde de los Gaitanes (albacea testamentario de don Juan), quien, en una carta abierta a Borbón Dampierre, publicada en la revista *Época*, señalaba:

Usted sabe que ese Toisón de Oro [el entregado por Alfonso XIII] que tenía su padre, fue rescatado de una casa de empeño de París por la cantidad de tres mil francos franceses, lo que da a entender el respeto que se respiraba en su casa por la más alta y tradicional de las condecoraciones reales.

Es probable, en efecto, que don Jaime, abrumado por su situación económica, recurriese a un gesto tan desvergonzado como aquél. En cualquier caso, la concesión del Toisón a Franco puso muy nervioso al conde de Barcelona y a su hijo. Doña Sofía aseguraba también que Juan Carlos rogó al Caudillo que no luciese la condecoración: «[...] Cuando llegó la boda entre Alfonso y Carmencita, mi marido le pidió a Franco que no se pusiera el Toisón para la ceremonia. Pedirle eso fue un trago fuerte para el príncipe. Y Franco tuvo el buen sentido de no ponérselo ni entonces ni nunca».

El peliagudo asunto del Toisón colocó a don Alfonso ante un auténtico dilema: si lucía la insignia el día de su boda se ganaría para siempre la enemistad de su primo Juan Carlos, pero, si no lo hacía, ofendería a su padre. Tras considerarlo detenidamente, se inclinó por lo segundo.

La boda del año en España se celebró en la capilla real del palacio de El Pardo, el 8 de marzo de 1972.

Hubo más de dos mil invitados, que no cupieron, por lo que fue necesario instalar un circuito cerrado de televisión para los que permanecieron afuera.

Luego, durante el banquete, una corte de camareros tuvo que habilitar dos patios interiores donde se pusieron los buffets y unas mesitas redondas para que pudiesen sentarse todos. Parecía la boda de un emperador oriental.

En las invitaciones se rogaba la asistencia con frac y condecoraciones para los hombres, y con traje largo para las mujeres. La novia iba deslumbrante con el suyo blanco de Balenciaga, salpicado de flores de lis, símbolo de la realeza borbónica. La diadema, de esmeraldas, se la había regalado su abuela Carmen.

Entre los asistentes se encontraban la Begum Aga Khan, los príncipes de Mónaco, Grace y Rainiero, el hijo del dictador de Paraguay, Stroessner, la hija del presidente Thomas de Portugal, Imelda Marcos, la mujer del dictador filipino... Y otros muchos personajes populares como el cantante Julio Iglesias, acompañado de su entonces esposa Isabel Preysler, los deportistas Manuel Santana y Francisco Fernández Ochoa,

y hasta las folclóricas Carmen Sevilla y Lola Flores.

Durante la ceremonia, oficiada por el cardenal Tarancón y apadrinada por Franco y doña Emanuela de Dampierre, don Jaime lanzó desde su sitial miradas de reproche a su hijo Alfonso por no lucir en su uniforme de embajador la insignia del Toisón que él si portaba altanero, sino sólo la gran cruz de Isabel la Católica que le había concedido el Gobierno español.

Aquella misma mañana, en casa de don Alfonso, había otorgado por primera vez las órdenes dinásticas francesas a sus hijos y a un grupo de legitimistas desplazado a Madrid para asistir al enlace. La tarde anterior había concedido también el Toisón de Oro a su hijo mayor, y al menor, Gonzalo, el título de duque de Aquitania.

Jamás perdonó don Jaime la afrenta de su primogénito, como recordaba éste: «Su resentimiento fue duradero: cuando le pedí que fuera el padrino de mi segundo hijo, aceptó, pero se negó a asistir al bautismo. Y Luis [Luis Alfonso] no conoció jamás a su abuelo».

Don Alfonso optó por ofender a su padre para no contrariar a su primo Juan Carlos. Pero su negativa a lucir el Toisón durante su boda no fue razón suficiente para evitar resquemores. Su casamiento con la nieta de Franco levantó suspicacias sobre la sucesión, especialmente en algunos partidarios de don Juan que habían aceptado muy a su pesar la candidatura del hijo como única vía posible para la instauración de la monarquía en España.

Uno de ellos era, según Anson, Pedro Sainz Rodríguez, que no se mordió la lengua cuando él le anunció la boda de Borbón Dampierre con Carmen Martínez-Bordiú: «¡Coño, qué me está usted diciendo! Pues si Franco no estira la bota enseguida se puede ir al quinto carajo todo lo que hemos hecho hasta ahora. Hay que joderse, menuda putada».

El enlace del heredero de don Jaime suscitó también multitud de comentarios en la prensa internacional. Para Philippe Nourry, corresponsal del diario francés *Le Figaro* en Madrid, era indudable que el acontecimiento reabría el debate sobre la sucesión:

El Príncipe de España, don Juan Carlos, tiene otras razones para mostrarse inquieto. El matrimonio de su primo hermano don Alfonso de Borbón Dampierre con María del Carmen no es una simple página de revista del corazón. Bullen, por lo menos en el espíritu de muchos, las cartas de un juego que se creía definitivamente repartido.

Juan Carlos, es cierto, no tiene razón alguna para pensar que el jefe del Estado español haya soñado jamás al consentir en esta unión en apartarlo en provecho de su «nieto político» [...]. Pero ¿quién puede en la España de hoy alimentar su porvenir de certezas absolutas?

En un país donde el régimen no ha querido «restaurar» la continuidad dinástica, sino «instaurar» un reino nuevo, heredado de la Cruzada, el

ocupante del trono puede aparecer como fácilmente intercambiable.

Todo lo que se puede asegurar hoy es que este matrimonio añade un factor de inquietud inútil a un futuro ya precario.

Los falangistas hicieron causa común de su candidato Borbón Dampierre y acosaron a Franco para que diera marcha atrás, respaldados por el tándem de la marquesa de Villaverde y doña Carmen Polo de Franco.

Años después, la reina Sofía advertía a Pilar Urbano la intervención de la esposa de Franco en el enlace Borbón Dampierre-Martínez-Bordiú: «... Y, por supuesto, estuvo detrás de lo de la boda de su nieta Carmencita con don Alfonso de Borbón».

Anson tampoco dudaba de que el enlace supuso una seria amenaza para los intereses de don Juan Carlos, al asegurar que «la espada de Damocles, más taraceada y amenazadora que nunca, vuelve a pender sobre el gacete del Príncipe».

El propio don Juan Carlos temía que su designación pudiera malograrse por la gran influencia que ejercían las mujeres más destacadas del régimen, y llegó a comentar así a más de uno en su despacho de La Zarzuela: «Si dos tetas valen más que una carreta, imagínate seis tetas a la vez... Vamos a ver qué pasa».

Por si fuera poco, los partidarios de Borbón Dampierre pretendían incluso que las Cortes aprobasen el enlace, como exigía la Ley de Sucesión para «los matrimonios regios, así como el de sus inmediatos sucesores».

Alarmado por esa iniciativa, don Juan Carlos acudió a El Pardo con una nota redactada por López Rodó en la que, muy acertadamente, se consideraba un despropósito una medida semejante, dado que aún no se había instaurado la monarquía en la persona de un rey.

Pero don Juan Carlos no pudo evitar que los marqueses de Villaverde, como habían hecho antes con las invitaciones para el compromiso, cursasen las de la boda con el tratamiento de «Príncipe» y «Alteza Real» para su primo Alfonso. Afrenta que se sumaba a la concesión del Toisón de Oro que ya había hecho don Jaime a Franco y que éste, al contrario de lo que hizo con el de don Juan, no rechazó.

La boda del primogénito de don Jaime fue aprovechada por los enemigos políticos de Carrero y López Rodó, los dos grandes valedores de don Juan Carlos, para sembrar la confusión.

El ministro de Información, Alfredo Sánchez Bella, encargó al Instituto de la Opinión Pública una encuesta confidencial sobre el enlace semanas antes de que éste se celebrase. Pero, luego, tal vez por influencia directa de la familia de Franco, el sondeo fue difundido por el propio Ministerio de Información.

Sus resultados eran muy elocuentes: el 89 por ciento de los encuestados aseguraba que estaba enterado del acontecimiento, mientras que otro 76 sabía que don Alfonso era embajador de España en Suecia.

El sondeo estaba realizado para que, inevitablemente, las personas consultadas comparasen a los dos primos como candidatos al trono.

Una de las cuestiones planteaba si don Alfonso, en su calidad de nieto mayor del rey Alfonso XIII, podía alegar derechos a la Corona, a lo que el 47 por ciento respondía afirmativamente. Otro 69 consideraba que Borbón Dampierre reunía las condiciones formales necesarias para suceder a Franco a título de rey, y sólo un 15 por ciento le cuestionaba.

Sin embargo, don Juan Carlos obtenía mayor respaldo de las instituciones que su primo, especialmente del Ejército, los círculos monárquicos y la banca.

Los esfuerzos de José Solís y Mariano Calviño para difundir la candidatura de don Alfonso de Borbón Dampierre entre los sindicatos oficiales resultaron vanos: tan sólo un 7 por ciento de los encuestados le otorgó su apoyo.

Mientras, los novios alcanzaron un gran protagonismo mediático, hasta el punto de eclipsar a don Juan Carlos y doña Sofía. Y ello, como era lógico, favoreció los equívocos. El genial Salvador Dalí tituló provocativamente su retrato de la novia *Princesa María del Carmen*, mientras que en el entorno de Franco se prodigaba a don Alfonso el tratamiento de «Príncipe», como consignaba el periodista Jaime Peñafiel:

[...] En los círculos próximos a El Pardo fue llamado y considerado «príncipe», con todo el protocolo que ello lleva consigo: reverencias, tratamiento y lugar preeminente en actos oficiales. Hasta doña Carmen hacía la genuflexión en público.

De regreso a su embajada en Estocolmo, don Alfonso conservaba aún su estado de embriaguez nupcial que le llevó a repartir tarjetas autotitulándose «príncipe», cuando en España no había más que uno, el príncipe de Asturias, que no era otro que su primo Juan Carlos, al menos en su calidad de sucesor de Franco a título de rey.

En realidad, en toda la historia de España sólo dos personajes habían ostentado el título de príncipe con carácter excepcional: Manuel Godoy, como «príncipe de la Paz», y el general regente Baldomero Espartero, que fue «príncipe de Vergara».

Arrobado por los fastos nupciales, don Alfonso ordenó también que en las participaciones oficiales de la embajada se tratase a su esposa como «Su Alteza Real la Princesa de Borbón».

Hasta tal punto llegó a ser obstinado y escrupuloso con el tratamiento, que el diario monárquico ABC se quejó de que las cartas enviadas al embajador de España en Suecia eran devueltas sin abrir en caso de que las siglas reales no apareciesen antepuestas a su nombre.

Pero, en realidad, algunos argumentos de Borbón Dampierre para exigir el tratamiento de príncipe eran endebles. Él mantenía que en todos sus pasaportes de soltero figuraba ese título y que en el decreto por el que se le nombró embajador también se consignó.

Por eso lo había utilizado en las tarjetas de agradecimiento por los pésames recibidos tras la muerte de su abuela, o en algunos de sus documentos acreditativos.

Aunque, en el fondo, la auténtica razón por la que reivindicaba el título era su convencimiento de que le asistían los derechos dinásticos para hacerlo, por considerar nulas las renunciaciones de su padre al trono de España.

Pero su tío Juan lo veía de otra manera y jamás le reconoció ese título. De hecho, con motivo de la boda de su hija Margarita, el 12 de octubre de 1972, cursó desde Estoril la invitación a su sobrino con el tratamiento de «Su Excelencia».

Alfonso, indignado, le contestó en estos términos:

De nada valen, tío Juan, subterfugios, ni maniobras privadas, ni argucias periodísticas. El título y tratamiento que me son debidos los ostento por derecho de sangre y nacimiento y no me pueden ser arrebatados por persona alguna. Están por encima de tu voluntad y la mía, pues son herencia directa de la sangre de nuestros antepasados y de nuestra historia...

Don Juan Carlos aún tuvo que salvar otro escollo importante tras enterarse el 21 de octubre, por López Rodó, de que Franco pretendía conceder a su primo el título de príncipe. Le faltó tiempo para presentarse en El Pardo y convencer finalmente al Caudillo de que la existencia de dos príncipes confundiría a la opinión pública y sería motivo de que algunos pudieran acusarle de favorecer a su familia.

Don Juan Carlos propuso que, a cambio, se otorgase a su primo el título de duque de Cádiz, que era el que había tenido antes de su matrimonio el rey Francisco, y que en aquella época de Isabel II evocaba a la ciudad de las Cortes.

El título de duque de Cádiz llevaba consigo el tratamiento de Alteza Real, pero Franco lo concedió a regañadientes: «Siempre se le ha llamado príncipe a Alfonso de Borbón y ahora que se ha casado con mi nieta no le quieren reconocer esa condición», se lamentó.

Al cabo del tiempo, don Juan Carlos comentaría que esa entrevista con Franco había sido uno de los momentos más duros de su vida, que le hizo «sudar por dentro».

Pero don Juan Carlos demostró conocer muy bien al Caudillo, jugando astutamente con él su principal baza, consciente de que Franco jamás correría el riesgo de que alguien pudiese acusarle de nepotismo. Desde ese punto de vista resultaba infundado el temor de muchos partidarios de don Juan Carlos a que el jefe del Estado pudiese revocar la designación con motivo de la boda de su nieta.

La gran duda era si, de haberse celebrado el matrimonio antes de 1969, Franco habría podido designar a don Alfonso, en lugar de a don Juan Carlos.

Emilio Romero, en sus *Cartas al Rey*^[2], expresaba su convencimiento de que eso sí habría sucedido:

Si el matrimonio de vuestro primo Alfonso de Borbón Dampierre se

hubiera convenido antes de 1969 —y ello habría sido posible—, no había una salida sucesoria de Franco más históricamente razonable, y más políticamente deseada por las fuerzas mayoritarias de adhesión incondicional al Régimen. Ahora ya es tarde.

Parecida opinión me brindaron Fernando Álvarez de Miranda y Torcuato Luca de Tena hace unos años.

Don Juan Carlos no tuvo más remedio que aceptar el tratamiento de Alteza Real para su primo y la esposa de éste, Carmen Martínez-Bordiú, que fue decretado por Franco el 22 de noviembre de 1972, en un documento que decía así:

A petición de Su Alteza Real el Príncipe de España, y en atención a las circunstancias que concurren en Su Alteza Real don Alfonso de Borbón y Dampierre, nieto de Su Majestad el Rey don Alfonso XIII (q.s.g.h.), he tenido a bien concederle la facultad de usar en España el título de duque de Cádiz, con el tratamiento de Alteza Real, cuyo título y tratamiento ostentarán igualmente su cónyuge y descendientes directos.^[3]

En la prensa se defendió también el tratamiento que debía darse a Borbón Dampierre. Para el periodista José Ramón Alonso, de *Sábado Gráfico*, debía ser cuanto menos de infante:

Acaso convenga que en tan delicadas materias dinásticas tengamos la fiesta en paz. Puesto a buscar algo inédito podría recordarse que entre el príncipe don Alfonso de Borbón y Battenberg y el conde de Barcelona, el infante fue efímeramente príncipe de Asturias. Y los hijos de un príncipe de Asturias han sido siempre, por lo menos, infantes de España.

Tres años después, la trágica muerte de don Jaime convirtió a su primogénito Alfonso de Borbón Dampierre en el nuevo «jefe de la Familia».

La lógica sucesoria del duque de Cádiz quedaba bien expresada en sus propias palabras:

Acepté la Ley de Sucesión española de 1947 porque era válida, parecía útil al bien común del país, y por ello no soy el Rey de España. Pero jamás he dejado de tener como nulas las renunciaciones dinásticas de mi padre.

Borbón Dampierre reconocía así la designación de su primo Juan Carlos, pero hasta el final de sus días —trágico, como el de su padre— se consideró el legítimo heredero de la Corona, diferenciando los dos polos de la sucesión: el estrictamente

legal, que dejaba en manos de su primo el Trono de España, y el propiamente dinástico que, al considerar nulas las renunciaciones de su padre, hacía recaer en él los derechos del segundo hijo de Alfonso XIII.

Pero víctima de esa «mala estrella» que en todo momento lució su padre, Alfonso de Borbón Dampierre se topó repentinamente con la muerte en las montañas de Colorado, al oeste de Estados Unidos, un fatídico 30 de enero de 1989.

Capítulo XV. La pista maldita

Ella le mató...

La terrible sentencia que escuché de labios del Grande de España aquella mañana invernal, en alusión a las trágicas circunstancias que rodearon la muerte de don Jaime de Borbón y Battenberg, me recordaba el presentimiento no menos escalofriante que enseguida me asaltó tras examinar detenidamente un insólito documento, en cuyo encabezamiento, referido al deceso de Alfonso de Borbón Dampierre, podía leerse en inglés:

Office of the Sheriff
Eagle County / 328-6611
Case: 89/524
Date: 2-3-89
Offense: Attended Death / HOMICIDE

La palabra «homicidio», consignada en inglés en el documento oficial del registro del centenar de fotografías que se tomaron al duque de Cádiz tras el ¿accidente? mortal sufrido en la estación de esquí de Beaver Creek, añadía un dato de enorme relevancia a un lamentable suceso sobre el que aún hoy persiste una aureola de misterio.

Las instantáneas obtenidas del moribundo tendido sobre la nieve en Beaver Creek y más tarde del fallecido, ingresado en el Vail Valley Medical Center, fueron inexplicablemente destruidas por la policía del distrito de Eagle County.^[1] Todo ese material gráfico habría sido sin duda de gran valor para aclarar las circunstancias de una extraña muerte sobre la que algunas personas muy cercanas al duque de Cádiz abrigan aún serios recelos. Pero se hizo desaparecer para siempre.

El ejemplo quizás más sobrecogedor de esa permanente sospecha fue la reacción de la actriz hispanoargentina Mirta Miller, unida sentimentalmente al duque de Cádiz durante casi nueve años, tras la ruptura de Alfonso de Borbón con Carmen Martínez-Bordiú, en 1980.

Mirta Miller acudió al popular programa televisivo *Tómbola*, el 28 de enero de 2000, y en el plató respondió así a las incisivas preguntas del periodista Jesús Mariñas:

—Vamos a ver, Mirta: en tus memorias aseguras tu certeza de que el duque de Cádiz no murió de muerte fortuita...

—No, no... Eso es muy delicado. No he hablado de eso porque tengo miedo. Si les pasa a otros, ¿cómo no me va a pasar a mí...? Quiero resguardar mi integridad.

—Pero me pones los pelos de punta. ¿De qué tienes miedo o a quién temes?

—Como todo ser humano tengo miedo a muchas cosas y yo pienso que quietecita me resulta mucho más fácil la vida.

Recientemente, Mirta me comentaba la confidencia que le hizo antes de morir el duque de Cádiz: «Si yo viviera en el siglo XVIII, ya estaría guillotinado».

¿Fue mera casualidad que Alfonso de Borbón muriese precisamente «guillotinado» por un cable de acero mientras descendía por la pista Eagle County de Beaver Creek? ¿Tenía él acaso enemigos dispuestos a acabar de forma tan brutal con su vida?

Su madre, Emanuela de Dampierre, que vive sola en el ocaso de su vida en una planta alquilada del antiguo palacio de los condes de San Severino, en la monumental Roma, llegó a afirmar en cierta ocasión a la periodista Consuelo Font que tal vez «un masón», enemigo de la causa legitimista que representaba su hijo Alfonso, pudo haberle asesinado. Pero, como es lógico, no se trataba más que de una suposición.

El propio Juan Balansó, amigo y erudito en la historia de las dinastías reales europeas, me mostró hace unos años la copia de una carta escrita por José Antonio Dávila, uno de los antiguos abogados del duque de Cádiz, que luego reprodujo en su magnífico libro *Los Borbones incómodos*.^[2] En la misiva, el letrado hacía la siguiente reflexión sobre el «cruel y ciego destino» que segó la vida del duque de Cádiz:

Sabido es que la «ley de la Colmena» elimina, en los enjambres y sin contemplación alguna, todos los rivales de la Reina. En determinados momentos históricos parece suceder lo mismo en las dinastías soberanas. Esta eliminación se producía, muchas veces, en los tiempos antiguos, de modo doloroso y cruento. En la actualidad, por supuesto, no es así, pero da la sensación de que un cruel y ciego destino, ajeno a la humanidad actual, protege al titular de la Corona de cualquier peligroso émulo. Es un poder que podemos llamar «el genio» o «el dios menor» de la dinastía, surgido de la Historia, que parece «cortar por lo sano» cuando es preciso. Sería cansado citar precedentes al caso de lady Di en que se ve palpablemente esta realidad ilógica, incluso en nuestra Casa Real.

Sobre la muerte de Alfonso de Borbón hubo otros muchos testimonios que sembraron la duda. La campeona de esquí Blanca Fernández Ochoa, que se encontraba entonces en Beaver Creek, declaraba a la revista *¡Hola!* el 23 de febrero de 1989: «Lo que le ha ocurrido a don Alfonso es algo muy extraño, una posibilidad entre mil».

Tres días antes, Hervé Pinoteau, secretario y confidente del duque de Cádiz, había

respondido con un escueto y rotundo «Yo me esperaba esta desgracia» a un periodista de la revista *Tiempo*. ¿A qué obedecía semejante seguridad en su premonición? Pinoteau calló.

Era evidente que algunos desconfiaban de la versión oficial publicada en la prensa española, el 17 de febrero de 1989, según la cual el informe criminal elaborado en Estados Unidos concluía que la muerte del duque de Cádiz había sido un mero accidente.

Emanuela de Dampierre encargó a un abogado que investigase las causas de ese pretendido accidente, pero desistió al ver que Carmen Martínez-Bordiú decidía pleitear a favor de su hijo Luis Alfonso de Borbón en una ardua batalla legal contra los presuntos responsables: La Federación Internacional de Esquí (FIS), la compañía gestora de los campeonatos de invierno, Vail Associates Inc., y la estación de Beaver Creek, propietaria de las pistas.

El bufete de Antonio Garrigues Walker en Estados Unidos presentó, por encargo de Carmen Martínez-Bordiú, una demanda civil por negligencia ante los tribunales de Denver, capital de Colorado, en la que reclamaba una indemnización de casi seiscientos millones de las antiguas pesetas para Luis Alfonso de Borbón. Los abogados estimaban en esa cantidad los gastos necesarios para la formación de Luis Alfonso en los mejores centros educativos de Estados Unidos y Reino Unido hasta que cumpliera los veinticinco años.

Lejos de emprender una investigación a fondo sobre un posible homicidio que sustentase una acción penal, los abogados contratados se limitaron a cuantificar el daño económico que el fallecimiento de Alfonso de Borbón representaba para su heredero Luis Alfonso; es decir, se volcaron en demostrar la negligencia de los organizadores del campeonato mundial de esquí, sobre la que ni el editorialista del diario *ABC*, ni nadie con un mínimo de sentido común, podía tener la menor duda:

Estamos ante un caso evidente —publicaba el rotativo madrileño el 1 de febrero de 1989— de negligencia culpable: estos cables se sitúan normalmente a una altura muy superior y no se entiende cómo la pista podía ser utilizada cuando había no uno, sino dos cables colocados de ese modo. Deben exigirse responsabilidades. Por lo que ha ocurrido y por lo que pueda volver a ocurrir.

Pero el asunto parecía ir más allá de un simple caso de negligencia. En sus primeras *Memorias* publicadas en la revista *¡Hola!*, en 1991, dos años después de la muerte de su hijo Alfonso, Emanuela de Dampierre despertaba inquietantes sospechas sobre el auténtico móvil de la desaparición de quien, sólo horas después de enterrar a su padre don Jaime, fue aclamado por una delegación de legitimistas franceses como nuevo jefe de la Casa de Borbón y nominado «Alfonso II». Así, sobre la suerte de su propio hijo Alfonso, que decidió adoptar los títulos de duque de Anjou

y de Cádiz en los documentos de su cancillería y manifestó a sus fieles «su firme intención de proseguir la obra de su padre», Emanuela de Dampierre hacía estas sorprendentes afirmaciones:

Hay enemigos que intentan echar por tierra el trabajo llevado a cabo durante muchos años por los legitimistas. No es la primera vez que se habla de amenazas y de manejos sucios en torno al ducado de Anjou. Alfonso las recibió, y en alguna ocasión se quiso atentar contra su vida; concretamente, cuando se encontraba debatiéndose entre la vida y la muerte en el hospital de Pamplona, a raíz del accidente en el que falleció su hijo mayor, Fran [...]. La Policía española descubrió en las dependencias de la UVI —donde fueron internados Alfonso y mis nietos, tras el accidente automovilístico que costó la vida del mayor— un explosivo de «goma 2» que afortunadamente no llegó a estallar.

No menos revelador era el extenso párrafo de sus *Memorias* en el que Emanuela de Dampierre daba cuenta de una extraña conversación telefónica, interceptada poco después de la muerte de su primogénito Alfonso, en la que se amenazaba a su hijo menor Gonzalo de Borbón y a su nieto Luis Alfonso, aludiéndose también a la tragedia de Beaver Creek como si se hubiese tratado de un crimen:

En otra ocasión, y de manera fortuita —escribía Emanuela—, conocimos lo que podía ser una nueva amenaza, esta vez dirigida a Gonzalo y a Luis Alfonso. Se trata de una conversación mantenida por dos sujetos, uno de ellos probablemente francés y otro español, que por un cruce de líneas internacionales fue escuchada por una joven estudiante portuguesa. Esa conversación preocupó a dicha persona, que se puso en contacto con el Consulado español en Lisboa, relatándoles lo que había oído. En el Consulado le indicaron que lo mejor sería advertir a los interesados, puesto que podía tratarse de algo serio. Ante el desconocimiento del teléfono o dirección de Gonzalo o Luis Alfonso, la persona mencionada aprovechó un viaje a Benidorm para ponerse en contacto con algún periodista que hiciera llegar a los interesados su preocupación. De su puño y letra, y a petición del periodista, escribió la conversación oída y que literalmente decía: «Conforme a la conversación telefónica y correspondiendo a la petición que me fue hecha, transcribo el diálogo que oí a través de una interferencia telefónica casual. Fue como sigue: dos hombres, uno francés, que hablaba algunas palabras en español, y otro español, hablaban acerca de los legitimistas y afirmaban que harían desaparecer a don Gonzalo de Borbón si él tomaba las mismas posiciones políticas que su hermano, y que también sería fácil dar al

sobrino, hijo del duque de Cádiz, el mismo destino que dieron al padre en la nieve si fuese necesario. Hablaron también de un alemán que está en Estados Unidos y que recibió dinero para hacer desaparecer al duque de Cádiz y a sus hijos en un accidente. Como esto no fue cumplido, no le van a dar el resto del dinero. Estos hombres siguen todos los pasos de don Gonzalo de Borbón. Se despidieron con la palabra Santo, que yo creo que puede ser una señal de identificación».

¿Qué sucedió aquella aciaga tarde en el gran pulmón blanco que era y es hoy la estación de esquí de Beaver Creek, enclavada en el corazón de las montañas Rocosas? Hace ya unos años que pude recomponer el siniestro puzzle hablando con algunos testigos privilegiados que acompañaron al duque de Cádiz en sus últimos momentos en Beaver Creek.

En aquel poblado artificial tienen su refugio la tenista Martina Navratilova y los actores Robert Redford y Jack Nicholson.

Siguiendo el curso del Mississippi, el relieve va en ascenso y culmina en las altas mesetas del Colorado, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar.

A esa misma altura, por una formidable alfombra blanca, esquiaba Alfonso de Borbón Dampierre la soleada tarde del 30 de enero de 1989.

El duque de Cádiz descendía por la pista Eagle County acompañado del ex campeón austriaco Tony Sailer, ganador de tres medallas de oro en los Juegos de Invierno de Innsbruck, en 1956, de la esposa de éste, Gabi, y del encargado de seguridad de los campeonatos, el canadiense Ken Read.

Inspeccionaban el estado de la pista cerrada al público, en la que al día siguiente se disputaba la prueba de descenso del campeonato mundial de esquí alpino, que había congregado en la privilegiada estación a seiscientos deportistas de cuarenta y tres países.

Mientras marcaban el trazado del recorrido y cada una de sus puertas, Tony Sailer advirtió la existencia de un cable trenzado de acero que atravesaba la pista unos cien metros más abajo, y previno del peligro en su idioma, el alemán, al duque de Cádiz, que le seguía a unos metros de distancia:

—¡Alfonso, cuidado, que abajo están trabajando!

El empleado de la estación, Daniel Conway, preparaba un cable de unos cuatro milímetros de grosor que debía soportar la pancarta de meta al día siguiente. La cuerda metálica estaba ubicada a una altura de un metro setenta y cinco centímetros sobre la nieve.

Pero Alfonso, aunque dominaba el alemán, no le escuchó. Había enfilado ya, a unos cuarenta y cinco kilómetros por hora, el trayecto final para el que sólo había pasaje de ida. Sin saberlo, encaró la muerte como un cordero que iba a ser degollado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios, mío! —exclamó Sailer unos segundos después, al verle tendido en la nieve, cuando eran las 15.56 del lunes (las 23.56 en España).

Al filo de las cinco de aquella tarde, el ex campeón olímpico español, Francisco Fernández Ochoa, llegó al hotel Encian Lodge, en Vail.

Por la mañana había esquiado con Alfonso de Borbón. Eran buenos amigos. Luego los dos se fueron a almorzar solos y charlaron de muchas cosas: del futuro de Blanca Fernández Ochoa, que participaba en esos campeonatos, del presupuesto económico de la Federación Española de Esquí, de sus proyectos para impulsar la práctica de ese deporte... El duque de Cádiz había insistido en que Paco tenía que hacerse cargo del esquí español a su regreso de Vail. Y eso a Paco le llenó de gran satisfacción.

Sobre la una de la tarde, el olímpico español se despidió de él con una falsa excusa, sin saber que nunca más volvería a verle: «Lo siento, Alfonso, me tengo que ir. He quedado con Canito para ver la sala de máquinas...». La verdad era que prefería esquiar a su aire, sin estar pendiente de su acompañante.

Pero aquella tarde, al entrar en su habitación acompañado de sus amigos Canito y Luis Blasco, desplazados también allí para seguir los campeonatos de esquí, Paco Fernández Ochoa reparó en que había un pequeño piloto rojo encendido junto al teléfono, pero no hizo caso del mensaje. La repentina llegada del locutor de televisión, Matías Prats, le hizo olvidar por completo el aviso.

«¡Cabrones, que no me habéis ido a buscar a Denver!», se quejó el periodista ante las sonrisas irónicas de Paco, Canito y Luis Blasco. «Me voy a dormir, que vengo matao de Australia».

Matías acababa de llegar a Vail, después de una escala en Los Ángeles y otra final en el aeropuerto de Denver, capital del estado de Colorado. Venía de cubrir un evento deportivo para Televisión Española. Pero por su aspecto podría decirse que acababa de salir de una de las habitaciones de al lado. Parecía recién duchado y vestido, el pelo arreglado y la corbata bien anudada sobre su traje immaculado. Siempre tan pulcro y elegante.

El teléfono interrumpió las bromas de los cuatro amigos. Paco no tardó en cogerlo y escuchó, al otro lado, la voz apresurada del secretario general de la Federación Internacional de Esquí (FIS):

—Paco, soy Jean Franco Casper. ¿Sabes algo del accidente de Alfonso?

—¿Cómo dices?

—Sí, hombre, del accidente de Alfonso.

El esquiador español recordó entonces el accidente de coche que sufrió el duque de Cádiz cinco años antes y en el que perdió a su hijo Fran cuando regresaban de esquiar en Candanchú, en el pirineo aragonés.

—Bueno... Ya sabes que murió su hijo. Pero él ya está bien. Si fue hace muchos años... ¿Es que no le has visto?

—No, no, te pregunto por el accidente que ha tenido.

—¿Cuándo?

—Ahora... ¡Está muerto!

—¿Qué me dices!... ¿En coche?

—No, no. Decapité!

—... Decapité?

—Sí, con un filo de acero. ¿No estabas tú con él?

—Yo esta tarde no le he visto.

—¿Pues vente corriendo al hotel!

Paco se quedó con el rostro descompuesto, mientras Canito, Luis Blasco y Matías le miraron desconcertados.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado el periodista.

—Alfonso de Borbón acaba de matarse.

Y entonces, el instinto periodístico de Matías acabó con aquel silencioso pesar:

—¡Hay que encontrar una cámara enseguida!

Paco reaccionó con dificultad.

—Pregunta a los de Telemontecarlo. Ellos tienen cámaras autónomas —le indicó.

El duque de Cádiz permaneció alrededor de media hora tendido en la nieve. El médico dio instrucciones de que no se le trasladara al hospital hasta que no se personase la policía local. Cuando al fin llegó la ambulancia, avisada por una patrulla de ésta, aún tenía pulso aunque muy débil. Le introdujeron con sumo cuidado en la furgoneta para trasladarle al Vail Valley Medical Center. Pero una vez allí, a las 16.48 de la tarde, el forense certificó su muerte.

Se había perdido un tiempo precioso que pudo ser decisivo para salvar la vida al duque de Cádiz.

Sin perder un minuto, la oficina del *sheriff* emprendió una investigación. Reunió a los testigos presenciales para interrogarles y acordonó el lugar del siniestro, donde todavía quedaban algunas huellas y restos de sangre. Nadie podía acceder allí, ni siquiera los cámaras de televisión que acudieron inmediatamente.

El informe preliminar de la autopsia realizada en el hospital de Idaho Spring, a treinta kilómetros de Beaver Creek, era contundente. Revelaba que la muerte se había producido «por fractura de cráneo» y que el duque de Cádiz había sufrido «una laceración en el cuello que partió la base del cráneo y el nervio de la columna».

Alfonso de Borbón se golpeó con el cable de acero en el pecho y por la propia inercia del descenso éste se deslizó hasta el cuello y le desnucó, partiéndole las cervicales. En una palabra, «lo desconejó», me recordaba tan expresivamente Paco Fernández Ochoa.

El cadáver presentaba una pequeña incisión en el cuello, en forma de media circunferencia. Nadie se explicaba que no viera el cable que atravesaba la pista, ni escuchara los gritos de Tony Sailer. Pero lo cierto es que no reparó en nada de eso. La niebla podría haber impedido distinguir el grueso cordel de acero que cubría parte de la pista, pero aquella tarde lucía un sol espléndido en Beaver Creek. La visibilidad era magnífica. No había razón, entonces, para que pasase inadvertido aquel obstáculo. Pero lo hizo.

Alfonso de Borbón era un excelente esquiador. En 1959 fue campeón de España en cuatro especialidades, y representó al país en los campeonatos universitarios de Suiza (1962) y Checoslovaquia (1964).

Se inició cuando era niño, durante la Segunda Guerra Mundial, en los Alpes suizos e italianos. Solía ir a Cortina d'Ampezzo y luego a Zugerberg. Los fines de semana se marchaba con el colegio a las estaciones de la Suiza alemana, Sotos, Engelberg y Flühli. Su gran afición y destreza le llevaron, con el paso de los años, a la presidencia de la Federación de Deportes de Invierno y del Comité Olímpico Español (COE).

Él mismo había recordado con nostalgia sus escapadas a la nieve:

Me gustaba el aire vivificante que nos envolvía, las posibilidades ilimitadas ofrecidas a nuestra audacia, una vez calzadas las tablas mágicas en virtud de las cuales transformaríamos en velocidad los recursos de la gravedad; el silencio, la luz, el infinito. La gravedad a que escapábamos saltando, saliendo de las pistas para hacer «profundidad» y hundirnos en los bosques, donde los banderines de eslalon eran mucho más duros y rígidos.

Siempre me gustó la competición. También disfrutaba con las marchas de esquí de fondo, las salidas bajo la niebla hacia un objetivo lejano, las sorpresas del recorrido, las improvisaciones, el refrigerio en una cumbre azotada por el viento, el hallazgo de refugios desiertos en esta estación, el gotear de los tejados hacia el fin del invierno, el paso de pequeños torrentes...

Pero aquella fatídica tarde, el amuleto que llevaba colgado al cuello no le sirvió de nada.

Eran cerca de las seis cuando Paco llegó al hotel donde se encontraba la delegación de la FIS. Su presidente, el suizo Marc Hodler, y el secretario, Jean Franco Casper, le informaron allí lo más detalladamente posible de la tragedia.

Acto seguido, el esquiador se dirigió con el *sheriff* a la habitación del duque de Cádiz para recoger la ropa y enseres personales de éste. Hizo las maletas, el policía las precintó y le obligó a firmar un papel responsabilizándose de su contenido. En una bolsa de plástico, Paco introdujo el reloj de su amigo —un Rolex de acero con la esfera negra— y su cartera, con algunos dólares y cheques de viaje.

La confusión era absoluta en las primeras horas. Circulaban versiones contradictorias sobre lo sucedido. Marc Hodler comentaba que cuando Alfonso sufrió el accidente mortal se encontraba en misión oficial, en su calidad de miembro del comité ejecutivo de la FIS. Pero sólo tres horas después, durante una rueda de prensa, un miembro de esa misma federación afirmaba que el duque de Cádiz esquiaba solo y que su presencia en la pista no tenía relación alguna con la organización.

Esta segunda versión la compartía el esquiador suizo Pirmin Zurbriggen, al afirmar que «si la pista de descenso está cerrada, lo está para todo el mundo»,

mientras el campeón mundial de descenso, Peter Mueller, aseguraba que don Alfonso y sus acompañantes no habían respetado las normas oficiales cuando esquaban en Beaver Creek.

En medio del desconcierto inicial, el policía Jeff Beavers se negó a desvelar detalles de la tragedia alegando que la investigación aún no había concluido.

Paco telefoneó entonces a La Zarzuela. El Rey no pudo ponerse y le atendió uno de sus ayudantes, que informó poco después a Su Majestad. Muy afectado, don Juan Carlos comunicó la muerte de su primo hermano a la madre de éste, Emanuela de Dampierre, y al hermano, Gonzalo de Borbón.

Mientras tanto, desde Estados Unidos, Paco había difundido ya la noticia en las principales emisoras de radio españolas. Llamó a José María García, de Antena 3, y a Radio Nacional. En el lugar del accidente se encontraba desde hacía tiempo Matías Prats con una cámara de Telemontecarlo.

En sólo unas horas, Beaver Creek se había convertido en el centro mundial de la noticia.

Al término de la rueda de prensa, Paco, Matías y el resto de los informadores españoles se trasladaron a Idaho Spring, donde se encontraba el cadáver de don Alfonso. Fueron momentos de gran tensión, en los que a Paco se le escaparon las lágrimas al contemplar el cuerpo inerte de su amigo, a quien sólo unas horas antes había visto con vida. Aquel rostro implacable y vengativo de la muerte, poseída por la ceguera de la hybris griega, que parecía mirarle fijamente en el depósito.

En su memoria irrumpieron entonces, deslavazados, numerosos recuerdos de veinte años atrás. Algunos momentos entrañables y hasta divertidos, como aquellas escapadas que hacían a Granada los dos jóvenes, en el coche del duque de Cádiz, para esquiar en Sierra Nevada. Y aquella rolliza camarera de la destartalada pensión, que no hacía más que piroppear a don Alfonso cuando le veía, sin apercibirse nunca de que a éste eso le ponía enfermo.

Eran los buenos tiempos, cuando el destino aún no había herido, como una daga, el corazón de don Alfonso: el divorcio de su mujer, Carmen Martínez-Bordiú, y el dolorosísimo trance de la muerte de su hijo de sólo once años. Luego, ya nunca más sería el de antes.

Tomás Zamora, secretario general del defensor del Pueblo, amigo de Alfonso desde sus tiempos de estudiantes de Derecho en Madrid, me recordaba las consecuencias que tuvo su separación matrimonial:

Le afectó muchísimo. Este hombre quería a su mujer. Se casó enamorado. Él se quedó con los chicos y tuvo que bregar: era el padre, la madre, la abuela y todo para ellos. Se preocupaba constantemente por su educación. Cuando murió el mayor fue para él un palo. Pero eso no lo vio nadie, ni se dice por ahí: todas esas tardes que se pasaba allí, con las muletas, sin moverse, llorando...

El propio Alfonso reconocería unos días antes de fallecer, mientras se encontraba en París, que aquel golpe brutal le cambió para siempre: «No soy el mismo de antes. La vida ya no es lo mismo desde que murió mi hijo Fran».

Igual de sincero se mostraba en otro momento: «Es inútil que describa mi dolor, el más grande de mi vida. Es de los que dejan en el corazón una herida que no cicatriza jamás».

Aquel fatídico accidente, mientras regresaban de esquiar en Candanchú —él, sus hijos Fran y Luis Alfonso y la «seño», una simpática cordobesa llamada Manuela Sánchez—, el 5 de febrero de 1984, dejó en él una huella indeleble.

Don Alfonso, al parecer, se saltó una señal de stop y el coche se empotró contra un camión en una carretera cerca de Cintruénigo, al sur de Navarra.

Más tarde, consciente ya, intentaba recordar lo que había sucedido aquel aciago domingo:

Regresábamos cansados y contentos, cuando en la carretera de Navarra un camión se nos echó encima en un cruce y trituró literalmente mi coche lanzándolo treinta metros atrás. Éste es el hecho tal cual pude percibirlo en aquel instante. Un segundo después, me había hundido en la oscuridad más absoluta. Del resto no me enteraría hasta más tarde, cuando salí del coma que se prolongó doce días. Supe que en el borde de la carretera deliraba en francés: «*Mon Dieu, mon Dieu...*». Al ver mi coche, un CX, me tomaron incluso por un francés. Luis Alfonso estaba herido, la señorita de los niños también. Villaverde y Gonzalo no me revelaron, hasta que lo juzgaron conveniente, la atroz verdad: Francisco, mi hijo mayor, había muerto.

Tomás Zamora me contaba que le dio entonces por muerto: «Cuando ocurrió aquello, me llamó otro amigo de Alfonso para que fuéramos a verle, pero yo pensé: “¿Para qué vamos a ir, si ya ha muerto?”».

Paco Fernández Ochoa se libró por los pelos de sufrir la misma desgracia. Si no hubiese sido porque unos días antes se había ido a los Juegos de Invierno de Sarajevo y no pudo viajar en el mismo coche del duque de Cádiz, sólo Dios sabe qué podría haberle sucedido.

El duque de Cádiz tenía previsto viajar a Yugoslavia después de dejar a sus hijos en Madrid. Fran y su hermano Luis Alfonso eran chicos con una gran carencia afectiva, que sufrían el distanciamiento de su madre tras su decisión de abandonar a Alfonso y romper así el necesario entorno familiar.

La tan martilleada moral del duque de Cádiz recibió aún otro mazazo cuando un tribunal le condenó a seis meses y un día de prisión como autor responsable de un delito de imprudencia temeraria con resultado de muerte.

El Supremo redujo luego la pena a cuatro meses, y en mayo de aquel año el duque recuperó la guardia y custodia de Luis Alfonso, confiada hasta entonces a su madre

con motivo del accidente.

Don Alfonso había sufrido ya otro grave percance en el verano de 1955, cuando regresaba en automóvil con su hermano Gonzalo, de Windsor a Lausana. Después de la travesía en ferry, don Alfonso llevaba ya veinticuatro horas sin descanso al volante de su Fiat 600 y, para colmo, su hermano se quedó dormido a su lado en el asiento delantero.

Al cabo de dos días, un periódico suizo informaba así del accidente:

Tal como anunciábamos anteayer, los príncipes Alfonso y González [sic] de Borbón de España [sic], de diecinueve y dieciocho años respectivamente, fueron víctimas de un accidente el sábado, hacia las 6.30 h., en la carretera cantonal Lausana-Vallorbe en el lugar llamado Le Paquis, término municipal de Villars-Sainte-Croix. Su vehículo se salió de la carretera, en una curva, a la derecha, y chocó contra un árbol. Ambos resultaron heridos, pero felizmente de poca gravedad. He aquí el estado de su coche [foto], cuya parte delantera sufrió un choque tal que literalmente «entró» en el resto de la carrocería. Informamos a propósito de este accidente que numerosas personas prestaron ayuda a la policía cantonal —que les da las gracias— para sacar a los jóvenes heridos.

Don Alfonso, al contrario que Gonzalo, estuvo al borde de la muerte. Durante dos días permaneció en estado de coma a causa de una embolia pulmonar. Pero, afortunadamente, abandonó el hospital al cabo de tres meses.

La vida de Alfonso de Borbón Dampierre fue, desde el principio, desdichada. De niño sufrió ya la separación de sus padres, y aquella ajena decisión le troqueló el carácter de un modo muy especial, convirtiéndole en un hombre desconfiado y reservado. Todo lo contrario que su primo Juan Carlos. En una persona algo triste, melancólica y distante.

Don Juan Carlos, en cambio, conservó su innato ademán campechano y su fino sentido del humor. Se entendía a la perfección con Paco Fernández Ochoa y a veces bromeaba con él. Como aquel día en que Su Majestad se estrelló contra la luna de cristal que daba acceso a la piscina. Acababa de jugar al squash y no reparó en aquel obstáculo transparente, que se le cayó encima al romperlo.

Días después del accidente, Paco le llamó por teléfono:

—Por favor, querría hablar con Su Majestad.

—Na, na, na...

El esquiador ya sabía que era él. Le conocía desde hacía muchos años.

—¿Cristalerías Zarzuela?

—Aquí el cristalero —contestó el Rey.

Pero su primo era muy distinto. En su última entrevista, ante la pregunta de si se sentía viejo, respondió a los periodistas Ángel Expósito y Antonio José Mencía:

—Viejo, no; pero más que hace diez y veinte [años], por supuesto. Hoy día la vida es mucho más larga que antes. Mi abuelo paterno murió con cincuenta y cuatro. Hoy día se puede morir incluso más joven, pero la expectativa de vida es más larga.

—¿Le asusta la muerte? —concluyeron los reporteros.

—No, para nada.

Y allí, en aquel frío y desangelado depósito de Idaho Spring, descansaba para siempre don Alfonso de Borbón, muerto a una edad similar a la de su abuelo: cincuenta y dos.

Paco no podía apartar la húmeda mirada de su amigo.

El cadáver había sido embalsamado y maquillado, vestido con un traje gris, camisa blanca y corbata rojiza. Obra de la funeraria Tomford.

A más de siete mil metros sobre el inmenso océano, Mirta Miller no podía siquiera sospechar la tragedia que, mientras volaba desde Buenos Aires a Madrid, acababa de segar la vida de la persona a la que llevaba unida los últimos nueve años. En el contestador de su teléfono, en su domicilio de la calle Torpedero Tucumán, había quedado registrado, como un epitafio, el último adiós de Alfonso de Borbón Dampierre. Dos llamadas infructuosas del duque de Cádiz en busca de su compañera. La primera, grabada el mismo día de su partida a Estados Unidos, con su característica voz pausada y cadenciosa, decía así: «¿Sí? Hola, ¿cómo estás, Mirta?, ¿has hecho buen viaje? Te llamé anoche, pero estaba tu teléfono ocupado. Y entonces... Pues he pensado que habías regresado. Intentaré llamarte otra vez. Hasta luego».

Al cabo de un rato, Alfonso, que ignoraba la ausencia de Mirta, volvía a insistir desde el aeropuerto de Barajas: «Hola, Mirta. Estoy en el aeropuerto para irme a Nueva York. No he conseguido hablar contigo. Intentaré desde Estados Unidos. Un abrazo».^[3]

Mirta Bugni Chatard, actriz hispanoargentina de doble nacionalidad, conocida con el nombre artístico de Mirta Miller, había coincidido por primera vez con el duque de Cádiz en 1973, durante una cena en una casa particular. Pero fue siete años después, a raíz de la separación de Carmen Martínez-Bordiú y Alfonso de Borbón, cuando los dos empezaron a tener más trato y se convirtieron en una de las parejas más discretas y difíciles de fotografiar para la prensa del corazón. Pasaban las vacaciones juntos en el extranjero, iban a esquiar, o en barco. Pero, en Madrid, su relación no trascendió los círculos de las amistades más íntimas. Acudían por separado a las fiestas y simulaban no conocerse para evitar comentarios desafortunados.

Alfonso de Borbón confesaría luego, en sus memorias, las incesantes y duras críticas a que fue sometido durante muchos años por parte de los medios de comunicación: «Era atacado sin cesar por una determinada prensa que propagaba rumores malintencionados y los alimentaba al mismo tiempo».

Precisamente por ello, como él mismo diría antes de casarse con Carmen

Martínez-Bordiú,

[...] la mujer que eligiera, sin duda alguna, se convertiría también en un blanco; no quería exponerla a las indirectas que yo mismo soportaba bastante mal [...] Pero Carmen, pensé, nieta del general Franco, se libraría de ello. La misma cobardía de aquellos que me perseguían porque me veían vulnerable les impediría atacar a la nieta del general Franco.

Ésa era la razón por la que, después de que Carmen rompiera con él, intentó mantener en secreto su relación con Mirta Miller.

Él tenía una manía persecutoria horrorosa —me recordaba Mirta Miller—. Temía que fueran a meterse con nosotros, cosa que sucedió. A mí me machacaron. Yo era un vehículo para hacerle daño a él. Empezaron a sacar fotos mías en las que se me veía el pecho. Se metían con mi trabajo de actriz, que era mala, que era secundaria, que hacía películas eróticas... Cualquiera cosa.

Y aquella mañana, a las nueve, al aterrizar en Barajas tras una estancia de dos meses en Buenos Aires, Mirta se enteró del accidente. El relaciones públicas del aeropuerto le informó en el mismo avión. Al principio, le pareció mentira que Alfonso, tan responsable y seguro sobre los esquíes, tan fuerte y lleno de reflejos, pudiese haber muerto así.

Pero, una vez en su casa, al rebobinar la cinta del contestador y escuchar los dos mensajes de Alfonso, fue consciente de que nunca más volvería a verle. Sus últimas palabras de despedida, «un abrazo», minutos antes de embarcar hacia la muerte, se perdieron con un pitido intermitente que dio paso a otro mensaje, del alcalde de Valdemorillo, que le encargaba el pregón de las fiestas del pueblo de la sierra madrileña.

La siguiente llamada, de Juan Miguel Pérez, redactor jefe de la agencia Efe, volvió a reafirmarle la tragedia que acababa de ocurrir:

Sabino [se refería a Sabino Fernández Campo, entonces secretario general de la Casa del Rey, y más tarde, jefe] nos ha llamado hace un rato y nos ha dicho que el Rey ha estado hablando con don Gonzalo de Borbón y que van a enviar un avión a Estados Unidos para traer el cadáver del duque de Cádiz, que irá alguien de la Familia Real en ese avión, y que tanto el Rey como la Reina están profundamente impresionados...

El mensaje de pésame del periodista Juan Balansó, al que seguían otros de

algunas emisoras de radio y periódicos que trataban de entrevistarla, y los de numerosos amigos, ocupaban el resto de la cinta que, al cabo de diecisiete años, Mirta aún conserva.

A las tres y media de la madrugada en París (19.30 en Colorado) sonó el teléfono en casa de Carmen Rossi. Hacía sólo cuatro horas que la antigua esposa de don Alfonso, casada ahora con el anticuario francés Jean-Marie Rossi, celebraba su trigésimo octavo cumpleaños. Pero al festejo, como otras veces en su vida, le sucedió el infortunio. Y, sin pérdida de tiempo, a las ocho de la mañana, cogió el primer avión a Madrid para estar lo antes posible con su hijo Luis Alfonso y comunicarle la muerte de su padre.

La primera visita que se recibió en el chalé del duque de Cádiz, en la urbanización Los Álamos de Pozuelo de Alarcón, fue la de Mariola Martínez-Bordiú, hermana de Carmen: «Todo esto es demasiado para un chico tan joven. Lo único que me interesa ahora es el niño, que se encuentra muy afectado y aturdido», declaró al llegar allí.

Cuarenta y cinco minutos después, a las once menos cuarto, lo hizo otra de sus hermanas, Arantxa, que expresó también su preocupación por el pequeño Luis Alfonso.

El avión de Carmen aterrizó en Barajas a las diez y media, y una hora después, acompañada de su amiga Margarita Orfila, llegó en un Talbot Horizon rojo al domicilio de su ex marido. Vestía un jersey negro, pantalones del mismo color por encima de los tobillos, zapatos de piel de cocodrilo y chaqueta gris larga de punto. Ocultaba su mirada bajo unas gafas oscuras de Christian Dior, y andaba lentamente. Su voz era débil y serena. «¿Cómo quieren que se encuentre mi hijo? Pues muy afectado, muy afectado», repetía al abandonar la casa.

A sus catorce años, Luis Alfonso se había convertido en el único varón superviviente de su familia, tras la muerte de su hermano Fran y la de su padre, ahora.

A las doce y media del mediodía, apareció, visiblemente emocionado, el abogado del duque de Cádiz, Juan Pérez de Alhama. «Estoy sumamente impresionado y consternado, sin capacidad de reacción, porque Alfonso para mí, independientemente de ser mi cliente, era mi amigo personal, por el que tenía un verdadero cariño, justamente merecido», dijo. Y añadió, recordando la misma mala estrella que tuvo su padre, don Jaime de Borbón: «Parece que Alfonso era una de esas personas que estaba predestinado, porque el drama le ha seguido desde la infancia y durante toda su vida».

Al día siguiente del mortal acontecimiento, por la tarde, aterrizaba en Denver un DC 8 de las Fuerzas Aéreas Españolas. Don Gonzalo de Borbón descendió del avión junto con Cristóbal Martínez-Bordiú, marqués de Villaverde, y el capitán de fragata González-Aller, ayudante del Rey.

Paco y el resto de la comitiva que había acompañado el féretro hasta el aeropuerto, estaban esperándoles.

Una vez en tierra, don Gonzalo se dirigió al esquiador en un atropello italiano. Paco no entendía cómo podía hablarle en aquel idioma, cuando los dos eran españoles. Era indudable que el hermano menor del duque de Cádiz había ingerido alcohol durante el viaje. Don Gonzalo le preguntó, muy alterado, cómo era posible que hubiera muerto así su hermano y quién era el responsable de la tragedia.

Pero, poco después, hacía la siguiente declaración a los periodistas congregados en el aeropuerto de Denver: «Siento una enorme rabia, aún no me lo puedo explicar. No ha sido una imprudencia por parte de mi hermano ni creo que haya habido negligencia por parte de los organizadores». Sus palabras eran, desde luego, inoportunas y precipitadas.

Por el rostro del marqués de Villaverde, a su lado, rodaban lágrimas.

Todo estaba preparado para emprender el viaje de vuelta a España con el cadáver de don Alfonso a bordo. El cónsul español en Los Ángeles, Pedro Temboury, había cubierto los trámites para repatriarlo. Las leyes españolas requerían el embalsamamiento «permanente» de cualquier cuerpo que fuese repatriado, así como un certificado sanitario que dejase constancia de que la causa de la muerte no se había debido a ninguna enfermedad infecciosa.

El gobernador del estado de Colorado había comunicado desde un principio a las autoridades españolas que facilitarían los trámites para el rápido traslado de los restos.

Mientras, se habían recibido ya las primeras coronas de flores. Una de ellas, del ex presidente norteamericano, Gerald Ford, y de su esposa, desde su residencia de descanso en Vail.

En el silencio de aquella dolorosa despedida se palpaba una pregunta que nadie sabía responder, un enigma que todos los allí presentes querían resolver pero no podían: ¿Quién era el responsable de la tragedia?

Segismundo Fraile, presidente de la Federación Española de Deportes de Invierno, buen amigo de don Alfonso de Borbón, me comentaba así el desenlace: «Ha habido responsabilidades, primero de la organización, que se inhibió; segundo, de la estación, que también se inhibió... Y, al final, la responsabilidad ha sido para la Federación Internacional de Esquí».

Al cabo de los años, los pleitos de la familia Borbón Dampierre hallaron el frío consuelo de una indemnización, cerca de cien millones de las antiguas pesetas que fueron a parar a Luis Alfonso, a quien ya nadie podría devolverle a su padre.

Segismundo Fraile mantenía que la disculpa de los organizadores, según los cuales la pista estaba precintada cuando se produjo el siniestro, no tenía sentido: «Estaba cerrada para el resto del público, pero los organizadores entraban y salían de ella tantas veces como era necesario. O sea, que eso que argumentaban, pues no».

El presidente de la Federación descartaba que la muerte del duque de Cádiz fuese provocada:

El señor que estaba con el cable [se refería a Daniel Conway], que

también se ha llegado a decir que se preparaba para estirarlo cuando bajara él [Alfonso]... Es más fácil pegarle un tiro que levantar el cable, porque no sabes cuándo va a llegar, ni a qué altura se va a poner.

Tomás Zamora tenía también su propia opinión:

Yo creo que las compañías aseguradoras organizaron el tema como mejor les interesó, algo lógico y natural. Si hay que pagar tantos millones y depende de que se diga que bajaba por la pista con o sin autorización, de si ésta estaba cerrada o abierta... Cada uno diría: «Mire usted, el disco estaba en rojo, porque yo soy el que paga, y si digo que estaba en verde voy a tener que pagar...».

El 2 de febrero, Madrid se despidió para siempre de don Alfonso de Borbón, que fue enterrado al pie del altar de la Inmaculada, en el monasterio de las Descalzas. Las campanas de la iglesia repicaron cuando los Reyes, acompañados de sus hijos, llegaron al templo, minutos antes de que se iniciase la ceremonia.

Carmen Rossi ocupaba el sexto banco, junto a sus padres y hermanos. En el primero estaban Luis Alfonso, don Gonzalo y su madre, Emanuela de Dampierre, que había llegado el día anterior a Madrid procedente de Roma, y estaba visiblemente emocionada.

Ofició la ceremonia el padre Gregorio Isabel Gómez, que administró en su día la primera comunión a Luis Alfonso. Por esa razón el hijo del difunto le había pedido que celebrase la misa del entierro.

En el segundo banco se sentaron el entonces ministro de Cultura, Javier Solana, y el secretario de Estado para el Deporte, Javier Gómez Navarro.

Este último había reaccionado con estupor al conocer la tragedia:

Este accidente nos ha sorprendido a todos y lo lamento profundamente. Era un auténtico deportista y ha prestado importantes servicios al deporte español, pues no hay que olvidar que bajo su presidencia del COE se produjo la nominación de Barcelona como sede de los Juegos del 92. En estos momentos en que la presencia de dirigentes españoles en el panorama internacional se hace necesaria, la proyección de don Alfonso de Borbón era una garantía para nuestro deporte.

La muerte de don Alfonso ocupó las primeras páginas de los periódicos. El *ABC*, en su edición del 1 de febrero, dedicaba un editorial a su figura y recordaba que nació sin derechos sucesorios, adivinándose la inspiración de su entonces director, Luis María Anson:

[...] Por su propio apellido y por su vinculación a la familia de quien fue jefe del Estado entre 1936 y 1975, don Alfonso había adquirido notoriedad en la vida nacional. Hijo de un Infante de España, la renuncia de su padre varios años antes del matrimonio, cuando no había perjuicio de terceros, hizo que don Alfonso naciera sin derechos sucesorios. Tal circunstancia determinó en buena medida la conducta personal del duque que, siendo hombre de extraordinarias cualidades personales, cometió más de un error que no es éste el momento de considerar...

Su desaparición convirtió a su hijo Luis Alfonso en el pretendiente a la Corona de Francia, según los legitimistas borbónicos que disputaban el trono a la Casa de Orleans.

Daniel Hamiche, miembro del secretariado del duque de Cádiz en Francia, se apresuró a nominar al hijo de don Alfonso como Luis XX de Francia, declarando:

¡El rey ha muerto, viva el rey! En este momento, los legitimistas franceses recordamos esta frase, y aunque ni don Alfonso ni el príncipe Luis Alfonso son reyes, el hijo del duque encarna, con el nombre de Luis XX, la tradición milenaria real francesa...

Don Jaime de Borbón Battenberg había dejado todo muy claro por escrito al subrayar que su renuncia al trono de España nada tenía que ver con sus derechos a la Corona de Francia, de la que siempre se consideró legítimo heredero:

Yo, Jaime Enrique, duque de Anjou y de Segovia, nacido el 28 de junio de 1908, heredero de los derechos de mis ascendientes al título de cabeza de la rama mayor de la Casa de Borbón, declaro por la presente no renunciar a ninguna de las prerrogativas vinculadas a mi nacimiento, del que resulta que mi calidad de jefe sálico de la Casa de Francia implica que sólo a mí me pertenece el derecho hereditario de llevar el escudo perteneciente al cabeza de esta Casa, o sea: «de azul con tres flores de lis de oro», que en la misma calidad a la que está vinculado hereditariamente el derecho de hacer valer mis títulos al trono de Francia, declaro no renunciar en modo alguno a este derecho. Que, todo lo contrario, mis intenciones no son menospreciar nada para hacer reconocer este derecho para mí y mis hijos Luis Alfonso y Carlos Gonzalo, nacidos legítimamente de mi casamiento con Emanuela de Dampierre, de los duques de San Lorenzo, y esto en virtud de los principios que siempre han regido y rigen hoy la sucesión al trono de Francia en la rama mayor de los Borbones...^[4]

Desde su declaración, don Jaime presidió, en efecto, todos los años, en San Agustín y luego en Notre Dame des Victoires, la misa del 21 de enero en memoria del rey Luis XVI.

Su hijo Alfonso tenía muchas esperanzas depositadas en sus derechos a la Corona francesa, y aspiraba a que se reconociese la legitimidad de la Casa de Borbón frente a la de Orleáns. Esta disputa dinástica se materializó en la demanda presentada por Henri de Orleáns para arrebatarle el uso del título y las armas de duque de Anjou. La Corte de Apelación de París declaró, sin embargo, improcedente la demanda, de forma que don Alfonso pudo seguir utilizando el título y las armas de la monarquía de la flor de lis.

Cinco años antes de morir, el 10 de mayo de 1984, don Alfonso de Borbón Dampierre había redactado su testamento ológrafo, en el que designaba heredero universal a su hijo Luis Alfonso; se daba la curiosa circunstancia de que el documento iba timbrado por la Corona Real Española, y no por la de Francia, en un claro desafío dinástico a su tío don Juan de Borbón y a su primo Juan Carlos, que utilizaban precisamente el símbolo de la Casa española:

Yo, Alfonso de Borbón y de Dampierre, duque de Cádiz y de Anjou, gozando de plena responsabilidad, quiero dejar como heredero universal a mi único hijo, S. A. R. don Luis Alfonso de Borbón, nacido el 25 de abril de 1974 en Madrid. Mientras dure su minoría de edad, quien tendrá la responsabilidad de cuidar de mis bienes muebles e inmuebles, como usufructuaria de carácter temporal, será mi madre, S. A. R. doña Emanuela de Dampierre, duquesa de Segovia, ayudada por mis íntimos y queridos amigos los excelentísimos señores don Federico Trénor, don José María Concejo y don Carlos Abella. Quiero que mi hijo Luis Alfonso sepa cuánto le quiero y le he querido, cómo encomiendo a Dios su salud y devoción a nuestra Santa Madre Iglesia. También quiero que mi hijo siga nuestras tradiciones familiares, que harán de él el Jefe de nuestra antigua familia, los Borbones, que cumplirá dentro de tres años los mil años de antigüedad. Que siga de cerca los consejos de algunos de los legitimistas franceses que más han trabajado por nuestras instituciones, el duque de Bauffremont y el barón Hervé Pinoteau, y espero que seguirá apreciándolos con la misma amistad y afecto que yo. Por último, que honre la memoria de su querido hermano Francisco, trágicamente fallecido este año en accidente de automóvil. Esto es lo que tu padre te recomienda con el inmenso cariño que te profesa.

Alfonso de Borbón

Era la última voluntad del «príncipe» que, como su padre, pudo haber sido rey.

Notas

[1] Jean-Pierre Ollivier, *La Folie des Grands. Mémoires d'un mystificateur*, Éditions Favre, Paris, 1981. <<

[2] *Ibíd.* <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] José Luis de Vilallonga, *El Rey*, Plaza y Janés, Barcelona, 1993. <<

[1] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[2] Javier González de Vega, *Yo, María de Borbón*, Aguilar, Madrid, 1995. <<

[3] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[4] Javier González de Vega, *ob. cit.* <<

[5] Françoise Laot, *Juan Carlos y Sofía*, Espasa Calpe, Madrid, 1988. <<

[6] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[7] Olghina de Robilant, *Reina de corazones*, Grijalbo, Barcelona, 1993. <<

[8] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[9] *Ibíd.* <<

[10] *Ibíd.* <<

[11] Rafael Borràs, *El rey de los rojos. Don Juan de Borbón, una figura tergiversada*, Ediciones B, Barcelona, 2005. <<

[1] Robert Shapiro, *La impronta humana*, Acento Editorial, Madrid, 1993. <<

[2] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[3] Archivo General de Palacio, sección Alfonso XIII, caja 15.639, exp. 10. <<

[4] Archivo General de Palacio, sección Alfonso XIII, caja 12.908, exp. 20. <<

[5] *Ibíd.* <<

[6] Real Biblioteca de Palacio, caja II-4.050, doc. n.º 15. <<

[7] Alderete, *ob. cit.* <<

[8] Revista *¡Hola!*, enero-febrero de 1992. <<

[9] Alderete, *ob. cit.* <<

[10] *Ibíd.* <<

[11] *Ibíd.* <<

[12] Eulalia de Borbón, infanta de España, *Memorias*, Editorial Juventud, Barcelona, 1958. <<

[13] *Ibíd.* <<

[14] Alfonso de Borbón Dampierre y Marc Dem, *Memorias de Alfonso de Borbón*, Ediciones B, Barcelona, 1990. <<

[1] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[2] Archivo General de Palacio, caja 12.415. <<

[3] Carta de S. M. la reina a S. M. el rey, año 1908; Archivo General de Palacio, caja 12.799, exp. 30, transcrita por Ricardo de la Cierva en *Alfonso y Victoria*, Fénix, Madrid, 2001. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] *Ibíd.* <<

[6] Real Biblioteca de Palacio. <<

[7] Ramón de Franch, *Genio y figura de Alfonso XIII*, El Noticiero Bilbaíno, Bilbao, 1974 (primera edición, 1947). <<

[1] Antonio Jiménez-Laudi, *Una ley de sucesión y quince siglos de Historia*, Aguilar, Madrid, 1968. <<

[1] Begoña Aranguren, *Emanuela de Dampierre, memorias: esposa y madre de los Borbones que pudieron reinar en España*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004. <<

[2] José María Carretero (El caballero audaz), *Una española se casa en Roma*, 1935.

<<

[3] Ramón de Franch, *ob. cit.* <<

[4] Alfonso de Borbón Dampierre y Marc Dem, *ob. cit.* <<

[5] Juan Balansó, *Trío de príncipes*, Plaza y Janés, Barcelona, 1995. <<

[6] Francisco Bonmatí de Codecido, *El Príncipe don Juan de España*, Librería Santarén, Valladolid, 1938. <<

[1] Juan Balansó, *Trío de príncipes*, Plaza y Janés, Barcelona, 1995. <<

[2] Carta conservada en un archivo particular y transcrita por Juan Balansó, *ibíd.* <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] *Ibíd.* <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[1] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[2] *Ibíd.* <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] *Ibíd.* <<

[1] Alfonso de Borbón Dampierre y Marc Dem, *Memorias de Alfonso de Borbón*, Ediciones B, Barcelona, 1990. <<

[2] *Ibíd.* <<

[3] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] *Ibíd.* <<

[6] Guido Orlando, *Le faiseur de gloires*, París, 1953. <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[9] *Ibíd.* <<

[10] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[11] *Ibíd.* <<

[12] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[13] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[1] Guillermo Cortázar, *Alfonso XIII, hombre de negocios*, Alianza Editorial, Madrid, 1986. <<

[2] Muerto Franco y con su hijo coronado rey, don Juan vendió los palacios que habían pertenecido a su padre. En agosto de 1972 había vendido precisamente el de Miramar, en San Sebastián. La operación no planteó problemas. El conde de Barcelona había enviado a estudiar allí a sus hijos a principios de los años cincuenta mientras él residía en Estoril. El palacio fue adquirido por la reina María Cristina en 1888; luego, durante la Segunda República, el entonces ministro de Obras Públicas, Indalecio Prieto, hizo entrega del mismo al Ayuntamiento de San Sebastián, que volvería a recuperarlo, esta vez definitivamente, el 10 de agosto de 1972. En esa fecha se firmó la escritura de compraventa por un precio de 102.500.000 pesetas.

La venta de La Magdalena no fue en cambio tan sencilla. El palacio había sido regalado por los santanderinos a Alfonso XIII en 1912 para residencia de verano. En 1977 el Ayuntamiento de Santander negoció la compra para mantener allí la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. La oposición municipal se negaba a la operación que respaldaba el entonces alcalde Juan Ormaechea. Tras numerosas dificultades se cerró la compraventa en una cantidad simbólica de ciento cincuenta millones de pesetas.

Al año siguiente, don Juan vendió la isla de Cortegada, que había sido expropiada a los vecinos de Carril a principios de siglo para regalársela a su padre a fin de que estableciese allí su residencia veraniega. El empresario local Daniel Poyán estaba convencido de que la presencia de la Familia Real representaría un magnífico negocio turístico para la isla. Sin embargo, Alfonso XIII sólo visitó el lugar un día de septiembre de 1907 y ya nunca más volvió.

Don Juan de Borbón vendió la isla a la inmobiliaria Cortegada S. A. por una cantidad irrisoria: sesenta millones de pesetas.

En 1990 se deshizo también de Villa Giralda, su antigua residencia en el exilio de Estoril, por otra cantidad ridícula de ochenta y cinco millones de escudos. <<

[3] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[6] Alfonso de Borbón Dampierre y Marc Dem, *ob. cit.* <<

[7] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[8] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[1] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[2] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] Joaquín Bardavío, *La rama trágica de los Borbones*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989. <<

[5] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976. <<

[6] Carta cedida por Tomás Zamora al autor. <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[9] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[10] Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977. <<

[11] Luis María Ansón, *Don Juan*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997. <<

[12] Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1982. <<

[1] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[2] Luis María Anson, *Don Juan*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997. <<

[3] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[6] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[9] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[10] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[11] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[12] *Ibíd.* <<

[13] *Ibíd.* <<

[14] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<

[15] Luis María Anson, *ob. cit.* <<

[16] *Ibíd.* <<

[17] <<

[1] Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1996. <<

[2] Borràs, *ob. cit.* <<

[3] <<

[4] Jesús Palacios, *ob. cit.* <<

[5] Borràs, *ob. cit.* <<

[6] Joaquín Bardavío, *ob. cit.* <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Pedro Sainz Rodríguez, *ob. cit.* <<

[9] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[1] Ramón Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar: recuerdos de veinte años al servicio de S. A. R. Don Jaime de Borbón*, ed. del autor, Asnières, 1974. <<

[2] Emilio Romero, *Cartas al Rey*, Planeta, Barcelona, 1974. <<

[3] Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. <<

[1] Los periodistas Carlos Berbell y Pedro Barbadillo investigaron en su día la muerte del duque de Cádiz (véase *Panorama*, 17 de febrero de 1992). <<

[2] Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000. <<

[3] Transcripción de la cinta facilitada por Mirta Miller al autor. <<

[4] Ramón Alderete, *ob. cit.* <<